

*Selecta*

DÍAZ DE TUESTA

*Una noche  
en el Tàmesis*



# Una noche en el Támesis

Serie Un día en el Támesis 3

*Díaz de Tuesta*

*Selecta*

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*Para Lola (editora) y Pilar (correctora),  
con todo mi cariño y mi agradecimiento.  
Mis historias siempre son mejores gracias a vosotras.*

## Prólogo

Siete años antes...

*Manderland House, dormitorio de Arthur Ravenscroft*

*Londres, mayo de 1820*

Como cada noche en los últimos tiempos, lord Badfields entró en la mansión por una de las puertas de servicio. Se tambaleó por los pasillos, sonrió a una doncella que abrió su puerta, pero a la que no podría atender en condiciones dada su borrachera, y subió varios pisos de escaleras, a veces arrastrándose literalmente, hasta llegar a su dormitorio.

El ayuda de cámara, que ya conocía sus costumbres, había dejado encendidas las velas del escritorio y las de la mesilla. Le hubiese esperado despierto él mismo, como había hecho tantas veces en el pasado. De hecho, durante años se había empeñado en ello pese a que Arthur no quería encontrárselo allí, y lo hizo hasta que le amenazó con empezar a llevar la corbata mal puesta en público, para avergonzarle.

Si algo odiaba Arthur Ravenscroft, hombre de pocos odios, era encontrar gente en su dormitorio cuando llegaba en esas condiciones. Lo único que quería era caer de bruces sobre el colchón y quedarse dormido.

Pero esa noche no iba a ser posible.

Su hermana pequeña, Minerva, estaba sentada en el borde de la cama. De un modo inconsciente, se extrañó al verla vestida y con el cabello recogido a esas horas, en vez de estar con su camisón y el pelo largo suelto, bien

cepillado, aunque la idea se le fue de la cabeza casi al momento.

—Arthur...

—Pero ¿qué haces aquí, Minnie? —dijo, con esfuerzo—. ¡Es muy tarde!  
¿Qué quieres?

Ella le miró muy seria.

—Tienes resaca.

Arthur se echó a reír.

—No, pequeñaja, eso será mañana. Ahora todavía estoy placenteramente borracho. —Tiró de la corbata mientras se quitaba la chaqueta. Tuvo algún problema que otro, porque le dio la impresión de que un tercer brazo se empeñaba en enredarlo todo, pero al final se libró de ella y la arrojó a un lado, sin ningún cuidado. Un nuevo disgusto para su ayuda de cámara—. Vete a tu cuarto, anda.

—No, escucha, Arthur... Tengo que hablar contigo.

—¿Y no puede esperar a mañana?

—¡No! ¡Si pudiera esperar a mañana, no estaría ahora aquí!

—Oh, por todos los demonios... —Fue hacia la cama y se sentó a su lado, aunque casi inmediatamente se dejó caer tumbado de espaldas, con un gemido—. A ver, ¿qué ocurre, pequeñaja?

—Esta tarde he oído a padre, en su despacho, hablando con ese viejo repugnante de Dankworth.

—¿Dankworth?

El duque de Dankworth, que alardeaba de su título de «Sátiro de Londres». Esa misma noche le había visto en un burdel. Con casi setenta años, se dejaba querer por dos prostitutas muy jóvenes, que si tenían más de veinte años, ya no le interesaban. Menudo viejo pervertido.

Últimamente, Arthur había oído rumores sobre su posible sífilis. A saber. Desde luego, no sería sorprendente algo así.

—Qué infierno —murmuró—. ¿Qué decían?

—Han acordado el matrimonio. ¡Y dicen que será lo antes posible! —exclamó, alarmada y llena de indignación—. ¡Pretenden anunciarlo la semana que viene y celebrarlo en verano, a finales, como muy pronto! ¿Te das cuenta? ¡Ni siquiera habré llegado a cumplir los dieciséis!

—Bueno...

Entendía bien el enfado de Minerva. Menudos dos, aquellos insignes lores, mercadeando con el virgo de una niña. Era tan culpable el vicioso de Dankworth como su padre, que la vendía al mejor postor sin ningún escrúpulo. En lo que a él se refería, jamás consentiría que semejante matrimonio se cumpliera, de hecho ya había ido dando algunos pasos al respecto, hablando con el hijo y heredero de Dankworth, para que intentase controlar a su padre.

Claro que no pensaba decírselo a Minerva. Le gustaba pensar que había colaborado positivamente en la educación de su hermana pequeña, y eso pasaba por no ser para ella un muro de contención ante las adversidades de la vida, sino alguien que la apoyaba y la ayudaba desde la sombra. Siempre la animaba a llevar a cabo sus luchas y a vencerlas por sí misma, y de un modo aplastante.

En parte gracias a eso, a sus quince años, Minerva era una jovencita con mucha personalidad. Tenía carácter y fuerza propia más que suficientes, y no necesitaba que ningún hermano mayor viniera a minar esas cualidades.

—¿Bueno? —protestó Minnie—. ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—No, tonta. Comprendo tu preocupación. Pero una cosa es lo que ellos quieren y otra lo que tú vayas a permitir. O madre. Ella no suele oponerse a padre, pero en este caso todavía no se ha pronunciado, y creo que hará una excepción.

—No lo entiendes. Tú eres un hombre, a ti te consienten muchas cosas que a mí me están totalmente vedadas.

—Oh, no empieces. Eres la niña de papá...

—Claro que sí, y se supone que la niña de papá es siempre obediente. Madre ya me ha dicho que tendré que hacer lo que padre diga, porque es mi obligación. Tú heredaras todo esto y tendrás que trabajar para mantenerlo y que mejore, de mí solo se espera que haga un matrimonio que acreciente el poder de los Manderland, y Dankworth es una oportunidad única.

—Por Dios. —Arthur se llevó las manos a las sienes—. ¿No podrías hablar en frases cortas, y bien separadas?

—Idiota. —Le dio un manotazo en la pierna. Luego, se dejó caer también hacia atrás. Juntos, miraron el techo de la cama de dosel durante unos segundos. Arthur cerró los ojos, sintiendo que le vencía un sueño irresistible. La voz de Minnie le llegó como si viniese de muy lejos. Sonaba pensativa, algo monótona—: Me da igual. No voy a casarme con ese viejo repugnante. Ni siquiera voy a permitir que todo esto siga adelante. ¿Me oyes?

—Sí...

—¡Arthur! ¡Te has quedado dormido!

Le dio un empujón en el hombro. Arthur volvió a abrir los ojos, sobresaltado y muy aturdido.

—¿Qué? ¡Que no, de verdad! ¡Solo había cerrado un momento los ojos, no estaba...!

—¡Mentiroso! ¡Dijiste que me ayudarías y te estás quedando dormido! Claro que no me extraña. ¡Apesta a alcohol!

—No me grites, Minnie, por el amor de Dios. —La empujó también, pero tan flojo que no pudo ni moverla del sitio—. Mira, vete, largo de aquí. Ya



hablaremos mañana.

—No, no puedo esperar. Tengo un plan y...

—Venga ya. ¿Qué prisa hay? No te van a casar de noche. —Volvió a cerrar los ojos—. Creo que ni sería legal, pero no me hagas mucho caso, porque yo de esas cosas no entiendo.

—¡No te burles, Arthur! Esto es muy importante. Escucha, voy a...

Imposible. Quería mucho a Minerva, muchísimo, pero estaba demasiado borracho. Además, hubiese dado igual, porque no era capaz de luchar contra el sueño. Sintió que tiraba de él, esta vez de una forma irresistible, y la realidad no pudo retenerle más.

Envuelto en los vapores del mucho champán que había bebido, Arthur cayó y cayó, se sumió más y más en una profunda negrura, de la que no salió hasta una eternidad después.

—¡Arthur! ¡Arthur, despierta!

La voz fue lo primero de lo que fue consciente, y tardó unos segundos en identificarla. Era su madre. ¿Su madre? Ni recordaba la última vez que había ido a su dormitorio.

No solo eso, sino que le estaba agitando con fuerza. Consiguió abrir los ojos y la vio. Estaba muy pálida.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre? —preguntó, intentando soltarse. Le estaba haciendo daño—. Madre, ¿qué pasa?

«Oh, por todos los demonios», pensó, llevándose las manos a las sienas. Le estallaba la cabeza.

—¿Te ha dicho Minnie algo? —le preguntó su madre—. ¿Sabes algo?

—¿Algo? ¿De qué?

Lady Manderland le miró angustiada.

—Minnie ha desaparecido.

## Capítulo 1

—¿Qué? —exclamó con aire digno el joven Sloan Puscat, el atractivo marqués de Glèdhorcha, en uno de los elegantes salones del club Brooks's—. ¡No puede pedirme eso!

Arthur Ravenscroft, heredero del duque de Manderland y con marqués de Badfields como título de cortesía, compuso una mueca inocente, algo que resultaba casi turbador en alguien como él. Moreno y sumamente atractivo, tenía un rostro de rasgos bien equilibrados y unos ojos grandes y negros, rasgados de un modo que le hacía parecer a la vez hermoso y perverso.

«Los ojos de un demonio», había dicho más de una dama. Pero no por eso habían dejado de sucumbir a sus encantos.

—Lo siento mucho, lord Glèdhorcha, de verdad —dijo, encogiéndose indolentemente de hombros, en un gesto ensayado muchas veces frente al espejo. Como buen dandi que era, no dejaba ningún detalle de su aspecto al azar—. Sé que se trata de algo por completo inapropiado, pero no me queda otro remedio. Le consta que tengo una apuesta con otros caballeros, y lo difícil que me resultaría ganar algo así, sin contar con su ayuda.

El muchacho afirmó la mandíbula, pensativo, y Arthur aprovechó para servir por su cuenta otra ronda de la botella de buen whisky escocés con el que le estaba obsequiando. «Escocés para un escocés», pensó, divertido.

Glèdhorcha podía haber nacido en Londres y ser inglés hasta la médula por parte de padre, el oscuro duque de Dankworth, pero no podía negar la sangre de sus ancestros del norte. Estaba en aquellos ojos verdes, y en aquel

cabello rojo que llevaba algo más largo de lo habitual, lo que le daba un aire a la vez aguerrido y soñador.

—Desde luego, su pretensión de pasear a solas en barca con una dama, y de noche, es totalmente inaceptable —musitó, y agitó la cabeza—. Lord Badfields, hágame caso: debería asumir que le va a tocar pagar.

—Ya. A eso estaba abocado, y casi me había rendido, se lo aseguro. Pero, entonces, me he acordado de su pequeño problema, amigo mío, y se me ha ocurrido la idea de que colaboremos juntos, por el bien de ambos. Usted puede salvarme de una situación tan... incómoda. Tenga en cuenta que mis dos amigos han podido afrontar con éxito sus propias apuestas, incluso Rutshore, que tiene fama de ser tan divertido y audaz como una de esas momias que exhibe en su museo.

—Sí, lo entiendo.

—Qué le vamos a hacer, me gustaría no ser el único en fallar en el empeño. Y, a cambio, yo puedo conseguirle una cita a solas con lady Letizia Keeling. —Frunció el ceño—. Para hablar, por supuesto. Y conmigo fuera, justo al otro lado de la puerta y dispuesto a entrar si usted se propasa lo más mínimo.

Glèdhorcha le miró ofendido.

—Pero qué dice. ¡Yo nunca haría eso!

—Lo sé, hombre. —Arthur se echó a reír. ¡Qué serio era el escocés! O quizá todo se debía a que estaba tenso. Era joven y se encontraba hablando con uno de los individuos más notorios y más libertinos de todo Londres, con la esperanza de que le pusiera en contacto con Lizzie Keeling, esquivando al hermano mayor de la joven. Escandaloso—. Solo bromeaba.

—Oh. Perdone. Respeto muchísimo a lady Letizia. —Glèdhorcha se removió en el asiento, atormentado—. Si tan solo su hermano no fuera tan intransigente.

—Me temo que lord Gysforth no simpatiza con su padre, lord Glèdhorcha, pero tiene suerte, porque yo sí simpatizo con usted. Creo que sus afectos son sinceros y que es un joven íntegro que merece una oportunidad. Además, reconozco que me siento muy identificado con usted —añadió, con una sonrisa que esperaba resultase cercana, amistosa—. Yo también tengo un padre con el que no congenio, un hombre terco y con las ideas tan claras, que ofuscan totalmente las de los demás. Es algo que no ayuda a hacer amigos, desde luego. Por eso, muchas veces me he visto... maltratado por otros, solo por ser su hijo.

—Así es. —El rostro de Glèdhorcha se ensombreció—. Pero prefiero no tocar ese tema.

—No se preocupe. —No corría prisa. Ya llegaría el momento, de ser necesario—. Lo que importa ahora es que hable con lady Lettie, y puedan aclarar qué es lo que sienten ustedes y si ella está dispuesta a apoyarle, en el caso de que decida cortejarla. Y yo puedo ayudarle en esa empresa. —Esperó un par de segundos, pero el muchacho no dijo nada—. ¿Tenemos, entonces, un acuerdo?

Glèdhorcha titubeó todavía un poco más, pero finalmente, tal como esperaba, le tendió la mano.

—Confío en usted, lord Badfields.

—Me doy cuenta —replicó Arthur, cuidando con esmero las palabras, mientras se estrechaban las palmas.

—Y le advierto que mi hermana Ishbel no es una mujer fácil de tratar. Si se enfada, que Dios se apiade de usted en esa barca.

Los pocos conocidos comunes a los que había interrogado discretamente desde que empezó a considerar el plan del secuestro, varios meses antes, siempre le habían advertido de eso. Al parecer, Ishbel Puscot tenía un genio muy vivo. ¿Cómo le había dicho su prima, lady Faith, cuando tonteó con ella

para sonsacarla? Ah, sí. «Una auténtica escocesa, descendiente directa de los Stuart más batalladores».

Bien. Iba a ser una relación interesante.

—No se preocupe, nado muy bien. A las malas, me arrojaré por la borda y la dejaré allí... Era una broma, hombre. —Rio—. Le doy mi palabra de honor de que la llevaré sana y salva a la orilla. —No especificó qué orilla y por suerte el otro no preguntó—. ¿Cuándo llega de Escocia?

—Pasado mañana. Yo salgo a primera hora para reunirme con ella en Defiance Manor, nuestra mansión de Nottingham. Mi padre ya está allí, desde hace un par de meses. —Arthur tomó nota del dato, aunque sin mucho interés. No era algo sorprendente. Dankworth solía pasar varios meses al año en aquel lugar—. No sé si nos quedaremos allí un día o dos, pero, en todo, caso calculo que estaremos por fin en Londres el martes que viene. —Su expresión se ensombreció—. Mi padre tiene planes para ella.

—¿Para su hermana? Espero que no sean matrimoniales. —Al momento, comprendió que se había excedido un poco, sobre todo por el toque de ironía que no había podido contener. Intentó arreglarlo—. Lo digo porque, por la cara que ha puesto, no deben ser muy halagüeños.

—No, desde luego. No lo son, me consta que no van a gustarle nada. Como bien ha dicho antes, a veces los padres están tan convencidos de estar haciendo lo correcto, que no atienden a otras razones. —Miró el reloj y se sobresaltó—. Discúlpeme, pero ahora debo irme —dijo, apurando su vaso—. Si le parece bien, me pondré en contacto con usted a mi vuelta y hablamos, para organizarlo...

—Por supuesto, descuide. Podríamos ir el jueves, quizá.

—Por mí, en cualquier momento.

—Bien. Hablaré con mis amigos. Supongo que dependerá, como siempre, de lord Gysforth y sus compromisos, que suelen ser numerosos. Lord Rutshore

últimamente es más flexible. De hecho, desde que se casó, apenas viaja.

—El día que decidan, me parecerá bien. Y, lo de lady Letizia...

—Eso sería a continuación, desde luego. —Sonrió. Le agradaba que aquel muchacho se mostrase tan interesado en Lettie. Esperaba que, cuando lo supiera, ella dejase de lado al poetastro que la había estado visitando dos o tres veces por semana a lo largo del último año. Arthur no le soportaba, ni a él ni a sus ripios—. No se preocupe. Hablaremos de ello cuando nos veamos. Esa misma noche, tras el paseo en barca, si le parece bien.

—Muy bien. — Glèdhorcha se puso en pie y Arthur le imitó. Se estrecharon otra vez las manos—. Hasta pronto.

—Adiós, amigo mío, adiós.

Arthur le siguió con los ojos hasta que cruzó la puerta del salón y desapareció definitivamente de su vista. ¡Qué enormemente distintos que eran a veces los padres y los hijos! A saber cómo resultaba ser la hermana, pero Glèdhorcha era un joven muy agradable, muy distinto a su padre, siempre tan frío y distante.

Volvió a sentarse y decidió repasar una vez más su plan, mientras terminaba de tomarse el whisky y encendía un cigarrillo. Fumar no era uno de sus vicios preferidos, ni mucho menos, pero le gustaba hacerlo de vez en cuando, porque lo encontraba elegante. Últimamente llevaba siempre una pitillera de plata con sus iniciales, llena de cigarros expresamente liados para él.

Expulsó una bocanada de humo imaginando la escena en la orilla del Támesis. Saludaría cortés a la hija de Dankworth, la ayudaría a subir al bote y remaría como al descuido, sin prisas, disfrutando de la noche. Quizá debería aprender alguna poesía romántica, para amenizar el tiempo y entretenerla. Poco a poco, se alejaría de Sleeping Oak y detendría la barca en la ribera contraria.

Entonces, la obligaría a bajar y la arrastraría hasta el campamento, donde estarían esperando sus hombres. La meterían en el coche y, sin más, partirían rumbo norte. Un plan infalible.

Estaba por ver si realmente iba a tener que obligarla a dejar el bote o si se vería forzado a tirar de ella, por los pelos, hasta el campamento. No quería implicar en ello a los hombres de Thynne, tenían aspecto de auténticos brutos y podían hacerle daño. Con suerte, si era una mente lo suficientemente simple, quizá pudiera convencerla de que se había enamorado de ella, así, de pronto, en un flechazo repentino. Eso lo facilitaría mucho todo.

Al fin y al cabo, a James le había pasado algo semejante, aunque en su caso se hubiese debido más que nada a la semejanza de Bethany con aquel primer amor que había sido su madrastra, lady Evelyn...

Sintió una punzada de culpabilidad al pensar en esas cosas, sus planes para aquella desconocida. Iba a engañarla, a arrastrarla por el bosque, a encerrarla en el coche... A secuestrarla. ¡A qué punto había llegado! No le gustaba nada la idea, pero, como no era la primera vez que le ocurría, ya sabía lo que tenía que hacer: recordar que, al fin y al cabo, él no iba a hacerle ningún daño real a la niña Dankworth, al contrario de lo que seguramente le había pasado a Minerva.

A saber dónde estaba. O cómo.

«Oh, maldición...». Aplastó la colilla del cigarro con gesto nervioso. No quería ni imaginarlo. Mejor volver a centrarse en el secuestro.

Quizá, si consiguiera algo para dormirla...

Diez minutos después, cuando ya estaba más aburrido de sí mismo que de cualquier verso del poeta admirador de Lettie, entraron Gysforth y Rutshore, tan elegantes y puntuales como de costumbre.

James Keeling, el duque de Gysforth, era un hombre alto, superaba con mucho el metro ochenta, pero su amigo Edward Truswell, marqués de



Rutshore, le superaba en varios centímetros. Ambos eran morenos y atractivos, tenían poco más de treinta años, poseían una buena apariencia y compartían el mismo sastre.

Hubiesen podido terminar ahí todas las similitudes, pero había otra más: ambos eran hombres de estudios. James se había centrado desde siempre en la política, en su trabajo en la Cámara de los Lores, intentando crear una Inglaterra mejor. Llevaba varios años trabajando mano a mano con el ministro Robert Peel en la tarea de crear una policía moderna, algo que permitiera de verdad controlar el mundo de la delincuencia, algo que la vieja Guardia de Londres no podía enfrentar.

Edward, por el contrario, prefería vivir en el pasado y preservar los conocimientos adquiridos por culturas antiguas. Erudito de prestigio reconocido en toda Europa, era el dueño y el director del Museo Rutshore, uno de los centros de exhibición de piezas orientales más importantes de todo Londres. En ese campo, lograba hacerle sombra incluso al Museo Británico.

Arthur les hizo un gesto y se acercaron a él.

James sonrió divertido, mientras se sentaba en el sillón que antes había ocupado Glèdhorcha.

—Badfields, ¿se puede saber qué tramas? Tienes cara de gato satisfecho.  
—¿Tanto se notaba? Quizá—. Un madeira, Henson, gracias —le dijo al jefe de camareros, al ver que se acercaba solícito.

—Excelente elección, lord Gysforth —replicó el hombre—. ¿Y usted, lord Rutshore? ¿Qué desea tomar?

—Lo mismo, gracias —contestó Edward, con los ojos fijos en Arthur—. Sí que pareces contento, sí. Me das miedo, Badfields.

—Es que estoy contento —admitió Arthur, y lo soltó—: ¡Por fin he organizado mi encuentro para la apuesta!

—¿Qué? —James le miró sorprendido—. No puede ser cierto. ¿De verdad has conseguido concertar un paseo en barca, de noche, con una dama a la que no has visto nunca? —Arthur asintió, sonriendo de oreja a oreja, muy orgulloso de sí mismo—. ¿Ni tampoco has hablado con ella? ¿Seguro?

—Tampoco. Nunca. Seguro.

—¿Y puede saberse cómo lo has hecho?

—Digamos que he usado un sistema parecido al tuyo, mi querido Gysforth: he contactado con el familiar de una dama que, a cambio de un favor, ha accedido a convencerla.

—Ah, malandrín. —Edward ahogó una carcajada—. Claro, era una buena solución. Solo espero que ese alguien no vaya a convencer a su madre, solo por hacerte el favor.

—No, no. No se dijo en ningún momento, pero creo que todos hemos considerado siempre que, la dama en cuestión, debía ser soltera y estar en edad casadera.

James asintió.

—Sí, creo que eso hemos supuesto todos, siempre.

—¿Y quién es, si puede saberse? —preguntó Edward—. Quizá nosotros sí la conozcamos...

—No creo. Ha vivido casi todo el tiempo en un castillo, en Escocia, y a lo largo de su vida ha venido poco por Londres. —Dejó pasar un largo segundo antes de soltarlo, imaginando lo que iba a ocurrir—. Es Ishbel Puscat. La hija pequeña de lord Dankworth.

—¿Qué? —Sus dos amigos le miraron con idéntica expresión de asombro—. ¿Es broma, no? —preguntó James, frunciendo el ceño.

—En absoluto.

—Entonces, te has vuelto loco...

—¿Qué pasa, por qué la has elegido a ella? —preguntó Edward—. Y no digas que ha sido pura casualidad, porque no te vamos a creer.

—No, no es casualidad. Quiero... tantear, acercarme más a los hijos de Dankworth. Lord Glèdhorcha parece un buen muchacho.

—¿Y qué piensas conseguir con ello? —Las pupilas de James estaban cargadas de sospecha.

—No lo sé.

—Sabes que Dankworth es un hombre peligroso. De tener algo más que la palabra de Harry, le acusaría públicamente de traición.

Harry era el apodo familiar que usaban con lady Harriet Waldwich, la esposa de Edward. Su primer marido, lord Chadburn, que había trabajado como espía para los franceses, le confesó, poco antes de morir, que Dankworth había encabezado una confabulación para entregar Inglaterra a Napoleón Bonaparte, a cambio del trono.

Lamentablemente, cuando luego registraron Chadburn House, no encontraron nada al respecto, ninguna prueba física que refrendase semejante acusación, por lo que James había considerado que lo mejor era mantenerlo en secreto.

Al menos, de momento.

—Lo sé —convino Arthur, con una mueca—. No te preocupes, no voy a hacer nada que no hiciera él mismo.

—¿Y eso qué quiere decir, exactamente?

Debería haberse mordido la lengua. No era momento de hablar de las implicaciones de Dankworth en el secuestro de Minnie. Si lo hacía, le vigilarían de cerca y quizá hasta frustrasen el secuestro. No podía permitirlo.

—Nada. ¿Qué va a querer decir? Que me comportaré como un caballero, eso es todo.

No supo si llegó a tranquilizar a James, pero por lo menos Edward, dándose cuenta de lo tenso de la situación, intentó contemporizar.

—Estará bien conocer a la hija de Dankworth. Dicen que es una joven muy hermosa. ¡Y muy temperamental!

Arthur hizo una mueca mental, preguntándose si al final tendría un combate en el barro, en la orilla del Támesis, con una guerrera escocesa con muy malas pulgas en su *kilt*. O si se caerían del bote, peleando a puñetazos como jabatos. Odiaría mojarse a esas horas, pero tendría que asumir el riesgo.

—Sí, eso ya me lo ha advertido su hermano.

—Pues por mí, cualquier día vendrá bien —siguió Edward—. Lo único, cuando lo organices, por favor, intenta que no sea a una hora muy tardía, que luego tenemos que volver.

—Podríamos organizarlo y dormir todos en Sleeping Oak —sugirió James, cediendo, al menos en apariencia. Seguro que seguía dándole vueltas a su curiosa elección de pareja—. Dejamos a los niños en Gysforth House, bajo el cuidado de mis hermanas, nos llevamos a Bethy y a Harry y pasamos el día siguiente allí. Si hace bueno, podemos bañarnos y comer al aire libre. Podemos invitar a los hermanos Puscot. Reconozco que el muchacho es muy agradable, aunque poco hablador.

Arthur se echó a reír.

—Habla como cualquier otro. Pero tú le impones.

James le miró sorprendido.

—¿En serio? ¿Y eso?

—No estoy seguro. Tendrás que preguntárselo a él.

Edward sonrió.

—A mí me parece un plan estupendo. Hace mucho que no hacemos algo así. ¿Qué dices, Arthur? ¿Te apuntas?

Él parpadeó.

—Oh, por supuesto, lo que decidáis me parecerá bien. Yo me conformo con pasar una noche en el Támesis.

## Capítulo 2

—¡Tutú, ven aquí! —exclamó lady Ishbel Puscat. Su perrito, un pomerano diminuto que parecía una bolita de pelo blanco, cardado en todas direcciones, no hizo ningún caso, como era habitual en él. Siguió mordiendo con saña el zapato del señor Woods, el mayordomo de Dankworth House—. ¡Tutú, te lo digo muy en serio, me voy a enfadar!

—El perro no debería estar en el comedor, Ishbel —le advirtió su padre, lord Dankworth. Viendo que estaba cercano a enojarse, ella se levantó, cogió al animalito y le dio un azote.

—Perrito malo. Pide disculpas al señor Woods. —El perro ladró al mayordomo, que solo se permitió mirarle un segundo, con animadversión—. Así, muy bien. —Volvió a la mesa y se acomodó, con Tutú en el regazo. También se sentaron su padre y su hermano, que se habían levantado al hacerlo ella. Siempre lo hacía, sabía que era inútil protestar por ello—. Lo siento, padre. Está excitado por el viaje y el cambio de casa. Echa de menos Tùr Làidir. —Cogió un trozo de carne de su plato con los dedos y se la dio—. Ya se calmará.

—¡Por Dios! No le des de comer en la mesa.

—¿Por qué no? Está acostumbrado a comer conmigo.

—Pues habrá que quitarle esa costumbre, cariño. Déjalo en tu cuarto durante las comidas. Los criados le atenderán.

Había sido dicho con tono amable, pero sabía que era una orden. Ishbel pensó en protestar. Al fin y al cabo, acababa de llegar a Dankworth House, de

modo que, si quería conseguir cosas, era mejor pedir las cuanto antes, mientras su padre siguiera contento por tenerla de regreso, e inclinado a darle sus caprichos. Pero le conocía lo suficiente como para saber que no merecía la pena discutirlo. Al menos, no en ese momento.

Apretó los labios, con el gesto que su hermano Sloan denominaba «obstinación Puscát». Ya se las arreglaría. Su padre era terco, pero ella más. Tutú terminaría comiendo a su lado, como había hecho siempre. Con formalidad, eso sí.

De momento, simuló rendirse.

—Está bien. —Siguieron comiendo en silencio. Ishbel suspiró. Miró a su hermano, que casi no había pronunciado palabra desde que se sentaron—. ¿Te pasa algo, Sloan?

Al menos, sirvió para que levantase la vista del plato.

—¿Eh? No, en absoluto.

—Pues nadie lo diría. —Hizo un gesto coqueto—. ¿Es que no te alegras de verme?

—Claro que sí, Pizpireta. —Ese era el apodo con el que la llamaba de niña. Ishbel le sonrió con cariño—. Mucho, y lo sabes.

—Ya. Como sé que algo te pasa.

Sloan se encogió de hombros. Fue su padre el que respondió:

—Hemos discutido.

—¿Por qué?

—Porque tu hermano no está demostrando el suficiente interés por los asuntos familiares. Ahora que ya es un hombre, esperaba que quisiera participar conmigo en política, que se diera a valer entre los grandes de nuestro país.

Ishbel asintió.

—Para que, cuando ocupe su asiento en la Cámara de los Lores, todo el mundo le conozca y le respete, ¿no?

Un momento de tensión mientras padre e hijo intercambiaban una mirada de soslayo. Al menos, eso le pareció, pero fue tan instantáneo que, un segundo después, no pudo estar segura.

—Eh... Sí, eso es —replicó finalmente Dankworth—. Pero no hay manera. Lleva un año dando tumbos, a la deriva.

—Padre... —El tono de advertencia fue evidente. Y desconcertante. Sloan no era como ella. Pese a su nombre, que significaba «guerrero» o «luchador», siempre había sido demasiado pacífico y complaciente, para su propio bien—. Dijimos que nada de hablar de esos temas en la mesa.

Lord Dankworth le frunció el ceño.

—Cierto. Perdona. No pretendía perturbarte la digestión.

Sloan hizo un gesto de fastidio.

—¡Oh, por favor...!

—No empecéis a discutir —protestó ella, temiendo que aquello acabase en trifulca—. ¡Acabo de llegar!

—Es cierto —reconoció su padre, con un asentimiento. Volvió a centrarse en su plato y buscó un tema de conversación menos conflictivo—. Cuéntanos, ¿cómo va todo por Tùr Làidir?

—Como siempre. Madre y la abuela te manda sus afectos.

Miró solo a su hermano. Todos tenían muy claro que la abuela odiaba a muerte a lord Dankworth. De haber sido por ella, los Puscat de Nottingham y los Kirkpatrick-Stuart de Tùr Làidir, jamás hubiesen unido sus sangres, a no ser en un campo de batalla. En cuanto a su madre, había que reconocer que



ella y su padre habían sido un matrimonio bien avenido durante muchos años, más que nada porque lady Agnes siempre había hecho lo que su marido decía. Tenía un carácter muy semejante al de Sloan, siempre dispuesto a la concordia. Ishbel se parecía más a su abuela.

Pero, aunque ambos se negaban a tratar el tema, era más que evidente que sus padres habían discutido porque, desde las últimas navidades, lady Agnes había optado por quedarse en su Escocia natal, y no tenía planes de volver.

—Muy amable —se limitó a decir lord Dankworth, con voz neutra. Pero, una vez planteado el asunto, aunque fuera de esa forma indirecta, Ishbel no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—¿Por qué no vuelve madre, padre? —preguntó. Quizá la notó preocupada, porque no se enfadó. Solo se encogió de hombros.

—Vuestra abuela está mayor, y delicada de salud.

—Padre, la abuela está sana como un roble —le corrigió Ishbel—. Lo sé porque acabo de dejarla. Cabalgábamos juntas todos los días para ver cómo estaban los arrendatarios y saber qué necesitaban. Lady Janetta sigue teniendo más energías que usted y yo juntos.

—Bueno... Pero, pese a eso, está mayor. Es normal que vuestra madre quiera permanecer a su lado y compartir con ella todo el tiempo posible. No te preocupes. Ya vendrá.

Ishbel, que acababa de despedirse de su madre y había comprobado su ánimo, lo veía poco probable, pero decidió cambiar de tema. Demasiadas tensiones ya para una primera comida.

—¿Cuándo iremos a Londres? ¿Pronto? —preguntó. Su padre sonrió, agradecido, y asintió.

—Mañana mismo, si lo deseas.

—¡Oh, sí, muy bien! Justo cuando salía, me llegó otra nota de la prima

Sue. ¡Está nerviosísima! Quiere organizar con tiempo mi presentación en la temporada, y ya llevamos mucho retraso.

Lord Dankworth sonrió con mayor amplitud.

—Susan siempre tan entusiasta. Pero no te preocupes. Vete a todas las fiestas que quieras, pero aprovecha el tiempo para divertirte, sin más. Tú no necesitas mostrarte por ahí como una yegua a la venta para conseguir un buen marido. Tú no. —La miró, con expresión satisfecha, como si esperase de ella alegría y agradecimiento—. Ya he llegado a un acuerdo.

Ishbel le miró sorprendida. Sloan simuló estar muy ocupado con su cena.

—¿Cómo... cómo que ha llegado a un acuerdo, padre? ¿Con quién? —Su ceño se empezó a fruncir casi por voluntad propia, pudo sentirlo—. ¿Y por qué no me preguntó mi opinión?

Lord Dankworth arqueó las cejas, con igual sorpresa.

—¿Por qué debería preguntarte? Yo sé mejor qué tú qué te conviene, Ishbel, no seas descarada.

—Es mi matrimonio. Me parece a mí que tendré algo que decir.

—Por supuesto —asintió su padre—. Dirás «sí», cuando se te pregunte. Y «gracias», espero, cuando todo se haya confirmado.

—¡Padre!

Pero se calló cuando él frunció el ceño.

—No quiero que me montes una escena, te lo advierto. ¿A qué viene esto? —añadió, cuando estuvo seguro de que no, ella no iba a replicar. Le encantaba hacer eso, darte la lección que no querías recibir, sabiendo que ibas a hacer exactamente lo que él dijera—. Un matrimonio no es algo de capricho, ni un tema en el que deba opinar una niña que no sabe nada del mundo. Es una cuestión familiar, Ishbel. Igual que espero mucho de Sloan, espero mucho de ti.

Habéis tenido la suerte de nacer en el seno de una familia importante, habéis vivido en el lujo y los privilegios, y, ahora que sois adultos, debéis comportaros del modo más conveniente para nuestro linaje.

Ishbel le miró con amargura. Consideró contestar a semejante discurso como se merecía, pero se le pasó por la cabeza la posibilidad de que, en definitiva, le gustase el hombre elegido.

—¿Puedo saber, al menos, quién es?

Su padre titubeó.

—Todavía no. —Mala señal. Eso significaba que era alguien que conocía, y que jamás hubiese considerado para un matrimonio. Alguien que no iba a gustarle, y lord Dankworth no quería tener que soportar sus protestas más allá de lo necesario—. Ya te informaré cuando sea oportuno.

Sloan dejó la servilleta con gesto irritado.

—¿Ves, Ishbel? ¡Como para mostrar interés por los asuntos familiares! En realidad, se reducen a oír y obedecer.

Ella estaba muy pálida.

—Quiero saber quién es —insistió.

Su padre frunció más todavía el ceño.

—Estás cansada por el largo viaje —dictaminó—. Si has terminado de cenar, puedes irte. Y que no vuelva a ver a ese chucho en el comedor.

Ishbel intercambió la mirada con su hermano. Él le hizo un gesto negativo, no merecía la pena insistir, y sabía que tenía razón, era mejor dejarlo. Se levantó, haciendo que los dos hombres se incorporasen de inmediato, y se dirigió hacia la puerta.

—Ishbel... —llamó su padre, en el último momento. No quería, pero le miró, muy digna, con Tutú entre los brazos. Lord Dankworth sonrió, intentando

arreglar las cosas, pero sin ceder terreno—. Créeme, solo cuido de tus intereses. Hazme caso y algún día serás una de las mujeres más poderosas de Inglaterra.

—Preferiría ser una de las más felices —replicó ella, con voz tensa.

Lord Dankworth hizo una mueca desdeñosa, como si tuviese que enfrentarse al argumento infantil de una niña.

—El poder y la felicidad van de la mano, créeme. Pero es algo que solo se descubre con los años, por eso somos los padres los que nos ocupamos de los negocios matrimoniales. Confía en mí, sé lo que hago.

Hizo un gesto para que se retirase, y ella no perdió más energías intentando discutir. Se marchó.

Subió a su dormitorio, donde intentó llorar un poco a solas, pero no estaba acostumbrada a las lágrimas, y menos cuando todavía no había perdido toda esperanza. ¿Y si, a pesar de lo que le había parecido intuir, su padre la había prometido a un hombre guapo y gallardo? Quizá dudaba en decirle el nombre porque era alguien de mala reputación.

¡Como aquel Arthur Ravenscroft, el turbio marqués de Badfields, por ejemplo! Ella había vivido casi siempre en Escocia y no le conocía personalmente, nunca le había visto, pero su nombre era comentado en susurros por todas las jóvenes de buena familia. Decían que era guapo y perverso como un demonio...

Lady Faith, una de las primas de Ishbel, tuvo que ir a Tùr Làidir en enero, poco después de iniciarse la temporada en Londres, para que su abuela le encontrase un marido en el norte. Alguien que fuese un mejor partido del que hubiese podido tener ya en Inglaterra, tras un escándalo relacionado con aquel individuo.

Cuando le preguntó al respecto una noche, mientras compartían la cama, Faith le aseguró que sí, que había tenido un encuentro muy apasionado con

lord Badfields, en los jardines de la mansión de los vizcondes Waugh, durante una de sus fiestas. ¡Y dijo que no se arrepentía de ello!

A saber qué habría de verdad o de mentira en lo que le contó, porque Faith siempre había sido muy exagerada y su comportamiento resultaba bastante poco... apropiado en cualquier sitio, pero si de verdad lord Badfields le subió las enaguas y le tocó los muslos con sus manos desnudas, aquel hombre era la personificación del vicio y del pecado.

Pero había muchos hombres en Londres y, si lo pensaba bien, lord Badfields tenía buena posición, pero su familia había decaído mucho en los últimos años, perdiendo en poder y fortuna, por lo que había oído decir. Además, no estaba comprometido con la política, ni daba la impresión de ser alguien capaz de ayudar a ningún otro a escalar puestos en la lucha por el poder.

No, seguramente no sería él. Su amigo, lord Gysforth, hubiese resultado mucho más apropiado. De hecho, alguna vez había oído hablar a su padre de lo conveniente que sería un matrimonio entre ella y el duque de Gysforth, y hasta les había oído a hablar, a él y a su madre, sobre la posibilidad de iniciar unas negociaciones al respecto, pero a esas alturas ya estaba casado con otra.

Ishbel se sintió desesperar. ¡Tenía que descubrir quién era! Tenía que hacerlo porque, de ser alguien terrible, totalmente inaceptable, no estaba dispuesta a viajar a Londres para verse atrapada en esa tela de araña. Huiría de inmediato, de vuelta al norte, al castillo de su abuela. Lady Janetta la protegería, seguro. Su padre nunca se atrevía a oponerse a ella, le tenía mucho respeto, pese a saber que le odiaba. Por eso no había vuelto a pisar Tùr Làidir desde la muerte del abuelo.

¡Quizá tenía el nombre en su despacho!, se le ocurrió de pronto. En una carta, por ejemplo. Sí, era muy probable que hubiese intercambiado correspondencia con él, porque su padre llevaba ya un tiempo en Defiance Manor, varios meses. Era una buena idea y, en todo caso, no perdía nada por

intentar comprobarlo. Esperaría a que todo el mundo durmiera, e iría a su despacho a echar un vistazo.

Decidió actuar como de costumbre. Se bañó, se puso el camisón y dejó que su doncella, Nelly, le cepillase la larga melena pelirroja hasta que quedó suave como la seda. ¡Era tan rizada! Miró su reflejo en el espejo. «Esa de ahí, es lady Ishbel Puscatt», pensó, intentando imaginar que era alguien desconocido que veía por primera vez ese rostro. Lo estudió con aire crítico.

No estaba mal, desde luego. Todos decían que era muy hermosa, pero ella hubiese preferido tener la nariz más recta, en vez de respingona, y ser morena, o rubia, en vez de pelirroja. Y que su pelo fuese más liso, en un bucle más grueso, en vez de aquellos rizos diminutos que le daban aire salvaje. ¡Y no tener pecas! No tenía muchas, cierto, no como la pobre Nelly, en la que eran una plaga por prácticamente todo el cuerpo. Ishbel solo mostraba unas cuantas, espolvoreadas con suavidad por la parte superior de las mejillas.

Pero, en su opinión, eran las suficientes como para molestar en lo que hubiese debido ser un cutis perfecto. Lamentablemente, por más emplastos que se había puesto desde que cumplió los doce años, a base de recetas tradicionales o de los sucesivos remedios que había ido inventando para ella la curandera de lady Janetta, no había conseguido eliminarlas.

Se pasó una mano por la mejilla.

—¿Qué voy a hacer, Nelly?

—¿Lo dice por las pecas, milady?

—Sí... también.

Nelly rio. Era una chica escocesa, hija y nieta de las parteras de Tùr Làidir. Ishbel y ella tenían la misma edad y, a los trece años, la habían llevado a vivir al castillo, para ser su doncella. Con el tiempo, se habían hecho más amigas de lo habitual entre señora y sirvienta. Ishbel se sentiría perdida sin Nelly ayudando en la sombra. Bajita y regordeta, jamás le faltaban los ánimos,

ni la sonrisa resplandeciente.

—Es usted muy hermosa, milady, no se preocupe. Además, eso ni siquiera puede decirse que sean pecas. *Esto* —mostró el dorsal de su mano derecha, cubierta de feos puntos marrones, como el resto de su cuerpo— son pecas.

Ishbel sonrió. Bendita Nelly... Qué curioso era que, de las dos, fuese ella la que sentía algo de envidia por la otra. ¡Ojalá pudiera tomarse así las cosas! Pero le resultaba imposible, por completo.

Se acostó. Nelly apagó la última vela y se fue. Tutú, que había estado dormitando junto a la chimenea, se subió a la cama y trepó a su estómago, donde se puso a dar vueltas sobre sí mismo, como para acomodar la zona.

Ishbel le acarició.

—No tienes que ser malo, Tutú. Padre no tiene tanta paciencia como abuela. Si queremos que te acepte en la mesa, tenemos que ser muy listos.

Tutú rezongó algo, le lamió la mano y se tumbó, enroscadito sobre su vientre. Era un peso familiar que la hacía sentirse bien y segura.

Ishbel trató de mantenerse despierta, pero no pudo, era de natural madrugador y por las noches caía rendida muy pronto. De no ser por Tutú, que decidió cambiar de postura y se movió hacia su pecho, hubiese abierto los ojos con las primeras luces de la mañana. Pero, por suerte, no fue así.

«¿Qué hora será?», se preguntó al recordar repentinamente sus planes, lo que la despejó por completo. La chimenea seguía con un buen fuego, así que no se habría hecho muy tarde. La una o las dos, como mucho.

Se sentó en la cama y Tutú lanzó un gruñido somnoliento.

—Calla, tonto —le susurró—. Tengo cosas que hacer. Luego vuelvo.

Se levantó, pese al gimoteo de protesta del perrito, se calzó las zapatillas y se puso la bata de terciopelo, que la abrigaba lo suficiente, incluso en esa

época del año. Cogió una palmatoria con una vela, la encendió con ayuda del fuego de la chimenea y salió de la habitación, asegurándose de dejar dentro a Tutú.

¡Qué oscuros, qué inquietantes estaban los pasillos a esas horas! La luz de la vela apenas iluminaba un pequeño círculo a su alrededor y, lo único que se oía, era el susurro del viento, que se movía al otro lado de las grandes ventanas. Ishbel se recogió las faldas con una mano, para no tropezarse, y bajó silenciosamente las escaleras. En el vestíbulo, tomó por el pasillo de la izquierda, pasó frente a la puerta de la biblioteca y se dirigió al despacho de su padre.

Entró, cerró la puerta y contempló el lugar, iluminado por el resplandor de la noche que llegaba a través del gran ventanal con puerta acristalada que había al fondo. Le latía el corazón con fuerza, muy rápido. ¡Por Dios, si la descubrían allí, estaría castigada hasta que los Puscat no fuesen más que un vago recuerdo sobre la faz de Inglaterra! Tenía que darse mucha prisa y volver rápido a su dormitorio, lo antes posible.

A ver, ¿dónde demonios guardaba su padre la correspondencia? Empezó a buscar cartas por allí, pero las pocas que encontró sobre la mesa, apiladas en una bandeja de plata, se referían a cuestiones de la administración de esa propiedad o asuntos políticos de Londres, nada de tipo personal, y no había nada relevante en los cajones del escritorio.

Al menos, relevante respecto a su matrimonio. Encontró documentación sobre la participación de su padre en la «Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales», en la que formaba parte de la Junta de Propietarios, como accionista, y de la que su madre y su abuela hablaban abominaciones. Expolio de la India. Plantación allí de opio, que luego se introducía en China a través de supuestas agencias privadas, aunque detrás de todo estaba la Compañía. Riquezas inmensas conseguidas a costa de convertir en adicto a todo un pueblo. No, no podía creerlo. Era demasiado



terrible, su padre no participaba en eso. O quizá no conocía la realidad de las cosas.

Dejó todo aquello y cerró el cajón, deseando olvidarlo. En lo que debía centrarse era en el tema de su matrimonio, y allí no había nada. O sí, pero lo único que quedaba por revisar era el arcón reforzado que su padre llevaba de un lado a otro cuando viajaba y que luego se encajaba en una repisa que tenía en cada casa, especialmente diseñada para ello. Sujeta en su parte delantera con un travesaño de hierro que se cerraba también con llave, era imposible moverla por la fuerza sin destrozar la propia pared.

Pues, si el nombre estaba allí dentro, no veía posibilidad de conseguirlo...

De pronto, le pareció oír algo en el exterior. ¿Una puerta? Quizá la salida al jardín desde el salón. Asustada, apagó la vela de un manotazo y el despacho quedó repentinamente a oscuras, excepto por la luz de la noche, que dibujaba sobre el despacho las formas distorsionadas de los encajes de las cortinas. Esperó un segundo, pero no pasó nada, así que se acercó al ventanal.

Efectivamente, alguien había salido a la parte trasera de la casa por la puerta del salón, la más cercana a las escaleras del vestíbulo. De hecho, pegó la nariz al cristal y llegó a verlo, cruzando entre los cuidados parterres del jardinero, el señor Hudson. Caminaba con paso tranquilo en dirección al portón secundario del muro que circundaba Defiance Manor.

Se dirigía hacia el bosque. ¿A esas horas?

Y, para más asombro, le pareció que era su padre.

Intrigada, Ishbel giró la manilla de la puerta acristalada, abrió y salió al exterior. El susurro del viento aumentó de volumen, se movía a rachas, agitando la vegetación. Hacía algo de frío, pero no el suficiente como para desalentarla. Además, no quería subir a por algo más abrigado, porque perdería la pista de su padre.

Bajó la escalinata, cruzó el jardín a buen paso y se dirigió también a las

puertas traseras del muro.

Cuando llegó, estaban entreabiertas, algo extraño, porque solían mantenerlas cerradas con el pestillo interior, tanto de día como de noche. Las cruzó y salió al exterior. A pocos metros estaba ya el primer grupo de árboles del bosque de Sherwood. A la luz de la luna, vio una silueta moviéndose en esa dirección. La siguió.

Ishbel había jugado muchas veces por allí, de niña, con su hermano Sloan y algunos niños del cercano pueblo de Kings Clipstone. Sabía que cerca había unas ruinas, los restos llamados King Johns Palace, que, según decían, había sido la residencia de algunos reyes cuando iban a la zona a cazar, siglos antes. Llevaba abandonada muchos años y solo quedaban en pie algunas paredes.

Quien quiera que fuese, debía dirigirse hacia allí, porque, si seguían de frente, llegarían a ellas. Y si era su padre, como sospechaba, no tenía ningún sentido semejante paseo a esas horas.

Cada vez más sorprendida, Ishbel se movió entre los árboles y no tardó en empezar a tener la impresión de que había actividad cerca. Eran vibraciones, sonidos, presencias... Oyó el relinchar de un caballo, y le llegó algo que se preguntó si no sería el eco de una risa, una carcajada. No tardó en distinguir luces, bastantes. ¿Había antorchas en las ruinas? Sí, claro que sí. Formaban un círculo resplandeciente, mostrando bosquejos de algo, y volviendo más oscuro todo cuanto las rodeaba.

Desde la distancia, protegida tras un tronco caído, Ishbel vio las formas oscuras de hombres, coches y caballos.

¿Una reunión? ¿Allí? ¿En mitad de la noche?

No veía ninguna cobertura, no había árboles, ni rocas, entre ella y las ruinas, pero tendría que arriesgarse a acercarse un poco más, si quería ver mejor qué pasaba. Dio un par de pasos.

De pronto, una mano le tapó la boca y un brazo igualmente fuerte la rodeó

por la cintura. La alzaron en volandas, dibujando una línea curva mientras la alejaban de allí para meterla de vuelta entre los árboles. Forcejeó cuanto pudo, pero resultó inútil. No era lo bastante fuerte.

Por suerte, en ningún momento llegó a estar en peligro.

—¡Quieta! —dijo una voz más que conocida. Era Sloan—. ¡Estate quieta, Ishbel! ¡Soy yo!

La soltó. Ishbel tardó un segundo en recuperarse del susto y le miró atónita, aunque apenas distinguía sus rasgos en la penumbra.

—¿Se puede... se puede saber qué haces, tonto? —Le lanzó un manotazo que apenas le rozó—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Eso mismo podría preguntarte yo —replicó él. Captó su enfado en el tono de la voz—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Seguía a padre.

—Pues no deberías hacerlo. Tendrías que estar en la cama.

—¡No soy una niña, Sloan! —protestó, empezando a enojarse en serio—. ¡Ya tengo veintitrés años!

—Tonterías. —Un golpe de viento agitó los árboles que les rodeaban, y también su bata y el camión. Ishbel tembló cuando aquella brisa cortante y húmeda se filtró por debajo de la tela. Sloan se quitó la chaqueta y se la ofreció. Hubiese querido negarse, pero realmente empezaba a tener frío—. Además, estás helada. Vamos.

—Espera. —Se resistió un momento y miró hacia las ruinas. Las luces brillaban allí, a lo lejos, moviéndose en la oscuridad, como luciérnagas bailarinas—. ¿Qué están haciendo ahí? ¿Qué es toda esa gente?

Sloan se volvió también en esa dirección. Seguía sin poder ver bien su rostro, pero captó su gravedad.

—Tienen una reunión —dijo.

—¿Quiénes?

—La Estirpe.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Qué es eso?

—Nada, vamos. —Parecía lamentar haber hablado de más—. Volvamos. Aquí no te puedes quedar.

Regresaron a Defiance Manor, caminando lentamente.

—¿Padre quería que fueses a esa reunión? —preguntó ella. Sloan la miró de reojo.

—Sí.

—Debe ser importante.

—Padre cree que lo es.

—Pero no has ido.

—No.

—Te ibas a limitar a mirarles de lejos.

—Sí. Quería saber quiénes iban. Y no voy hablar más del tema, Ishbel — la interrumpió, cuando iniciaba una nueva pregunta—. De verdad, créeme, son cosas de política, y ya sabes cómo es padre. No merece la pena pensar más en ello.

Ella asintió. Sabía que su hermano la quería. Además, había temas que, en ese momento, le parecían mucho más importantes.

—¿Tú sabes a quién me ha prometido? —le preguntó. Él titubeó un momento, pudo sentirlo.

—Sí.

—¿A quién? —Como no contestó de inmediato, insistió—. Dímelo, Sloan. Por favor, necesito saberlo.

—Ah, está bien... A lord Kennerath.

Lord Kennerath... La imagen de un hombre grande y tosco como un enorme trozo de piedra sin desbistar ocupó su mente, por completo. Le había visto un par de veces, en sus visitas a Londres. Calvo y brutal, esas eran las palabras que se le ocurrían para describirle. Y malvado, tenía ojos de malvado.

No podía decir que lord Kennerath se hubiese acercado nunca a ella con un deseo impropio, pero sí que siempre había notado algo extraño en su mirada. Ahora, al fin, sabía lo que era.

Ambición. Posesión. Espera.

Ishbel se detuvo. O, más bien, se quedó clavada en el sitio.

—No será verdad. No será cierto, Sloan. Es una de tus bromas.

—No, en absoluto. Te lo juro, es cierto. Yo no...

Intentó agarrarla por un brazo, para consolarla, pero ella le rechazó. En esos momentos, no podría soportar que nadie la tocara.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve, Sloan? ¡Querer casarme con ese... ese hombre horroroso! ¡Ese bruto violento, con ojos de malvado! ¡No voy a consentirlo!

—¡Baja la voz! Y no seas tonta. Piensa bien qué vas a hacer, antes de enfrentarte a padre.

—¿Qué hacer? Lo único posible, dado el caso: huir.

—No seas absurda, no puedes irte sola a ningún lado. ¿De qué vivirías?

—Aunque te cueste creerlo, tengo una educación y no soy tonta. Sé leer,

escribir, me gustan las matemáticas, la historia, la literatura, buenas maneras... Podría educar a los hijos de un noble. —Sonrió, imaginando una escena entrañable, en un salón muy bonito y luminoso, con niños muy guapos, educados y elegantes. La miraban con adoración y respondían bien a todas las preguntas—. ¡Ah, también les daría clases de piano y baile!

—Por favor, Ishbel. ¿Qué dices? ¿Los hijos de un noble? Padre no tardaría nada en encontrarte y te traería de vuelta.

Cierto. Sloan tenía razón. Ishbel pensó a toda velocidad. En su mente, el salón se convirtió en una habitación desvencijada y gris, sin ventanas, y los niños cambiaron a estar sucios y vestidos con harapos, pero, al menos, seguían comportándose de un modo muy educado.

—¡Pues los hijos de un campesino! ¡O de un pescador! O gente que haga cosas, no sé, de esas...

Sloan se echó a reír.

—¡Como que unos campesinos van a gastarse su poco dinero en que una institutriz refinada les enseñe piano a sus hijos! ¡O cómo bailar una polonesa!

Eso era verdad, qué tontería. Las matemáticas todavía podrían serles útiles para hacer sus cuentas de sacos de grano, gallinas, vacas y esas cosas que había en las granjas... De todos modos, dejó a un lado aquella posibilidad.

—Pues... ¡me echaré un amante! —Se le ocurrió de pronto—. ¡Así lord Kennerath ya no me querrá!

—Esa sería una solución, cierto —convino su hermano. La miró muy serio. La luna aprovechó ese momento para iluminar con más fuerza y vio la urgencia y la preocupación en sus ojos—. Pero, date cuenta de que tendría que ser un escándalo sonado, Ishbel, algo que haga que Londres entero se tambalee sobre sus cimientos, hermanita. Perderías por completo tu reputación, y sabes lo que eso significaría. Tienes que pensarlo bien.

Ella dudó. Ya imaginaba el desdén de los caballeros y de algunas damas, la frialdad con la que la recibirían en todo acontecimiento social, por mucha hija de lord Dankworth que fuera. Por eso, precisamente, no le cerrarían las puertas, pero le harían saber de mil modos distintos cuánto la despreciaban.

De hecho, pensándolo bien, su padre no querría que fuese a ninguna parte, para no avergonzarle.

—¿No valdría con algo que supiera él, y ya está?

—No. Si no hay escándalo, me temo que lord Kennerath te querría aunque hubieses sido deshonrada, Pizpireta. Y ni así le importaría que fueras coja, sorda o bizca. Eres muy atractiva, seguro que lo reconoce, vamos, digo yo... Pero, lo que le interesa de ti no es tu aspecto físico ni tu mente, ni nada relacionado contigo propiamente, sino reforzar el lazo político que le une con padre.

Ambición. Aquella mirada, siempre clavada en ella. Pues claro.

—Lo sé.

—Sin embargo, si hay escándalo... —Parecía estar pensando en algo en concreto—. Si, por ejemplo, te escaparas durante unos días con alguien de muy mala reputación y todo Londres lo comentase, dudo mucho de que lord Kennerath te aceptara a tu vuelta. Haría el mayor de los ridículos. Incluso su posición política, en vez de afianzarse y mejorar, se tambalearía peligrosamente.

—Pero eso implicaría... con eso me convertiría en una paria social, Sloan. ¡Mira Faith! ¡La enviaron al norte, y no tuvo más que un flirteo tonto, una noche, en una fiesta! —Ishbel agitó la cabeza, con los puños tan apretados que hasta se hacía daño—. ¡Tienes que hablar con padre! ¡Tienes que hacerle recapacitar!

Sloan bufó.

—Ya he hablado con él, muchas veces. Por eso estábamos enfadados en la cena. ¿De verdad piensas que iba a quedarme de brazos cruzados ante semejante barbaridad? En absoluto. Hasta le advertí que retaría a duelo a lord Kennerath, si llegaba a plantearse en serio el compromiso, pero no sirvió de nada.

Ishbel frunció el ceño, aunque recuerdo repentino.

—¿Lord Kennerath no tiene fama como tirador a pistola?

—Sí, mucha, de sus tiempos de militar. También me supera como espadachín, si es lo que te preguntas.

Ishbel le miró asombrada.

—Pues descartado, yo tampoco lo permitiría. ¡Un duelo! ¿Estás loco? Ni siquiera lo insinúes.

Vio que su hermano se frotaba el rostro con las manos, con un ademán de cansancio.

—Soy tu hermano mayor. Debería protegerte.

—Siempre lo has hecho. Sé que, en esto, también.

—Créeme, Ishbel, desde que me enteré, no he dejado de reprochárselo a padre. He tratado de hacerle recapacitar, pero está empeñado.

Ella asintió. Dio un par de pasos, pensativa, hacia la casa.

—No lo entiendo. Lord Kennerath es un barón. Es noble, sí, pero es el último peldaño de la nobleza, y padre es muy exigente para eso. ¿Por qué... por qué le ha elegido precisamente a él?

—Porque llevan muchos años colaborando juntos. Creo que padre está en deuda con él, por numerosos servicios. Además, lord Kennerath está ahora mismo muy cerca del rey, dicen que va a recibir un marquesado en cualquier momento, y grandes beneficios. Tal como lo ve padre, es un acuerdo muy



ventajoso para ti.

Ella se lo pensó unos momentos.

—Pues yo no voy a consentirlo, Sloan.

—Cuando usas ese tono, me das miedo.

—Ojalá le pase lo mismo a padre, porque no voy a consentirlo.

Sloan chasqueó la lengua.

—Si te sirve de algo, yo también he reflexionado mucho sobre esto. Y creo que tengo la solución.

—¿Cuál?

—En realidad, tengo dos planes: uno, el mejor, es el de organizar ese escándalo del que te hablaba, para intentar solucionarlo todo sin derramamiento de sangre, aunque se nos caiga encima todo Londres; y, el otro, bueno... Está ahí para el caso de que no funcione el primero como deseamos, o que no quieras llevarlo a cabo.

Le miró intrigada.

—¿Cuál es el segundo?

—Retarle a duelo, por supuesto, ya te lo he dicho. —Sloan sonrió—. Asegurándome antes de que padre no puede impedirlo, claro.

—¿Qué dices? ¿El duelo? ¡Te recuerdo que eso ya lo hemos descartado!

—Lo siento, pero no. De ninguna manera. No voy a consentir que te utilicen de semejante modo, hermanita. —La cogió suavemente por un brazo, para que girase hacia él y pudiera mirarla a los ojos. Quería compartir con ella su total convicción, comprendió Ishbel—. No van a casarte con lord Kennerath y, si lo hacen, será por encima de mi cadáver.

Ishbel miró a su hermano con el corazón henchido de amor. Dio un paso

hacia él y le abrazó con fuerza por la cintura.

—Te lo agradezco, Sloan, de verdad, pero, date cuenta: si te matara, me moriría. —Murmuró. Tomó aire, y le enfrentó, decidida. Tendría que optar por perder su reputación. Iba a ser duro pero, al menos, ella no era una joven inglesa común. Tenía Tùr Làidir para poder refugiarse. Su madre y su abuela no la abandonarían—. ¿Cuál es tu primer plan? ¿El del escándalo?

—Bueno... —Titubeó—. Tengo que admitir que es un poco osado. Se me ocurrió sobre la marcha cuando cierto... caballero de pésima reputación, me pidió un favor, precisamente relacionado contigo.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál era? ¿Quién es?

—Ahora te contaré todos los detalles, descuida. Pero, piénsatelo bien. Y, luego, te lo vuelves a pensar. Ten en cuenta que, si lo hacemos, Pizpireta, vamos a hacer estallar todo Londres.

Ishbel sí que le dio vueltas en su mente, aunque todos sus pensamientos se concretaban en dos:

Se libraría de lord Kennerath.

Evitaría que Sloan muriese absurdamente en un duelo en el que estaba condenado de antemano.

Sí, por supuesto que lo tenía en cuenta, el escándalo iba a ser mayúsculo, nada volvería a ser igual. Pero, aquellos dos objetivos lo justificaban todo. Lo merecían todo.

—No me importa —replicó, resuelta—. ¿Qué hay que hacer?

Sloan sonrió.

—Para empezar, tendrás que aceptar una cita, un paseo en barca, de noche, por el Támesis.

## Capítulo 3

Era ya finales de marzo, pero seguía haciendo bastante frío por las noches. Arthur se estremeció bajo el abrigo, sentado en la mesa del amplio porche de Sleeping Oak con el grupo que formaba con sus amigos y sus esposas. Habían abierto unas botellas de vino y estaban tomando un refrigerio.

Desde el interior de la casa llegaban los sonidos de los criados, que estaban preparando la cena. Todos esperaban que el paseo en barca durase unos pocos minutos; luego, se sentarían dentro, alrededor de la gran mesa del comedor de la casa, y tratarían de charlar de algo que pudiera interesarles a los hijos de Dankworth. Con un poco de suerte, sería una velada muy entretenida, y si al día siguiente salía el sol, podrían pescar y comer al aire libre.

Tras insistirle un poco, lord Glèdhorcha había aceptado dormir allí, junto con su hermana. Iban a acudir con una doncella y un ayuda de cámara, aunque ya les habían advertido que no eran necesarios, bien sabía Dios que ellos habían llevado un ejército de criados, incluidas Claire y Thelma, las doncellas de Bethy y Harry. La servidumbre había ido por la mañana y había ayudado a los guardeses a terminar de organizarlo todo para la llegada de los señores.

El edificio original no hubiese podido acogerlos a todos, pero James había hecho obras en los últimos meses, para ampliar su espacio. Ahora que Edward y él tenían un hijo cada uno, y otro en camino, habían querido asegurar que pudieran alojarse todos, en reuniones como esa que estaban viviendo, o incluso mayores, si se presentaban también las hermanas Keeling.

Respetando el viejo roble que le daba nombre, y las dos tumbas que había

a sus pies, habían construido una extensión del edificio, hacia la parte trasera. Ahora había habitaciones suficientes como para montar una buena fiesta. O, sin llegar a algo así, sí reuniones en las que pudieran estar todos cómodamente, disfrutando juntos del lugar.

Esa noche, ese era el plan general. Y no era un mal plan, tuvo que reconocer Arthur. Lamentaba profundamente perderselo, pero le reclamaba la parte más oscura de su alma.

Quizá, al fin y al cabo, lo que sentía no era frío, eran nervios.

—Se retrasa un poco —dijo Edward, tras beber un sorbo de vino. Le miró, burlón, desde su extremo de la mesa—. A ver si te va a dejar plantado, Badfields.

—No seas malo, Rutshore —le advirtió Harry, su esposa. Estaba embarazada de cinco meses, algo que ya se notaba con claridad, pero como estaba sentada junto a Arthur, le resultó sencillo inclinarse hacia él, sonriendo, para darle un beso en la mejilla. Harry siempre mostraba sus afectos con tanta sinceridad como mostraba sus inquinas. Eso le encantaba de ella—. No te preocupes, Badfields, no le hagas caso. Seguro que ya no tarda.

—Ojalá —dijo Bethany, la esposa de James, estremeciéndose.

También estaba otra vez embarazada, en su caso de unos tres meses, algo que solo conseguía aumentar su encanto. Rubia, muy hermosa, hubo un tiempo en que Arthur pensó que estaba enamorado de ella, aunque nunca llegara a comentarlo más que en broma, y solo con Edward, al que le pasaba algo parecido. Bethany era demasiado bella y demasiado encantadora para que no ocurriera algo así.

Por suerte, había llegado Harry. Harriet Waldwich se había quedado con el corazón de Edward y le había recordado a Arthur que había muchas mujeres en el mundo de las que podía enamorarse de aquel modo platónico.

—La verdad, no sé si hace demasiado frío para estar aquí —dijo James.

Los demás asintieron—. Si quieres, entramos y seguimos la reunión dentro, Bethy. Solo tienes que pedirlo.

—No, de momento estoy bien.

—La verdad es que sería una pena. Esto es precioso —dijo Harry, mirando alrededor con un suspiro. El cielo se estaba oscureciendo, tras haber pasado por un crepúsculo que lo había coloreado todo en tonos bellísimos.

—Pues ni te imaginas lo peligroso que es —rio Edward—. Recuerdo cierta dama con una pistola en las enaguas...

Harry se echó a reír también.

—Calla, tonto.

—Oigo algo —dijo James, volviéndose hacia el camino.

—Sí. —Edward también se giró hacia allí. Al ser evidente que se acercaba un coche, los tres hombres se pusieron en pie—. Pues sí, Badfields. Al final, vas a tener suerte.

«Ya veremos». Arthur sintió la garganta reseca. Tanteó en el bolsillo del abrigo el frasquito de opio que había conseguido para dormir a su víctima, mientras se movía como con indiferencia hacia la lámpara acordada. Disimuladamente, pasó dos veces la mano por delante. La señal, para que la vieran al otro lado del río.

Esperaba que sus hombres no se hubiesen emborrachado. O, al menos, que no se hubiesen dormido.

El coche apareció segundos después, surgiendo de las sombras del camino, y se detuvo a pocos metros. En el pescante iban dos hombres, así que supuso que uno sería el ayuda de cámara. Barns, el cochero de Edward, que hacía las veces de encargado de las caballerizas, se acercó al carruaje, abrió la puerta y soltó la escalerilla. Primero salió la doncella, una muchacha bajita y regordeta, pero de aire agradable, que se colocó a un lado.

Sloan Puscat, marqués de Glèdhorcha, fue el segundo en aparecer. Iba perfecto en un traje oscuro, con botas, bastón y sombrero de copa. Saludó con un gesto elegante, se volvió y ayudó a bajar a su hermana.

Arthur se sorprendió al ver a Ishbel Puscat. Sí, sus conocidos comunes también le habían advertido que era una joven muy hermosa, pero resultó ser mucho más atractiva de lo que hubiese querido imaginar: alta y delgada, tenía unos rasgos finos, con pómulos ligeramente altos y unos ojos enormes, cuyo color no fue capaz de distinguir, con tan poca luz. Ya era prácticamente de noche y las luces de la casa no conseguían iluminar bien aquella zona, todavía alejada del porche.

Tenía aire de duende, decidió, con aquella naricilla perfecta y el rostro encantador.

Hubiese preferido que no le gustase, incluso que le cayera mal y le repeliera físicamente, pero qué se le iba a hacer...

Se adelantó, para hacer los honores.

—Bienvenidos a Sleeping Oak. Lord Glèdhorcha, gracias por venir.

—Muchas gracias, lord Badfields. —El joven le estrechó la mano y luego la usó para señalar a su acompañante—. Permita que le presente a mi hermana pequeña, lady Ishbel Puscat.

—Un placer, milady. —Arthur también le tomó la mano, en su caso para besarla. La sintió ligera como una pluma, pero también fuerte.

—Encantada, milord —dijo ella, con una voz sorprendentemente sensual, aunque, a la vez, compartía el mismo eco de fortaleza que sus dedos. Qué mujer tan interesante.

—Si me permite le voy a presentar a...

De pronto, algo se movió bajo el abrigo de la muchacha, y Arthur casi dio un salto hacia atrás, del susto. ¡Oh, demonios, lady Ishbel tenía alguna

excrecencia odiosa en el cuerpo! Pero no, lo que tenía era un animal pequeño, cobijado contra el pecho, afortunado él. Lo vio claramente cuando ella dio un paso más y la alcanzó por fin la luz de la casa.

¿Qué demonios era? Algo del tamaño de una rata. Una grande, quizá, pero rata al fin y al cabo. De no ser por el pelo, blanco y tan esponjoso que diría que había sido cardado con ganas, hubiese podido pasar por una.

—No se preocupe, lord Badfields —le dijo ella, con evidente deseo de tranquilizarle—. Tutú no hace daño cuando muerde.

¿Tutú? Por Dios...

—Es... Gracias. Me siento confortado —consiguió replicar—. ¿Puedo preguntar qué es?

—¿Qué es? ¡Un perro, por supuesto!

—Oh. —Se echó a reír. ¡Por favor! ¡Vaya tristeza de animal!—. Nunca había visto uno tan rid... pequeño.

Ella frunció ligeramente el ceño, como si se estuviese intentando convencer de que él no había estado a punto de decir lo que le había parecido. Glèdhorcha, que decididamente sí lo creyó, carraspeó y se apresuró a intervenir.

—Ya es prácticamente de noche. —Sí, efectivamente, el cielo ya estaba oscuro, solo quedaba un resplandor lejano, allá en el oeste, que se apagaba lentamente. Para cuando subieran al bote, ya habría desaparecido—. Si le parece, den el paseo antes de que se haga demasiado tarde, lord Badfields. —Intercambió con su hermana lo que Arthur solo pudo describir como «una mirada sospechosa»—. Yo esperaré aquí.

—Buena idea, yo le presentaré a los demás —le ofreció James, algo tenso, como siempre que trataba con el hijo de lord Dankworth—. Tome una copa de vino con nosotros, lord Glèdhorcha. Cuando su hermana y mi amigo vuelvan,

cenaremos.

Glèdhorcha asintió, nervioso. Pues sí que estaba interesado en Lettie, el pobre muchacho...

—Muchas gracias, milord.

—Muy bien —aceptó Arthur. Miró con cautela al tal Tutú, que podría no hacer daño, pero ya le habían insinuado que, morder, mordía—. Quizá el perrito debería quedarse con su hermano o su doncella...

—Oh, no —replicó lady Ishbel, decidida—. No se preocupe. Tutú siempre va conmigo.

—Pero... —¿Qué decir? Pues lo primero que se le ocurrió, por supuesto—. Puede marearse.

—Oh, no, qué va. Es un perrito muy fuerte. —Le sonrió, agradecida por su interés—. No se preocupe.

Arthur titubeó. Miró a James y a Edward.

—Espero que no consideréis que algo así vulnera la apuesta.

Sus amigos le miraron con cara de circunstancias.

—Bueno, no podía ir con doncella... —empezó James.

—Pero no va sola, va con un perrito... —añadió Edward, con aire crítico. Al ver la cara que puso Arthur, ambos se echaron a reír—. Que era una broma, Badfields. Yo lo daré por válido, no te preocupes.

James asintió.

—Y yo también.

—De acuerdo entonces. —Arthur suspiró interiormente. Tendría que cargar con la rata peluda, qué remedio. La dejaría correteando por ahí, en el otro lado del río, tras secuestrar a su ama. A saber, quizá diera origen a alguna



leyenda cruenta sobre campesinos devorados por una criatura de pelo cardado. Ofreció el brazo a lady Ishbel y la condujo hasta el muelle.

Al subir al bote, ella tropezó, insegura.

—Oh, perdone. Estoy nerviosa —reconoció.

—No se preocupe. ¿Es la primera vez que pasea en barca?

—¡No, no! Tùr Làidir está junto a un lago. Allí aprendí a nadar y a veces vamos en bote hasta el islote central, que tiene hasta unas ruinas. En verano, llevamos una cesta y tomamos allí el té, y nos bañamos. Es un lugar precioso.

Arthur sonrió.

—Suenas encantador.

—Lo es, gracias.

Arthur embarcó también, cogió la lámpara que le tendía Edward, la fijó en el extremo, soltó amarras y empezó a remar.

—¡Buena travesía! —les dijo Edward, con una gran sonrisa. «Si tú supieras», pensó él. Miró a sus amigos desde el bote. James y Glèdhorcha les contemplaban desde un poco más atrás, serios y pensativos, tensos. Junto a la casa, Harry y Bethy decían adiós con la mano.

A saber cuándo y cómo volvería a verlas. Seguro que, llegado ese momento, no sonreirían tanto.

—Sus amigos le aprecian mucho —comentó lady Ishbel. Arthur asintió.

—Sí. Así es.

Y él estaba traicionando su confianza, por completo. Lo lamentaba, pero no podía evitarlo. Como había comentado un día con Edward, meses atrás, en su búsqueda de Minnie no habría límites. No iban a pararle ni la ley ni la moral, le daba todo lo mismo. Intentaría hacerle el menor daño a aquella joven que tenía delante, desde luego, pero las circunstancias de la vida les habían

colocado así, en los extremos opuestos de ese bote.

La contempló con disimulo. Le resultaba extraño pensar que aquella mujer iba a ser alguien tan importante en el resto de su existencia. Jamás la había visto hasta cinco minutos antes, pero allí estaba, así era. Y había llegado para quedarse definitivamente, para formar parte de su memoria, del mundo de los recuerdos del Arthur Ravenscroft del futuro, el anciano que sería algún día, si lograba sobrevivir a la vorágine de sus circunstancias.

Supuso que no podía ser de otro modo: la primera vez que se secuestraba a alguien, debía ser inolvidable. Y, más, cuando era alguien adorable, como aquella muchacha. Temía el momento en que su tranquilidad se rompiese por completo, en que su sonrisa se transformase en un grito de angustia.

¿Cómo ocurrirían las cosas? Su idea era llegar a la otra orilla, a distancia, sujetarla y hacerle tragar parte del contenido del frasco. Retenerla hasta que estuviese dormida y, finalmente, llevarla en brazos hasta el coche.

Pero tenía miedo de darle demasiada cantidad, ya le habían dicho que podía ser peligroso. O de que, en el forcejeo, se produjese un accidente fatal, como que se desnucase al caer al suelo, o se le rompiese el cuello...

¡Qué tonterías pensaba! Se estaba volviendo loco. «Da igual. Tienes que hacerlo», se dijo por enésima vez.

Cerró su corazón a todo y siguió remando.

Durante los siguientes minutos, mientras avanzaban hacia el centro del Támesis, lady Ishbel y él no hablaron. De hecho, era agradable estar así, en aquel silencio solo roto por los sonidos del río y la barca abriéndose paso. Nunca se hubiera imaginado que Sleeping Oak resultase tan romántico de noche, pero sí. Las luces de la casita a lo lejos lo convertían en un entorno mágico. Su resplandor se extendía varios metros entre los árboles, y el viejo roble de los abuelos de Gysforth, aquella pareja de enamorados que creó ese rincón encantado, parecía refulgir como una joya.

A medida que se alejaban de aquel resplandor, el mundo se volvía más y más oscuro, pero no por ello menos hermoso, al contrario. Las estrellas se arracimaban unas contra otras. ¡Qué cielo! Parecía estar cubierto por una multitud de diamantes.

Tuvo una idea.

—Permítame un momento. —Sin esperar respuesta, recogió los remos y bajó la mecha de la lámpara, hasta casi apagarla. Al momento, las sombras les rodearon por completo.

—¿Qué hace? —preguntó ella. Por su voz, supo que estaba impresionada, quizá asustada por la situación.

—Mire —dijo, señalando hacia el río.

El cielo despejado se reflejaba sobre las aguas tranquilas, todo a su alrededor. Daba la impresión de que estaban flotando en un mar de estrellas, navegando entre mundos, ellos, los únicos seres que existían en medio de aquella oscuridad.

Lady Ishbel giró a un lado y a otro, y ahogó una exclamación.

—¡Es... es tan hermoso...! —susurró. «Mucho», pensó él, contemplando su rostro, apenas iluminado por el resplandor plateado de la noche. Quizá se dio cuenta, porque le miró y sonrió de un modo que le sobrecogió el corazón —. Gracias, milord. Es lo más bonito que he visto nunca.

Arthur asintió. Volvió a coger los remos, pero no aumentó la luz de la lámpara, para que siguiera el efecto y pareciera que avanzaban por el firmamento. Con el resplandor lejano de Sleeping Oak era más que suficiente para saber hacia dónde tenía que dirigirse. Además, así, ella quizá no vería nada hasta que fuese demasiado tarde.

—Es usted muy osado —dijo lady Ishbel, de pronto, con aquella voz sensual que tanto le gustaba. Arthur arqueó una ceja.

—¿Por qué dice eso? ¿Por mostrarle esta maravilla? Milady, no creo que merezca su censura...

—No, no. Esto ha sido... un detalle muy bonito, de verdad, milord. Precioso. Pero me refiero a lo que dice de usted todo el mundo. Mi prima, lady Faith Kirkpatrick, por ejemplo.

—Oh. —Mejor simular ignorancia—. ¿Lady Faith es su prima? —Supuso que le habría contado lo de la fiesta en la que les descubrieron besándose en el jardín. Había sido muy sutil, seguro que lady Faith no notó cómo le sonsacaba información de lady Ishbel, la única razón por la que se acercó a ella—. Una dama encantadora. Hace tiempo que no la veo.

—Ni la verá. Está en Tùr Làidir. La han desterrado al norte. —No pudo ver el gesto, pero casi sintió físicamente la ceja arqueada—. Bien sabe por qué.

Arthur carraspeó.

—Imagino que se refiere a un pequeño escarceo en una fiesta. Le aseguro que no ocurrió nada.

—Eso no es lo que dice mi prima.

—Nada irreparable, al menos. La cosa no pasó de un par de besos y, casi al momento, nos descubrieron la madre y una de las hermanas de lady Faith, con lo que ni siquiera se extendieron rumores de ningún tipo. Una suerte, por otra parte. No me hubiera gustado que su reputación se hubiese visto comprometida. No suelo aprovecharme de jóvenes damitas.

—No creo que a ella le hubiese gustado escuchar eso.

—Quizá, de no haber dicho nada, no tendría que escuchar nada.

En eso tenía razón, y lady Ishbel supo reconocerlo. Se tomó un momento, antes de seguir hablando.

—¿Y qué me dice de esta apuesta, así, de noche?

—Bueno... la verdad es que fue una chiquillada. —Ya habían superado de largo la mitad del río. Siguió remando, ayudándose por la corriente—. Mis amigos y yo estábamos hastiados de tanta apuesta absurda y buscamos algo que supusiese un reto, aunque, si le digo la verdad, nunca pensé que pudiéramos llegar a cumplirla, y menos los tres. No era nuestra intención molestar a nadie, pero me disculpo si su hermano la ha obligado a venir y...

—No, no hace falta, de verdad, no me siento ofendida, y el pobre Sloan no podría obligarme a nada aunque quisiera. —Sí, esa impresión daba—. Si le soy sincera, este encuentro hasta me ha venido bien —añadió, evidentemente nerviosa—. Verá, yo... Quiero pedirle un favor.

La miró sorprendido.

—Por supuesto, si está en mi mano, lo haré encantado. La escucho.

—Bien. Quiero que... esto... ¡Quiero ser su amante! —Arthur dejó bruscamente de remar, de hecho, se quedó paralizado. Atónito—. Ya está, ya lo he dicho. Me gustaría que nos fugásemos juntos, usted y yo, esta noche, milord. ¿Sería posible? ¡Por favor!

¿Había oído bien? Estaba seguro de que sí, pero le dio un par de vueltas a las palabras, por si había entendido mal. No, qué va. La elegante y bien educada lady Ishbel Puscat había dicho exactamente lo que había dicho.

—Bueno... —empezó, pero no supo cómo continuar, claro. Se produjo un silencio pesado. «Por todos los demonios», pensó. «¿Quién es aquí el crápula?». Parecía un bisoño, incapaz de reaccionar ante los avances de una dama. Y estaba por aventurar que ella era virgen, pese a semejante propuesta.

—Lamento haberle escandalizado —dijo lady Ishbel, apurada—. No pretendía incomodarle.

—No, por Dios —mintió, no supo bien por qué—. Solo me ha

sorprendido. ¿Por qué quiere que hagamos algo así? ¿Se da cuenta de las consecuencias que tendría para su reputación?

—Sí, pero... —Otro segundo de silencio y, luego, una exclamación forzada—: Yo... ¡le amo!

—Acabáramos. —Volvió a sujetar los remos, se inclinó hacia la lámpara y subió su luminosidad. A su alrededor, desaparecieron las estrellas, pero, de las sombras, surgió el rostro apurado de lady Ishbel—. Milady, si quiere que la ayude, más le vale ser sincera conmigo. Ambos sabemos que no puede amarme. *No puede*. Quizá sienta curiosidad, porque somos muy distintos y, estoy seguro, porque se pregunta cómo será... —Dejó la frase en suspenso. Que la terminase por sí misma—. Se lo volveré a preguntar y, si me miente, la llevaré de vuelta a Sleeping Oak y me olvidaré de usted. ¿Por qué?

Ella estaba avergonzada, y nerviosa, pero le mantuvo la mirada. Tuvo que reconocerle el valor.

—Porque mi padre quiere casarme con lord Kennerath —reconoció, finalmente—. Y yo no voy a consentirlo. Si intenta llevarme de vuelta, me lanzaré al río.

—No diga tonterías —replicó, mientras analizaba aquella noticia. ¿Dankworth quería casarla con lord Kennerath? No le extrañaba que quisiera tirarse al agua y hundirse como una piedra.

—No miento. —Antes de que pudiera impedirlo, se puso en pie. El bote entero se tambaleó—. Juro que me tiraré al agua antes que regresar.

Y si no se tiraba, terminaría cayéndose. Arthur optó por tomar el asunto de un modo tranquilo.

—¿Y el perro?

La muchacha miró al bicho. Ciertamente, no había pensado en ese detalle.

—Lo dejaré aquí —solucionó con rapidez—. Lléveselo a mi hermano.

—Ja. Le aseguro que si se lanza al agua, esa rata peluda irá tras de usted.

Los ojos de lady Ishbel volvieron a él, horrorizados.

—¡No será tan desalmado! ¡Solo es un pobre cachorrito!

Arthur casi se echó a reír.

—Por favor, siéntese. No tentemos a la suerte. Ni siquiera es necesario: no se preocupe, voy a ayudarla. Solo déjeme pensar.

—Oh, gracias. —Se sentó, contenta—. Y sé que lo del pobre Tutú solo era una broma. Un caballero como usted jamás lo tiraría al agua.

«No estaría yo tan seguro». Arthur repasó la situación. Él tenía tres hombres esperando en la otra orilla, con un coche. Todo estaba listo para llevar a cabo el secuestro de la hija de Dankworth y llevarla a Gretna Green. La parte en la que conseguía convencerla para dar el sí en esa localidad, era la que todavía no tenía totalmente clara. Le había parecido más importante pensar en cómo arrastrarla hasta el coche en el menor tiempo posible y contener sus protestas, que serían muchas, sobre todo las primeras horas.

Pero allí estaba, el destino, ofreciéndose como una mujer complaciente, nunca mejor dicho. La hija de Dankworth quería huir con él. Pues bien, la complacería. Pero necesitaba atarla por completo.

—Exactamente, ¿qué es lo que desea que haga?

—Que nos vayamos ahora mismo. Mi hermano ha dejado preparados unos caballos un poco más al oeste, junto al cruce de la posada de Windmill Cross. Los cogeremos y huiremos hacia el norte. Yo... bueno, cumpliré mi parte mientras me acompañe.

—¿Por cumplir su parte, se refiere a ser mi amante? ¿A acostarse conmigo?

Ella le miró incómoda.

—Así es. —Carraspeó—. Pero, por favor, no se sienta obligado conmigo. Cuando decida irse, yo seguiré viaje hacia el norte. Mi objetivo es llegar al castillo de mi abuela.

Escocia. Bien. Aquello cada vez iba mejor.

—Tengo entendido que eso es muy al norte —protestó, sin embargo. Ella se apresuró a tranquilizarle.

—No espero que me acompañe todo el camino, lord Badfields, ya le digo, solo una parte. Un par de días, alojándonos en un par de posadas. Sería suficiente con cualquiera, pero además, tiene usted una fama terrible. Sabe tan bien como yo que si dormimos allí, mi reputación quedará hundida sin remedio. Incluso aunque pidamos habitaciones separadas.

«Es una suerte, entonces, que haya reservado solo una. Nos evitamos un gasto inútil», pensó él, que tenía organizado todo el viaje, paradas en posadas incluidas.

—¿Y, cuando la deje sola, qué hará? ¿Pretende llegar por sus medios hasta el castillo de su abuela?

—Sí, no se preocupe. Tutú y yo nos las arreglaremos bien.

Arthur lo dudaba mucho. Lady Ishbel podía ser fuerte y decidida, pero tenía todo el aspecto de un delicioso bocado para cualquier lobo de los caminos, Tutú incluido. Pero podía entenderla. Si pretendieran casarle con Kennerath, también él huiría en estampida, en cualquier dirección. Y con cualquier bicho a cuestas, de ser necesario. Incluso un cocodrilo. O un elefante.

En todo caso, esperaba estar en posición de poner condiciones, porque era lo que iba a hacer, de inmediato.

—Muy bien. Pero, si nos vamos ahora, hará en todo momento lo que yo le diga —le dijo, con firmeza. Lady Ishbel frunció ligeramente el ceño.



—¿A qué se refiere?

—A que yo daré las órdenes y usted las cumplirá, por supuesto.

—Eso no...

—No es negociable, lady Ishbel. Seré responsable de usted hasta que nos separemos y, por tanto, yo tomaré las decisiones. ¿Está de acuerdo?

Ella todavía se resistió unos segundos, mirándole con expresión indescifrable. No le hacía ninguna gracia ceder el control de semejante modo.

—Muy bien.

—De acuerdo entonces. Vamos allá. —Movi6 el bote hacia la orilla. Ahora quedaba el pequeño detalle de que no supiera que había habido un plan organizado para secuestrarla. Iba a resultar un tanto difícil.

Detuvo la barca junto a la orilla y la amarr6 a un árbol con una cuerda.

—Quédese aquí un momento.

—¿Por qué?

—Me ha parecido ver una luz. —Por suerte, efectivamente se distinguía algo—. Voy a echar un vistazo.

Ella asintió y Arthur se alejó, moviéndose entre los árboles. Había estado muy atinado con el bote, estaba a pocos metros del campamento montado por sus hombres. Los muy ineptos habían encendido una hoguera en un pequeño claro. A un lado, cerca del camino, vio la forma oscura del coche.

Frank, Otis y Lupin estaban sentados alrededor del fuego, pasándose una botella de whisky y contándose historias que seguramente serían mentira. Arthur tuvo tiempo de observarlos durante un par de minutos antes de que ellos le descubriesen. Hubiese podido disparar varias veces a cada uno. Ganas no le faltaron. Torpes...

Esos eran sus matones, por orden de envergadura. Frank era como un

molino de grande, Otis gordo, pero de mediana estatura y Lupin, un auténtico enclenque con la cara plana, como aplastada, pero con tan mala baba que en pelea abultaba como cinco.

Se los había conseguido Thynne, a buen precio de alquiler. Aun así, Arthur no había dejado de sentirse estafado, ni un solo momento. Aquellos tres eran matones vulgares de lo más efectivos, si es que querías darle a alguien de guantazos en un callejón. Pero allí, en el campo, parecían totalmente fuera de lugar.

En fin, eran los primeros matones que tenía. Ya iría mejorando en su carrera delictiva.

—¿Qué hacéis? —les preguntó, enfadado—. ¿Cómo se os ocurre encender un fuego?

—Hacía frío, milord —le dijo Lupin, en un siseo. Sí, definitivamente, tenía parte de serpiente. Mejor no olvidarlo.

—Me da igual. —Aunque, en realidad, hasta venía mejor, pensó. Eso ayudaría a que lady Ishbel pensase que se habían encontrado casualmente con aquellos tres.

—¿Y la lady? —preguntó Otis.

—Está en el bote. Baja la voz. A ver, vamos a hacer otra cosa. Me ha pedido que me la lleve de aquí —les explicó rápidamente el cambio de planes—. Recordadlo: sois los criados de lord Staunton, tenéis que llevar el coche a Edimburgo y, al toparme con vosotros en vuestro campamento, os he contratado para llevarnos, ¿entendido? Que a nadie se le escape nada, absolutamente nada, de lo que teníamos organizado.

Los tres hombres le observaron con expresiones perdidas entre la incomprensión y las ganas de romperle la cabeza, aunque, quizá, esto último lo imaginaba. Había tenido la misma impresión al conocerles.

—¿Entonces, no la raptamos? —preguntó Frank, que tenía todo grande, menos el cerebro.

—Exacto. Nada de violencia. Vendrá por voluntad propia y la trataremos todos como la dama que es.

—Muy bien, milord —dijo Otis.

—Lupin, tú ve por los caballos esos de los que ha hablado, están en Windmill Cross. Quizá necesite su equipaje. Supongo que nos alcanzarás antes, pero, en otro caso, nos reuniremos en la primera posada.

—Muy bien, milord.

—Voy a buscarla. Id recogiendo el campamento, nos vamos de inmediato.

Volvió hacia el río antes de escuchar otro «Muy bien, milord» que le crispaba definitivamente los nervios.

Lady Ishbel seguía sentada en el bote, abrazada a Tutú y temblando de frío. Se sobresaltó de forma evidente al verle llegar, pero no tardó en tranquilizarse, y hasta sonrió. Pobrecilla.

—Hemos tenido suerte —le dijo—. Había unos hombres acampados y son los criados de un conocido, lord Staunton. Tienen que llevar su coche a Edimburgo. Les he ofrecido unas monedas y han accedido a que viajemos dentro.

—¡Oh, qué bien! —replicó ella, con entusiasmo—. ¡Menuda suerte! ¡De ese modo, será mucho más cómodo!

—Indudablemente. —La ayudó a bajar de la barca—. Tienen aspecto rudo, pero no se preocupe, milady. Son de confianza.

Ojalá hubiese estado tan seguro de eso. Fue con lady Ishbel hasta el campamento, donde aquellos tres ya habían apagado la hoguera. Mejor, así la muchacha tendría más dificultades en ver la escoria de presidio que iba a

hacer las funciones de criado y cochero. Frank y Otis estaban enganchando los caballos al coche. Por suerte, Lupin ya se había ido.

Tutú eligió ese momento para ponerse a ladrar. Ishbel lo dejó en el suelo y el perrito empezó a correr de un lado para otro, encantado de poder hacer un poco de ejercicio.

—¡Tutú, ven, no te alejes! —Por supuesto, el perro se alejó, como dejando clara su recién conquistada independencia. Corrió hacia los restos de la hoguera, le ladró a un tronco y volvió con las patitas llenas de ceniza—. ¡Tutú, que te manchas, tonto! ¡No hagas eso! ¡Ven aquí! —Ni caso. Correteó para otro lado. Ella suspiró. Miró a Arthur incómoda, como una madre que no sabe cómo justificar el comportamiento de un hijo maleducado, y buscó algo que decir—. ¿Los caballos de Sloan, mi hermano? ¿Podemos pasar a recogerlos?

—No se preocupe. He enviado a uno de los hombres a buscarlos. He imaginado que tendrían allí su equipaje.

—Sí, gracias. —Le sonrió—. Es usted mucho más amable de lo que imaginaba, lord Badfields. ¡Estoy en deuda!

Él sonrió con media boca.

—Y eso que apenas acabamos de conocernos.

Lady Ishbel parpadeó ligeramente, apenas un aleteo de pestañas, mientras sonreía. Fue un gesto tan sensual, que Arthur sintió que su cuerpo reaccionaba, y con un entusiasmo absurdo. Hacía tiempo que no experimentaba una erección como la que notó en esos momentos. En algún momento, al valorar su plan, había considerado si se acostaría o no con lady Ishbel. Aunque todo pasase por casarse con ella, la consumación era algo que quedaba en el aire. No pensaba violarla, de ninguna manera, y ni siquiera sabía si ella le atraería físicamente.

Esa cuestión, al menos, estaba resuelta: lady Ishbel Puscat le gustaba, y mucho. En ese momento, se descubrió pensando que daba igual si se casaba o

no con ella, quería acostarse con esa mujer. Quería ver sus ojos nublados por el deseo; esos labios tan bonitos, generosos y turgentes, brillantes e hinchados por sus besos; esas...

—¡Aparta, chucho! —oyó decir a Frank. A regañadientes, Arthur apartó sus pensamientos de la anatomía femenina y miró hacia allí, justo a tiempo de ver, consternado, que aquel bruto le lanzaba una patada al pobre animal. El perrito pudo esquivarla, pero eso no pareció importarle a Ishbel.

—¡Eh, usted, ni se le ocurra pegar a Tutú! —ordenó, avanzando sin mayor miedo hacia él—. ¿Cómo se atreve?

—¿Tutú? —El hombretón lanzó una carcajada. Otis se unió a las risas, aunque intentó que no se notara. Bueno, no podía culparle. Menudo nombre, Tutú—. ¿En serio se llama Tutú? Debe ser un perro afeminado.

—¿Pero qué dice? ¿Se ha vuelto loco? —Ishbel le frunció el ceño, muy digna—. Le aseguro que le contaré esto a lord Staunton, y él le echará a la calle.

Frank la miró sorprendido.

—¿A quién? —Por lo menos, aunque tarde, el nombre encajó en algún punto de su cerebro—. ¡Ah, sí, el milord! Bueno...

Sus pupilas volvieron a Arthur, como buscando ayuda, y él le hizo un gesto disimulado. ¡Mira que era torpe aquel gigantón! Debía intervenir antes de que se produjera un desastre.

—Permítame, lady Ishbel. —Dio un par de pasos y se enfrentó a Frank, rezando para que recordase quién le pagaba—. Tú, patán. Ni se te ocurra volver a pegar a la r... al perro.

—¿Qué? ¡Me estaba mordiendo la bota, el muy bastardo! —protestó Frank, indignado.

—Me da igual. Vuelve a hacerlo y te azotaré personalmente.

Frank arqueó amenazadoramente una ceja, así que Arthur consideró que ya le había amedrentado lo suficiente. Se volvió hacia lady Ishbel.

—¿Partimos, milady? De otro modo, sospecho que mis amigos no tardarán en presentarse aquí y frustrarán nuestra fuga.

—Oh, sí, por supuesto, pongámonos en marcha cuanto antes —replicó ella—. ¡Vamos, Tutú! ¡Ven con mamá!

Por milagro, esa vez el perro obedeció a la primera. La muchacha le cogió en brazos y Arthur la ayudó a subir al coche. Entró detrás y se sentaron frente a frente. Se miraron un momento.

—¿Está segura, lady Ishbel? —preguntó, porque supuso que era lo correcto. No pensaba dejarla bajar... aunque se odiaba más de lo que hubiera supuesto, por ello—. Piénselo bien. Tenga en cuenta que, ahora mismo, todavía está a tiempo pero, si seguimos, ya no habrá vuelta atrás. Su nombre quedará ligado al mío y ya nada volverá a ser lo mismo.

Ella titubeó un momento, pero terminó haciendo un gesto seco con la cabeza, lleno de determinación.

—Estoy decidida, milord.

Arthur asintió, sin poder evitar una punzada de inquietud, porque se alegraba más de lo que hubiera debido por ello.

Dio la orden y el coche empezó a moverse.

## Capítulo 4

Las cosas no podían estar saliendo mejor.

Ishbel estaba realmente contenta. A diferencia de lo que decían los rumores, lord Badfields había resultado ser todo un caballero. No había dudado ni un momento en ayudarla, hasta el punto de conseguirle un transporte mucho más cómodo que los caballos de Sloan. Se notaba que se preocupaba por ella. ¡Incluso había defendido a Tutú frente a aquel indeseable!

Además, ya lo había demostrado antes, pero desde el momento en que se subieron al coche, confirmó que era un conversador agradable y cultivado. La notó nerviosa y le habló durante un buen rato de Londres, de su historia y sus gentes, de filosofía, de la vida en general...

Ella le escuchó encantada, interviniendo poco, solo para hacer algún que otro comentario ligero. Empezaba a entender la fascinación de Faith y de la mayor parte de las jóvenes casaderas de Londres: lord Badfields era un hombre fascinante, y no solo por aquel rostro hermoso, de ojos oscuros, rasgados como los de un gato, ni por su cuerpo, alto y atlético, bien proporcionado. Llamaba la atención cada vez que hablaba, sonreía o se movía, porque tenía un carisma absolutamente arrebatador.

Y lo del río de estrellas... ¿Podía haber imaginado alguien algo tan hermoso, tan romántico? En aquel momento, Ishbel se sintió de verdad sobrecogida, y experimentó algo nuevo en el corazón. Algo totalmente desconocido hasta entonces. Jamás olvidaría ese momento, por muchos años que viviese.

Cada vez que pensaba en ello, se emocionaba.

Le observó de reojo, con la luz del amanecer que entraba por las ventanillas. Estaban tumbados en el coche, cada cual en su asiento, como habían decidido hacer llegada la madrugada, agotados tras varias horas de viaje. Tutú dormía con ella. Badfields tenía el rostro cubierto por el sombrero, una pierna recogida y la otra estirada, y los brazos cruzados sobre el pecho con un gesto indolente. Mostraba una imagen tan masculina, tan apuesta...

Sus pupilas se fueron por voluntad propia hacia su entrepierna, donde se atisbaba un bulto considerable, y sintió un calor extraño en el cuerpo. ¿Cómo sería... aquello? Había visto algunas láminas, por supuesto, imágenes artísticas del cuerpo humano, también el masculino, pero no imaginaba cómo podía ser en la realidad, en carne.

Su tacto...

«Qué cosas pienso», se dijo, avergonzada, sintiendo que un calor extraño recorría su cuerpo.

Por suerte, de pronto, se oyeron las voces del conductor y el coche empezó a detenerse. Ishbel se incorporó, acomodando a Tutú en su regazo, y miró por la ventana. Estaban llegando a una pequeña aldea, si es que podía recibir tal nombre. Apenas se veían dos o tres casas, quizá solo se trataba de un puesto en el camino. El edificio principal parecía una posada, y tenía unos establos bastante grandes.

Los ruidos y el cambio de marcha despertaron a Badfields. Se sentó con un movimiento ágil y se pasó una mano por la densa mata de pelo negra, para alisarlo.

—Buenos días —saludó, con una sonrisa. A Ishbel le gustaban los hombres que sonreían al despertar. Acababa de descubrirlo.

—Buenos días —respondió, animosa, aunque al momento sintió una urgencia que la turbó. Miró por la ventanilla, inquieta—. ¿No vamos a parar?



—En un par de horas, supongo. Nuestros pobres animales estarán agotados. Necesitamos unos de refresco.

—Oh, claro. Pobres. —Un par de horas. Tutú, a saber, pero ella no podría esperar tanto—. ¿Cree que podría...? —Empezó, apurada—. Bueno, necesitaría bajar y tener un poco de intimidad...

Él se dio cuenta de lo que le pasaba y asintió, cortés.

—Por supuesto. Podemos detenernos unos minutos para... estirar las piernas. Espere un momento. —Golpeó dos veces en el techo, y dio la orden de parada. En cuanto el coche se detuvo, abrió la portezuela, bajó, y le tendió la mano. Hizo un gesto hacia los árboles cercanos—. Puede ir por ahí hasta sentirse cómoda, pero no se aleje mucho, por favor.

—No, descuide... No tardaré. Vamos, Tutú.

Cogió al perrito en brazos y se internó en el bosquecillo que empezaba a pocos metros del camino. Al cabo de una docena de pasos, miró nerviosa hacia el coche. Todos los hombres la seguían con la vista, o esa impresión le dio. ¿Sabrían lo que iba a hacer? ¡Pues claro, qué tonta! Seguramente también iban a aprovechar el momento, aunque claro, ellos lo tenían mucho más fácil.

Decidió internarse un poco más en la espesura. El terreno dibujaba una hondonada un poco más adelante, tras una barrera de zarzas. Era un sitio ideal. Allí estaría totalmente al abrigo de cualquier vistazo indecoroso.

Dejó a Tutú en el suelo y se las apañó como pudo para aliviarse en esas circunstancias. Desde que era pequeña no se había visto nunca en una situación así. Y, entonces, siempre había sido fácil, en Tùr Làidir los niños iban con ropas cómodas. No como esa. Tantas faldas, tantas enaguas... Qué incómodo resultaba todo, sin un orinal o una letrina.

Estaba arreglándose, dispuesta a volver, cuando cruzó cerca un conejo, o quizá una liebre: fue tan rápido que apenas pudo verlo bien antes de volver a

perderlo entre la maleza. Tutú pegó un brinco, ladró, y salió corriendo detrás.

—¡Tutú! ¡No! ¡Ven! —le llamó, pero claro, nada. Fue tras él—. ¡Tutú, malo, vuelve aquí!

No quería alejarse mucho, pero el maldito perro era cada día más desobediente, estaba visto. Ishbel corrió como pudo, siguiendo la bolita de pelo blanco que se movía ágilmente de un lado a otro, cruzó un arroyuelo y terminó alcanzándole en la entrada de una madriguera. Tutú ladraba y removía la tierra con entusiasmo. Forcejeó, cuando lo cogió en brazos, y no se quedó quieto hasta que le dio un azote.

—¡Perro malo! ¡Estate quieto! ¡No vas a tener caprichos en un mes, como castigo!

Teniendo en cuenta que a saber qué sería de ella en el mes siguiente, si seguía a la fuga, lo de las golosinas era lo de menos, pero daba igual. Estaba muy enfadada. Volvió sobre sus pasos, riñendo al perrito, y recorrió un trecho sin estar muy segura de si había pasado por allí. ¿Esos árboles, los había visto antes, o era que se parecían todos? ¿Y aquellas rocas?

Empezaba a temer que se había perdido, definitivamente, cuando dio con el arroyo. Badfields estaba junto a su orilla, discutiendo con uno de los hombres de lord Staunton. Parecía muy nervioso.

Al verla, masculló algo y caminó en su dirección, sin importarle mojarse las botas.

—¿Se puede saber dónde se había metido? —preguntó, muy serio. Ishbel sonrió insegura.

—Tutú vio un conejo y...

—¡No me importa!

Ella vaciló, demasiado desconcertada como para enfadarse a su vez.

—¡Bueno, ha sido usted quien me lo ha preguntado! —replicó. Badfields apretó los labios, claramente intentando contenerse.

—Me ha dado un susto de muerte, lady Ishbel. ¿No lo entiende? ¡Pensé que le había pasado algo! ¿Cómo se le ocurre desaparecer así?

—¿Desaparecer? ¡No! Yo... yo estaba dentro, tomando una taza de té y un trozo de bizcocho. Le aseguro que no fue mi intención demorarme tanto, ni causarle tal inquietud. Lo lamento.

Él le lanzó una mirada profunda y asintió.

—Métase en el coche.

Viendo cómo estaban los ánimos, mejor no discutir. Se dirigió al carruaje y subió, y él la siguió. No tardaron en reemprender el camino.

Permanecieron un rato en silencio. ¿Por qué se habría enfadado así, antes? Estaba casi fuera de sí. Qué extraño...

De pronto, recordó el asunto de Minerva Ravenscroft. ¡Claro, por eso había sido! El pobre Badfields había revivido el horror que pasó en aquellos momentos, y se había puesto muy nervioso, imaginando lo peor. Ishbel se sintió tremendamente culpable.

—Lo lamento —murmuró, acariciando la cabecita de Tutú. Habló bajo, pero logró que apartara los ojos del paisaje y la mirase—. Sé que... su hermana desapareció hace unos años. Imagino que, por eso, al no verme, se ha preocupado mucho. He sido una desconsiderada, al salir así corriendo y no avisar.

Tras decir eso, se produjo un largo silencio pesado. Badfields pareció sumirse en algún punto profundo de su mente. Casi había llegado a aceptar que no diría nada al respecto cuando, de pronto, habló:

—¿Esas cosas también se comentan en el castillo de su abuela? ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Turlan...?

—Tùr Làidir. Significa «Torre Fuerte». Es un castillo, con una torre más alta que el resto. —En su mente, vio el hermoso edificio, en lo alto de un risco, a orillas de un lago de aguas muy frías. ¡Cómo lo echaba de menos! Amaba aquel lugar, con todas sus fuerzas—. Es verdad que queda muy lejos de todo lo relacionado con Londres, son casi como mundos opuestos, tan diferentes... Pero, claro, el asunto de lady Minerva se extendió en su época por todo el Reino Unido.

—Lo sé —asintió—. ¿Y qué decían, en Tùr Làidir?

Ishbel tuvo que rebuscar en su memoria, a ver qué recuperaba, porque habían pasado varios años.

—Recuerdo haber encontrado muchas veces a mi madre y a mi abuela cuchicheando al respecto, y callándose al verme llegar, porque pensaban que me afectaría especialmente... No sé si lo sabe, pero yo tengo exactamente la misma edad que lady Minerva.

Él asintió.

—Sí. Lo sé.

Le miró repentinamente incómoda, con la sensación de que la conocía más de lo que había imaginado en un principio. Bueno, seguramente Sloan se lo había dicho, no era ningún secreto. Siguió.

—Guardaban silencio, como le digo. Pero yo tenía buen oído, y algo captaba, siempre. Por eso me enteré de que hasta el rey estaba haciendo un esfuerzo especial por descubrir qué había pasado con aquella niña, aunque no tuvo éxito, o que lady Minerva Ravenscroft huyó de su casa para no tener que casarse con el hombre que le habían elegido. —Al darse cuenta de las similitudes, se sobresaltó—. ¡Oh, caramba! ¡Eso mismo he hecho yo! Y usted se ha preocupado, claro. ¡Perdóneme!

Él hizo un gesto de indiferencia, como apartando aquella cuestión.

—¿Eso es todo lo que sabe? —Le clavó unas pupilas que parecían hacer presión física sobre ella—. ¿Seguro?

—Eh... Sí —respondió, sorprendida por aquella insistencia. Casi parecía que esperaba que ella estuviese al tanto de lo que había sido de Minerva—. ¿Por qué?

Badfields no contestó a la pregunta. De nuevo se tomó un tiempo, y luego habló con voz falsamente tranquila.

—Llevo años buscando a mi hermana. Años, lady Ishbel. Desde el mismo instante en que me informaron de su desaparición.

Ella le miró consternada.

—Yo... lo siento.

—La noche anterior, Minerva me estaba esperando en mi habitación, ¿sabe? —siguió él, como si no la hubiese oído—. Quería hablar conmigo, decirme algo, pero me temo que yo estaba demasiado borracho y no le presté atención. Por eso, supongo que me siento culpable, y también...

—Triste —sugirió ella, ya que él no encontraba el término. Los ojos de Badfields brillaron.

—Destruído —dijo. Mucho más contundente. Carraspeó—. De hecho, para mí, de algún modo, el tiempo no ha pasado desde aquel momento, es como si todo hubiese ocurrido anoche mismo. Como si Minnie acabase de salir por la ventana de su habitación, tal como hizo, y yo todavía pudiera percibir el aroma de su perfume. A veces, si cierro los ojos, puedo oír su voz. «Arthur, tengo algo que contarte». «¡Arthur, no te duermas!».

Ishbel sintió unas intensas ganas de llorar. Odiaba hacerlo, pero supuso un gran esfuerzo contener las lágrimas.

—Debe ser una situación terrible —murmuró.

—Lo es. —Apretó los labios—. Por eso no he parado. Sin embargo, nada ha funcionado, nunca. Ni siquiera la ayuda del propio rey, que me resulta bastante antipático, aunque hay que reconocer que es verdad, se volcó por completo en la búsqueda, sin escatimar recursos. Algo que me sorprendió.

—Bueno, lady Minerva era... *es* la hija de uno de los duques más importantes de Inglaterra. —Hubo un brillo en los ojos de Badfields, un reconocimiento ante aquel sutil cambio—. Y el propio rey había perdido a su hija, la princesa Carlota, poco antes, si no recuerdo mal.

—Sí, es cierto —admitió él. Pareció sorprendido—. No lo había pensado, pero es verdad. La princesa Carlota murió cuando todavía era príncipe regente, por la enfermedad de su padre.

—Quizá por eso se sintió más inclinado a ayudar.

—Quizá —convino—. No es una mala explicación. En todo caso, ni siquiera él logró nada. Y yo casi había llegado a darme por vencido, pero haré unos pocos meses, recibí una nota. Un preso de la cárcel de Fleet quería verme.

Ishbel le miró con curiosidad.

—He oído hablar de ese sitio. Debe ser espantoso.

—Pues sí. Me citó en la reja que da a Farringdon Street, a través de la cual se permite a los presos pedir limosna para pagar sus deudas, los gastos de vivir allí encerrados. No sé si lo sabe, pero las cárceles son un negocio muy lucrativo.

—¿En serio?

—Ya lo creo. Se cobra por todo, y los precios de Fleet son los más altos de toda Inglaterra. Sale muy caro estar preso en este país. —Hizo un gesto de pesar—. Pobres desdichados. Hay familias enteras atrapadas allí, en manos de gentes peores incluso que ellos mismos...

—¡Qué horror!

—No lo dude —dijo, y retomó su historia—. Ese hombre me ofreció información acerca de mi hermana a cambio de que me hiciera cargo de esas deudas. Gracias a él, supe que Minerva había sido objeto de un secuestro por parte de una banda de delincuentes. La engañaron hasta conseguir que saliera sola y de noche de Manderland House para tenerla a su alcance y, entonces, la retuvieron y... sin más, la hicieron desaparecer. Es muy posible que se la llevaran fuera, a algún lugar de Oriente.

Sí, por supuesto. Algo así se había temido ella y la mayor parte del Reino Unido. De hecho, ya pocos creían posible recuperar a Minerva Ravenscroft con vida, daba igual dónde la hubiesen llevado siete años antes. Pero, aun así, se sintió consternada.

Ishbel le miró con lástima.

—Pobrecilla... Pero ¿por qué lo harían?

—Porque alguien les pagó, tan sencillo como eso —replicó él, con tono duro—. De hecho, cuando conseguí ponerme en contacto con uno de los jefes de las bandas, gracias a la declaración de ese hombre de Fleet, me enteré de quién había ordenado el secuestro.

—¿En serio? —preguntó, intrigada—. ¿Quién era? ¿Le han detenido?

Badfields lanzó una risa corta, muy desagradable.

—No, en absoluto. De hecho, ni siquiera me tomé la molestia de denunciarle. ¿Para qué? La ley no podría nada contra él.

—Oh. Es alguien importante, entiendo...

—Así es. Alguien *muy* importante.

—Pero no debería dejarse amedrentar, lord Badfields. Usted también lo es. Su padre es el duque de Manderland, usted lo será en el futuro. Es un título

muy prestigioso y pertenece a una familia de gran poder. Podría enfrentarse a prácticamente cualquiera. Si sabe de quién se trata, debería ir a por él, con todas sus fuerzas.

Aquella arenga debió sorprenderle, porque la observó con curiosidad.

—¿Usted cree?

—Bueno, no sé, es lo que haría yo, desde luego. Si fuese mi hermano Sloan el secuestrado, le aseguro que iría hasta el fin del mundo a buscarle. Me enfrentaría con uñas y dientes al mismísimo rey con tal de liberarlo y traerlo a casa de nuevo y... Oh... —Dudó, turbada—. ¿No lo haría el rey, no?

Badfields sonrió.

—No. No fue el rey.

—¡Menos mal! Entonces, lo dicho. No debería considerar ningún límite, milord. Vaya a por ese canalla.

Todo el mundo decía que el marqués de Badfields tenía ojos de demonio, porque eran oscuros, como pozos directos al infierno, y casi demasiado hermosos para un rostro de hombre, pero a la vez demasiado duros para pertenecer a una mujer. Ishbel pensó que los rumores tenían razón.

A ella no se le olvidaría nunca cómo la miró en ese momento.

—No volverá a alejarse de mi vista, lady Ishbel. Mientras sea mi responsabilidad permanecerá a mi lado. ¿Entendido?

Ishbel se sorprendió por el repentino cambio de tema. O la vuelta al principio, mejor dicho, porque volvía a insistir en darle aquella orden. Quizá ya no quería seguir hablando de Minerva, resultaba lógico, pero también podría haberlo dicho de un modo más amable.

Tuvo la impresión de que el simpático Badfields, el que sonreía seductor mientras le enseñaba un truco de magia con las estrellas, ya no estaba en ese



coche. El hombre que en esos momentos tenía sentado enfrente, era alguien muy distinto. Alguien que emitía un aura muy fuerte de dureza y amargura. Ishbel se sintió insegura. Quizá fuera mejor cambiar sus planes...

—Le agradezco la preocupación, pero le recuerdo que no estoy bajo su responsabilidad, lord Badfields —le dijo, amable, pero con firmeza—. Ni suya, ni de nadie más. Tendré cuidado, por supuesto, pero iré donde quiera, porque no tengo por qué darle explicaciones a usted ni a nadie. Si no le parece bien —añadió rápido, antes de que él pudiese intervenir—, cogeré uno de los caballos de mi hermano y me iré por mi cuenta. Puede quedarse el otro, por las molestias.

Eso pareció divertirlo.

—¿Va a pagarme con un caballo?

—¡No, por Dios! —replicó ella, con apuro—. No pretendía que sonara así, milord. Sería un regalo. Un gesto de agradecimiento.

—Sí, comprendo. —Badfields repiqueteó los dedos en el asiento—. ¿Se da cuenta de que está rompiendo su palabra?

—¿Mi palabra?

—Así es. Justo antes de empezar esta escapada, le puse una condición: usted haría cuanto yo le dijera. Me prometió que aceptaría que yo tomase las decisiones.

Eso era verdad. Ishbel se sintió avergonzada.

—Bueno, sí... Supongo que lo dije. Pero íbamos a viajar juntos solo una parte del camino, y eso hemos hecho. Podemos dejarlo aquí. En realidad, sería lo ideal, ¿se da cuenta? De ese modo, el coche de lord Staunton podría seguir viaje hacia Edimburgo, usted regresaría a Londres en el otro caballo, con lo que no le habría hecho perder tanto tiempo, y yo emprendería mi propio camino hacia Tùr Làidir, para reunirme con mi abuela.

Él se mantuvo inexpresivo.

—¿Y su padre?

—Ah, sí, eso... —Lo consideró rápidamente— Usted y yo ya hemos pasado una noche juntos, de modo que tendrá que renunciar a sus pretensiones, porque lord Kennerath no querrá saber nada de una mujer... bueno, eso, mancillada.

Badfields sonrió con media boca.

—Mancillada...

—Sí, no sé... —Se ruborizó—. Usted me entiende.

—Parcialmente. Dejando al margen que no es un buen término, porque no pienso ultrajarla de ninguna manera, ¿qué pasa con el escándalo? ¿Esa llave mágica que le permitiría eludir un matrimonio nada deseable?

—Sí, claro... —Recordó lo que le había dicho Sloan, sobre la necesidad de un escándalo, o Kennerath la querría incluso coja y deshonrada—. Tiene razón, creo que necesitaría al menos otra noche, para cumplir bien con el plan.

—Otra noche. —El maldito se relamió como un gato—. De modo que puedo volver a decir eso de que «mientras estemos juntos, hará lo que yo le diga».

Ishbel bufó.

—¡Oh, está bien! Usted gana. Cumpliré mi palabra, pese a que creo que se está excediendo, milord.

Él rio.

—Odia tener que obedecer, ¿verdad?

—Mucho.

—La entiendo. —Badfields sonrió con simpatía, de un modo que llegó a

iluminar su mirada—. Dígame, tengo curiosidad, ¿cómo iban a hacerlo? ¿Cómo iban a propiciar y extender los rumores sobre nuestra relación escandalosa, su hermano y usted? Porque, la verdad, lord Glèdhorcha no me parece capaz de algo tan detestable, ni siquiera por ayudarla, y yo le aseguro que mis amigos no hablarán. No dirán absolutamente nada.

—Bueno... no, realmente, no. Pobre Sloan. Preferiría morir a tener que hacer eso. En nuestro plan se limitaba a contárselo a nuestro padre y, si este decidía guardar silencio, también se lo diría a lord Kennerath, quizá por medio de un mensaje anónimo. Yo era la encargada de provocar el auténtico escándalo.

—¿Cómo?

—Pues... dejando que me vean con usted en las posadas del camino, ¿no le parece suficiente? Convinimos en que debía ser un poco... exagerada, para atraer más la atención. Tenía que reír a carcajadas al entrar y salir, y abrazarme a usted... mostrarme cariñosa, a la vista de la gente, sobre todo de los viajeros con destino a Londres, y más de tratarse de damas o caballeros notables.

Él agitó la cabeza.

—Madre mía. Me encantaría ver eso.

—No se burle. Además, nuestro plan pasaba por conseguir que usted bebiera mucho en la cena, por ejemplo, para evitar que quisiera... intimar conmigo.

Él se molestó, seguro. Lanzó una risa seca.

—Yo querría intimar con usted incluso inconsciente, lady Ishbel.

—Qué cosas dice. —No pudo evitar ruborizarse otra vez. ¡Qué hombre!  
—. Tenga en cuenta que, entonces, no le conocía, lord Badfields, solo tenía unas referencias pésimas de usted. No estaba segura de querer dar ese paso.

Badfields la estudió unos segundos, sonriendo ligeramente.

—Le diré más —dijo, al fin—: incluso con escándalo de por medio, si su padre y lord Kennerath desean tanto ese matrimonio, pueden mandar que un médico o una matrona la exploren para dictaminar si sigue siendo virgen, quizá con la intervención de alguna personalidad de la Iglesia para refrendar las conclusiones. Y de descubrir que sí, que sigue siendo doncella y pura, ¿se imagina qué ocurrirá?

Ishbel tragó saliva. Tenía razón. Si quería que aquello surtiera efecto, si quería eliminar cualquier posibilidad de boda, también debía acostarse con él. Ignoró la vocecita que le dijo que, además, ahora que le conocía, sí que quería hacerlo. Se moría por acostarse con él y saber cómo era todo aquello de los placeres carnales.

—Muy bien. Le pido por favor que... haga lo que tenga que hacer.

Él arqueó las cejas.

—¿Ahora?

—Bueno, no... —replicó, cada vez más apurada. Maldito. Seguro que se estaba divirtiendo de lo lindo, a su costa—. Supongo que de día sería indecente. Y más en un coche.

—A pesar de lo que le hayan contado, no hay nada de indecente en el sexo. —Ishbel apartó los ojos—. ¿Se sonroja con esa palabra?

—No estoy... acostumbrada.

—Ya me lo imagino. —La miró todavía unos momentos—. Supongo que, si vamos a hacerlo, si vamos a acostarnos juntos, podríamos tutearnos. ¿No cree?

—Sí, supongo que sí...

—Muy bien. Ven aquí, Ishbel. —Ella tragó saliva. Ni siquiera lo pensó, mejor no hacerlo. Dejó a Tutú en su asiento y se pasó al de Badfields, aunque

se quedó a una distancia, sintiendo que el corazón le daba golpes en el pecho, muy rápido. Él sonrió—. Más cerca. —Ishbel se acercó un poco más—. Más.

¿Se le notaba en la cara lo aterrada que estaba? No sabía qué iba a pasar, la cabeza le daba vueltas, y los ojos de aquel hombre la estaban volviendo loca. Él sonrió de un modo perezoso que encontró irresistible. Se inclinó hacia ella.

—Esperaremos a esta noche —susurró—. La primera vez, milady, debe ser inolvidable, y no te la arrebataría en un coche, de cualquier manera. Pero sí que te voy a robar algo.

Sin tocarla, se inclinó hacia ella y unió sus labios en un roce que encontró lleno de dulzura. Al notar su aliento, su tacto y su calor, algo estalló en el interior de Ishbel. ¿Podía ser más feliz? ¿Podía sentirse más intensamente que en esos momentos? ¡Imposible! La sangre bramaba en sus venas, jubilosa.

Viva, eso era. Se sentía viva, como nunca hasta entonces, lo captaba todo con una intensidad abrumadora. Luz, aire, sabor, textura, tiempo... Y todo lo que le pasaba, lo que le estaba ocurriendo, iba quedando grabado a fuego en su memoria, en un recuerdo inolvidable.

Al principio, el beso fue leve, apenas un roce de pieles, una caricia. Pero, de pronto, la boca de Badfields se volvió ávida, intensa. Arrebatadora. Oprimió la suya hasta hacer que la abriera y sintió la invasión de su lengua, deslizándose dominante y curiosa, levantando mil estremecimientos a su paso.

Sabía tan bien...

Ishbel empezó a percibir una necesidad nueva, algo desconocido hasta ese momento, y que parecía irse concentrando en la parte baja de su vientre, más y más, y más y más... Nunca se había sentido tan viva, tan sensible, tan tensa. Quizá a él le pasaba lo mismo, porque Badfields perdió definitivamente su inmovilidad, la cogió por la cintura y la estrechó con fuerza.

Ella gimió, rodeándole el cuello con los brazos.

Al momento, Tutú ladró y se lanzó desde su asiento hacia uno de los pies de Badfields.

—¡Demonios! —gritó él, soltándola. Movi6 la pierna, pero con ella fue Tutú, de un lado a otro, como un adorno peludo. Se negaba a soltar su presa—. Quítame esta fiera de encima!

—¡Tutú! —Ishbel cogió el perro y logró arrancarlo del zapato de Badfields. Le dio un azotito en el trasero—. Perrito malo, ¿qué te tengo dicho de morder a la gente? ¡Eso no se hace! —Se volvió hacia él, apurada—. Lo siento. Creo que quería protegerme.

—Lo sé. —Se miraron—. En realidad, debemos estarle agradecidos. De no haber intervenido él, creo que hubiese seguido aquí mismo, hasta el fin, pese a mis intenciones de esperar.

Ella sonrió.

—Me ha gustado.

Pensó que él iba a sonreír en respuesta, pero no lo hizo. Siguió mirándola con ojos soñadores.

—Eres muy sincera, Ishbel Puscat.

—Procuro serlo. ¿Tú no?

Badfields titubeó. Dio la impresión de ir a decir otra cosa, pero cambió de idea.

—Me gustaría poder serlo. Pero me temo que no siempre es posible. —Agitó la cabeza y se pasó al otro asiento—. Todavía nos quedan muchas horas por delante. Intenta descansar.

Ishbel se sintió contrariada. Ella quería seguir hablando, quería escuchar su voz, seguir mirándole a los ojos... Incluso besarle.

Pero Badfields se tumbó boca arriba y se puso el sombrero sobre la cara,

como si fuese a dormir.

## Capítulo 5

En realidad, Arthur no consiguió conciliar el sueño ni un solo segundo, en todo el resto del trayecto.

¡Por todos los demonios, cómo le había puesto aquella muchacha en un momento! Se había acostado con muchas mujeres a lo largo de su vida adulta, había disfrutado con la gran mayoría y se jactaba de conocer bien la mayor parte de los caminos que conducían al placer sexual, pero lo que Ishbel Puscat le había hecho sentir con aquel beso inocente, un beso absolutamente primerizo...

Ah, a qué intentarlo. Ni palabras tenía.

Se removió, incómodo, durante horas. Qué barbaridad. Le había provocado una erección enorme, sentía el miembro duro como una piedra, de haber estado solo hasta se hubiese dado alivio a sí mismo, algo que no hacía desde la pubertad. Seguramente, ella ni se había dado cuenta. Apostaba a que ni sabría lo que era una erección.

¡El maldito perro...! O, mejor dicho, bendito Tutú, porque al menos interrumpió lo que hubiese podido convertirse en algo más que lamentable. No podía creerlo, pero, durante un momento, sí que se planteó arrebatarse la virginidad a aquella muchacha allí, en el coche, de ese modo tan zafio.

Claro que, viendo el exterior de la posada en el que se detuvo finalmente el coche, siendo ya noche completa, no estaba seguro de qué podía ser mejor.

Por miedo a que les alcanzasen Gysforth y Rutshore, o incluso los hombres de Dankworth, alertados por su hijo, habían organizado todo para avanzar ese



día unas horas más de las habituales, alejándose de la ruta, y en vez de la posada más utilizada a esa altura del Great North Road, estaban en una que quedaba en un cruce de caminos secundarios, bastante más al oeste.

Esperaba que la deliciosa lady Ishbel no saliera de allí con algún piojo de más, pero no quedaba más remedio.

En realidad, tenía organizado todo el viaje, pero él no había escogido las posadas. Arthur había ido en su momento a Gretna Green, para conocer el sitio y preparar las cosas, pero la búsqueda de posadas alternativas a las habituales se la había dejado a Thynne y su gente. Él solo había pedido que fueran lugares discretos y poco transitados.

Y, al parecer, tenían una discrepancia básica en cuanto al significado del término «discreto».

Para Arthur quería decir, simplemente, que las posadas no debían llamar la atención; para Thynne, implicaba que tenían que estar al borde de la ruina y todo lo sucias que fuese posible.

En todo caso, no había nada que pudiera hacer al respecto. Ya estaban allí, era muy tarde y no parecía haber alternativa. Ishbel estaba agotada. Se había quedado tan profundamente dormida, que no se había despertado ni al detenerse el coche. Necesitaba un baño, una buena cena y una cama.

Eso último le trajo ideas que no tenían nada que ver con el descanso, pero bueno, todo se vería, dependería de cómo se sintiera. Arthur quería acostarse con ella lo antes posible, para ir forzándola a aceptar la boda en Gretna Green, pero entendía que habían sido muchas emociones y muchas horas de viaje.

«No seas idiota», se dijo. No podía empezar a ablandarse cada dos por tres. Ishbel podría descansar luego durante horas, o en los días siguientes, o el resto de su vida pero, esa noche, iba a perder su virginidad. Tenía que asentar cuanto antes aquel vínculo, no fuera a producirse cualquier imprevisto que

impidiese llevarlo a cabo más tarde.

Salió al exterior, mandó a Otis a hablar con el encargado de los establos y a enterarse de si ya había llegado Lupin con los caballos de Glèdhorcha, y él se dirigió hacia el edificio principal.

Al entrar en la sala común, Arthur echó un vistazo a su alrededor y contuvo una mueca de desagrado. Todo el lugar olía a col agria y no resultaba acogedor precisamente: el suelo necesitaba un buen barrido, las paredes estaban tan sucias que hacía difícil adivinar su color original, no lograba ver una mesa o un banco que no parecieran desvencijados... Cada vez que las pupilas se le iban a un rincón, por sí mismas, se quedaban atrapadas en las enormes telarañas que había por todas partes.

Al menos, la gran chimenea parecía acogedora, pensó con ironía. Siempre podían inmolarsen en ella para terminar con sus sufrimientos.

Empezaba a lamentar, y mucho, haber dejado el tema del alojamiento en manos de Thynne. ¿Qué podía saber un jefecillo de bandas criminales, por mucho que ahora se hiciese llamar «el duque de Whitechapel», de lo que era adecuado para una dama como Ishbel? ¡Por favor! ¡Si su único trato diario era con delincuentes y prostitutas! Además, y lo que era más importante, a él le tenía una especial inquina. Seguro que lo había hecho adrede.

El posadero, un hombre pequeño y delgado, debía haber oído el carruaje, porque estaba firme junto al mostrador, con una mujerona con cara de ogra situada a pocos pasos por detrás de él. Una posición de sumisión que seguro que no era más que pura apariencia. O mucho se equivocaba, o era ella la que mandaba allí. Para algo doblaba en tamaño al hombre, y seguro que también en mal genio

—Milord, bienvenido, le estábamos esperando —dijo el posadero. Hizo una inclinación, y la mujer otra, más desastrada todavía—. Soy Tod. Esta es mi esposa, Daisy.

—Bienvenido, milord —añadió ella, con vozarrón contenido. Qué barbaridad. Pensó en el momento en que nació aquella criatura y alguien decidió llamarla Daisy. Qué poca visión. Demasiado grande, pesada y rotunda para un nombre tan delicado. Hubiese debido llevar otro. Petra, quizá.

—Gracias —replicó—. ¿Todo organizado, según lo convenido?

—¡Por supuesto, milord! —exclamó el hombre, dedicándole una amplia sonrisa llena de dientes podridos—. Tenemos su habitación preparada, y les espera una succulenta cena. Por cierto, su hombre llegó hará dos o tres horas, con un par de caballos.

—Estupendo. Quiero que suban a la habitación una tina y agua caliente. Milady querrá un baño.

—¿Una... una tina? —¿Acaso no sabía lo que era eso? Bueno, viendo el aspecto del sitio, tampoco resultaría tan sorprendente—. No creo que tengamos algo semejante, milord, este es un sitio sencillo.

La ogra se inclinó hacia delante.

—¿Se conformaría con un barreño? —bramó, con el mismo tono de antes.

Arthur arqueó las cejas.

—Si está limpio y es de buen tamaño...

—Por supuesto, milord —replicó otra vez el hombrecillo. Arthur hubiera querido saber girar los ojos como lo hacía Ruthie Keeling—. Se lo subiremos de inmediato, aunque sería mejor que cenasen antes. Todo está listo, y sería mejor no recalentar la salsa de zanahoria. Les va a encantar, ya lo verán. ¡Es la especialidad de mi esposa!

Él asintió, aunque no pudo evitar una punzada de inquietud al imaginar cómo podía cocinar aquella mujer. Esperaba no ser el responsable del envenenamiento de la hija de Dankworth. Con robarle la virtud y poder utilizarla un tiempo para sus intenciones, se conformaba.

—Perfecto, así lo haremos. Voy a buscar a milady. Vuelvo en seguida.

—Muy bien, milord.

Arthur salió del edificio, agradeciendo con un suspiro el aire fresco de la noche, tras aquel hedor constante a col rancia. Maldito Thynne... Estaba por volver a Londres solo por el placer de poder pegarle un tiro, antes de volver a enfilar hacia el norte, a Gretna Green.

Siempre había supuesto que una posada de mala muerte, situada fuera de las rutas, acostumbrada a alojar de cualquier modo a viajeros sin grandes medios y a dar de beber a los borrachos locales, no sería el mejor lugar en el que pasar la noche, pero ni de lejos esperaba algo tan terrible. Aquel cabrón había sabido esmerarse.

Mientras caminaba de vuelta al coche, recordó lo que le había contado Ishbel esa tarde y estuvo a punto de echarse a reír. El famoso plan de los hermanos Puscat, aquello de comportarse de un modo escandaloso y hacerse notoria en las paradas a dormir, no hubiese tenido ninguna oportunidad. Las posadas contratadas no solo estaban fuera de la ruta, sino que, además, las había reservado al completo. No iba a haber otros viajeros, ni esa ni ninguna otra noche.

Nadie que viese cómo la preciosa lady Ishbel Puscat se restregaba lascivamente contra el perverso lord Badfields. Una pena.

La sola imagen hizo que su miembro saltase en sus pantalones, justo cuando abría la portezuela del coche. Se maldijo y entró. Ishbel seguía dormida, tumbada en su asiento, cubierta por la capa. Tenía a Tutú abrazado contra el pecho, también dormido. La tocó en un hombro.

—Ishbel... Ishbel.

—¿Qué? ¿Dónde...? —La muchacha levantó los párpados y, al verle, se incorporó, inquieta. El perro también despertó, aunque tuvo el detalle de no ponerse a ladrar. Solo gimoteó un poco—. Oh, lord Badfields, lo siento. Me

he dormido.

—No te preocupes, es normal, estabas agotada. Y te recuerdo que mi nombre es Arthur. También puedes llamarme Badfields, pero omite el tratamiento. —Le guiñó un ojo, buscando mostrarse encantador y ganársela—. Somos amigos, ¿recuerdas?

Ishbel debió acordarse entonces del beso, porque se ruborizó de un modo fascinante.

—Es verdad. Perdón.

—No, por favor, no hay nada que perdonar. —Le tendió una mano, sintiéndose tan falso como un penique de piedra. ¡Cuánta simpatía y cuántos detalles estaba desplegando con ella, cuando su único interés por aquella muchacha era utilizarla en sus planes! Podía disimularlo ante todos, y hasta asumirlo interiormente como un mal necesario, algo que debía hacerse pese a todo, pero no conseguía ignorar del todo un lejano eco de culpa—. Vamos, será mejor que bajes. Estamos en la posada

Ella asintió, aunque cuando salieron, la miró con aprensión.

—Es... Bueno, no sé. Tosca.

—Un buen término, muy poético. Yo hubiese dicho que es espantosa, directamente. Una auténtica pocilga. —Ella se echó a reír—. Algún día, te llevaré a un palacio —le aseguró, sin pensar.

Qué tontería... Nunca podría ocurrir algo así, Ishbel acabaría odiándole. En cuanto descubriese supiera sus intenciones reales, le odiaría, seguro. Le miraría con reproche y se alejaría de él. Quizá no pudiera hacerlo físicamente, si él se había salido con la suya y, por lo tanto, le pertenecía desde un punto de vista legal, pero sí en espíritu.

De pronto, se sintió inquieto, como debía estarlo todo hombre que se plantease la venta de su alma, por bueno que fuese el precio. No estaba seguro

de ser capaz de soportarlo.

Sobre todo, cuando Ishbel le sonrió de un modo muy seductor.

—He crecido en el castillo de mi abuela, y también he pasado temporadas en Defiance Manor y en Dankworth House, que son más impresionantes a su modo, pero la verdad es que no necesito demasiados lujos —afirmó—. No te preocupes.

Qué mujer tan encantadora. Cada detalle que iba conociendo de ella, le resultaba más atractivo. Precisamente por eso, Arthur fue incapaz de sonreír en respuesta. La gentileza de lady Ishbel no podía apartarle de sus planes, de ningún modo. «Lo que tienes que hacer, es dejar de flirtear y centrarte en tus metas», se ordenó, enojado consigo mismo. Si aquella mujer tenía que odiarle para que él pudiese recuperar a su hermana... que le odiase.

Hizo un gesto hacia la casa, para invitarla a caminar hacia allí.

—En todo caso, no es gran cosa —le dijo, mientras se acercaban—. Pero, bueno, nos servirá por esta noche.

Se refería a que les permitiría descansar en una cama, que no era poco después de terminar baldados en el coche, pero ella seguro que entendió otra cosa, porque apartó la vista, nerviosa.

Bueno, sí, también para eso les iba a servir.

Al entrar, no vio al dueño ni a la ogra. Supuso que debían estar en la cocina, porque se oía ruido de ollas, alguien estaba cocinando. Cuando iba a llamar para que les llevasen al dormitorio, Otis apareció en lo alto de la escalera.

—Ah, milady, he dejado su equipaje en la habitación que me ha indicado el posadero, la primera a la izquierda —le dijo a Ishbel, al verla—. He supuesto que era suyo, vamos, una bolsa grande... Es el que estaba en uno de los caballos que ha traído Lupin.

Ella sonrió.

—Sí, perfecto, gracias.

—Le aconsejo que compruebe que está todo. —Otis se acercó, para susurrar—: Lupin tiene las manos muy largas, y en más de un sentido.

Ishbel le miró perpleja. Arthur tuvo que contener una carcajada. Pobrecilla. Qué opinión debía estar empezando a formarse de los criados de lord Staunton...

—Por supuesto —replicó—. Lo haré enseguida.

El hombre asintió y enfiló hacia la salida de la posada, mientras Ishbel empezaba a subir peldaños. Arthur fue tras ella, pero, en el último momento, se detuvo y se volvió hacia Otis, y hasta abrió la boca para llamarle, porque quería hablar con él sobre los posibles planes de Thynne.

No podía ni debía olvidar que aquel hombre le odiaba y le consideraba una amenaza. Por eso, se temía que le hubiese organizado una sorpresa todavía más desagradable que la de elegir una fonda sucia, o poner a unos matones sin demasiadas luces a su servicio. Quizá, si pudiera negociar con Otis, que era el que parecía de más confianza, Ishbel y él tuviesen más posibilidades de salir con bien de aquella.

Pero justo entonces apareció Frank, entrando por la puerta del exterior, así que decidió dejarlo para otro momento. Por la mañana, antes de salir, sin falta. Podía irle la vida en ello.

Siguió a Ishbel hasta el primer piso y entraron en la habitación indicada. No se sorprendió al descubrir que estaba sucia en general, como la parte de abajo, aunque habían dejado la ventana abierta, con lo que la peste a col casi ni se notaba allí, las sábanas parecían limpias y habían puesto como adorno y abrigo una colcha bastante bonita, aunque muy remendada.

La muchacha echó un vistazo crítico a su alrededor, dejó a Tutú en el suelo

y se puso a revisar el contenido de su bolsa. El perrito empezó a hacer cabriolas junto a sus pies.

—Parece contento —dijo Arthur, divertido.

—Sí. El pobre sabe que, al poco de entrar en un dormitorio por la noche, suelo bañarle. —Suspiró—. Se va a llevar una decepción.

—No necesariamente. No pensé en Tutú, pero he imaginado que querrías darte un baño y he encargado una tina, pero solo había un barreño. No tardarán en subirlo.

Le miró con sorpresa. Sonrió.

—Eres muy amable. Gracias, tras tantas horas de viaje, sí que lo necesito.

—Estupendo, entonces. El tabernero me ha dicho que es mejor que cenemos antes, ha mencionado algo de una salsa de zanahoria que estaba en su punto, así que, cuando quieras...

—Muy bien. —Abrió la bolsa, sacó un espejo y un cepillo y se retocó un poco el peinado, y también se dio un poco de perfume, de un frasquito de cristal. Cuando estuvo lista, fue a coger a Tutú, pero se detuvo y le miró de reojo—. A ti no te importa que mi perrito nos acompañe, ¿verdad?

¿Por qué le preguntaba eso? Arthur arqueó una ceja, perplejo.

—No, claro que no.

Ofreció el brazo a Ishbel y la acompañó de vuelta a la sala común. Frank, Otis y Lupin ya comían con buen apetito en una mesa, y a ellos dos les habían preparado otra frente a la chimenea. Al menos, tuvo que reconocer que se estaba muy bien allí, al amor del fuego. La artimaña de Thynne para arruinarle por completo la noche no había funcionado del todo.

Les sirvieron una sopa de verduras y hortalizas más que aceptable, y un guiso de carne que podía estar hecho a base de algún pariente de Tutú, para el



caso, uno especialmente recio, endurecido para afrontar las adversidades de la vida, como pudieran serlo los dientes de Arthur. Pero el posadero tenía razón: la salsa de zanahoria que venía con él estaba sorprendentemente lograda, así que no le importó y, al parecer, a Ishbel tampoco.

Comieron fruta y queso de postre y bebieron vino, que era bastante malo, pero les supo mejor al final, precisamente gracias al queso.

Pero, si aquella cena merecía la pena de ser recordada, sin duda sería por la compañía. Ishbel y él charlaron animadamente durante toda la cena. Al principio, Arthur le preguntó por detalles de su vida en Defiance Manor o en Dankworth House, con intención de sonsacarle toda la información posible sobre su padre, tal como tenía planeado hacer, pero terminó disfrutando, sencillamente, de la conversación.

¿Qué importaba?, consideró, mirándola. Tiempo tendrían para hablar de aquello, y para pensar en cosas oscuras, o dejarse arrastrar por las circunstancias de su vida. Esa noche, decidió regalársela a sí mismo, y fue muy divertido escuchar las anécdotas de la infancia de Ishbel y su hermano Sloan en Tùr Làidir.

*Pizpireta*, la llamaba, qué buen nombre. Qué apropiado. Así era lady Ishbel: vivaracha, divertida, bastante coqueta, muy aguda y con gran sentido del humor... Una joven encantadora. Todo aquello le trajo recuerdos de su propia vida con Minnie. Él la llamaba *pequeñaja*.

Debía reconocerlo: Glèdhorcha le ganaba de calle, a la hora de elegir apodos para las hermanas menores.

—Tùr Làidir, «La torre fuerte» es un castillo gris, cubierto de hiedra —le contó—. Un edificio hermoso y firme como indica su nombre, que se refleja en las aguas del Loch Domhainn, bajo un cielo inmenso. En primavera y verano todo aquello está lleno de color, de vida y de actividad. En otoño, de fuego y música, las canciones de los campesinos recogiendo sus cosechas. Pero, en

invierno...

—¿Qué pasa en invierno?

Lady Ishbel era una mujer muy bella, pero en ese momento, mientras su rostro casi parecía resplandecer por los recuerdos que cruzaban su mente, le pareció definitivamente hermosa.

—Entonces, todo se congela, se cubre de blanco y de frío, y el tiempo parece detenerse. Todo huele de otra forma, un aire que... —titubeó— no sé cómo decirlo. Hasta tiene sabor, eso es. Lo sientes frío y perfumado en la boca, en la lengua... Las aguas del lago se convierten en hielo y los niños solíamos ir allí a jugar, sobre todo cuando nos lo prohibían. —Sonrió—. Hasta las risas infantiles suenan distinto en el mundo blanco de Tùr Làidir.

Arthur lamentó no haber visto aquello, haber compartido con ella esos momentos.

—Se nota que aquello le gusta —susurró. Ishbel asintió.

—*Amo* ese lugar. Pero tuve que venir, mi padre quería verme. Pensé que era para la temporada. —Agitó la cabeza—. Pero me equivocaba.

Parecía increíble que alguien como lord Dankworth hubiese podido engendrar dos personas tan diferentes a él. Mérito de lady Dankworth seguramente, porque los niños no habían pasado mucho tiempo en Londres. Como le explicó Ishbel, cuando visitaban a su padre, un par de veces al año, durante un mes o dos en cada ocasión, raramente iban a la capital. Casi siempre se veían en Defiance Manor, la mansión familiar en Nottingham, antes llamada Dankworth Manor, hasta que el actual titular del ducado empezó a referirse a él de ese otro modo.

Defiance Manor. «Curioso nombre», pensó Arthur, como siempre que reflexionaba al respecto. Se preguntaba si estaría relacionado con las ansias de poder de Dankworth, ese desafío a la corona, esa ambición que le llevó a la traición de aliarse con Bonaparte, para casi provocar un desastre en

Inglaterra.

De haberlo conseguido, Ishbel sería en esos momentos la princesa real Ishbel. Tenía su gracia... Hubiese preferido que ella no llegase a saberlo nunca, pero lo veía poco probable.

—Y, por supuesto, fue Sloan el primero en acobardarse, pero luego, cuando me quedé atrapada y no podía salir, no dudó en entrar a buscarme, el pobre —le contó ella, estallando en risas. Arthur también rio, mientras le quitaba el vaso de vino de la mano. Ishbel tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, y él quería besarla—. ¿Qué ocurre?

—Es un vino peleón. Creo que te estás... alegrando demasiado, y te recuerdo que tenemos una cita. —Le cubrió la mano con la suya y la acarició con un dedo. Recordó el beso que se habían dado y la erección de esa tarde volvió, con sorprendente fuerza—. De hecho, voy a decirles que te suban el agua caliente ya, ¿te parece? Yo me quedaré aquí y te daré algo de tiempo, para arreglarte.

—Oh. —Ella se estremeció y le miró de un modo que hubiese querido conservar en un retrato—. Sí, claro. Gracias.

Ishbel recogió a Tutú, dio las buenas noches en general, y desapareció en lo alto de las escaleras. Arthur habló con el tabernero para organizar lo del baño, y luego se dirigió a los hombres de Thynne. Estaban jugando a las cartas y tenía cierta curiosidad al respecto, así que se sentó cerca.

Durante un buen rato, mientras se fumaba un cigarro y se envenenaba con el peor licor que había probado nunca, les observó en silencio, estudiando los naipes, las manos y las mangas de chaquetas y camisas.

—¿No se anima, milord? —le preguntó Lupin, aunque más que una pregunta sonó a reto. Arthur, que ya le había visto ganar varias veces a sus compañeros a base de trampas, sonrió. Menudo bellaco. Le dieron ganas de aceptar y aligerarle un poco la bolsa, pero prefería no acelerar los problemas

con aquellos tres, de modo que les invitó a una botella de vino y se excusó. Esa noche, él tenía una cita que llevaba mucho tiempo esperando.

Cuando consideró que había llegado el momento, arrojó la colilla del cigarro al fuego, subió y llamó a la puerta de su dormitorio.

—¿Se puede? —preguntó, aunque, antes de recibir respuesta, Arthur abrió y entró. Había esperado muchas cosas pero, desde luego, no aquello.

Ishbel estaba todavía metida en el agua, con el cabello suelto. Tenía una melena muy larga y abundante, y se empeñaba en seguir rizada pese a estar húmeda. Arthur la contempló con una admiración renuente, pero inevitable. Le había gustado su color desde el principio, en esos momentos el fuego casi lo volvía escarlata, resultaba precioso.

La muchacha había dejado su ropa bien colocada en el respaldo de una silla desvencijada, y estaba allí, encogida entre la espuma, enjabonándose ella y enjabonando a Tutú, que se mantenía muy quieto sobre sus rodillas, relajado y feliz.

Arthur lanzó un vistazo experto al barreño, evaluando sus posibilidades. Definitivamente, demasiado pequeño para los tres. Había fantasías que era mejor que quedasen en eso.

—Eh... no he terminado —dijo ella, ruborizada como una amapola.

—Ya lo veo —murmuró. Lo correcto hubiera sido salir de la habitación o, al menos darse la vuelta. Pero decidió quedarse. Quería cambiar aquella timidez por excitación. Necesitaba hacer que ardiera su sangre, atarla a él por aquel vínculo ancestral que era el sexo.

Avanzó, hasta quedar de pie junto al barreño y empezó a soltarse la corbata, mientras le lanzaba una mirada que había perfeccionado a lo largo de muchos años de seducción y conquista. Con ella, había descongelado hasta el corazón de la atractiva viuda lady Almont, de la que se decía que ni siquiera le gustaban los hombres. Qué equivocados estaban algunos...

Ella titubeó y, o mucho se equivocaba, o se le habrían erizado esos pequeños pezones que se empeñaba en ocultar bajo la espuma.

Pequeña niña perdida. Pequeña niña engañada...

Ajena a sus pensamientos, Ishbel carraspeó.

—Perdona, sé que no debería meter a Tutú en el agua conmigo, pero es que a veces... —empezó, seguramente por llenar el silencio y diluir la evidente tensión sexual que había cargado el aire del dormitorio. Arthur recordó su consulta, antes de cenar. Como si a él le pudiera importar que se bañase o cenase con el perro—. Sé que me excedo, pero es que Tutú es importante para mí. Me lo regaló mi abuela, justo antes de partir de Tùr Làidir. Prácticamente acababa de nacer, es hijo de su perra preferida, Bhean. «Los dos vais a empezar una nueva vida», me dijo. «Cuidad el uno del otro». —Su sonrisa se volvió pensativa—. No imaginaba lo acertada que estaba.

—La quieres mucho. —Arthur dejó la chaqueta en el respaldo de la silla libre. El equipaje de Ishbel estaba abierto sobre la mesa, junto al espejo y el cepillo de pelo que había usado antes. Dentro, vio ropa delicada, el frasco de colonia...

La bolsa tenía una D en el cierre.

Pasó el dedo por ella.

D de Dankworth, claro. No debía olvidarlo. Esa noche, menos que nunca.

—Muchísimo. A ella y a mi madre. —Él no dijo nada. Se conformó con mirarla. ¡Estaba tan hermosa! La observó mientras terminaba de enjabonar al perro y luego a ella misma—. ¿En qué piensas? —le preguntó de pronto.

«En cómo dañar a tu padre», no parecía una buena respuesta.

—En lo extraño de esta situación.

—¿Extraño?

—Ni te lo imaginas.

La verdad le quemaba la boca, quería decírselo antes de que ocurriera lo que tenía que ocurrir, para ver si con ello podía menguar de algún modo su culpa. Pero, cabía la posibilidad de que decidiese irse de inmediato. ¿Y si se empeñaba de verdad en ello? ¿Qué iba a hacer? ¿Golpearla, atarla?

Además, acostarse con ella era una buena solución para convencerla del resto. Y él estaba dispuesto a muchas cosas, pero no se veía capaz de violarla. Prefería tenerla así, complaciente, contenta.

«Por Dios». Se dio la vuelta y simuló estar colocando mejor la chaqueta.

—Háblame de ti —dijo ella. Arthur carraspeó. Cuando habló, su voz sonó normal.

—¿Qué quieres saber? No hay mucho que decir. —La miró y sonrió, su sonrisa habitual, el escudo tras el que se escondía—. Tengo cierto sentido del humor, soy bastante guapo y sumamente rico.

—Caramba. ¿Todo Arthur Ravenscroft, el famoso y envidiado lord Badfields, se reduce a eso?

Arqueó una ceja, sorprendido.

—Pues no sé... Me temo que sí.

—No, seguro que no. Veamos, ¿te gusta leer?

Arthur asintió. Empezó a soltarse la camisa.

—Sí, mucho. Pero raramente poesía. Soy muy exigente en eso. No soporto los ripios, por muy salidos del alma que sean.

—¿Caminar?

—No, aunque no me importa recorrer el mundo entero, si es necesario.

—¿Quiénes son tus personas preferidas?

—Durante los últimos años, mis amigos, Gysforth y Rutshore. Con diferencia.

—¿Alguna vez te has enamorado?

—Esa es una buena pregunta. —Colocó también la camisa en el respaldo de su silla y se sentó en la cama, para desatarse los zapatos—. Si te digo la verdad, creo que estoy enamorado de Bethy y de Harry.

—¿Las esposas de tus amigos?

—Así es. Es muy curioso: primero, me enamoré perdidamente de Bethy. Luego, llegó Harry y también me enamoré de ella.

Ishbel rio.

—Claro. Resulta muy cómodo.

—¿A qué te refieres? —preguntó, intrigado.

—A que, si están casadas, no puedes cometer el error de casarte con ellas. Solo puedes amarlas en la distancia, y entretenerte con todas las demás.

No lo había pensado. Asintió.

—Puede ser. Siempre he sido muy contrario al matrimonio.

—¿En serio? —Le miró de reojo, como si semejante posibilidad la hubiese preocupado. Bien. Eso podía inclinarla a su favor—. ¿Por qué?

—Porque odio a mi padre.

Arthur se maldijo. ¿Cómo se le ocurría dar semejante respuesta? No era el momento adecuado para demostrar tanta amargura. Claro que, simplemente, se le había escapado. Era algo que burbujeaba con demasiada fuerza en su pecho, y en ocasiones resultaba imposible contenerlo.

Ella parpadeó.

—No lo dices en serio.

—Totalmente. —Ishbel no dijo nada más, se limitó a mirarle, pero Arthur se sintió inclinado a darle una explicación. Qué extraño. No solía hablar de eso con nadie. A veces con Gysforth y Rutshore, por desahogarse, pero, desde que se hicieron adultos, casi nunca lo mencionaba—. Ese hombre jamás me ha mostrado ningún afecto. De crío me atormentó... lo indecible, y también a mi hermana.

Ishbel lo meditó unos momentos.

—Quizá no sabe cómo demostraros su cariño.

Arthur ahogó una risa seca.

—No, desde luego que no lo sabe. Lo que sí le sale muy bien, desde siempre, es demostrarnos su desprecio.

—Oh, Arthur, no es...

—No merece la pena hablar más de él —la cortó, algo brusco—. Ese canalla siempre ha hecho infeliz a mi madre y nos hizo infelices a nosotros, hasta el punto de que Minnie llegó a estar tan desesperada que tuvo que marcharse y... le pasó lo que le pasó. Créeme: le odio.

—Lo entiendo —susurró ella, al ver que se había quedado callado—. Sinceramente, pienso que deberías buscar el modo de perdonar y olvidar, para estar en paz contigo mismo, pero lo entiendo. —Le miró extrañada—. De todos modos, lo que no sé, es qué tiene que ver eso con casarte o no.

—Es un modo de castigar a mi padre, que vea que su linaje se extingue, que no le doy nietos, ni herederos para su título.

—Oh, ya entiendo. Pero... ¿y qué hay de lady Ruth Keeling?

La miró sorprendido.

—¿Qué pasa con ella?

—Faith me dijo que lady Morton tenía en mente conseguir que os casarais,



y que os habían empezado a ver bailando juntos más a menudo.

—Ah, sí. —Rio—. Es cierto, ya empezó con eso la temporada pasada. Pero era una guerra perdida de antemano, pobre tía Hetty... Yo quiero mucho a Ruthie, pero es como una hermana. Y ella... —Frunció el ceño—. No sé en qué anda, si te digo la verdad. Pero desde luego, no en la búsqueda de marido.

—Dicen que es muy inteligente.

—Lo es. Y muy culta. —Se cruzó de brazos y la miró con intención—. ¿No va siendo hora de que salgas de ahí?

Ella hizo un gesto indeterminado con la cabeza. Seguro que se sentía cohibida. Normal.

—¿Me echas agua, para aclararme?

—Por supuesto.

Cogió el cubo y le fue derramando su contenido por la cabeza, para quitarle bien el jabón del pelo. Hasta el condenado perro disfrutó con el agua, se le veía feliz. Cuando acabó, Ishbel se pasó las manos por el rostro y se quedó quieta.

—No sé si voy a poder salir... —murmuró.

—Si es por eso, tranquila, no importa —replicó él. Incapaz de esperar más, sintiéndose excitado como nunca, metió los brazos en el agua. Deslizó uno por debajo de sus rodillas y otro por su espalda—. Ya te ayudo yo.

—¡Arthur! —gritó ella, pero reía, con Tutú en sus brazos, a su vez.

La sacó y la llevó a la cama, empapándolo todo a su paso. Ishbel lanzó una carcajada cuando la arrojó sobre el colchón y se deslizó por encima de ella, como una serpiente, como una fiera a la conquista de más y más territorio, dejando la huella de sus labios en la piel húmeda de sus piernas, su vientre, sus pechos, su cuello...

Arthur buscó sus labios, sintiendo que se le iba el alma en esos besos, entre descubrimientos que le llenaban de gozo. ¡Qué bien olía! ¡Qué bien sabía! ¡Qué suave era! Con dedos febriles, recorrió su talle mientras lamía sus pechos. ¡Pero qué mujer tan hermosa! Tenía un cuerpo esbelto y proporcionado, unos senos preciosos, como pequeñas manzanas que encajaban perfectamente en sus manos. Mordisqueó sus pezones hasta que la sintió dispuesta. Ishbel jadeó con suavidad.

Arthur se quedó muy quieto y la miró, sorprendido por todo lo que estaba encontrando y sobrecogido por una extraña sensación de pérdida. ¿Cómo imaginar un mundo futuro en el que aquellas sensaciones le estuviesen vedadas?

Cuando le odiase...

«No pienses en eso ahora», se ordenó. Si le daba vueltas, no podría hacerlo, y *tenía que hacerlo*. Basta de tonterías. Debía centrarse en ella y en el placer inmediato, algo en lo que un libertino como él no debería tener problema. «No pienses en eso nunca».

Se incorporó y empezó a soltarse el pantalón.

De pronto, Tutú saltó encima del vientre de Ishbel y ladró, el hocico peligrosamente cerca del miembro, largo, rígido y pulsante, además de extremadamente sensible, que Arthur estaba sacando a la luz.

—¡Por todos los demonios! —exclamó, echándose hacia atrás, seguro de que iba a fallarle el corazón, por el puro susto.

—¡Tutú, no seas malo! —le riñó ella, y miró a Arthur con disculpa—. Lo siento, es que siempre duerme conmigo.

—¿Ah, sí? —Cenar y bañarse, vale, pero había llegado a su límite—. Pues lo lamento mucho, pero esta noche, eres toda mía.

Se levantó de la cama, cogió al perro, que se dejó llevar dócilmente, y fue

hacia la puerta. Ishbel se sentó en la cama.

—¿Qué haces? —preguntó, preocupada—. ¿Adónde lo llevas? ¡Todavía no he podido secarlo, puede resfriarse!

—No te preocupes. Me ocuparé de que lo cuiden.

—¡Arthur!

No le hizo ni caso. Salió descalzo, el pecho desnudo y los pantalones a medio atar. Por suerte, no tuvo que ir con esas pintas hasta los establos, los tres matones de Thynne estaban todavía en la sala común, jugando a las cartas y bebiendo vino a su costa. Le entregó el perro a Otis, que parecía el más sensible de todos. O un poco sensible, al menos. Esperaba no equivocarse con él.

—Toma. —Señaló al perrito que, mojado, se parecía más a una rata que nunca. Qué flaco y pequeño era, en realidad, el cabroncete—. Sécalo, que no se resfríe y encárgate de él como si fuera tu hijo. No, mejor, como si fueras tú mismo. Si le pasa algo, lo más mínimo, te mato.

—Eh... milord... —empezó Otis, mirando al perro con incertidumbre, mientras sus compañeros se echaban a reír. No se quedó a oír el resto. Tenía una erección considerable y no era cosa de ir fardando ante Frank sobre tamaños de miembros.

Subió otra vez. Como imaginaba, Ishbel no se había levantado de la cama, aunque sí se había tapado con las mantas. Podía estar muy preocupada por su perrito pero también muy deseosa de acostarse con el perverso lord Badfields. Por una noche, cedería el cuidado de Tutú a otro.

—Otis se ocupará de todo, tranquila —le dijo. Me ha asegurado que va a secarlo con esmero —mintió, con soltura. Ella no parecía tan convencida; al contrario, su expresión solo mostraba un mar cambiante de dudas, pero no dijo nada. Mejor, porque Arthur estaba demasiado enardecido como para querer seguir hablando. Se quitó los pantalones y la ropa interior, todo a la vez.

Ishbel se sobresaltó al ver su erección, pero no apartó la vista, al contrario, el susto fue dando paso a lo que no podía ser otra cosa que curiosidad, y un destello de pasión en sus pupilas. Arthur retiró las mantas sin que ella opusiera resistencia, subió al colchón y se movió hasta colocarse entre sus piernas, mientras la besaba de nuevo.

—¿Dónde estábamos? Ah, sí... —Deslizó su lengua por su cuello, haciéndola estremecer, y lamió otra vez sus pezones, sin prisas, mientras comprobaba con cuidado su pubis. Seguía húmeda y dispuesta, perfecto. Había llegado el momento. Se inclinó sobre ella—. Intentaré que te duela lo menos posible —le dijo—. Pero, si quieres que pare, en cualquier momento, dime. —Era lo menos que podía hacer por ella—. En cualquier momento, recuérdalo.

Ella asintió, muy seria. Estaba nerviosa, pero no lo admitiría jamás, pequeña guerrera escocesa, terca y decidida. Arthur se juró que la haría disfrutar, esa noche y el tiempo que pasaran juntos, aunque le fuese la vida en ello. La cogió con una mano por la cadera y con la otra le acarició la mejilla.

Y empezó a empujar, abriéndose paso.

Apretó los dientes, obligándose a controlar la velocidad. Poco a poco, necesitaba ir lentamente, para hacérselo lo más llevadero posible. ¡Ishbel era tan suave! Una funda de terciopelo que se iba ajustando a su verga de un modo soberbio, como si hubiese nacido para albergarle a él, para unirse con él.

¡Qué placer! ¡Qué maravilla! Avanzó poco a poco, hasta toparse con la prueba inconfundible de su pureza.

La virginidad de la hija de Dankworth...

El nombre estalló en su cabeza, removiéndolo todo. Arthur jadeó, crispado, luchando furiosamente entre el placer y el rencor, entre el afecto que había empezado a sentir por Ishbel y el aborrecimiento inmenso que le provocaba su padre, y que no podía impedir que se extendiese también a ella.

Pero, desde el principio, tuvo claro que no había mucho que pudiera hacer: la vorágine de rabia y desesperación en la que vivía desde hacía demasiado tiempo, se lo tragó de un solo bocado.

Entonces, buscó sus ojos.

—Mírame —ordenó, dominante, con voz ronca por el deseo y la ira. Ella parpadeó, con sorpresa. Sus pupilas habían estado veladas por la pasión, pero recuperaron intensidad y Arthur supo que veía su rostro, que *solo* veía su rostro llenándolo todo, como si no existiera nada más en el mundo—. Mírame y recuerda este momento por siempre, Ishbel Puscate.

La sujetó por las caderas y entró hasta el fondo.

Ishbel gritó, se retorció y se agarró a él, hundiéndole las uñas con tanta fuerza que le hizo daño. Aquello le hizo reaccionar a su vez. Se rompió la burbuja de odio en la que se había sentido atrapado como un insecto en un trozo de ámbar, y recordó que se encontraba en la cama con una joven inexperta que no tenía ninguna culpa, ni tenía por qué recibir ningún mensaje.

Eso, por no mencionar lo muy excitado que estaba él mismo, clavado de aquel modo en ella. Cada movimiento que hacían, cualquiera de los dos, le provocaba un auténtico oleaje de sensaciones.

—¿Estás... estás bien? —preguntó, como pudo. Se maldijo por haberse dejado llevar por ese arrebató tan ruin y mezquino. Haberle quitado así la virginidad, pensando más en la venganza contra su padre que en los sentimientos que empezaba a experimentar por ella, había sido muy miserable—. Ishbel...

—Sí, sí —susurró ella, moviéndose un poco. Quizá se sentía incómoda.

—Puedo parar, si lo prefieres.

Odiaría tener que salir de ella en ese momento, con esa erección cada vez más descomunal. No por sus planes, en cuanto a eso, ya daba lo mismo. Seguir

o no, no influía ya, no tenía importancia en aquel proyecto infame que les había arrastrado a ambos hasta esa posada. Ya había hecho lo que quería hacer, quedarse con su virtud, predisponerla a aceptar lo que le diría al día siguiente, cuando hubiese recapacitado sobre lo que había pasado entre ellos. Ni siquiera era necesario que completase el acto con la hija de su enemigo.

Pero quería hacerlo. ¡Por todos los demonios, la deseaba, quería hacerlo! Eso, y mucho más.

—¡No! ¡No, por favor! —exclamó Ishbel, por suerte—. ¡No se te ocurra dejarme así!

Arthur rio entre dientes, inmensamente aliviado. Ishbel Puscat estaba demostrando que era una mujer ardiente, una buena compañera de cama. Después de lo ocurrido, no le hubiese extrañado que le apartase, enfadada, y se fuese a un rincón, a llorar y aliviarse con un paño húmedo. Que no quisiera saber nada más de él ni volviera a dirigirle la palabra jamás.

Pero no. Muy por el contrario tenía el cuerpo tenso, absolutamente crispado por el deseo. Cuando Arthur pasó una mano por sus pechos, excitando sus pezones al máximo, Ishbel sacó la punta de la lengua y la deslizó por sus labios, humedeciéndolos; onduló bajo él de una forma muy erótica y empezó a moverse, indicándole lo que quería, lo que esperaba de él. Arthur, no tuvo más opciones que besarla con pasión y obedecer.

Siguió su ritmo, se apropió de él y lo varió, al principio con lentitud, luego cada vez más rápido, más veloz, más encendido. Estaba tan excitado que tardó en darse cuenta de que se estaba dejando llevar por sus propios apetitos, comportándose como con cualquiera de sus muchas amantes, todas ellas veteranas en esas lides. Durante un instante, tuvo miedo de mostrarse demasiado exigente, siendo como era, una virgen sin ninguna experiencia, pero Ishbel tenía un alma apasionada y había nacido para el sexo, estaba claro.

Por eso, cuando Arthur se lanzó a una cabalgada intensa y profunda,

imponiendo un movimiento resuelto, ella no se quedó atrás. En medio de la pasión, le envolvió las caderas con las piernas, preciosas y muy largas, y le espoleó, animándole a entrar todavía más fuerte y más rápido.

—Más... —la oyó susurrar—. ¡Más!

Oír aquello le excitó como nunca, Arthur estaba absolutamente exultante. Erguido entre sus piernas, clavado en ella, con las manos cubriendo sus pechos, se sintió el hombre más poderoso del mundo, el más feliz y, también, irónicamente, el más frustrado. Porque Ishbel lo era, suya, la notaba así bajo su cuerpo, pero estaba seguro de que no podría retenerla.

No. Cuando supiera la verdad, le iba a declarar la guerra.

Aquel cabrón de Dankworth...

## Capítulo 6

Ishbel despertó poco antes del amanecer.

Arthur estaba dormido a su lado, abrazado a ella. Juntos, formaban un revoltijo de miembros y pieles desnudas bajo las mantas.

No estaba segura de entender lo que había ocurrido la noche anterior. No se refería al sexo, claro. ¡Aquello había sido absolutamente maravilloso! ¡Menudo descubrimiento! Ahora no podía imaginar un mundo sin él. ¿Cómo podían vivir tantas y tantas personas sin disfrutar de algo así, sin experimentar aquellas sensaciones grandiosas? ¿Sin conocer esa subida larga y casi agónica, ese clímax que superaba con mucho cualquier otra cosa que se pudiera sentir?

Pero... algo había pasado en un momento dado, no estaba segura del cómo ni del porqué. Ni siquiera de *qué*, exactamente.

Al principio, Arthur se había mostrado tan amable... No era para nada el hombre que le había descrito Faith, el libertino hedonista que solo buscaba el propio placer, sin importarles el de la otra persona. Al contrario, se había comportado como un amante considerado y atento.

Menos mal. Porque, pese a su determinación, Ishbel había estado muerta de miedo. ¿Y si hacía algo mal? ¿Y si no le gustaban su cuerpo, sus caricias o sus besos? ¿O si *aquello* dolía tanto como decía Faith, o incluso más, y no podía soportarlo, y resultaba todo un auténtico espanto?

Por suerte, Arthur supo tranquilizarla. Le habló de un modo muy cariñoso, la guio en cada paso, y ella se dejó llevar. En ese momento hubiese hecho



ciegamente cualquier cosa, todo lo que le pidiese, porque confiaba plenamente en él.

Pero, entonces, ocurrió *aquello*. Fue justo cuando le arrebató su virginidad. Cuando le ordenó que grabase para siempre su imagen en la memoria. Su imagen o la de ese otro, ese reflejo oscuro de sí mismo, porque habría jurado que, durante un momento, Arthur había sido otra persona, alguien consumido por el odio. Sus ojos brillaban, llenos de furia y de rencor.

O esa impresión le había dado... Pasó tan rápido que no estaba segura. Había estado tan embelesada en sus sensaciones que, antes de que le diese tiempo a reaccionar, ya volvía a ser el de siempre. Quizá había sido su propia imaginación, o había interpretado mal su expresión. Además, había muy poca luz, apenas un cabo de vela en la palmatoria de la mesilla...

¡Sí, la vela y sus sombras! ¡A eso se había debido todo!

El dolor había sido espantoso, absolutamente brutal, casi como si la hubiesen abierto repentinamente por la mitad, pero ya sabía que aquello tenía que doler, ¿no? Lo decía todo el mundo. Quizá Arthur había pensado que era mejor cuanto más rápido pasase todo, y en realidad ella estaba de acuerdo. De hecho, todo fue mejor a partir de ese momento.

Aquel hombre había conseguido hacerla disfrutar tanto, y tantas veces, que llegó a olvidar todo lo que no fuera ese goce devastador, aquella marea maravillosa y sorprendente que la zarandeó durante lo que le parecieron varias eternidades, antes de liberarla con una explosión que barrió todo su cuerpo. Había habido un antes y un después. Era otra tras aquel bautismo de absoluto placer.

Iba a echarle de menos cuando se separasen. Ojalá no tuviera que pasar, pero no veía de qué modo podría retenerle. «Me estoy enamorando», pensó con horror. No debía olvidar que era lord Badfields, el dandi que más camas conocía de todo Londres. Su nombre siempre estaba relacionado con la mayor

parte de los escándalos de los últimos tiempos: adulterios, apuestas, incluso algún duelo si no mentían los rumores, al que debía haber acudido borracho perdido y asistido por dos prostitutas.

Decían que tenía amantes establecidas por toda la ciudad, siempre varias, jamás una sola, puesto que eso hubiese podido hacer pensar que guardaba alguna clase de fidelidad, y él no se ataba a ninguna mujer, simplemente disfrutaba con todas. No conocía la moral ni la decencia.

Pero con ella había sido considerado y cariñoso, eso no podía olvidarlo. Y era tan atractivo...

Como si hubiese presentido que le estaba mirando, Arthur suspiró y entreabrió los ojos. Enormes, algo rasgados, con unas pestañas inmensas. ¡Cómo le gustaban! Como todo él...

Al verla, sonrió.

—Buenos días —dijo, con voz rasposa por el sueño.

—Buenos días —replicó ella. Llevada por un impulso, se estiró hacia él y le dio un beso—. Gracias, Arthur. Te aseguro que no lo olvidaré nunca. Jamás. Ha sido maravilloso.

Él titubeó un momento. Su expresión se volvió reflexiva, y pareció oscurecerse, como si hubiese recordado algo desagradable, pero terminó sonriendo. La rodeó con sus brazos y ahondó el beso.

—Me encanta tu entusiasmo. —Le apartó unos mechones de la frente, una caricia delicada, que sintió como muy íntima—. Y no dudo de tu palabra, aunque, por si acaso, para asegurarnos, deberíamos repetirlo. ¿No crees?

Ishbel sonrió. No dijo nada de palabra, pero se deslizó entre las sábanas para acercarse en lo posible, pegándose a su cuerpo. Notó la dureza de su excitación. Qué hombre, parecía estar siempre dispuesto.

La besó otra vez. Movi6 un brazo y sintió su mano, jugando con sus

pezones.

—¿No estarás molesta? Al fin y al cabo, anoche fue tu primera vez y hasta repetimos.

Pero, mientras hablaba, la tocaba de aquel modo indecente, perverso y enloquecedor, y ella no pudo por menos que estremecerse.

—No... —Le acarició la mejilla—. No, estoy perfectamente. De hecho, lo estoy deseando. Por favor.

La mirada de Arthur se volvió extraña y desconcertante, como ocurría a veces, pero antes de que le pudiera preguntar nada al respecto, ya la estaba besando. Su boca se deslizó lentamente por su barbilla, por su cuello y lamió sus pechos. Apartó las mantas y sintió su lengua en su vientre, jugando primero con su ombligo y bajando hasta llegar a su pubis.

Allí, buscó el botón de carne tierna que ocultaba y lo lamió con fruición, hasta que casi la hizo gritar de placer. Ishbel extendió los brazos a los lados y crispó los dedos sobre el colchón.

Entonces, Arthur se detuvo.

Sorprendida, le buscó con los ojos y descubrió que se había quedado mirando algo: una pequeña mancha de sangre en la sábana. Lo que quedaba de la niña que había sido, claro...

¿Lamentaba su pérdida? Ishbel no estaba segura. Quizá, un poco, como lamentaba haber perdido la luz maravillosa que siempre envolvía sus recuerdos de la infancia. ¡Todo cambiaba tan rápido!

Él alzó la cabeza y sus pupilas se encontraron. No hablaron, no había nada que decir. Simplemente, Arthur se arrastró hasta posicionarse entre sus piernas, la besó en la punta de la nariz y en la boca, y la penetró con un miembro duro que iba levantando sensaciones maravillosas a su paso.

Mientras se movía, en unas embestidas firmes que empezaba a sentir como

familiares, casi como parte de sí misma, siguieron mirándose con fijeza. A la luz del amanecer vivieron una comunión mayor de la que les había unido entre las sombras de la noche. La luz de la vela distorsionaba gestos y ocultaba miradas, líneas y expresiones, bien había podido comprobarlo; el sol no lo consentía.

Allí estaban, uno frente al otro, mostrando su placer sin disimulos, unidos de la forma más íntima que podía darse entre dos seres humanos.

—Te encuentras casi lista —dijo él, y el cuerpo de Ishbel, que sí que estaba listo, se estremeció como una hoja mecida por el viento.

—Sí... —Él le buscó las manos, entrelazó los dedos con los suyos, y las subió hasta apoyarlas a ambos lados de su cabeza.

—Espero que algún día puedas perdonarme —añadió, de pronto. Ella parpadeó. ¿Por qué decía aquello? ¿Quizá por lo de la noche anterior? Pero, entonces, añadió algo más desconcertante todavía—: No esperaba que fueras así, Ishbel. Ojalá no fueras así.

Ishbel sintió que la envolvía una sensación extraña, algo que tenía grandes dosis de tristeza y mucho de inquietud. ¿Por qué decía esas cosas? ¿Por qué se portaba a veces de un modo tan inexplicable?

—Pues yo no querría que fueras de ningún otro modo —susurró, casi al borde de dejar de estar excitada.

Él la observó con semblante grave. Debió darse cuenta de la situación, porque la besó hasta que Ishbel volvió a sentir que su cuerpo se disolvía bajo sus labios. Entonces, Arthur aceleró las embestidas, cada vez más intensas, más dominantes, y ella no tardó en retorcerse como podía, siempre al borde de la promesa del placer, siempre ascendiendo en una subida larga y trabajosa.

Y de pronto, llegó. Se tensó, pensando que iba a romperse, que no podría soportarlo. Se aferró a las manos de Arthur como si temiera ser lanzada físicamente a otro lugar mientras el orgasmo la barría de arriba abajo,

recorriendo cada milímetro de piel, cada recoveco. Tuvo la impresión de que *aquello* le cambiaba el interior de sitio, alteró todo lo que era, todo lo que había sido, bajo la bestial embestida de una ola de placer.

Estaba todavía agitándose en su resaca cuando también él se dejó llevar, y gritó, derramándose en ella.

Arthur se echó a reír.

—No hay mejor forma de empezar el día —jadeó, y no pudo estar más de acuerdo, aunque le fue imposible hablar.

Permanecieron unos minutos quietos, abrazados. Se estaba bien allí, así; pena que hubiese dicho eso, ya no podía dejar de darle vueltas ni conseguía disfrutar realmente del momento. Al final, decidió levantarse. Además, necesitaba enterarse de cómo estaba Tutú. Se sentía un poco culpable porque no había hecho nada, realmente, por mantenerlo en el dormitorio. Había preferido dejar que Arthur se lo llevase, para poder disfrutar de esa noche sin interrupciones.

Bueno, pues hecho estaba. Pero ya había llegado el momento de volver a la realidad y ocuparse de él. Ishbel apartó las mantas por su lado, se escurrió de entre los brazos de Arthur y se levantó.

Él la miró desde la cama.

—¿Qué haces? ¿Adónde vas? Todavía es temprano.

Ishbel dudó, pero raramente dejaba para otro momento los problemas.

—¿Por qué has dicho que ojalá yo no fuera como soy?

—Eh... Por nada. —Hizo una mueca—. Solo ha sido una tontería. No tenía nada que ver contigo en realidad. Lo lamento.

—¿Qué no tenía que ver conmigo? —Se le ocurrió una posibilidad, muy propia del lord Badfields de los rumores—. ¿Es que acaso estabas en la cama

conmigo, pero pensabas en otra?

—¡No! Pero ¿qué dices? No es así, en absoluto.

—¿Entonces? —Él no dijo nada—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué a veces eres tan... extraño?

—No me ocurre nada, demonios. Vamos, no recuerdo ni en qué estaba pensando en ese momento. —Por alguna razón, no le creyó, y él se dio cuenta—. Ven a la cama, anda. Te demostraré lo mucho que me gusta que seas como eres.

Ishbel suspiró.

—Creo que no. Ahora no, Arthur. —Ishbel fue hacia la jofaina, se lavó y empezó a vestirse, mientras él no dejaba de observarla. ¿En qué estaría pensando?—. Además, quiero ir a ver cómo está Tutú.

Él apoyó la cabeza en la almohada, como dejándose caer.

—Vale... Aunque no deberías mimarle tanto.

—Lo sé. Pero le adoro. Ya te conté que me lo regaló mi abuela, y me hace mucha compañía.

—¿Te sientes sola?

—A veces. —Se lo pensó un momento, pero sí, era verdad—. Es que, desde que nos hicimos mayores, Sloan tiene su propia vida y pasa mucho tiempo de un lado para otro, cosa que a mí no se me permite hacer. Hasta ahora, he estado prácticamente recluida en Tùr Làidir.

—No has ido mucho por Londres, ¿no?

—¿Yo? —Estuvo a punto de echarse a reír—. No. Muy pocas veces.

—Eso había oído decir. Además, te habría visto. —Sonrió tentativamente—. Y habríamos hecho estas cosas, mucho antes.

—¿Qué dices? Estando bajo la custodia de mi padre, tendrías que mantenerte a distancia. Aunque podrías sacarme a bailar, por supuesto. — Esperaba alguna broma al respecto, pero no hubo nada. La expresión de Arthur había variado sutilmente. Seguía sonriendo, pero era una sonrisa algo tensa y sus ojos estaban serios—. Arthur, ¿te pasa algo con mi padre?

Él titubeó durante dos largos segundos.

—No —dijo finalmente. Apartó las mantas y también se levantó. Se asomó a la ventana—. Aunque no le cae muy bien a James. Son adversarios, en el mundo de la política. No sé si lo sabes, pero tu padre se opone a la creación de una policía moderna, algo que controle de verdad el mundo de la delincuencia en Londres. Es una lucha política, de control de poder: nobles contra la corona, contra el estado.

—No lo entiendo. ¿Por qué haría eso?

—Es sencillo. Solo tienes que preguntarte: ¿de existir esa policía, los nobles estarían sometidos a ella? ¿Podría un policía plebeyo exigir a un noble que le deje revisar su coche, sus bolsillos o incluso detenerle?

—Oh, claro. —Le pareció una idea de lo más peculiar. Incluso en esos momentos, la Guardia tenía muy en cuenta que los nobles eran intocables, a menos que cometieran alguna atrocidad contra los suyos o contra el propio rey —. Ya veo lo que quieres decir, sí.

—En su lucha por no perder poder, él, y los que son como él, prefieren que solo exista la Guardia, que la auténtica protección no exista como algo real, sino que se la pague cada cual. Pero ¿qué pasa con los que son pobres, Ishbel? ¿Qué pasa con los que no son nobles y no pueden defenderse, como él? Pues que son robados, asesinados o extorsionados, prácticamente sin defensa alguna.

Sí, parecía muy propio de su padre. Que ella le quisiera, porque había sido un padre atento, sobre todo cuando era niña, no implicaba que estuviese

ciega. Lord Dankworth era un hombre poderoso al que le importaba bien poco cómo viviera el resto del mundo. Recordó su relación con la «Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales». Ella nunca había mencionado el tema, pero lo poco que había oído del asunto, la había horrorizado.

Si era capaz de enriquecerse así, con la desesperación ajena, sin siquiera pestañear, no le sorprendería que no quisiese perder poder, en el propio Londres.

—Me hago una idea... —Ishbel agitó la cabeza mientras se ponía el corsé—. Sí. Pobre lord Gysforth, le entiendo. Yo quiero mucho a mi padre, pero lo entiendo. Es como querer al rey, ¿sabes? Puede ser magnánimo, y hasta brindarte su amistad, pero nunca debes olvidar quién manda, o puedes perder la cabeza. —Nada, que no conseguía sujetar aquel trasto. ¡Cómo echaba de menos una doncella! Vio que Arthur se dirigía hacia ella—. ¿Me ayudas con el corsé, por favor?

—Claro. A eso venía. —Se colocó detrás de ella y empezó a mover las cintas, para ajustarlas. Había algo muy excitante en saber que estaba completamente desnudo a su espalda, tan cerca. Tiró con fuerza y ella casi se quedó sin aliento—. Tienes un talle diminuto, amor mío.

—Gracias —replicó, sorprendida por el tratamiento. Y encantada. ¿Por qué siempre la tenía así, dando tumbos de un extremo al otro? De desear que no fuera como era, a llamarla «amor mío» con tal naturalidad. Seguía desconcertada, pero al menos se sintió mejor.

La ayudó también a ponerse el vestido y notó sus dedos, abrochando botones. Tenía mucha experiencia, se notaba. Se preguntó a cuántas mujeres habría vestido. Qué tontería. La pregunta era a cuántas habría desnudado.

Cuando terminó, las manos de Arthur pasaron hacia delante y cubrieron sus senos. Los oprimió, con destreza y cuidado, estrechándola contra su pecho y



encendiendo un rescoldo en su vientre, y luego descendieron poco a poco por los lados, hasta detenerse en su cintura. Se quedaron muy quietas.

Ishbel contuvo la respiración.

—Reconozco que vuelvo a tener hambre —murmuró él, besándola en la base del cuello, lo que le provocó un estremecimiento y terminó con toda su resistencia. De haber insistido en volver a la cama, quizá lo hubiese hecho. Claro que sí, a qué engañarse, lo hubiera hecho. ¡Seguro que Tutú podía arreglárselas diez minutos más sin ella!

Pero aquel maldito la soltó y fue también hacia la jofaina, para arreglarse, dejándola con una extraña sensación de insatisfacción en el cuerpo.

Arthur puso en su arreglo personal el mismo cuidado que si fuese a acudir a una fiesta, pero se dio bastante prisa y, de hecho, terminó al mismo tiempo que ella, que tuvo problemas para poder trenzarse el pelo y hacerse el moño, algo de lo que siempre se ocupaba Nelly. En pocos minutos, estuvo impecable. Guapísimo.

—Si estás lista, bajemos —le dijo, y le ofreció el brazo con un gesto gallardo. Ella sonrió y lo tomó, dispuesta a salir del dormitorio, pero Arthur la retuvo todavía un momento—. Perdóname, Ishbel. No estoy acostumbrado a mantener una relación así. Aunque te sorprenda, a veces soy muy torpe con las mujeres.

—No importa...

—Sí, sí importa. Lo último que quería era que te sintieras mal. —Se inclinó y la besó—. Lo que ha ocurrido esta noche ha sido maravilloso. Te lo juro. Lo mejor que me ha pasado en muchísimo tiempo.

En ese momento, sí parecía sincero; de hecho, parecía estar volcando su alma a través de sus ojos, lo que llegó a conmoverla, y mucho. Ishbel tragó saliva, sintiéndose absurdamente feliz, y se reprochó el ser siempre tan suspicaz. ¿Por qué tenía que darle tantas vueltas a algo que quizá no había sido

más que un comentario sin sentido? Era como lo de la noche anterior, la desagradable impresión que le había dado y que al final seguro que no fue más que un juego de sombras.

Salieron y, mientras bajaba la escalera, estaba como en una nube. No perdió la sonrisa ni siquiera cuando vio a Tutú sucio y desgredado, porque se había pasado la noche persiguiendo ratas por la posada, como les explicó orgullosamente Otis. Ratas. ¡Tutú cazando ratas! Bueno, cuando se le pasase la borrachera de felicidad que sentía, lanzaría un par de gritos por eso.

Salieron y, mientras bajaba la escalera, estaba como en una nube. No perdió la sonrisa ni siquiera cuando vio a Tutú sucio y desgredado, porque se había pasado la noche persiguiendo ratas por la posada, como les explicó orgullosamente Otis. ¡Ratas! ¡Tutú cazando ratas! Bueno, cuando se le pasase la borrachera de felicidad que sentía, lanzaría un par de gritos por eso.

Para desayunar había huevos fritos y largas tiras de tocino crujiente, además de mantequilla y pan recién hecho, que le dio a Tutú mojado en leche. Como la noche anterior, el dueño fue el que sirvió la mesa, mientras la enorme posadera les observaba de reojo desde el mostrador. ¿Qué pensaría de ellos? Posiblemente, se preguntaba si Arthur era su marido, o si ella era su querida.

*Su marido.* Le gustó cómo sonaba, y mucho. ¡Ojalá pudiera casarse con alguien así, menudo sueño! Badfields era guapo y atento, y tenía aquel carisma oscuro que le volvía arrebatador. Por si eso fuera poco, su fama de crápula, en vez de provocar rechazo, le daba un aire fascinante.

Y la había rodeado de estrellas...

Ishbel suspiró. Con mucho menos empezaban otros matrimonios. ¿Y acaso lo importante no era el cómo abordar el día a día, tal como decía su abuela? Incluso los mejores, los que tenían hijos y convivían mucho tiempo, podían llegar a tener problemas.

Sus padres, por ejemplo... Ishbel sentía una enorme pena por todo aquello,

pero dudaba de que volvieran a vivir juntos, ni siquiera por unos pocos meses al año, como hacían antes, para salvar las apariencias.

¿Era culpa de alguno de ellos en concreto? A saber. No habían discutido de un modo público, siempre seguirían casados y para las ocasiones más importantes, como la boda de Sloan o la suya, o actos públicos de su padre, seguro que se reunirían, pero ya se habían convertido en dos extraños cortesés y el hogar de su madre había vuelto a ser Tùr Làidir, sin más.

¿Qué podría haber ocurrido? Ishbel estaba convencida de que no se trataba de un asunto de faldas. Quizá para compensar la obsesión sexual del famoso «Sátiro de Londres», su abuelo paterno, que se había labrado una fama terrible con sus andanzas por burdeles y tugurios de todo tipo, su padre siempre había sido comedido en esos aspectos, hasta resultar frío. Si había tenido alguna amante establecida, lo desconocía por completo, aunque lo dudaba mucho.

Tampoco podía deberse a que se llevaran mal por sus caracteres. Habían pasado muchos años de buen matrimonio, gracias sobre todo a lady Agnes. Su madre era muy complaciente, era capaz de callarse casi todo, con tal de que hubiese armonía en la familia. ¿Quizá se había producido alguna desavenencia política? Porque su madre seguía teniendo mucho espíritu escocés, igual que ella, mientras que su padre era claramente partidario de un Reino Unido.

De pronto, le vino a la mente lo ocurrido en Defiance Manor, en aquella reunión organizada por su padre en las ruinas del King Johns Palace. ¿Su madre se habría enterado de algo de eso? ¿Sería algo tan peligroso, tan moralmente inaceptable, como para que no quisiera seguir con él?

No había descubierto nada más de aquello, básicamente porque al día siguiente viajaron a Londres, y el único al que podía preguntar, su hermano, se negaba a hablar del tema. Contenta podía estar con el hecho de que hubiese mencionado aquel nombre, ¿cómo era? Ah, La Estirpe...

¿Sabría algo, Arthur? No estaba segura de si preguntar pero, si no podía

confiar en él, con lo cerca que estaban en esos momentos, ¿en quién iba a poder hacerlo? Le miró.

—Arthur, ¿tú has oído hablar de La Estirpe?

Él la miró sorprendido.

—No, me temo que no. ¿Qué es? ¿O quién?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. No tiene importancia. Solo es un nombre que escuché una vez.

—¿A tu padre?

La pregunta tuvo un tono absolutamente casual, pero Ishbel no pudo evitar sentirse inquieta. Cada vez estaba más segura de que su padre no era de su agrado; de hecho sentía tanto rechazo por él, que no podía ocultarlo, aunque lo intentaba. Estaban en terreno pantanoso. Decidió esquivar la pregunta.

—Da igual. No sé ni por qué lo he preguntado, la verdad. Olvídalo.

—¡No sé si me será posible! —protestó él, pero sonreía. Uno de los hombres de Staunton entró a decirle algo al posadero. Arthur se levantó—. Disculpa. Tengo que hablar con Otis un momento —le dijo a ella—. Termina de desayunar. Así podremos partir cuanto antes.

Ishbel asintió.

—Claro.

Durante unos momentos, le siguió con los ojos, preguntándose si algún día podría conocer todos los secretos de Arthur Ravenscroft. Lo cierto era que se le hacía poco probable.

Una hora después, tras recoger sus cosas y bañar y cepillar a Tutú hasta dejarlo en condiciones, estaban de nuevo en camino.

En el coche, Arthur sonrió y adoptó una expresión solemne.

—Ishbel... Te darás cuenta de que tenemos que hablar de algo muy serio.

—¿El qué?

No era hombre de rodeos, estaba visto. Se inclinó hacia delante y le dijo:

—Sabes que es muy posible que te hayas quedado embarazada, ¿verdad?

Ishbel se lo quedó mirando con la boca abierta. Sí, lo había considerado en algún momento, por supuesto, pero solo de refilón, porque no quería que fuese real. Y no pensar en ello parecía un buen modo de lograrlo. Pero Arthur había tenido que mencionarlo...

Quizá, si no hablaban demasiado de ello, no pasara nada.

—¿Qué dices? No creo. —Le quitó importancia con un gesto y miró por la ventanilla—. ¿Te has fijado en cómo está el cielo? Mi abuela dice siempre «cielo empedrado, suelo mojado», y raramente se equivoca. Seguro que...

—No me cambies de tema, Ishbel. Esto es serio.

—Pero ¿por qué insistes? Es absurdo, Arthur. Solo por una noche...

—Una sola vez, sería suficiente. Y lo hemos hecho... ¿tres? —Se echó hacia atrás y cruzó las piernas, con negligencia—. No, cuatro veces, contando con la última, al despertarnos.

Le miró preocupada.

—De todos modos, no tiene por qué haber ocurrido.

—No, claro que no. Pero quizá sí. O quizá ocurra en el futuro, porque lo vamos a volver a hacer, lo sabes. —Se miraron. Claro que sí. Mil veces, un millón, si le era posible. Estaría toda su vida desnuda en los brazos de ese hombre, de serle posible—. ¿Qué harás entonces?

—No sé. —Hizo una mueca burlona—. ¿Morirme?

—Hablo en serio, Ish.

Le gustó aquel diminutivo. Nadie lo había usado nunca.

—Yo también. ¿Qué quieres que diga? Mi abuela me recibiría en Tùr Làidir de todos modos, y mi madre también. Podré vivir con ellas en el castillo, pero...

—Pero será horrible —terminó él, porque ambos sabían lo que pasaría—. Estarás marcada por siempre. No podrás ir a ningún lado sin ser muy consciente de que estarán hablando de ti, te estarán criticando. La gente es dañina y perversa, está demasiado frustrada por sentirse sometida y no perdona que otros se liberen. Esto de tu huida está muy bien, pero tiene esa clase de problemas añadidos.

Ishbel se encogió de hombros.

—Sobreviviré.

—Tú, quizá. Eres una mujer fuerte, ya me he dado cuenta. Pero ¿y el niño? ¿Has pensado en lo que le ocurrirá? —Ella parpadeó, al caer en la cuenta—. ¿Imaginas lo que será la vida para él? ¿Lo que supondrá ser un bastardo? Vejaciones, insultos, desprecio por parte de otros muchachos de su edad... Y, aunque quisiera, yo no podría pasarle mi título, algo que le pertenecería por derecho.

Hablaba de tal modo que Ishbel casi podía sentir en su interior la presencia de aquel niño. Apoyó una mano en su vientre. Sí, sería espantoso. También dulce, y emocionante, pero terrible.

—Ya está hecho, Arthur —replicó—. No tiene sentido inquietarse antes de tiempo. No lo podemos solucionar.

—Claro que sí.

Le miró sorprendida.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Estamos yendo hacia el norte. De camino al castillo de tu abuela, podríamos desviarnos y pasar por Gretna Green.

Ishbel se quedó asombrada. ¡Gretna Green! ¡Claro! Era uno de los primeros pueblos una vez cruzada la frontera con Escocia; por tanto, también era de los primeros sitios donde dejaba de tener efecto la *Lord Hardwicke's Marriage Act* de mil setecientos cincuenta y cuatro, que regulaba el matrimonio en Inglaterra. Según ella, los menores de veintiún años no podían contraer matrimonio sin el permiso paterno.

En Gretna Green, sin embargo, regía ya la ley escocesa, que permitía casarse a los varones mayores de catorce años y a las mujeres de doce, sin necesidad de ninguna autorización.

Por si eso no fuera suficiente, en Escocia se permitían también los llamados «matrimonios irregulares», en los que solo se necesitaba la declaración de los contrayentes ante dos testigos. No había que esperar a las amonestaciones, ni hacer trámites de ningún tipo.

Por eso se había hecho muy famosa la herrería de Gretna Green, el primer edificio en la entrada del pueblo, en el lugar donde convergían varios caminos. Muchos novios apurados de tiempo, sabiéndose perseguidos por padres o tutores, habían empezado a entrar allí, para proceder a una boda rápida con los herreros como únicos asistentes.

Como Arthur y ella tenían más de veintiún años, realmente no tendrían problema en Inglaterra. Pero su padre era un hombre poderoso. Si querían casarse rápido, de inmediato, antes de que lord Dankworth pudiera intervenir y reconducir la situación a su antojo, Gretna Green era una buena solución.

Una solución excelente, de hecho, consideró Ishbel. Arthur y ella estarían legalmente casados, lord Kennerath no podría ponerle las manos encima jamás y las posibles consecuencias de su pasión serían totalmente respetables. No habría nada que lamentar.

La pregunta era: ¿de verdad quería Arthur casarse con ella? Y de ser el caso ¿por qué? No parecía, la verdad, algo propio del lord Badfields degenerado y juerguista del que murmuraba todo el mundo. Y, por lo que había oído hablar a su madre y su abuela, gran parte de los matrimonios de Gretna Green eran entre hombres sin fortuna y jóvenes con grandes medios. Al casarse, las mujeres pasaban a depender por completo del marido. Todos sus bienes les pertenecían, igual que sus cuerpos y sus mentes, y ellos decidían su destino con total libertad.

Le estudió pensativa. En esos momentos, él tenía algo en la mirada, esa negrura esquiva que siempre trataba de disimular, pero que Ishbel captaba en ocasiones.

Como si la mirase otro hombre.

—No lo entiendo —le dijo—. Te estarías atando a mí para siempre cuando, hasta la fecha, has sido totalmente contrario al matrimonio, sobre todo por evitar dar una continuidad en tu familia al título de duque de Manderland, tú mismo me lo dijiste. ¿Por qué te importa tanto ahora?

Arthur suspiró. Hizo una mueca ecuánime.

—Por la sencilla razón de que me he enamorado de ti —dijo, con sencillez.

Ella abrió mucho los ojos.

—No seas absurdo, Arthur. Y, si es una broma, te pido por favor que lo dejes de inmediato.

—No es una broma.

—Pero... Apenas nos conocemos.

—Están siendo unos días muy intensos. Vamos, no me digas que tú no lo sientes. —No, cierto. No podía decirlo. A cada momento sentía que estaba más y más loca por él. Por eso le daba tanto miedo dar pasos en falso. El



precio del error subía de continuo y podía pagarlos muy caros—. Además, creo que ya va siendo hora de que siente la cabeza.

—¿Sentar la cabeza? ¿Tú?

No había sido del todo su intención, pero sonó un tanto irónico. Arthur se molestó y puso mala cara, aunque no llegó a enfadarse.

—No te burles, por favor. Sí, hasta alguien como yo puede sentar la cabeza. —Se sintió mal por haber dado a entender que no—. No sé, se me ocurrió anoche, de pronto, y creo que es una buena idea. Casémonos, Ishbel.

Ella se quedó sin habla. Como tuvo la impresión de que esperaba una respuesta, hizo varios intentos, hasta lograr un triste:

—No sé...

Arthur se deslizó por el asiento hasta el borde y se inclinó hacia ella, para cubrir su mano con la suya. Ella notó su tacto cálido, cariñoso. Ese roce sin el que sentía que ya no podría vivir.

—Te prometo que no te arrepentirás. —Tutú, que estaba en el regazo de Ishbel, lamió los dedos de Arthur y restregó la cabecita contra ellos. Ishbel y él se miraron y se echaron a reír—. ¿Ves? Tutú también está de acuerdo.

Ella asintió. En realidad, no tenía mucho que pensar. Supuso que muchos matrimonios empezaban con muchas menos posibilidades de futuro. A pesar de todo, confiaba en Arthur. Era todo un caballero. Un caballero oscuro, quizá, pero no por ello menos gentil

—Sí, lord Badfields —murmuró—. Me casaré contigo.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¿En serio? ¡Repítelo!

Ishbel se echó a reír.

—Me casaré contigo. Me casaré contigo, me casaré...

No pudo seguir hablando, porque él cambió de asiento para colocarse a su lado, la rodeó con los brazos y la besó. Tutú, que ya se había acostumbrado al ajetreo de los humanos, se alejó de ellos y se enroscó en un rincón, intentando evitar que le molestasen.

## Capítulo 7

Estaba ya muy oscuro cuando se detuvieron en una posada que tenía mejor aspecto que la de la noche anterior, aunque algo así no supusiera gran mérito. Arthur y ella cenaron rápido, volvieron a dejarle a Otis la custodia del pobre Tutú y se encerraron en la habitación, donde hicieron una y otra vez el amor, hasta altas horas de la madrugada. Por la mañana, tenía tanto sueño que tuvo que arrastrarse fuera de la cama. Arthur rio, arrastrándola otra vez en un revoltijo de sábanas.

—Te estoy pervirtiendo, mi preciosa lady Ishbel.

Ella rio, feliz por el giro extraño que había dado su vida. Tras desayunar y prepararse volvieron al coche, que ese día solo se detuvo una hora, para tomar un té temprano en una fonda del camino, donde tenían una excelente cocinera.

Los tres hombres de Staunton comieron en otra mesa. El más menudo no quitaba los ojos de la muchacha que les estaba sirviendo, con una expresión lujuriosa que Ishbel encontraba repugnante. Cuando consiguió, a fuerza de observarle con enfado, que sus pupilas se encontrasen, le frunció el ceño, dejando claro lo que opinaba de él.

Para su asombro, el muy miserable tuvo la desfachatez de mantenerle la mirada durante más tiempo del debido. Luego, sí, se apartó y siguió comiendo, pero hubo algo de desprecio en todo ello. ¿Cómo se atrevía?

—Hay que hablar con lord Staunton en cuanto haya oportunidad —le dijo a Arthur en un susurro. Él arqueó una ceja.

—¿Y eso?

—Tiene que despedir a ese hombre, el pequeño. Es un insolente. ¿Cómo es posible que alguien así sea uno de sus criados?

—Oh... —Arthur apartó los ojos y concentró su atención en el plato que estaba vaciando—. Lord Staunton tiene un corazón enorme. Además, quizá solo estén contratados para llevar el coche.

Sí, era muy posible. Ishbel asintió.

—De todos modos, tendrías que avisarle, por si acaso.

—Lo haré, no te preocupes.

Poco después, cargados con una cesta de emparedados, por si les entraba hambre de camino, volvieron al coche y el tiempo se les fue rápido, entre contarse anécdotas del pasado y hacer el amor. Esto último fue algo inevitable: en un momento dado empezaron a besarse y la idea de tener que esperar hasta la noche, tantas horas, les resultó terrible, por completo, de modo que echaron las cortinillas y se dejaron arrastrar por la pasión. No llegaron a desnudarse del todo, pero Arthur se quitó la camisa y ella llevaba el vestido desabrochado, de tal modo que podía bajar su delantera hasta la cintura. Una indecencia, desde luego, pero ¿qué importaba, en aquel coche, ese lugar ajeno a todo lo que pasaba en el mundo?

Tenían la impresión de no saciarse nunca el uno del otro.

—Según tus teorías, como lo hemos hecho más de una vez, a estas alturas tienes que estar necesariamente embarazada —dijo Arthur, en un momento dado, cuando ya empezaba a caer la tarde. Ella le miró con horror, aunque falso. No le importaría, al contrario. ¿Acaso no iban a Gretna Green a casarse? Pues, una vez unidos en matrimonio, quería tener mil niños, pequeñas versiones de Arthur, dando guerra por todas partes.

Su sonrisa se diluyó un poco cuando se le ocurrió algo.

—¿Crees que he heredado algo de mi abuelo? —preguntó, inquieta.

—¿Eh? —Arthur abrió los ojos y la miró sorprendido—. ¿Del insaciable «Sátiro de Londres»? —Se echó a reír—. ¡Ojalá!

—No digas barbaridades —protestó—. Yo apenas traté con ese hombre, porque mi padre no se llevaba bien con él, y con razón. Estaba enfermo, obsesionado por la lujuria... ¡Incluso se sentía muy orgulloso de ese título que se inventó, el de «Sátiro de Londres»!

—Puedo asegurártelo. Era un mujeriego empedernido, aficionado a todos los aspectos de la vida disipada. Me lo encontré en más de un burdel. A veces, en varios a lo largo de la misma noche. Perdona. —Se disculpó al momento—. No quería ser grosero.

—No pasa nada. —La idea de imaginar a Arthur yendo de burdel en burdel no resultaba agradable, pero en esos momentos tenía la mente centrada en su abuelo, y en la terrible idea de que su enfermedad fuese hereditaria. Se estremeció—. No me gustaría ser así.

—Pero ¿qué dices, Ish? Tú no eres así.

—¿No? Quién sabe. Mira cómo reacciono, no puedo evitarlo. Me gusta... me gusta todo lo que me haces. Me paso el tiempo deseando que me toques, que me beses...

—Por supuesto. Acabas de descubrir todo esto, es lógico que te sientas tan llena de apetitos. Yo perdí la virginidad a los trece años y, ya ves, también me paso el tiempo deseando tocarte.

Extendió una mano y le acarició los pechos desnudos. Ella le miró asombrada.

—¿A los trece años? ¿Cómo fue?

—Pues... me gustaría contarte una bonita historia sobre un primer amor juvenil, pero la triste realidad es que mi padre me llevó a un burdel. Pensó que ya era hora de hacerme un hombre y todo eso. —Alzó un dedo—. Pero, no te

creas, me llevó al mejor de la ciudad. De hecho, allí fue donde conocí en persona al rey.

—¿En serio? —Arthur asintió y ella se mostró horrorizada—. Pero... ¿el rey necesita ir a burdeles?

—Bueno, lo cierto es que no volví a coincidir con él, por lo que imagino que no iría tanto, solo ocasionalmente. Además, para ser exactos, aquel no era un burdel cualquiera.

—¿A qué te refieres?

—A que no era un establecimiento público, propiamente dicho. Era una casa elegante, como tantas, podría haber vivido cualquier noble en su interior. No había cartel junto a su puerta, no se recibía a cualquier cliente y todas las damas eran señoritas jóvenes, de gran belleza y bien educadas. Se cuidaban mucho las formas.

Le estudió con atención.

—Pues no parece que te gustase demasiado.

—En realidad, sí. ¿Qué hombre no se siente feliz rodeado de mujeres hermosas que afirman disfrutar con sus caricias? Tardé tiempo en darme cuenta de lo que había de verdad tras todo aquello. La explotación de siempre, como en cualquier callejón sucio de Whitechapel. Entonces, dejé de ir a esos sitios. Cuando una mujer me gusta, le ofrezco un acuerdo, a través de mis abogados, y le pongo una casa y todo lo necesario. No soy tan generoso como Edward, pero casi.

Ishbel arqueó ambas cejas.

—¿Edward tiene amantes establecidas?

—No, ya no. —Rio—. Las tenía, aunque pocas, y trataba de disimular, pobre diablo, como si yo no lo supiera. Ahora, es un esposo fiel. Harry le mataría si intentara acostarse con otra.

Ella hizo un mohín.

—Yo también te mataré, si se te ocurre serme infiel.

Arthur lanzó una carcajada.

—No creo que pueda encontrar otra como tú.

—No bromees.

—No. Ni te imaginas lo que me alegra que seas así, apasionada e impulsiva. —La besó—. Yo también lo soy. Me gusta el sexo, mucho. Si puedo, intento practicarlo cada día, y todas las veces que me sea posible. —Metió la mano bajo sus faldas y le cubrió el pubis, con suavidad—. Nos entendemos bien en esto, ¿no crees?

Ella sonrió mientras asentía y se abrazó a él con fuerza, disfrutando de la caricia. Estaban dispuestos a hacer el amor otra vez cuando, de pronto, oyeron voces, y el coche se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ishbel, con sorpresa, intentando colocarse bien la pechera del vestido.

—No lo sé. Voy a mirar. —No había terminado de atarse bien los pantalones cuando se abrió la puerta con violencia. Ishbel gritó y retrocedió en el asiento.

—¡Salid, vamos! —ordenó el hombre grande, Frank si no recordaba mal. Llevaba un arma en la mano—. ¡Ya!

—Mierda... —masculló Arthur—. Quédate aquí y mantén la calma —le murmuró a ella, antes de dirigirse hacia la puerta—. Eh, eh, tranquilidad, vale, voy. Pero creo que milady no necesita...

—Ya lo creo que sí —oyó. Ese era Lupin.

Arthur alzó los brazos y trató de discutir, pero el grandullón le apartó a un lado de un empujón y le hizo un gesto a Ishbel con la pistola.

—Tú también, preciosidad. Vamos, ven aquí.

¿Qué estaba pasando? ¿Se habían vuelto locos los hombres de lord Staunton? Parecían auténticos delincuentes. Ishbel bajó con Tutú en brazos, llena de miedo. Estaba descalza y había llovido, dando la razón al dicho de su abuela, pero se sentía tan asustada que ni percibió la humedad, ni el frío. Se pegó cuanto pudo a Arthur, que trató de cubrirla con su espalda, pese a que ambos sabían que semejante parapeto no serviría de mucho, llegado el caso.

Frank y Lupin les apuntaban con sus armas. Otis seguía en el pescante, muy pálido.

—¿Qué significa esto? —preguntó Arthur, con un aspecto muy digno para su situación, estando casi desnudo. De hecho, tenía un aire viril y decidido que infundió cierto valor en Ishbel.

—Cambio de planes, milord —le dijo Lupin, con inmensa satisfacción—. Hasta aquí ha llegado tu viaje. ¿Ves esa loma solitaria? —Señaló a un punto cercano, con el arma—. Ahí vamos a sepultar tu cuerpo, cabrón.

Ishbel abrió mucho los ojos, aterrada. Casi ni se atrevía a respirar.

—¿Por qué? —preguntó Arthur. No parecía demasiado impresionado por la visión de su supuesto lugar de enterramiento—. ¿Se puede saber qué ha ocurrido? Creí que teníamos un acuerdo.

Lupin rio y Frank le coreó casi al momento, con un sonido gangoso.

—En realidad, no —le aclaró el primero—. Thynne te manda sus saludos. Quiere que sepas que descubrir secretos ajenos puede traer beneficios inmediatos, pero también otras consecuencias menos agradables. Vamos, que le has tocado los cojones y por eso vas a desaparecer hoy, aquí y ahora.

Arthur asintió, como si lo considerase lógico.

—¿Y lady Ishbel?



—Se viene con nosotros, claro está. Thynne la quiere con vida. Imagino que le cobrará un buen rescate a su padre. Por cierto, gracias. —La miró de un modo obsceno—. Llegué a creer que íbamos a tener que contener las vergas, pero, dado que ya es material usado, va a ser un placer hacer el viaje de regreso con ella. Y, mientras me la follo, le contaré tu...

¿Contarle? Ishbel frunció el ceño. ¿Qué iba a contarle? No llegó a saberlo, porque Arthur se movió rápido como una centella y le dio un buen puñetazo. Claro que, al momento, se encontró con el cañón de la pistola de Frank en la nuca. Ella fue la única que gritó.

—¿Le mato? —preguntó Frank. Lupin escupió a un lado. Tenía el labio manchado de sangre.

—No. —Entrecerró los ojos, fijando en Arthur unas pupilas cargadas de veneno—. No te pongas nervioso, milord. Si quieres mantener tus secretitos, por mí no hay problema. De hecho, para que veas que no soy tan canalla como pensabas, te voy a dar una oportunidad.

—¿A qué te refieres?

—Dime lo que sabes de Thynne. Dime qué es eso con lo que le has estado chantajeando, y te dejaré vivir.

Arthur sonrió con media boca.

—No te creo. Sé que solo sigo con vida porque esperas que te lo cuente. En cuanto lo sepas, me matarás. —Lupin también sonrió. Parecía calcular algo, quizá cómo sacarle la información antes de matarle—. De todos modos, antes de que te decidas a torturarme y todo eso tan alegre que está pasando por tu mente enferma, te recuerdo que se trata de un conocimiento peligroso. —Hizo un gesto, con la mano, hacia la loma—. Ya ves, a mí me ha deparado una tumba solitaria en mitad de ninguna parte.

—Tú no has sido muy listo, milord.

—¿No? Bueno, eso depende del punto de vista. Y de cómo termine todo esto.

—¿A qué te refieres?

—A que me lo imaginaba, patán. ¿De verdad creías que iba a fiarme de Thynne? ¿En serio? Si algún día vas a chantajear a alguien, un consejo: ten siempre presente que, en cuanto le sea posible, te va a hacer desaparecer. Si vas a estar a expensas de sus hombres, y por zonas poco habitadas, como esta, mucho ojo. Al menos, yo lo hice. Por eso tomé mis medidas.

—Como no te expliques mejor...

—Encantado. —Le sonrió de oreja a oreja antes de decir—: Fuego.

Sonó una detonación y el gigantón, Frank, cayó fulminado, con un auténtico boquete en su frente. Lupin movió la pistola, buscando al tirador, pero Arthur le sujetó por la muñeca y forcejearon. El arma se descargó en un disparo inútil hacia el cielo. Tras aquello, la cuestión solo quedó en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Lupin era más pequeño, y muy rápido. De hecho, antes de que Arthur pudiera evitarlo, sacó un cuchillo de alguna parte y lanzó un tajo que el otro evitó por poco, y que hizo que Ishbel lanzase un grito.

Pero Arthur era igualmente ágil, y demostró que también sabía combatir y hasta jugar sucio. Le enganchó por el brazo y le golpeó la muñeca con fuerza contra el coche, una, dos, tres veces, hasta lograr que soltase el cuchillo. Luego, le dio un puñetazo que lo lanzó de espaldas al suelo. Cuando intentó incorporarse, le dio una patada en la boca. Por suerte para el matón de Thynne, Arthur estaba descalzo.

El hombrecillo quedó en el suelo, agitándose. Arthur le agarró por el cabello grasiento y le levantó la cabeza del suelo.

—Por si no te ha quedado claro, le ofrecí mil libras a Otis, además de un

trabajo seguro a mi lado, por apoyarme cuando llegase la ocasión —le dijo, acercando tanto sus caras que casi se tocaron—. Cuando despiertes, vuelve andando y dile a Thynne que ya ajustaremos cuentas. —Un nuevo puñetazo le dejó fuera de combate. Arthur se quejó de la mano. Luego miró hacia el pescante—. Gracias, Otis.

—De nada, milord. —El hombre se encogió de hombros—. No me caían bien esos tipejos. Me hacían trampas a las cartas.

—Lo sé. ¿Estás bien? —le preguntó a Ishbel. Ella no contestó, solo le miró muy seria. No dejaba de darle vueltas a lo oído. ¿Qué había querido contarle Lupin? ¿Qué secretos tenía Arthur? Él hizo una mueca y se volvió hacia los cuerpos—. Otis, ayúdame, anda.

El hombre bajó del carruaje y, juntos, movieron los cuerpos fuera del camino, hasta ocultarlos entre los árboles, mientras ella permanecía allí quieta, junto al coche, totalmente incapaz de reaccionar. Allí quedaron aquellos dos canallas, uno vivo y otro muerto.

Otis les revisó los bolsillos y se quedó con todo el dinero que pudo encontrar.

—En buena parte, es mío —les explicó, incluyendo a Ishbel con la mirada. Ella no contestó. Arthur hizo un gesto de indiferencia.

—Por mí, perfecto —afirmó—. Ahora, vámonos. En el próximo pueblo, trataré de contratar algún muchacho para que se turne contigo con las riendas.

—Se lo agradecería, milord —dijo Otis. Recogió las pistolas, que seguían en el suelo, le dio una a su señor y volvió con la otra a su pescante.

Finalmente, Arthur no pudo demorarlo más y se volvió hacia ella.

—Sube al coche, Ishbel. Tenemos que seguir.

Ishbel negó con la cabeza. No sabía qué hacer. No lograba entender lo ocurrido.

—No, espera... —dijo con una voz que le sonó extraña incluso a sí misma  
—. Antes, dime a qué se refería ese hombre.

—No lo sé.

—¡Arthur! No me mientas.

—Oh, maldita sea... De acuerdo, te daré todas las explicaciones que quieras, pero ya de camino. Estás medio desnuda en mitad de la nada, y descalza, puedes coger una pulmonía. Sube. —La sujetó por un brazo, un toque suave pero firme, con el que la obligó a entrar en el carruaje. Ishbel no opuso mucha resistencia. Se sentía demasiado desconcertada.

En cuanto estuvieron los dos dentro, el coche se puso en marcha. Arthur se sentó en el otro asiento. Se limpió cuidadosamente los pies y se puso los zapatos. Luego, la miró a la cara. Lo que vio no debió gustarle, porque chasquéó la lengua contra los dientes.

—Sé que nos conocemos hace poco, pero pensaba que habíamos llegado a algún punto... no sé, que empezábamos a sentir algo especial, el uno por el otro. —Ella parpadeó—. Pero ya veo que, con la mínima insinuación de un canalla, que ni sé qué quiso decir, estás más que dispuesta a condenarme.

Ishbel se ruborizó, sintiéndose culpable.

—Tampoco es eso, Arthur. Es que... lo de ese tal Thynne no lo entiendo.  
¿Quién es?

Arthur se encogió de hombros.

—Un canalla, un delincuente de Londres. Alguien importante entre las bandas del Londres más peligroso. Ahora mismo, controla la zona de Whitechapel. ¿No has visto cómo esos tres jugaban a los naipes en cuanto tenían un momento?

—Sí, claro que sí.

—Ese tal Lupin me sonaba, le he visto varias veces en los tugurios de juego de Thynne, y está claro que él sabía quién era yo, y le constaba que tengo cierto enfrentamiento con Thynne, por... bueno, por algo que hice para sacarle información, durante mi investigación por la desaparición de mi hermana.

—¿Le chantajeaste?

—Sí. Descubrí algo de su pasado y le forcé a ayudarme a buscar a Minnie. No resultó, pero eso le da igual. El muy bellaco me guarda rencor desde entonces, por no hablar del hecho de que no soporta que yo sepa algo que puede acarrearle muchos disgustos. —Miró por la ventanilla—. Sospecho que, cuando fue a buscar tus caballos, Lupin volvió a Londres, se puso en contacto, le contó que se había tropezado conmigo y Thynne le encargó el trabajito.

—¿Crees que le dio tiempo?

—Si fue rápido, sí. Perfectamente.

Sí, aquello era posible. Y hacía más terrible todavía su desconfianza.

—Pero ¿por qué has impedido que hablase?

—¿Yo? —La miró con sorpresa—. ¿En serio? ¿Esa impresión te ha dado? Yo le golpeé porque había sido grosero contigo. —Eso era verdad. Aquel canalla había usado palabras horribles para explicar lo que pensaba hacerle, en el viaje de regreso a Londres—. No me he dado cuenta, lo siento. De haber sabido que ibas a sospechar de semejante modo, le hubiese dejado terminar.

—Mencionó que tienes secretos.

—Como todos. Pero yo entendí que se refería a mi relación con Thynne. Sospecho que tú has sacado una conclusión muy diferente. —Hizo una mueca—. Porque, claro, yo soy lord Badfields, ¿verdad, amor mío? De mí, siempre se puede esperar lo peor.

Cada vez se sentía más avergonzada. Arthur había golpeado a aquel

miserable por defenderla, y ella estaba allí, mostrándose como una arpía.

—Perdón... perdóname. No sé cómo he podido pensar... Ni sé por qué he desconfiado.

Él la observó unos segundos, muy serio. Al final, pareció ablandarse.

—No te preocupes. —Se pasó a su asiento y la abrazó—. Mi pequeña y desconfiada Ishbel... —La besó en la cabeza—. Vamos a ser muy felices juntos.

## Capítulo 8

Un par de días después, avistaron el pueblo de Gretna Green. Eran cerca las once de la mañana.

Para entonces, Ishbel ya llevaba mucho tiempo despierta. Se sentía nerviosa y expectante. El carruaje pasó por delante de la famosa herrería de Gretna Green, que tenía en la puerta una pizarra anunciando la venta de diversos licores, y enfiló por una calle larga, muy bonita, una alameda flanqueada por grandes árboles.

—¿No deberíamos haber parado ahí? —preguntó, sorprendida. Arthur estaba enfrente, sentado de lado, un pie apoyado en el suelo, el otro, con la pierna doblada, en el asiento. Llevaba horas pensativo, con aquel aire lejano, inquietante, que tanto la perturbaba, como si ahora estuviese en algún punto lejano en el que no podría alcanzarle.

Por suerte, resultó no ser cierto. Al oírla hablar, reaccionó y dirigió sus ojos hacia ella.

—No —replicó, y le guiñó un ojo—. A mi esposa la tengo en más consideración. —Ishbel sonrió, encantada—. De hecho, hay cierta leyenda en todo eso —añadió él, mientras se movía para mirar también por la ventana—. Los famosos herreros de la localidad ni siquiera lo son ya. Hace tiempo que prácticamente todos en este lugar se dedican al negocio de los matrimonios.

—¿En serio? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Estuve aquí hará cosa de un año, cuando acompañé a un amigo que iba a casarse. Entonces, me enteré de cómo eran realmente las cosas, y me quedé

asombrado. Por lo que parece, ha habido toda clase de «sacerdotes» en Gretna Green. Como un tal George Gordon, que fue soldado y vestía uniforme militar mientras casaba a la gente. O Joseph Paisley, que era contrabandista, además de notorio borracho. Ese, incluso se disfrazaba como ministro de la iglesia para celebrar las bodas en su casa.

Ishbel contuvo una risa desdeñosa. Qué lamentable debía ser tener una boda en esas condiciones. Como recuerdo, resultaba bastante triste.

—Seguro que fue un elemento de cuidado.

—No lo dudes. Pero supo ganar su dinero, y considerable. El negocio lo heredó su sobrino, que todavía lo mantiene. Si quieres, podemos ir a buscarle.

—¡No, por favor! —Se echó a reír— Vale, entonces no será en la herrería, pero sospecho que tienes algo en mente. ¿Puedo saber a dónde vamos?

—A Gretna Hall. Antes era una posada como tantas, pero desde hace un par de años la tiene arrendada John Linton, otro con buena visión de negocio. Su establecimiento está dirigido a aristócratas y gentes acaudaladas. Te gustará, es un sitio precioso. Y Linton sabe atender los gustos más exquisitos. No en vano fue ayuda de cámara, antes de cambiar de profesión y dedicarse a los matrimonios.

Ishbel puso los ojos en blanco y él rio. El coche llegó a una casa señorial, rodeada de pequeños edificios. Había muchos rosales.

El vehículo se detuvo.

—Bien, ya estamos aquí. —No esperó a que le abrieran la puerta. Lo hizo por sí mismo, soltó la escalerilla y pisó tierra. Entonces se volvió y le tendió la mano—. Vamos, querida. —Ishbel se sintió fortalecida por su sonrisa—. Tenemos algo muy importante que hacer.

Fuera, el viento era frío, y Tutú se acurrucó entre sus brazos, bajo la chaqueta. Ishbel inspiró profundamente, y le pareció reconocer el fuerte olor a



bosque y barro. Aunque todavía se encontraba muy al sur, muy lejos de Tùr Làidir, estaba en Escocia, en su hogar.

La casa, Gretna Hall, era grande, pintada en blanco, con tejado oscuro a dos aguas. El edificio principal estaba formado por tres bloques, uno central, más ancho, y flanqueado por los otros dos, que sobresalían más de un metro, dejando la fachada como encajonada. En ella estaba la puerta, en lo alto de una escalinata de una media docena de peldaños, además de ocho ventanas, cuatro en el primer piso, cuadradas y más pequeñas, y cuatro en el bajo, más grandes y rectangulares.

En los bloques de los lados había otros dos grandes ventanales, de tres cuerpos cada uno. El central, más alto, tenía la parte superior suavizada en un arco de medio punto.

Ishbel vio que se estaba acercando un chico, desde lo que debían ser las cocheras. Se dirigía hacia Otis, que estudiaba el estado de la pezuña de uno de los caballos, mientras su ayudante, un muchacho contratado por Arthur en una posada el día anterior, empezaba a bajar las bolsas del equipaje.

A su lado, Arthur se puso el sombrero y señaló la casa. Iba a decir algo, pero la puerta delantera se abrió de pronto y salió un hombre, seguido de un par de criados y una doncella. Los dos muchachos fueron inmediatamente hacia el ayudante de Otis, para coger las bolsas que estaba bajando del coche. La doncella permaneció con el desconocido, un par de pasos por detrás.

—¡Lord Badfields, me alegra mucho volver a verle! —exclamó el hombre, con una reverencia realizada a la perfección, y sonriendo ampliamente.

Ishbel le observó con curiosidad. Era de edad madura, llevaba el cabello gris muy bien cortado y vestía un traje de buena calidad, sin llegar a resultar excelente. En general, su porte era elegante, pero comedido; distinguido, pero servicial. Ishbel supuso que se trataba del famoso ayudante de cámara. Acertó.

—Señor Linton... —saludó Badfields, cortés, añadiendo un ligero

movimiento de cabeza—. Permita que le presente a mi prometida, lady Ishbel Puscat.

—Encantado, milady —replicó Linton, dedicándole a ella otra reverencia y una enorme sonrisa—. ¡Ah, es usted un hombre afortunado, lord Badfields! ¡Qué dama más hermosa!

—Gracias —dijo Arthur. Casi pareció pavonearse, como si realmente tuviera algún mérito en ello. Aquella dama hermosa, en concreto, contuvo a duras penas las ganas de propinarle un buen pisotón con el tacón del botín—. De hecho, en esta ocasión mi visita tiene un claro interés... romántico. —Su sonrisa se amplió todavía más—. Me gustaría que nos casase.

—Oh, pero... ¡Por supuesto, por supuesto, milord! —Linton dio unas palmadas, lleno de entusiasmo. Quizá demasiado, de hecho—. Aquí siempre tenemos todo organizado. ¿Cuándo y cómo desean que sea la ceremonia?

—Lo antes posible —replicó Badfields—. Algo discreto y rápido.

—Muy bien. —La sonrisa de Linton se volvió resplandeciente—. ¡Ah, el amor! ¡Qué maravilloso regalo de Nuestro Señor! La boda puede celebrarse ahora mismo, si lo desean. Pero ya me imagino que querrán refrescarse un poco, después del largo viaje. —Le lanzó una mirada comprensiva que hizo que Ishbel tuviera que contener las ganas de pasarse una mano por el cabello, para atusarlo. Tras tantas horas seguidas en el coche, sin parar, debía tener un aspecto terrible. ¡Para que luego fuese hablando de damas hermosas! Linton señaló a la doncella—. Helen les acompañará y les dará una habitación, para que puedan prepararse. La boda puede celebrarse en cuanto bajen, cuando les parezca.

—Muchas gracias, señor Linton.

La doncella les condujo al interior de la casa, decorado con muy buen gusto. Pasaron por un vestíbulo pequeño pero encantador, con un mostrador a la izquierda, una escalera al fondo y puertas a derecha e izquierda. Tenía

también una mesa circular en el centro, con un gran ramo de rosas en un jarrón y un par de figuritas de porcelana.

El señor Linton se quedó allí. Ellos subieron por la escalera y siguieron un pasillo lleno de puertas hasta la habitación del fondo.

El dormitorio era muy bonito. Amplia cama de dosel a juego con la colcha y las cortinas de los ventanales, suelos alfombrados. Tenía un tocador, armario y un par de sillones con una mesa baja frente a la gran chimenea, que estaba encendida. Precisamente, la doncella se aseguró de que el fuego se mantenía bien, y hasta añadió otro tronco. Luego, se dirigió hacia las bolsas de viaje, que estaban en un diván, a los pies del lecho.

—No, deja —le dijo Ishbel, que cada vez estaba más nerviosa, incluso alterada, y necesitaba hablar a solas con Arthur—. No es necesario.

—Pero, milady... —Algo vio en su cara, porque hizo una reverencia—. Muy bien, milady. Si necesita algo, ahí tiene la campanilla.

Ishbel asintió. Esperó a que la muchacha saliese y miró otra vez alrededor, acariciando pensativa a Tutú.

—Caramba con las bodas. Sí que se nota que son un negocio próspero.

—Te lo dije —asintió Arthur. Dejó el sombrero y los guantes sobre la cama—. Prácticamente todo Gretna Green vive hoy en día de los matrimonios.

—Ya lo veo. —Titubeó. Todo aquello de Gretna Green había parecido hasta divertido, pero en la distancia y en el tiempo. Tener que llevarlo a cabo, entregarse así a un hombre casi desconocido, imponía, y mucho—. Arthur, no estoy segura de que estemos haciendo bien.

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Estoy pensando... —Y lo hacía, ciertamente, a toda rapidez, buscando

una salida, una vía de escape—. ¿No nos estaremos precipitando? Al fin y al cabo, eres un futuro duque. Es muy posible que mi padre te aceptase como alternativa a lord Kennerath. Si yo se lo pido...

Él la miró, poco convencido.

—Lo dudo mucho, Ishbel.

No, claro que no. Sabía que no. Pero estaba entrando en pánico.

—Dios mío... —Se llevó una mano al pecho. Le faltaba la respiración—. Siento vértigo. Creo que deberíamos volver a Londres y pensarlo bien, antes de dar semejante paso.

Arthur sonrió, aunque sus ojos hablaban de impaciencia.

—Siéntate, Ishbel. Por favor. —Ella dudó un segundo, fue hasta uno de los sillones frente a la chimenea y tomó asiento. De hecho, casi se dejó caer en él—. Tienes que tranquilizarte. Entiendo que tengas miedo, que te asalten las dudas, pero me temo que ya no hay vuelta atrás. Llevamos juntos varios días con sus noches. Sabes tan bien como yo que tu reputación ha quedado arruinada por completo y que podrías estar esperando un hijo. Ya lo hemos hablado.

Ella suspiró.

—Sí, lo sé, pero...

—*Tienes que casarte conmigo* —recalcó él, interrumpiéndola con firmeza—. Además, date cuenta: dices que tu abuela te protegerá pero, ¿hasta qué punto podrá hacerlo? Porque te recuerdo que hablamos de la posibilidad, bastante cierta, de que tu padre exija que vuelvas con él, a Londres, si sigues estando bajo su tutela. Tu padre, que te entregará a lord Kennerath, alguien que, como bien sabemos, ahora mismo es muy amigo del rey. ¿Qué ocurrirá si tu abuela se niega a entregarte? ¿De verdad quieres ponerla en esa situación?

Ishbel se imaginó la escena y sintió miedo por su abuela.

—No. —Al margen de que aquello fuese verdad, no pudo por menos que sentir una punzada de inquietud. Qué astuto era Arthur Ravenscroft. Siempre encontraba nuevos argumentos para salirse con la suya—. No quiero.

—Ya me lo imaginaba. Por eso, tal como yo lo veo, tienes dos opciones. Casarte conmigo, que te trataré con respeto, o volver con tu padre, y ambos sabemos con quién te casará. Y también sabemos que ese canalla te recordará el resto de su vida que llegaste a sus manos ya... ¿cómo dijiste? Ah, sí. *Mancillada*.

Ishbel frunció el ceño.

—Eres... odioso.

—No. Bueno, sí, pero no por esto. Yo no he creado este mundo imperfecto, amor mío. De hecho, yo ni siquiera creo que una mujer pueda mancillarse más que un hombre, y he conocido muchos canallas que no sabían lo que es la honra ni siquiera cuando estaban dentro de sus madres. —Se hizo un breve silencio. De pronto, Badfields se sentó en el borde del sillón de enfrente y la miró con urgencia, inclinado hacia ella—. Ish..., cariño, de verdad, creo que podemos llevarnos bien. Creo que este puede ser un matrimonio del que ambos saquemos ventaja. Uno que nos haga felices a ambos.

Ella vaciló, insegura.

—Nos conocemos hace muy poco tiempo...

—Y, sin embargo, qué conveniente es que nos casemos, Ishbel Puscat —insistió él, con amabilidad—. Piénsalo bien. Ambos salimos ganando.

Ishbel hizo un gesto indeterminado.

—Por mi parte, no digo que no. Tienes razón: incluso aunque no me gustaras, esta boda sería el mal menor, la solución perfecta. Yo me libraría de lord Kennerath y si tengo un hijo, sería con la bendición de la sociedad. Pero... ¿tú? ¿Por qué insistes en casarte conmigo?

—Ya te lo dije: me he enamorado de ti —dijo, con sencillez—. No puedo evitarlo, Ishbel. No soy hombre de dobleces, siempre me dejo guiar por el corazón, lo que de vez en cuando me ha provocado muchos problemas. De ser las cosas de otro modo, te cortejaría durante un tiempo, pero temo que esta será nuestra única oportunidad. Conozco a lord Kennerath. Si tiene algún interés en ti, y eso parece, no soltará su presa. Yo sé que no soy la mejor opción posible...

—No digas eso, no es verdad.

—Ya lo creo que sí. He sido un truhán y un terrible pecador, pero he cambiado, intento cambiar y eso pasa por hacerme responsable de lo ocurrido. —Arthur se llevó una mano al corazón—. Soy un desastre, pero te juro que intentaré ser un marido lo más aceptable posible.

Ishbel titubeó. La quería. Por eso estaba dispuesto a casarse con ella. ¿Por qué otra razón, si no, iba a ser? Arthur no la necesitaba para nada, no era un noble venido a menos, necesitado de su dinero. Le constaba que, por derecho propio, era uno de los hombres más ricos de Londres. Y, eso, sin haber recibido la herencia que le convertiría algún día en el poderoso duque de Manderland.

Era, además, un hombre que llevaba años buscando a su hermana pequeña, atormentado por la pena. Era alguien como Sloan...

Esa idea le unió más todavía a él.

—Está bien —le dijo. Casi le temblaba la voz. Tuvo que carraspear para coger fuerza—. Voy a bajar contigo y voy a ir ante el yunque o lo que sea que tengan aquí ahora para casarse. —Él fue a hablar, pero le silenció, por el sistema de cubrirle los labios con los dedos de su mano derecha. También le frunció el ceño, esperó que de un modo lo bastante claro y profundo—. No soy tonta. Me consta que, legalmente, me pongo en una posición vulnerable al hacerlo. Pero prefiero arriesgarme en esto a seguir con la amenaza de caer en

las manos de lord Kennerath. Voy a aprovechar esta oportunidad. —También se refería a una oportunidad para conseguir con él un matrimonio feliz, pero le dio reparo mencionarlo. Quizá Arthur se dio cuenta, porque asintió—. Pero, recuerda, Arthur Ravenscroft: si se te ocurre burlarte de mí, o aprovecharte de la situación de ventaja que te da la ley, te pegaré un tiro y aceptaré gustosa las consecuencias.

Él se echó a reír y por sus ojos pasó un destello de interés. Le cogió la mano con la que sellaba su boca y besó sus dedos, con gentileza.

—Lo tendré muy en cuenta, lady Ishbel —le dijo. Nada más.

Ishbel le miró con ojos entrecerrados. Tenerle tan cerca, sentir su tacto a través de las manos así entrelazadas, hacía que la sangre bramara con fuerza en sus venas. Deseaba que le hiciera el amor allí mismo, de inmediato. Pero, ni de haber sido el momento oportuno se lo hubiese dicho. Quería que le quedase claro que ella dominaba la situación, y que podía mantener la cabeza fría, sin dejarse arrastrar por aquellos apetitos. Que, lo del tiro, se lo decía en serio.

—Muy bien. Voy a peinarme un poco. —Le sacudió la chaqueta con la otra mano—. Sería mejor que te cambiaras de traje.

—Y tú deberías llevar un vestido de novia precioso. Pero no va a ser posible. —Se miraron, de ese modo profundo e íntimo que estaban aprendiendo a compartir—. Voy a decirle a Linton que vamos a casarnos ahora.

Ella asintió. Arthur salió y estuvo fuera cosa de diez minutos. Mientras, Ishbel se refrescó, se cepilló el vestido y se peinó. Además, se dio algo de perfume y se pellizcó las mejillas, para darles color. El resultado no era óptimo pero no podía hacer más en semejantes circunstancias.

Cogió al perrito y lo envolvió en su echarpe.

—Así, mi amor —le dijo, dándole un beso en el hocico. Justo en ese

momento se abrió la puerta. Desde el umbral, Arthur rio suavemente.

—No sé si ponerme celoso.

—No hace falta. Seguro que Tutú te besa también, si se lo pides.

—Ja. Qué graciosa.

Ishbel lanzó una risita.

—Oh, Dios... qué nerviosa me siento. —Tomo aire—. Estoy lista.

Arthur asintió, se retocó rápidamente ante el espejo, y le ofreció el brazo. Cuando bajaron, en el vestíbulo estaba esperando Otis. Supuso que también se había estado acicalando, porque llevaba el pelo húmedo y aplastado hacia atrás. Tenía un ramillete de flores silvestres en la mano. Se lo ofreció a Ishbel.

—Milady. Espero que sea muy feliz.

—Gracias.

—¿No prefiere que lleve yo a Tutú?

—No. —Por alguna razón, no quería soltarlo. Estaba como crispada, y el perrito la confortaba de algún modo. Él también se daba cuenta, porque estaba muy quieto y la miraba con unos ojos expectantes—. Yo me ocupo.

Linton les condujo a una habitación en la que había poco más que una mesa con un grueso libro de registros y una silla de respaldo muy elaborado. El gran ventanal que había al fondo dejaba entrar la luz del sol, que lo llenaba todo con esa bruma dorada que ella identificaba los recuerdos felices de su infancia.

«Este es uno de esos momentos inolvidables», se dijo, sintiendo que flotaba, que vivía un tiempo mágico, único.

Allí esperaban dos hombres y una mujer, ellos dos a un lado de la mesa, ella en un discreto segundo plano, junto a la ventana. Ishbel se preguntó si sería la señora Linton.



El señor Linton se sentó en la única silla y añadió algo en el libro, en el margen de en una página previamente rellena con un texto, escrito con muy buena caligrafía. Luego, sonrió.

—Como ya le expliqué a lord Badfields en su momento —empezó—, según la ley escocesa, para que un matrimonio sea válido, solo se requiere la declaración de su voluntad de casarse, llevada a cabo ante dos testigos. Aunque, insisto, si lo desean, puedo officiar una ceremonia más elaborada.

—No será necesario —dijo Arthur.

—No, en absoluto. Está bien así —asintió ella.

—Muy bien. También, como ven, contamos con dos hombres del pueblo, para ejercer como testigos. Suelen ayudar en casos como el suyo, imprevistos, pero si desean que uno de los testigos sea su acompañante, o cualquier otro...

—No importa, adelante. —Arthur empezaba a mostrarse nervioso—. Acabemos con esto.

—Muy bien. Su declaración, lord Badfields.

Él dudó un momento, con las pupilas clavadas en el libro. Puso tal expresión, que Ishbel casi tuvo miedo de que fuera a arrepentirse. No le hubiese extrañado que se girase hacia ella para pedir perdón por no poder hacerlo, por echarse atrás en toda aquella locura; pero, de pronto, irguió los hombros y pareció tomar fuerzas.

Y sí que la miró, aunque no estuvo segura de que la viera realmente. Una especie de sombra cubría sus ojos.

Cuando habló, lo hizo con voz profunda y decidida:

—Yo, Arthur George Philip Nathaniel Ravenscroft, marqués de Badfields, declaro públicamente en este día mi completa y libre voluntad de casarme con lady Ishbel Puscat, hija del duque de Dankworth. Deseo ser su marido y que ella sea mi esposa, unidos para siempre ante Dios por el sagrado vínculo del

matrimonio.

Ya estaba, él ya lo había dicho. Ahora era su turno. Solo tenía que hablar, para librarse para siempre de la amenaza que suponía lord Kennerath. Pero seguía sintiéndose inquieta, porque percibía, de algún modo, que no todo estaba bien.

Todos la estaban mirando. Querían que hablase, pero Ishbel se sentía paralizada, no le salía la voz, ni para negarse ni para aceptar. Si lo hacía, si le daba el sí, sería algo irreversible, estaría casada con Arthur. Sería suya por completo y para siempre. No habría vuelta atrás. En el coche, de camino, y en la habitación, todo había parecido muy lógico, pero ahí...

La mujer junto a la ventana agitó la cabeza.

—¿Duda, querida? ¿Con una criatura?

—¿Qué? —La miró desconcertada y, cuando se dio cuenta de a qué se refería, se ruborizó. Le mostró la carita de Tutú, apartando un poco el echarpe—. ¡Oh, no! ¡No es un bebé, es mi perro!

La mujer se llevó una mano a la boca, medio avergonzada, medio divertida.

—Oh, vaya, perdón. —Se echó a reír—. Discúlpeme. ¡Ni se imagina la de historias que llegan aquí! Pero, entonces, ¿por qué duda?

—Es un paso muy difícil.

—¿Eso piensa? En realidad, debería ser sencillo. Si ha venido a Gretna Green, es porque deseaba elegir por sí misma, sin imposiciones. Busque en su corazón, querida. Ahí encontrará la respuesta.

—Guarda silencio, Josephine —le pidió el señor Linton, con amabilidad. Ella sonrió y se encogió de hombros.

Ishbel parpadeó. Recordó que Arthur le había dicho que prácticamente

todo el mundo en aquel pueblo vivía de los matrimonios. Eso le había dicho Arthur. Seguramente, la intención de la mujer era más económica que sentida, en un intento de que aquellos dos clientes pagasen el servicio y se fueran satisfechos; pero, no pudo evitar pensar que tenía razón. Lo único cierto era que, si no hacía caso a su corazón, lo lamentaría por siempre.

Y su corazón le decía que confiase en Arthur, que lo hiciese, pese a las advertencias de su cabeza o la alarma de su intuición. Hacerlo, sin importarle lo que cualquiera pudiese opinar sobre lo que debía sentir o pensar en ese momento. Arthur aseguraba estar enamorado de ella, pero Ishbel no se engañaba. Su abuela siempre decía que enamorarse no era amar, y ahora podía entenderlo. El tiempo diría si algún día Arthur Ravenscroft y ella llegarían a quererse de verdad.

Pero, de momento, con lo que había en su interior, era más que suficiente. ¿Por qué no podía pasarle lo mismo a él?

Y, al fin y al cabo, mucha gente que contraía matrimonio, por intereses de todo tipo, ni siquiera se caían bien. Su boda tenía las mismas posibilidades de éxito que la mayor parte de las celebradas en grandes iglesias, con gran despliegue de lujo y la bendición social. Incluso más.

Ishbel sonrió. Se volvió hacia Otis y le entregó a Tutú. Se quedó solo con el corazón expuesto y el ramo de flores.

—¿Milady? —le preguntó el señor Linton, aunque parecía más preocupado por ella que por el tiempo que pudiera tomarle todo aquello. De hecho, lo último que mostraba su expresión era prisa.

Pero, a qué demorarlo más. Sabía que iba a hacerlo, que no podía evitar hacerlo. Empezó a hablar y se oyó como si fuese una extraña. Qué firme sonaba su voz. Parecía increíble, con lo rápido que le latía el corazón.

—Yo, Ishbel Agnes Daphne Janetta Puscat, hija del duque de Dankworth, declaro públicamente en este día mi completa y libre voluntad de casarme con

Arthur Ravenscroft, marqués de Badfields. Deseo ser su esposa y que él sea mi marido, unidos para siempre ante Dios por el sagrado vínculo del matrimonio.

Arthur la miró, muy serio. ¿En qué estaría pensando? Debía ser algo que le afectaba mucho, porque emitía una emoción intensa. Parpadeó y asintió lentamente, como dándole las gracias.

El señor Linton adoptó un aire solemne y empezó a hablar:

—Ambos, lord Badfields, lady Ishbel, tienen la edad exigida por la ley, han acudido a este lugar voluntariamente y han declarado ante dos testigos su libre deseo de contraer matrimonio. Que así sea. Ya son marido y mujer, a ojos de Dios y según la ley de los hombres. Por favor, firmen aquí.

Lo hicieron todos por turno, testigos incluidos. Pusieron sus nombres en el gran libro que había sobre la mesa, y en el que había ya un buen listado de matrimonios. Los dos hombres y la mujer les felicitaron una última vez y se fueron.

El señor Linton les acompañó hasta el vestíbulo de Gretna Hall, charlando amistosamente. Se notaba que Arthur le caía bien, al margen de que fuese un buen cliente.

—¿Puedo sugerirles que hagan un recorrido por los alrededores? —les dijo, al pasar frente a la puerta de la calle, que estaba abierta y dejaba entrar la luz del sol a raudales—. Este pueblo es muy bonito y pintoresco.

—Pues... —dijo Ishbel. Arthur asintió.

—Sí, daremos un paseo. —Sonrió a Ishbel—. Te gustará, ya lo verás. Además, se ha quedado un día precioso.

—Así es. Si quieren, puedo ofrecerles un guía...

—No es necesario —replicó Arthur—. Gracias, señor Linton. Lo recuerdo bien de cuando estuve aquí, no se preocupe. Solo iremos hasta el pueblo, para

que mi esposa lo conozca. Volveremos para la hora del té.

—Muy bien. Que disfruten del paseo. Lord Badfields —saludó, con una inclinación de cabeza. Le dedicó otra a ella—. Lady Badfields...

«¡Lady Badfields!», repitió Ishbel, en su mente. Era la primera vez que la llamaban así. Sonaba tan... extraño. Pero, a la vez, le gustaba. Le gustaba mucho. Era la esposa del perverso lord Badfields, del oscuro Arthur Ravenscroft.

Esperaba no haber cometido un error enorme...

Salieron con el perro. Al principio, ella lo llevó en brazos, pero no tardó en dejarlo en el suelo, para que corretease a su antojo. Tutú daba saltos de un lado a otro y ladraba feliz a las hojas caídas.

—¿Cuánto has pagado por todo esto? —le preguntó Ishbel, mientras caminaban por la alameda. Él se echó a reír.

—Así me gusta, que mi esposa sea prudente con el dinero.

—No seas tonto. —Le dio un codazo en broma—. ¿Cuánto?

—Cien libras.

—¿En serio? —exclamó, mirándole con los ojos muy abiertos—. ¡Qué barbaridad!

—Creo que las ha merecido, y de sobra. Si te digo la verdad, no me hubiese importado pagar mil.

—¿Qué dices?

—¿Por qué no? El sitio es realmente precioso.

Sí, eso sí era cierto. Mientras se acercaban al pueblo por la bonita alameda, el aire olía a tierra húmeda, a flores, y los árboles se agitaban suavemente con la brisa. Era verdad que había mejorado considerablemente el tiempo, aunque divisó nubes de tormenta en el horizonte. Se preguntó si eso

supondría alguna clase de augurio sobre su matrimonio.

—Gracias, Arthur —dijo, sorprendiéndose a sí misma. No sabía que iba a hablar. Él la miró con una ceja arqueada.

—¿Por qué?

—Por el favor que me has hecho. Me has librado de lord Kennerath.

Aquello le turbó de algún modo. Esquivó sus pupilas y se volvió hacia el horizonte.

—Sí, bueno...

—Sé que hemos tenido un comienzo un tanto... complicado, lo sé, pero te juro que, pese a todo, intentaré ser una buena esposa. No tendrás queja de mí.

Él no dijo nada. Se limitó a asentir con un gesto mientras mantenía los ojos fijos en el paisaje.

Ishbel no supo qué más añadir. ¿Quizá le había incomodado? Lo cierto es que podía pensarse que había sido poco considerada. Él le había declarado su amor, y más de una vez, y ella se empeñaba en reconducir todo a una cuestión de simples favores entre algo semejante a amigos, casi compañeros de escapada. Pero ¿qué podía hacer, si estaba muerta de miedo?

Suspiró y miró a su alrededor. Por el camino venía una pareja que caminaba en dirección contraria a ellos. Reían, y caminaban de la mano. Se los veía tan felices, tan enamorados... ¿Qué pensarían de ellos, si es que llegaban a fijarse? Arthur y ella caminaban uno junto a otro, sin tocarse, Ishbel jugando nerviosa con el ramito y él con las manos cruzadas a la espalda.

Ni siquiera le había ofrecido el brazo. Eso la puso triste.

—¿Qué va a pasar ahora? —musitó. Se refería a todo en general, pero él debió pensar que se preguntaba por algo más inmediato.

—Hoy dormiremos aquí. Podemos volver mañana o quedarnos unos días,

si quieres. Tú decides. —Ella hizo un gesto indeterminado. Todavía no estaba segura—. Luego, volveremos a Londres. Tendremos que pensar dónde vamos a vivir. —Rio quedamente—. Y pensar dónde vamos a vivir, mientras lo decidimos.

—Eso es fácil. Podemos ir a Dankworth House.

Él guardó silencio un momento.

—¿Le parecerá bien a tu padre? —preguntó con una voz extrañamente contenida. Supuso que tendría miedo, por afrontar a lord Dankworth tras el secuestro de su hija y todo lo que había pasado.

—Sí, desde luego. Nos hemos casado, estoy segura de que nos recibirá con los brazos abiertos. Bueno, quizá no, al principio —admitió, al ver cómo la miraba—. Pero sí después, cuando ya se le haya pasado el enfado. No te preocupes, yo me encargaré. En definitiva, si mi padre me ve feliz, estará feliz.

—No sé qué decirte. —Hizo una mueca—. Iba a entregarte a lord Kennerath.

En eso tenía razón, pero aun así no le gustó que lo dijera. Y menos con ese tono.

—Es cierto, pero solo porque pensaba que iba a ser lo mejor para mí. —Frunció el ceño—. No sonrías así.

—Perdona, amor mío. Es que, es algo que me resulta muy irónico.

—¿El qué?

—Que los padres usen siempre ese argumento para llevar a cabo unos negocios que, en realidad, solo son lo mejor para ellos mismos. Exactamente lo que ellos quieren.

Ishbel se sintió incómoda, porque de algún modo estaba de acuerdo con él.

Le hubiese gustado contestar, decirle que su padre no era así, pero no tenía mayor sentido y dejó que el tema se diluyese en el aire de la tarde.

Pero, eso, no defenderle, también hacía que se sintiese mal, porque no dejaba de ser una traición. A pesar de todo, de su despotismo, de su incapacidad de aceptar que su familia necesitaba algo más, mucho más, que el poder que él deseaba con todas sus fuerzas, le quería. Era su padre.

Eran todas esas tardes vividas en el jardín, dando de comer a los pájaros. Eran los cuentos contados, las lágrimas consoladas. Las veces que la cogió en brazos, para protegerla o ayudarla.

Buscó algo que decir, otra cosa, más que nada por olvidar un poco aquello, y solo se le ocurrió algo obvio.

—En todo caso, va a ser un escándalo —murmuró.

Arthur asintió.

—Ya lo creo. En mi caso, resulta algo bastante habitual, no creo que se extrañe nadie. He sido un libertino toda la vida.

—Ambos tendremos que cambiar. Recuerda que tendremos que amoldarnos el uno al otro. —Le miró, de reajo—. Ahora vamos a caminar juntos por la vida.

Él le lanzó una mirada intensa, como si la idea le pareciera nueva y le hubiese impresionado de algún modo. Tras avanzar otro par de metros en silencio, le ofreció su brazo, y ella lo tomó encantada.

Estuvieron dando vueltas por el pueblo, se sentaron en una loma a contemplar el río y volvieron a Gretna Hall para tomar un té que fue más rápido de lo habitual. Luego subieron al dormitorio. Para entonces, el humor de Arthur había cambiado drásticamente. Estaba excitado, deseando acostarse con ella y compartía sus risas, jugando con el roce disimulado de sus cuerpos en pasillos y escaleras.



«Es mi marido», pensó ella, sonriendo para sí, mientras sentía sus pasos, detrás. ¿Querría consumir cuanto antes el matrimonio? Supuso que sí.

¡Esperaba que sí!

—¿Por qué sonríes de ese modo? —le preguntó él, según entraron.

—Por nada.

—Ya... —Quizá lo imaginó, porque arqueó las cejas t no insistió. Justo en ese momento llamaron a la puerta—. Adelante.

La puerta se abrió y se asomó una doncella.

—Milady, milord, ¿desean un baño?

Ishbel sonrió. Llevaba todo el día deseando darse un baño, tras las muchas horas que habían pasado en el coche, para llegar lo antes posible. ¡Y con los nervios de la boda! Ojalá hubiese podido bañarse antes de la ceremonia y cambiarse de ropa. Bueno, daba igual. Algún día podrían hacer una nueva boda, en condiciones, con familiares y amigos como invitados.

—Me han leído el pensamiento. Sí, gracias. —Nada más salir la muchacha, Ishbel se dio cuenta de que, con aquello, había interrumpido los posibles avances de Arthur. Le miró apurada—. Oh, lo siento. Igual debí esperar a más tarde...

Él agitó una mano en el aire.

—No, no te preocupes. De hecho, tengo que bajar un momento a hablar con Otis, he recordado que me dijo que uno de los caballos tiene mal una pata. Tenemos los tuyos, para poder salir de un apuro, pero si puede ocuparse de comprar otro en el pueblo, mejor.

—Como quieras, pero puedes disponer de esos como si fueran nuestros.

Arthur sonrió.

—Ya veremos. No tardaré.

—Muy bien. —Arthur le dio un beso rápido y se fue. Ella dejó en el suelo a Tutú—. Pórtate bien, ¿vale? Hoy es un día muy importante. —El perrito ladró, agitando el rabo alegremente, y lo consideró un asentimiento—. Así me gusta, cariño de mamá.

Unos criados llevaron la tina y la llenaron de agua caliente. A diferencia de las posadas en las que habían tenido que parar de camino, allí la bañera era de cobre y brillaba de puro limpia. Además, venía acompañada de un lienzo muy grande, bordado en los bordes, para secarse y un buen surtido de sales de baño, aceites y un jabón de excelente calidad, que olía a lavanda.

Ciertamente, el señor Linton sabía cómo atender a los nobles más exigentes.

Una vez los criados de los cubos salieron del dormitorio, dos doncellas se ocuparon de prepararlo todo. Cuando el baño estuvo listo, con el perfume de los aceites volviendo denso el aire, se dirigieron a ella.

—¿La ayudamos, milady?

—Sí, el vestido. —Permitió que le desabrochasen los botones y le soltasen el corsé, pero nada más. Quería estar sola—. Ya está, yo me ocupo del resto. Pueden retirarse —les dijo. Las muchachas hicieron una reverencia a dúo y se fueron.

Arthur todavía no había vuelto, quizá había decidido dejarla a solas el tiempo necesario para bañarse. Ojalá no fuera así, no dejaba de darle vueltas a la fantasía de hacer el amor en esa tina. No estaba segura de que fuera algo cómodo pero, al menos, sería divertido intentarlo, si es que no se demoraba mucho.

Se desnudó y se metió en el agua. Estaba deliciosa. Apoyó la cabeza en el borde y suspiró. Casi había conseguido relajarse cuando Tutú empezó a armar bulla fuera, porque quería entrar, así que se incorporó, lo cogió y lo metió con ella. Le daba cierto miedo, porque aquello no era un barreño a medio llenar, la

tina era demasiado profunda para él. Aunque seguro que no le importaría ponerse a nadar por su cuenta.

—Eres un pequeño temerario, ¿eh? —le dijo. Tutú ladró feliz y ella le besó.

Estaban los dos bien enjabonados, cuando la puerta se abrió y entró por fin Arthur. La miró unos segundos, desde el umbral, con una expresión indefinida. Cerró a su espalda.

—¿Todo bien? —preguntó, mientras empezaba a quitarse la chaqueta. Ella le observaba de reojo, sintiendo su cuerpo tenso de puro deseo.

—Sí, gracias.

—Me alegro. —Empezó a soltarse la corbata. ¡Por Dios, qué guapo estaba!—. ¿Quieres que te ayude?

—Pues...

Ahí quedó todo. ¿Pues, qué? ¿Qué quería decir? ¿Por qué vacilaba? Estaba tonta, sentía la lengua hecha un nudo. ¡Ni que fuera una virgen inexperta o Arthur un completo desconocido! Por suerte, debió entender que esa duda era un «sí» enorme, porque, al momento, allí le tuvo, a su espalda.

—Demonios, pobre Tutú, apenas se le ve entre la espuma —dijo, riendo, y le acarició la cabecita. Ishbel también se unió a su risa.

—Cierto. —Como si supiera que hablaban de él, Tutú ladró y gimoteó—. Claro que sí, mi amor. Tienes toda la razón. Hoy sí que vas a quedar guapo, no como otros días.

—A él, no, pero a ti puedo frotarte la espalda —sugirió Arthur. Se arremangó la camisa, cogió el paño y empezó a hacerlo, con suavidad. Ishbel se estremeció—. ¿Tienes frío?

—No, en absoluto. Se está muy bien aquí.

Le miró. Como respondiendo a una llamada, los ojos de Arthur giraron hacia ella y sus pupilas se quedaron prendidas, como piedras imantadas. Se inclinó a besarla, un toque suave y delicado. Había bebido algo durante su ausencia, whisky, si no se equivocaba. Le gustó su sabor.

—Quizá debería entrar a comprobarlo —murmuró él, labios contra labios.

—Yo creo que sí. —No tuvo que decirle más. De la misma, empezó a soltarse la camisa y a desabrocharse el chaleco—. ¿Te importa aclarar a Tutú en un cubo, y dejarlo frente a la chimenea?

Arthur titubeó.

—Sabes lo mucho que le gusta bañarse. Se va a enfadar y, si me muerde, juro que también le morderé.

—¡Ni se te ocurra! Y no te morderá. —Se echó a reír—. Va a ser bueno, me lo ha prometido.

—Ah, entonces, muy bien. Ven acá, Tutú. —Cogió al perrito. Si de habitual resultaba pequeño, con el pelo mojado pegado al cuerpo, abultaba la mitad—. Somos los hombres de la casa, tenemos que congeniar... —Tutú se agitó y le llenó de espuma—. Bueno, sí, algo así.

Ishbel le miró mientras él le quitaba cuidadosamente el jabón en un cubo, y luego lo dejaba frente a la chimenea. El perrito se libró del exceso de agua y se tumbó junto al fuego, feliz. Arthur sonrió y también Ishbel, conmovida. Era un hombre muy contradictorio, pero siempre amable y cálido...

Le observó mientras se desnudaba, hermoso y recio como un dios de épocas antiguas. No se avergonzó de la enorme erección que mostraba, ni ella apartó la vista cuando avanzó hacia la tina y se metió dentro. El agua estuvo cerca de desbordar. Por suerte, no llegó a hacerlo.

Se sentaron frente a frente, con las piernas encogidas, mirándose.

—Eres muy hermosa, Ishbel. —Se inclinó hacia delante, hasta

arrodillarse, y la besó. Ella le abrazó—. Tan hermosa...

—Y tú. Eres bello, Arthur. No sé qué me pasa —reconoció, con sencillez—. Te deseo de continuo.

Notó su boca, su lengua, deslizándose por su cuello, besando sus labios y lamiendo sus pechos. Poco a poco, sus respiraciones se aceleraron, el deseo fue tensando sus cuerpos. Arthur la impulsó y la puso de lado, para que pudiera separar bien las piernas, y la dejó descender sobre su miembro, firme y duro.

Ella se mordió los labios al volver a sentir todo aquello. ¡Lo había deseado tanto! Se movieron, primero muy poco, luego al ritmo que imponía aquel placer intenso. El agua empezó a agitarse a su alrededor como sacudida por un poderoso oleaje, una tormenta que iba aumentando de intensidad por momentos.

—Mi esposa —murmuró Arthur, con tono asombrado. Sí, le entendía, a ella le pasaba lo mismo. «Mi marido». «Lady Badfields». ¿Por qué detalles tan absurdos eran de pronto tan importantes? Arthur... Aquel loco que parecía haber sentido la cabeza. ¿Sería posible? ¡Sí, sí! Y, ella, estaba dispuesta a ser una esposa apropiada y complaciente, a conseguir que jamás se arrepintiese de haberse casado con ella.

Tuvo que dejar de pensar, porque el orgasmo la golpeó con fuerza, de una forma casi inesperada.

—¡Arthur! —exclamó, agarrándose a su cuello. Él la sujetó, pero, cuando también se unió a la liberación, la tina se agitó de tal manera que lanzaron buena cantidad de agua fuera.

Cuando terminaron, se echaron a reír.

—Demonios, ha estado genial —dijo él. Eso la llenó de secreta satisfacción. Seguro que había tenido muchas relaciones con muchas mujeres. Hubiese sido terrible no estar a la altura.

—Qué barbaridad. —Se incorporó un poco, para ver el suelo, alrededor—. Casi inundamos la casa. ¡Mira a Tutú! —El perrito se estaba revolcando en el agua que llegaba hasta la chimenea. Ishbel se echó a reír—. ¡No puede evitarlo! Empiezo a pensar que ha habido algún error y que tendría que haber nacido pez.

Arthur lanzó una carcajada.

—Sí. Está visto que la tina no era el sitio más adecuado para consumir nuestro matrimonio.

—Ni el más cómodo. —Se movió con cuidado para poder encoger una pierna—. Ha habido un momento en el que casi me ha dado un calambre.

—Vale, lo reconozco: a mí seguro que me lo ha dado. Y varios.

Ishbel rio.

—No sé qué hacemos aquí.

—Yo sí. —La besó, pensativo—. Me pareció una buena idea. Nunca lo había hecho en una tina.

—¿No? ¿En serio?

—No. Y estaba convencido de que tú tampoco, así que quería que esta primera vez fuera algo... nuevo, para ambos.

Ishbel parpadeó. ¿Cómo no iba a enamorarse locamente de aquel hombre? Tenía unos detalles tan bonitos...

—Pues lo has conseguido —murmuró. Quizá se dio cuenta de que estaba emocionada, porque la abrazó.

—Ha sido labor en equipo. ¿Qué te parece? Tras cumplir con la misión, ¿nos vamos a un sitio más cómodo a seguir retozando?

Ishbel le acarició la mejilla.

—Me parece una gran idea.

Arthur se levantó, abandonó la tina, la cogió en brazos y la llevó a la cama.

No salieron de allí hasta poco antes de la hora de la cena. Se plantearon quedarse en el dormitorio, pero tenían hambre, de modo que se prepararon a todo correr y bajaron al comedor de Gretna Hall. Mientras devoraban un pescado al horno, con verduras y puré de patatas, Arthur le contó mil anécdotas de Gysforth y Rutshore, haciéndola reír. Ishbel les recordaba de Sleeping Oak. Parecía gente muy agradable. Tenía ganas de conocerles, sobre todo a Bethany y a Harry, sus esposas.

Y a Ruthie Keeling, que podía haber estado en esa mesa, besando a ese hombre, en vez de ella.

El cielo estaba oscuro cuando volvieron a la habitación y se acostaron de nuevo.

—Si vamos a partir para Londres mañana, deberíamos dormir —susurró Arthur, ya de madrugada. Tenía razón, pero no tenía ningún sueño. Estaba demasiado emocionada—. ¿O te parece bien que nos quedemos unos días?

—Sí, la verdad. Me gustaría. —Nunca había sido tan feliz como entonces y tenía la impresión, el miedo, de que nunca volvería a serlo. Londres traería muchos problemas. Cuanto más alargara esa etapa, mejor—. Por favor. En cuanto regresemos, tendremos que afrontar tantas cosas...

—Me parece bien, ya te lo dije. Unos días más o menos, no importa, y es bueno que pasemos un tiempo juntos. Mañana mandaré una nota a Londres, para que sepan que estamos bien y que nos quedaremos un tiempo. ¿Una semana te parece bien? No, mejor dos.

—Me parece maravilloso.

Todavía pasó más de una hora antes de que, finalmente, cerrase los ojos y

se dejase llevar por el sueño.



## Capítulo 9

Arthur despertó de un sueño profundo al oír un golpe.

Intentó evitarlo, porque había estado con Minerva en su habitación de Manderland House. Su hermana le hablaba, le contaba aquello que había querido decirle, pero él no conseguía oír su voz. Minnie movía los labios, podía ver su boca formando las palabras, pero no salía ningún sonido. Era desesperante.

Y, de pronto, aquel ruido, fuerte.

Durante una milésima de segundo, no supo dónde estaba, ni qué ocurría. Gretna Hall, recordó repentinamente. Se había casado, lo había logrado al fin, y llevaban en Gretna Green más de una semana.

Ahora que lo pensaba, quizá por eso había soñado con Minerva. Se estaba retrasando mucho, pese a estar usando ese tiempo para poner más nervioso todavía a lord Dankworth. También a él le había enviado una nota.

*«Querido suegro: tengo a su hija. Ahora es mi esposa y soy yo quien decide su destino. ¿No es maravilloso? Fdo: Badfields».*

No necesitaba más, se captaba bien la advertencia. Al menos, Dankworth lo haría. Esperaba que llevase días recociéndose en la rabia.

Pero, aun así, se estaba otorgando demasiado tiempo. Y mira que se lo advertía cada día, que no era bueno alargar aquello, ni enredarse más de la cuenta en aquel asunto. ¿Acaso no había aprendido nada en la vida? ¡Por Dios! Debía levantar muros, era lo sensato, en vez de lanzarse como un jovenzuelo

inexperto en aquellas arenas movedizas.

Alguien volvió a gritar, muy cerca. Se incorporó, aturdido, protegiendo a Ishbel con su cuerpo.

Justo a tiempo. La puerta de la habitación se abrió con estruendo de par en par, seguramente por culpa de una buena patada, dejando paso a Sloan Puscot, a James y a Edward. Tras ellos llegó John Linton, suplicando que mantuvieran las buenas formas. No parecía muy sorprendido. Seguro que estaba acostumbrado a lidiar con muchas situaciones así.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó Sloan, arrojándose sobre Arthur para golpearle. Ishbel, que también había despertado, lanzó un grito y se tapó el pecho con las mantas, aunque era más que evidente que estaba desnuda—. ¿Cómo se atreve? ¡Se ha burlado de mi confianza!

—¡En absoluto! —replicó Arthur, tratando de sujetarle los brazos. Como siempre le ocurría en esas situaciones, le salió la vena jocosa—. ¡Jamás haría algo así, lord Glèdhorcha! ¡De hecho, se lo agradezco mucho!

—¡No se burle!

—¡Sloan, para! —gritó Ishbel—. ¡Detente!

—¿Parar? ¿Parar? ¡Voy a matarle!

—De eso nada —dijo James. Hizo un gesto a Edward y sujetaron al hermano de Ishbel entre los dos. Le arrastraron fuera de la cama, pese a su resistencia—. Si alguien tiene que matar a este mentecato, somos nosotros.

—Me pido el primero —dijo Edward—. Luego le matas tú.

Arthur se echó a reír.

—Yo también os quiero.

—No tiene gracia, Badfields —le advirtió James, lo que le obligó a cambiar la sonrisa por una mueca—. ¿Te imaginas el susto que nos hemos

llevado? Y que sepas que Bethy y Harry están más furiosas que nosotros. Pobre de ti cuando te pongan la vista encima. No te digo nada de Ruthie o la tía Hetty.

—Maldita sea...

Lo había asumido desde el principio, pero era difícil afrontarlo en la realidad. James y Edward le miraban con cara de enfadados, algo que no veía desde que tenían catorce años y se le ocurrió echar una botella de ginebra en la limonada de una fiesta del colegio, un «asuntillo criminal», como lo describió el rector, por el que estuvieron a punto de expulsarle.

Nadie le agradeció el buen rato pasado. Porque, al margen de cualquier otra cosa, lo cierto fue que todo el mundo se divirtió enormemente en una fiesta que siempre se convertía en un auténtico aburrimiento. Ese año, no. Sus compañeros estuvieron bailando durante horas, James, Edward y él mismo cantaron a voces subidos encima de la mesa del director, y el propio señor Holmes, el profesor más duro y antipático de todo Eton, les había reconocido, emocionado, que eran sus mejores amigos.

—Será mejor que hablemos abajo —sugirió Edward. Empujó a Sloan hacia la puerta—. Os esperamos.

Salieron todos, cerrando la puerta como pudieron. Sentados en la cama, Ishbel y Arthur se miraron.

—Es la primera vez que un familiar se pone hecho una furia porque, en vez de seducir a la dama, me he casado con ella.

Ishbel se echó a reír.

—Qué le vamos a hacer. Sloan me quiere. Prefiere ver mi honor mancillado que verme infeliz. —Le acarició la mejilla—. Y cree que tú me vas a hacer infeliz.

«Sí, claro». Podía entender a Glèdhorcha. Ahora, él era el dueño de su

hermana. Arthur contuvo la respiración, negándose a sentirse culpable.

—Y tú... ¿qué piensas?

Ishbel titubeó un momento, pero se encogió de hombros.

—A estas alturas, yo solo sé que me siento feliz a tu lado, Arthur. Y confío en que a ti te pase lo mismo. Eso es lo único que me importa.

«Oh, demonios», pensó, sorprendido de la suerte y la condena que había tenido con aquella mujer, todo bien envuelto en el mismo paquete. Se lo tenía merecido, por recurrir a semejante artimaña para llegar hasta Dankworth y plantarle un jaque.

¿Podría evitar que le odiase? Intentaría hacerlo, porque se había enamorado como un idiota.

Pero no iba a permitir que aquello le apartase de sus metas. Ya era hora de que empezase a recuperar el control de su relación. Por ejemplo, en esos momentos, le apetecía hacerle el amor, mucho, y seguro que ella esperaba que diese el paso. Pero no pensaba hacerlo. Contuvo las ganas y se apartó de ella.

—Será mejor que baje —dijo, con desapego, y salió de la cama. Ishbel le miró sorprendida. Arthur empezó a arreglarse—. ¿Te esperamos para desayunar?

—Sí, por supuesto. —Se levantó también y caminó desnuda por el dormitorio, cogiendo su ropa y agachándose para acariciar a Tutú. Aquello le provocó una buena erección. Seguro que lo hizo adrede—. Me reuniré con vosotros en seguida.

—Muy bien.

Cuando bajó, mientras Ishbel terminaba de arreglarse, habían pasado casi veinte minutos. James, Edward y Sloan se encontraban en el vestíbulo, no podría decir cuál de ellos más malhumorado.

El señor Linton estaba tras el mostrador del hotel, con un joven empleado. El chico observaba de reojo al grupo de nobles, claramente preocupado; el señor Linton, por el contrario, parecía más interesado por la correspondencia que estaba revisando y mantenía una expresión inescrutable.

—¡Por fin! Estaba a punto de subir a buscarte —gruñó Edward. Arthur rio y le guiñó un ojo. No era verdad, pero no pudo contener la pulla.

—Pues hubieras sido de lo más inoportuno, Rutshore.

Al momento, Sloan dio un paso hacia él, claro.

—¿Cómo... cómo se atreve? —preguntó, rojo de ira, o de vergüenza, a saber. Quizá de ambos.

—Bueno, Glèdhorcha, caramba, cálmese. Recuerde que ahora es su esposa —le recordó James. Edward le frunció el ceño a él.

—Y, tú, ¿te has vuelto loco? ¿Encima vienes alardeando?

—¿Alardeando? Simplemente señalo un hecho obvio. Entendedlo, acabo de casarme. Es lógico que Ishbel y yo estemos especialmente afectuosos.

Sloan volvió a encenderse de inmediato, como esperaba, y esta vez hasta saltó hacia él, pero Edward estaba en su camino y pudo interceptarle.

—¡Voy a matarle! —gritó el hermano de Ishbel.

—¡Arthur! —exclamó Edward, frunciendo el ceño—. Para ya.

—Está bien, está bien —aceptó, alzando los brazos, en un gesto de calma—. No diré nada más. Será mejor que hablemos tranquilos mientras desayunamos. Pasad al comedor. Ahora mismo voy.

—No nos hagas esperar otra vez —le advirtió James, con el ceño ligeramente fruncido—. Te lo advierto, Arthur, si tengo que subir a buscarte, vamos a tener más que palabras.

—No voy a subir. Solo voy a solucionar algunas cosas con el señor Linton.

No tardaré.

James asintió y les indicó a los otros el camino. Edward se llevó a Sloan sujeto de un brazo. Arthur les observó un segundo y se dirigió al mostrador.

—Perdone lo ocurrido, señor Linton —le dijo, añadiendo un gesto de resignación a la disculpa.

—No se preocupe, milord. A veces, pasan estas cosas. ¡Si yo le contara!  
—Rio con suavidad—. Estoy seguro de que lo solucionarán como caballeros.

—Desde luego. —Rellenó un pagaré por quince libras y se lo tendió—. Esto es un añadido, para compensar toda esta... crispación.

—Gracias, lord Badfields, es usted muy generoso.

—Nada que no se hayan ganado. Bien. —Dio un golpecito en el mostrador—. Vamos a desayunar.

—Por supuesto. Cualquier cosa, no dude en decirme.

Fue al comedor. James y Edward se habían sentado a ambos lados de Sloan, para tenerle controlado, supuso. Arthur se puso enfrente. Para llegar hasta él, tendría que derribar la mesa. Si lo intentaba, al menos sería divertido verlo.

—Ahora nos sirven —le dijo James—. Hemos pedido un desayuno completo. Espero que se den prisa. Tengo un hambre de lobo.

—Y yo —convino Edward—. Hemos tenido que venir a toda velocidad, y casi sin detenernos, solo paramos una noche en una posada. Y, aun así, está claro que llegamos tarde.

—No te preocupes. De verdad, hubierais podido hacer nada para evitarlo, era algo decidido. Os podíais haber evitado el viaje.

Sloan frunció el ceño.

—¿Cómo se atreve? ¡Iría hasta el fin del mundo por salvar a mi hermana!

James y Edward le miraron, seguros de lo que él estaba pensando. «Yo también». Podía entender aquel impulso de Sloan, hasta lo respetaba, y aumentaba su simpatía por él. Ojalá pudieran terminar siendo amigos.

—Escuche, le debo una disculpa —le dijo, intentando conciliar el asunto—. De verdad que entiendo sus razones. Pero, ¿está seguro de que hubiese sido mejor que Ishbel fuese mi amante y no mi esposa?

—Totalmente —replicó Sloan, aunque parpadeó, perturbado, al oír la palabra «amante»—. A pesar de cualquier escándalo, Ishbel hubiese podido volver al castillo de mi abuela y vivir allí tranquila el resto de su existencia. Hubiese seguido siendo dueña de su hacienda y su destino, sin tener que dar explicaciones a nadie. Ahora, ya no. Ahora está atada a usted. —Clavó un dedo en la mesa—. Ambos sabemos lo que eso significa.

Arthur arqueó una ceja.

—No, no lo sé. ¿Qué significa?

—Que está casada con el mayor crápula de Londres, y con diferencia. Que tendrá que compartir el marido con todas las prostitutas de la ciudad, algunas damas y a saber qué otras compañías. —Le señaló con la mano—. ¿Quién me dice a mí que no tiene usted la sífilis o cualquier otra enfermedad indigna?

—¡Glèdhorcha! —exclamó Edward.

—Se está excediendo —le avisó James.

—¿En serio? Será que no estamos hablando de una de sus hermanas, lord Gysforth. —James hizo una mueca, aceptando el reproche—. Usted no tiene, lord Rutshore, pero debería entender mi postura.

—Eso no...

—Espera, Rutshore, deja que responda yo —le pidió Arthur. Edward asintió—. La verdad, espero no padecer ninguna de esas enfermedades, lord Glèdhorcha. A pesar de lo que haya oído por ahí, le aseguro que he sido

siempre muy cuidadoso, en esos aspectos de la vida.

—Nunca se es lo bastante cuidadoso, si se es lo suficientemente promiscuo —replicó el muchacho.

—Eso es verdad. Pero, mi querido cuñado, estoy dispuesto a apostar que, ahora mismo, me encuentro bastante sano. —Iba a asegurarle que intentaría ser un buen marido para su hermana, a pesar de todo, pero era una promesa que no estaba seguro de poder cumplir—. Por lo demás, su hermana y yo hemos tenido nuestras razones, para terminar aquí.

—¿De verdad? —Se inclinó hacia él—. Empezaré a creerlo cuando me las explique a mí también. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué? ¿A qué ha venido esto? Usted no necesita el dinero de Ishbel, ni su posición social. ¿No era suficiente con una aventura, con una fuga romántica?

—En eso tiene razón, Badfields —le apoyó James, que le miraba asombrado, y algo suspicaz—. ¿A qué ha venido esto? ¿No es una de tus bromas? ¿Te has casado con la hija de Dankworth, en serio?

Arthur guardó un segundo de silencio antes de contestar, con cuidado.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y por qué? No lo entiendo. Quizá, si fuera otra... Pero sabes lo poco que me agrada ese hombre.

—¡Qué coincidencia! —replicó Sloan, dirigiendo su enfado contra él—. Tampoco usted es de su agrado, lord Gysforth.

—Lo lamento tanto como él —replicó James, frunciendo también el ceño. A ese paso, iban a terminar todos peleados. Arthur se apresuró a intervenir.

—No es el momento para hablar del tema. —James y Edward volvieron a mirarle así, como el día tras la gran borrachera de Eton, en plena resaca. Pena no tener un buen vaso de aquella lejana pero memorable limonada, para cantar un rato y caer inconsciente en una esquina—. Pero os daré una explicación, os



lo prometo.

—¿A mí no? —preguntó Sloan.

Se libró de contestar porque llegó Ishbel, con Tutú en brazos.

—¡Tutú tiene hambre! —exclamó Ishbel. Se acercó a él y se inclinó para darle un beso rápido en los labios. ¡Qué forma delicada de darle un mensaje a su hermano!

—Ah, pues habrá que alimentar a nuestro bebé —dijo él, haciéndola reír. Tutú les miró suspicaz. Sabía que estaba intentando utilizarle para aliviar la tensión del ambiente.

Justo en ese momento, aparecieron dos camareras por la puerta del fondo, llevando grandes bandejas repletas de comida. Al cabo de varios viajes de un lado a otro, cada uno de ellos recibió un plato con dos huevos fritos, salchichas, tocino y una buena ración de pastel de carne. Además, había kipper de salmón, porridge y panecillos recién hechos, con mantequilla y mermelada, todo dispuesto en fuentes que colocaron en el centro de la mesa.

Les llevaron también café y té, a elegir, y fruta, por si alguien seguía con hambre al terminarse todo aquello.

Durante varios minutos, comieron en un incómodo silencio, solo roto a ratos por los ladridos de Tutú, que estaba encantado con las viandas.

Al final, Arthur se hartó. Dejó los cubiertos.

—No sé qué planes tenéis. Nosotros pensábamos quedarnos unos días más, aprovechando que hace muy buen tiempo y...

—No —sentenció Sloan. Hasta él se dio cuenta de que se había excedido, porque miró a Ishbel—. Padre está muy enfadado. Es mejor que volvamos cuanto antes y aclaremos el asunto.

Arthur agitó la cabeza. También se volvió hacia su esposa.

—¿Qué quieres hacer?

Ishbel suspiró.

—Quedarme. Pero, Sloan tiene razón, deberíamos volver.

Él recordó su sueño y no protestó. Sí, había llegado el momento de regresar.

Tenía que ver a Dankworth.

—Está bien, volveremos a Londres —aceptó, a regañadientes—. ¿Cuándo queréis partir?

—Hoy mismo —dijo Sloan—. Ahora mismo. En cuanto terminemos de desayunar.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. Acabáis de daros una buena paliza, para llegar hasta aquí. ¿De verdad no queréis dormir, descansar un día, al menos? No sé si habrá habitaciones libres aquí, pero en el pueblo, seguro que...

James y Edward intercambiaron una mirada.

—Me encantaría —contestó el primero—. Pero me fui casi sin avisar y dejando mucho trabajo sobre la mesa.

—Me ocurre algo parecido —asintió Edward—. Creo que será mejor que volvamos. Ya pararemos en alguna posada a hacer noche.

—Está bien... ¿Habéis venido los tres en un coche?

—Sí —respondió Edward—. Y sin parar, como ya te hemos dicho. Ha sido un auténtico infierno. —Se llevó una mano al corazón—. Gracias, de verdad, por habernos estropeado una estupenda escapada a Sleeping Oak.

—Oh, venga...

—Rutshore tiene razón. Viendo que no volvías, nos preocupamos —añadió

James, explayándose un poco más—. Pero Glèdhorcha nos explicó su plan, y que seguramente habrías aceptado ayudar a lady Ishbel. Cuando encontramos el bote en la otra orilla, al menos nos tranquilizamos.

—No te habías hundido en el Támesis —gruñó Edward. James asintió.

—Nos molestó un poco... —al ver la mirada del otro, rectificó— *mucho*, que no nos lo hubieses contado, pero, qué remedio, no había nada que pudiéramos hacer, así que volvimos a Londres.

—Pero, hace unos días, mi padre me hizo llamar a gritos a su despacho —siguió Sloan—. Estaba como una fiera, loco de rabia. Había recibido su nota.

—¿Nota? —preguntó Ishbel. Arthur frunció el ceño. Vaya contratiempo—. ¿Qué nota?

—Mandé un par de notas, para tranquilizar. Ya te lo dije.

—¿Tranquilizar? —Sloan rio—. Era una auténtica burla, y usted lo sabe. Y una amenaza. «Ahora soy yo quien decide su destino», o algo así.

Ishbel le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Eso dijiste?

Arthur se encogió de hombros.

—Me puse poético.

—¿Ah, sí? —replicó Sloan. Ishbel no, ella siguió mirándole con esa expresión inteligente que siempre le hacía pensar que estaba dos pasos por delante de él, pese a todas sus mentiras—. Pues a mi padre le gustó tanto su poesía que tenía la intención de mandar a un grupo de hombres, matarle a usted y llevar a mi hermana a casa, aunque fuera a rastras.

—¡No sería capaz! —exclamó ella, indignada.

Sloan dirigió su enfado hacia ella.

—¿Acaso no conoces a padre? ¡Pues claro que sería capaz! De lo del crimen no, claro, era una simple exageración. Pero le hubieran dado una buena paliza, milord, y le hubiesen dejado tirado en cualquier camino. Por suerte, conseguí convencerle de que yo me ocuparía. Visité a su amigo, lord Gysforth y en menos de una hora estábamos en marcha.

—Lo dicho, un infierno de viaje —masculló Edward—. Pero no podíamos permitir que te pasara nada malo.

—Entiendo. Gracias. —No había mucho más que decir, al menos con testigos. Suspiró—. Si no os importa, al menos en este primer trayecto, vamos a ir en mi coche nosotros tres. Ishbel puede seguirnos con su hermano.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sloan con el ceño fruncido. También Ishbel le miró intrigada.

—Porque lo digo yo, cuñado —replicó, ya enfadado—. Ya sé que lo ocurrido se sale de lo normal...

James miró a su alrededor.

—Por lo que parece en este sitio, no tanto.

—Cierto, bueno, me refiero en nuestras vidas. Pero espero que me conozcáis lo suficiente como para saber que tengo una maldita razón para haber hecho las cosas como las he hecho. Al menos, vosotros dos. —Se permitió mirar acusatoriamente a James y Edward. Al fin, ellos se mostraron arrepentidos e intercambiaron una mirada incómoda—. ¿Habéis terminado? —Todos asintieron, más o menos—. Bien. Pues cuando queráis.

Recoger sus cosas fue muy rápido, y más todavía el despedirse del señor Linton, que les acompañó hasta los coches.

—Ha sido usted muy amable, señor Linton —le dijo Arthur, de corazón—. Gracias por todo.

—Un placer, milord. Lamento mucho que se vayan y espero que vuelvan

pronto a visitarnos.

—Lo intentaré —dijo, tendiéndole la mano. Linton sonrió y se la estrechó con deferencia—. Le aseguro que Gretna Green será por siempre uno de mis lugares favoritos.

Acompañó a Ishbel hasta el coche de su hermano. Tras tanto tiempo juntos, se le hizo raro separarse de ella, aunque solo fuera por unas horas, y estando tan cerca.

—¿No crees que soy yo quien merece una explicación? —preguntó Ishbel, en un susurro. Arthur no se hizo el despistado. Se refería a la nota, claro.

—No pensé que se la tomarían así. Ni siquiera recuerdo qué puse, algo de tu destino, sí, porque ahora eres mi esposa. Pero no era más que una tontería. —Decidió jugársela a retrasar el tema. Con suerte, Dankworth habría roto la nota en un ataque de rabia—. Cuando llegemos, ya la verás.

Eso pareció convencerla. Asintió.

—Espero que todo se solucione —dijo ella.

—Sí, no habrá problema. Solo tengo que hablar con ellos a solas. —La besó, con suavidad—. Nos vemos más tarde.

Arthur volvió a su coche y subió. James y Edward se habían sentado juntos en uno de los asientos. Él se acomodó enfrente.

—Parecéis un maldito tribunal.

—Lo somos —gruñó Edward—. Nos has hecho viajar a toda velocidad durante días, para evitar que Sloan se suicidase intentando matarte.

Arthur sonrió.

—Os lo agradezco.

—¿De verdad? ¿Eso es todo?

—Dankworth... —añadió James, reflexivo—. Tú no eres un crío enamorado. De hecho, eres todo lo contrario a un crío enamorado. Si te has casado con Ishbel Puscat, es porque tienes una razón, una intención clara.

—Y la hay. —El coche se puso en marcha. Arthur se quitó el sombrero y lo dejó a un lado, con los guantes. Había llegado el momento de sincerarse. La cuestión era por dónde empezar. Decidió omitir muchos intentos previos e ir a lo importante—. He estado... acercándome a Thynne durante bastante tiempo, lo sabéis. Años.

Edward se cruzó de brazos.

—Menuda sorpresa.

—Sí. Claro que lo sabemos —dijo James, frunciendo el ceño—. Y te hemos dicho mil veces lo peligroso que era.

—Las mismas en que os he contestado que haría lo que fuese necesario para recuperar a Minnie. —Sus amigos callaron, incómodos. Momento de seguir—. De modo que le investigué.

Edward pareció genuinamente intrigado.

—¿Cómo?

—Con la ayuda de un hombre que fue en su momento un joven militar a las órdenes de Wellington. Es conocido como «capitán Creepingbear», aunque me cercioré por mi cuenta y me consta que nunca pasó de teniente. Al parecer, por sus muchos enfrentamientos con sus superiores.

—Un camorrista sin respeto alguno por el rango, imagino —dijo James, que podía no haber tenido gran estima por su padre, en realidad al contrario, pero para algo era hijo de un general.

—No, o sí, pero de otro modo. Creepingbear respeta la jerarquía, pero no los abusos, y me temo que se encontró con bastantes. —James parpadeó y asintió, aceptando la rectificación—. En definitiva, no es un individuo que

sepa mucho de diplomacia, pero sí de la vida, y de la lealtad. Desde luego, todos los hombres que sirvieron con él, están convencidos de que merecía ser capitán, incluso general. Le hubiesen seguido ciegamente hasta el fin del mundo.

—¿Creepingbear? —Edward pareció masticar la palabra—. ¿Eso es un apellido? ¿No será alguna clase de mote o alias?

—Yo me hice la misma pregunta en su momento, pero no, se trata de su apellido, auténtico. Muy raro, pero lo es. Creepingbear era hijo de un baronet, de hecho, ahora mismo es ya sir Arian Creepingbear.

—¿Arian? —James le miró con curiosidad—. ¿No, Alan?

—No, no, es Arian. Un nombre raro, sí. Le pregunté un día y me dijo que significaba «libre», pero a saber.

Edward se echó a reír.

—Sospecho que su padre lo buscó adrede, para combinar con el apellido en... dejémoslo en poco usual.

—Posiblemente. El caso es que, pese a la posición que ocupó su padre, que era un importante abogado, al servicio de la «Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales»...

—Sí, ya. La compañía. Mira que es largo —gruñó Edward—. Podían dejarlo en el clásico «Compañía Británica de las Indias Orientales». Total, son los mismos canallas, más otros canallas que se apuntaron después al saqueo indiscriminado del mundo.

—Pues sí. El caso es que, pese a eso, y no me preguntéis las razones, porque no las sé, Creepingbear no dispone hoy en día de muchos fondos, así que, tras dejar el ejército, se las ingenió para buscarse un medio de vida. Ahora tiene un... —Torció el gesto, mientras buscaba la palabra adecuada—. Iba a decir un despacho, pero no deja de ser un cuartucho de mala muerte, en

el que vive y trabaja. Lo comparte con su socio, un hombre llamado Dagger, que también es un apellido, por cierto, no un mote.

—Vaya dos. Sir Arian Creepingbear y Dagger... Inspirador.

—Seguro que sí. —Arthur rio—. Por lo que tengo entendido, Dagger, que es bastante mayor en edad, era soldado a sus órdenes, ambos estuvieron en Waterloo y se salvaron mutuamente la vida. A diferencia de Creepingbear, que creció en un buen hogar, Dagger surgió de los pozos más inmundos de Whitechapel y tiene muchos contactos en el mundo de la delincuencia. Juntos, malviven investigando asuntos... delicados.

—¿Cómo qué? —preguntó James.

—Pues no sé. Recuperar cosas que alguien se ha dejado en la casa equivocada, seguir a alguien que va a la cita equivocada, descubrir si alguien se acuesta con la persona equivocada...

—¡Cuánta equivocación! —exclamo Edward, riendo.

—Pues sí. Ni te imaginas. La mitad de la población de Londres está equivocada y la otra mitad o no se entera o paga por enterarse de qué ocurrió.

—Muy interesante —admitió James—. No sabía que hubiera gente dedicada a algo así. Podría serme realmente útil.

—Ah, nuestro amigo el político empieza a verle posibilidades. Por supuesto, te lo presentaré cuando quieras. Y, por cierto, hablando de gente útil, también me ha ayudado mucho últimamente un periodista que trabaja para «The Times». Bethy me lo presentó.

—Zack Clemens, imagino. —James asintió—. Es sobrino del marqués de Pemberton, un hombre muy agradable. Ayudó a Bethy, en ciertos problemas, antes de conocernos, y luego escribió la crónica de nuestra boda.

—Y la de Harry con el infame Chadburn —masculló Edward. Arthur sonrió.



—Confíaba en que no recordases ese detalle. Me lo comentó un día, sí. A él tampoco le hizo mucha gracia, pero no le quedó otro remedio, era un encargo de su periódico. De hecho, sé que aquella noche simpatizó mucho con Harry. Me contó que estuvo bailando con ella. Una cuadrilla, creo, o quizá un cotillón. —Rio entre dientes—. El caso es que él, que reconoce no saber dar un paso en condiciones en una sala de baile, jamás olvidará esa danza.

Edward arqueó las cejas y James también se echó a reír. Los tres conocían la poca capacidad de Harry a la hora de bailar. Era demasiado impulsiva como para esperar pacientemente que llegase el momento de realizar el siguiente paso.

—Pobre individuo. Ahora me da pena.

—No seas malo —replicó Arthur—. Todos sabemos que Harry tiene su propio sentido del ritmo.

Edward le sonrió con cariño. Se notaba lo enamorado que estaba de su esposa. Lógico, era una mujer extraordinaria. Y habían pasado muchas penurias hasta que lograron estar juntos.

—Eso es verdad —le dijo—. Dinos, ¿qué ocurrió con esa gente de nombres pintorescos, y con el periodista?

—Ah, sí. —La expresión de Arthur se llenó de satisfacción—. El caso es que, gracias a todos ellos, descubrí que Thynne había sido hijo de unos actores. Bueno, más que actores. Eran dueños de un teatro ambulante. La Maravillosa Compañía Teatral de Robert Gastrell, se llamaba.

—¿En serio? —preguntó James—. Así que, al final, tenías razón...

Se refería a la noche en que rescataron a su esposa, Bethany, de las garras de Thynne. Bethany, pensando que había matado a su primo cuando este intentó violarla, había huido de casa en plena noche, y había tenido la mala suerte de caer en manos de las bandas de Whitechapel.

Thynne, al que últimamente llamaban «el Duque de Whitechapel», aunque controlaba una zona mucho más grande, siempre a las órdenes del misterioso «Rey en la noche», había supuesto que sacaría una buena suma por ella y había organizado una subasta privada, solo para grandes fortunas.

Tal como solía hacer esas cosas, Thynne montó una puesta en escena muy cuidada, en su escenario del burdel «Red Pussy». Arthur asistió, cuidando su papel de disoluto para hacer contactos entre los bajos fondos, y se sorprendió cuando vio entrar también a James, que estaba buscando a Bethy y había recibido información sobre que podía estar allí. A pesar de la pelea y el incendio que se desencadenó, más que nada por la impaciencia de su amigo, aquella noche salieron con bien.

Y ayudó a reforzar su idea de que Thynne tenía una extraña fijación por todo lo relacionado con el teatro.

—Yo siempre tengo razón, amigo mío. —James rio. Edward le lanzó su sombrero, y Arthur lo cogió en el aire. Se lo devolvió con un gesto elegante—. No puedo evitarlo.

—Sigue —le animó Edward.

—Muy bien. No fue fácil descubrirlo. Hoy en día, Thynne es un sujeto que se mantiene muy a distancia de todos. Es frío, desalmado, un profesional del delito. Pero, Dagger indagó en sus orígenes, intentando saber de dónde salió. Se remontó, hablando con unos y otros, hasta tenerle localizado a su llegada a Londres, con fondos suficientes como para contratar a unos cuantos hombres y crear una banda que extorsionaba a los comerciantes de algunas zonas. También empezó a obligar a las prostitutas a pagarles una parte, a cambio de su supuesta protección.

—Sí, me consta que es un tipo agradable —ironizó James.

—Ya te digo. Dagger contactó con una prostituta que trabajó para él en aquella época, fue una de sus favoritas. A cambio de una suma suficiente como

para irse a vivir a América, le dijo que, en cierta ocasión, estando muy borracho, Thynne empezó a declamar a Shakespeare. Conocía bien su obra, y a otros autores. La mujer le preguntó qué le ocurría y Thynne balbuceó algo del rostro derretido por el fuego. Del agua envenenada. De la culpa y los fantasmas.

—¿Agua envenenada? ¿Fantasmas? ¿Eso es de Shakespeare?

Arthur apretó los labios y asintió.

—Eso pensé yo. Estuve a punto de pasarlo por alto, porque sonaba todo muy dramático, del gusto de nuestro admirado autor nacido en Stratford-upon-Avon. Supuse que sería algo relacionado con Macbeth, Hamlet o vete a saber qué. Por suerte, teníamos en el grupo a Clemens. Empezó a buscar por ahí noticias o rumores, cualquier cosa que tuviera relación con teatro y agua envenenada, también fantasmas. Y lo encontró.

—¿El qué?

—La compañía de teatro que os he mencionado. La del dramaturgo Robert Gastrell.

—La verdad, nunca había oído hablar de ella —reconoció Edward, que era el más aficionado al teatro de los tres.

—No me sorprende. Era una pequeña compañía ambulante, que recorría el Reino Unido hace veinte años. Iba de norte a sur, y de este a oeste, dando tumbos como podía, empujados por el hambre de pueblo en pueblo. Por lo que parece, la formaban gentes de todo tipo, actores solitarios, matrimonios con hijos... En total, unas veinte personas, aunque el número variaba con el tiempo, a veces eran más, a veces menos, según contrataban ayuda o se despedían actores.

—Tiene que ser una vida curiosa —murmuró James.

—Quizá, pero muy dura. Por lo que me dijeron, pasaban muchas

necesidades. No tenían un gran éxito, y los sitios por los que se veían obligados a moverse no disponían de grandes riquezas que compartir con unos cómicos muertos de hambre.

—Sí, es de imaginar —asintió Edward.

—El núcleo de la compañía era la familia de Robert Gastrell, los padres y los ocho hijos, de distintas edades, el más pequeño un bebé. —Miró por la ventana, al entrar en la parte más dura de su relato—. Pues bien, un día, unos viajeros se toparon con su campamento, en las afueras de una aldea llamada Sweetgrass, cerca de Salisbury. Les atrajo una columna de humo. Decidieron ir hacia allí, para unirse a ellos en la cena, pero estaban todos muertos. Casi veinte personas adultas y varios niños.

Edward parpadeó.

—Qué horror.

—¿Qué había pasado? —preguntó James, muy serio.

—Clemens rebuscó por ahí, en viejos archivos, y hasta se acercó a hablar con quienes podían tener algo de información. Desde luego, es un tipo persistente. Descubrió que, en su momento, se dijo que habían sido envenenados. Alguien había emponzoñado el bidón de agua. El dinero había desaparecido, junto con todo lo de valor que tuvieran ahorrado.

—¿Y crees que Thynne estaba allí? —Edward le miraba impresionado—. ¿Que fue el responsable de esa masacre?

—No tenía una absoluta seguridad. Solo que, entre los detalles escabrosos que se mencionaban del asunto, se decía que el hijo mayor había caído de frente sobre la hoguera, y que su rostro resultaba irreconocible.

—Demonios... —dijo James.

—«El rostro derretido por el fuego» —susurró Edward. Arthur asintió.

—Exacto. Supusimos que el hijo mayor de Robert Gastrell, Jacob, podía ser quien los envenenó a todos y se buscó un pobre desdichado al que hacer pasar por él, deformándole por si alguien le conocía.

James agitó la cabeza.

—Aun así, está todo muy cogido por los pelos.

—Cierto. Por eso pasamos a una estrategia de acoso.

—¡No tendrías el valor de ir y decirle «lo sé todo»!

—Bueno, no. Ese hubiese sido un modo infalible de suicidarse. Lo que hicimos fue ir haciéndole llegar notas, gracias a los contactos de Dagger, del tipo «veneno en el agua», «rostro en las brasas» o «los muertos no te perdonan». Si era inocente, las ignoraría. Pero no fue así. Supimos, por la gente que teníamos entre sus allegados, que se estaba poniendo nervioso.

—Qué valor... —James le miraba incrédulo—. Badfields, estabas jugando con fuego.

—Lo sé. —Frunció el ceño—. Pero ese hijo de puta le tendió una trampa a Minnie, tenía que hacer algo. Al final, sí, le cité en un sitio, a solas. Fue bastante complicado de organizar, no os penséis, pero Creepingbear se maneja bastante bien en esos temas... digamos, estratégicos.

—¿Y qué pasó? —preguntó Edward, con interés.

—Que, cuando vio quién era quien le acosaba, o sea, yo, hasta se echó a reír. ¿Os lo podéis creer? Al parecer no infundo suficiente respeto.

James arqueó ambas cejas.

—Eso es porque no te han visto disparar.

—Y porque eres un crápula —añadió Edward, con una risa.

—Vale, sí. Pero el caso es que fue una entrevista algo ajetreada. Entre «voy a matarte» y «te voy a partir el alma», ese hombre no parecía conocer

más frases. Además, me arrugó la chaqueta...

—Imperdonable —exclamó James. Edward hizo un gesto indeciso.

—A menos que fuera aquella azul de cuadros, tan fea...

—Muy gracioso. —Decidió seguirle la broma, para ir limando asperezas con ellos—. ¡No era tan fea! Era... original. Y del mejor gusto posible. Además, me sentaba muy bien, y más con aquellos pantalones beige que...

—Venga, no te distraigas ahora y nos empieces a describir tu guardarropa —terció James, aunque sonreía—. Sigue.

—Ah, está bien. Veamos, pues, al final, cuando pude disuadirle de usar la violencia y me dio la oportunidad de decirle que, o me contaba cosas o me ocuparía de destrozarle el alma yo a él, convino en negociar. Le pregunté qué había ocurrido con mi hermana. —No le pasó desapercibido el modo en que se miraron—. Sí, estoy obsesionado. Y espero que eso ayude a Minnie.

—No te criticamos nada —replicó Edward, con gesto serio—. Sabes que, en eso, te respaldaremos siempre.

—Así es —confirmó James—. ¿Qué descubriste?

—Al principio lo negó, el muy bellaco, pero le dije que no tenía dudas, que me lo había contado el individuo de Fleet. El que le ayudó a seducir a Minnie. —Hizo una mueca—. No fue muy buena idea, por cierto, porque no tardó en aparecer muerto a golpes, en la cárcel.

—Maldición...

—Bueno, yo no lo siento tanto. Al fin y al cabo, ese cabrón colaboró en el secuestro de Minnie. Me hubiera gustado estrangularle yo mismo...

Edward le miró con pena.

—Pero no lo hubieras hecho.

Arthur suspiró y negó con la cabeza.

—No, no lo hubiera hecho. Supongo que puedo ser muchas cosas, pero no un asesino. —Chasqueó la lengua—. Thynne negaba su implicación pero, cuando le amenacé con denunciarle a las autoridades por la masacre de Sweetgrass, al final, decidió admitirlo. Sobre todo porque, además, acepté pagarle una buena suma por su ayuda. Cinco mil libras.

—¿Qué? —James le miró asombrado—. ¿Cinco mil?

Edward silbó.

—Estás loco.

—Puede, pero surtió efecto. Por fin empezó a darme información. —Se mordisqueó el labio inferior antes de seguir—. ¿Habéis oído hablar de algo llamado «Bajolondres»?

—No —replicó Edward, sorprendido. Pero la expresión de James se había ensombrecido.

—Digamos que sí —dijo. Arthur y él se asintieron. Edward movió los ojos del uno al otro.

—¿Se puede saber qué pasa?

—¿Quieres contárselo tú? —preguntó Arthur. James negó.

—No. Entre otras cosas, reconozco que tengo auténtica curiosidad por saber lo que has descubierto.

—Muy bien. —Arthur cruzó las piernas, cómodamente, y se lanzó a contarle—. Thynne me dijo que, de unos años aquí, el mundo de la delincuencia en la capital ha sufrido un cambio notable, una continua concentración de poder en las mismas manos. Al parecer, surgió alguien que supo coordinar la acción de ciertas bandas importantes, que, a su vez, controlaron a otras menores. Se formó así un entramado fuerte, la red de una gran araña, muy peligrosa, que habita ahí, en lo más profundo de Londres.

—El «Rey en la noche» —dijo Edward.

—Eso es. El misterioso «Rey en la noche», que pocos saben quién es. Aparece en alguna reunión de importancia, pero siempre enmascarado. Por lo demás, se limita a enviar mensajes con órdenes concretas de vez en cuando, y deja la organización a sus tres duques, que son los que se ocupan del día a día del... negocio y de asegurarse de que se ejecutan sus órdenes. Thynne es uno de ellos.

—De modo que Thynne sabe quién es el «Rey en la noche» —dijo James. No era una pregunta, pero sonó como tal.

—Yo creo que sí, aunque lo niega. Asegura que, cuando ha tenido que cumplir alguna tarea, la respuesta le ha llegado por mensaje. —Esperó unos segundos, pero ninguno de los otros dos dijo nada más, de modo que prosiguió—. Eso es «Bajolondres»: una corte sombría, liderada desde hace años por un rey oscuro, sin rostro. Según sus normas, todo el que quiera robar, debe pagar una cuota. Se contratan robos y asesinatos. Todo se lleva a cabo con una administración rigurosa basada en la fuerza y el miedo.

—Resulta... aterrador —susurró Edward.

—Lo es. Es como si ahora mismo viviéramos en una ciudad doble. Una, la que conocemos de siempre; otra, la que se desliza por el barro de los suburbios, en callejones, burdeles y garitos.

—Sí —convino el otro—. Como imaginar Londres reflejado en un espejo que distorsiona la imagen.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Minnie? —preguntó James, quizá cansado de tanta imagen poética. Se le veía preocupado y nervioso.

—Thynne me dijo que su secuestro había sido un encargo que les había llegado por parte del mismísimo «Rey en la noche». Quería que se hiciera de forma eficaz y rápida. Que Thynne se ocupase en persona de su organización y su ejecución.



James frunció el ceño.

—¿El «Rey en la noche» hizo desaparecer a Minnie? ¿Y eso?

—Yo me pregunté lo mismo. ¿Qué podía importarle una jovencita como Minnie a alguien así? Pero, antes de seguir, quiero que me cuentes qué sabes de todo esto, Gysforth.

James hizo una mueca.

—En realidad, es un tema del que no debería hablar.

—Ni lo sueñes. —Al ver que el otro se resistía, Arthur frunció el ceño—. Te lo pido como amigo, James. Sabes lo que supone para mí todo este asunto. No voy a aceptar un no por respuesta.

James se lo pensó un momento y asintió.

—Está bien, está bien, tienes razón. Pero, por favor, os ruego absoluta discreción. Nada de esto debe hacerse público. Se trata de una investigación secreta que estamos llevando a cabo.

—Cuentas con nuestra palabra, desde luego —dijo Edward por los dos. Arthur lo confirmó con un gesto.

—Bien. Sí, es cierto, he oído hablar de «Bajolondres», del «Rey en la noche» y de todo eso que cuentas. De hecho, tú fuiste el primero en ponerme sobre la pista, en aquel burdel, el «Red Pussy», ¿recuerdas? Hace dos años, cuando el asunto de Bethy —Arthur asintió—. Al poco, se lo comenté a sir Robert Peel y entonces me enteré de que ya había serias sospechas de lo que estaba ocurriendo, por lo que iniciamos juntos esa investigación de la que os hablo. El problema es que la organización del «Rey en la noche» es muy cerrada, y está bien atada por el miedo, por lo que no hemos avanzado tanto como nos hubiese gustado... De hecho, me gustaría que me presentases a esos Creepingbear y Dagger...

Arthur asintió.

—Claro, lo haré.

—Estupendo. —Asintió—. En conclusión: es verdad que alguien ha conseguido unificar y controlar el poder desde la sombra. Y supongo que no tengo ni que decir que esa cohesión en el mundo de la delincuencia resulta terriblemente peligrosa. Intentamos que no se haga público, porque solo serviría para provocar el pánico.

—¿Y la Guardia? —preguntó Edward—. ¿El rey?

—¿Qué dices? —le respondió Arthur—. La Guardia apenas sirve para mantener un orden mínimo, no puede hacer nada contra algo así. Y, por su parte, el rey y los nobles pelean por sus respectivos ámbitos de poder, lo que no permite un mayor control de las calles.

—Exacto. —James hizo un gesto de asentimiento—. La triste realidad es que los nobles prefieren la posibilidad de ser robados antes que permitir perder poder frente a la Corona o tener que dar cuentas a unos plebeyos uniformados. Pero da igual, pese a las oposiciones, sir Robert y otros partidarios de la causa seguimos intentando crear esa policía moderna, y cuanto antes. Incluso hemos visto un buen sitio en el que situarla. —Sus ojos se volvieron soñadores—. Cada vez que paso por delante me inspira para seguir.

—¿Dónde está? —preguntó Edward, curioso.

—En el número cuatro de Whitehall Place.

—Ah, ya sé cuál es. El que tiene una puerta trasera que da a la calle Great Scotland Yard, ¿verdad?

—Sí, exacto. Ahí es.

Arthur chasqueó la lengua.

—He seguido las noticias en el periódico. Llevas años con ese empeño.

—Claro. Y dudo que lo consigamos en breve, quizá en un par de años más... A saber. Los nobles siempre tememos perder privilegios. Ese es nuestro mayor obstáculo. —Titubeó—. También me consta que hay algunas presiones, de ese infame «Rey en la noche», para que las cosas no salgan adelante. Amenazas más o menos soterradas y chantajes.

Edward le miró asombrado.

—¿En serio? ¿A los lores? No me lo puedo creer.

James se lo pensó un momento, buscó la cartera en el interior de su chaqueta y sacó un papel doblado. Lo extendió y se lo pasó. Edward lo miró primero y, pálido, se lo entregó a Arthur.

En el papel, había escrito:

*Deja de intentar controlar el caos, Gysforth.*

*¿No lo entiendes?*

*No puedes hacer nada para contenerlo.*

---

*Si cruzas esta línea, abandona toda esperanza.*

La firma era un dibujo, una corona negra invertida, con tres picos.

—¿Esto es lo que parece? —preguntó Arthur, mientras se lo devolvía. Sintió una extraña sensación de frío en el pecho. A veces habían desafiado la muerte, en algún duelo o alguna situación problemática, como cuando Bethy fue atacada por su primo o cuando Chadburn, el primer marido de Harry, estuvo a punto de matar a Edward. Pero la idea de que alguno de ellos pudieran morir...

¡Por Dios, les quería! Eran sus hermanos. Tras tanto tiempo juntos, no concebía la vida sin ellos.

James se encogió de hombros.

—Supongo. Tiene toda la pinta de una amenaza.

—Y de haber sido emitida por alguien con cierta cultura —dijo Edward.

—¿Lo dices por la letra? —Las pupilas de James recorrieron el texto—. Sí, se nota que es alguien con buena caligrafía.

—Sí, también... Pero no, lo digo por la referencia a «La Divina Comedia», de Dante Alighieri. —Los otros le miraron sorprendidos, así que se explicó—: En un verso dice «Abandone toda esperanza quien cruce este umbral», o algo así. Se supone que está escrito en la puerta del Infierno.

—Madre mía, qué cosas sabes —se asombró Arthur, y volvió a lo práctico—. ¿Cómo te llegó? Podrías descubrir algo a través del mensajero...

—No. No sé quién la dejó. Estaba en la mesa de mi despacho.

—¿En casa? —intervino Edward.

—No. En el Parlamento.

Edward frunció el ceño.

—No sé qué es peor.

—Yo sí. Por lo menos, ahí están lejos de mi familia.

—¿Tú crees? James, si tienen acceso al Parlamento, tienen acceso a Gysforth House —le replicó el otro. James torció el gesto.

—Gracias por tranquilizarme.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Arthur.

James hizo un gesto ecuánime.

—Seguir, claro está. Qué remedio. Tendré que cruzar la línea y buscar al otro lado, a ver dónde se esconde ese cabrón. —Miró el papel, con una mueca, antes de guardarlo de nuevo en la cartera—. Tengo que encontrar al

«Rey en la noche».

Arthur le miró pensativo.

—Es posible que Creepingbear pueda ayudar. Y yo presionaré a Thynne en cuanto le vea. También quiero descubrir quién es, aunque solo sea para enterarme de quién contrató sus servicios para secuestrar a Minnie. Aunque reconozco que tengo una sospecha, y estoy convencido de que es cierta.

—Explícate.

—Es sencillo: Minnie había sido prometida con el duque de Dankworth de la época, el padre del actual.

—El «Sátiro de Londres» —asintió Edward—. Recuerdo que nos comentaste que estaba considerando la forma de desheredar a su hijo.

—En todo caso, debía ser una locura del viejo —dijo James—. Dankworth era su hijo mayor, tenía derecho a su título.

Arthur apretó los labios.

—Bueno... En todo caso, está claro que algo intentaba. Lo sé, porque luego me lo confirmaron sus abogados.

James y Edward le miraron asombrados.

—¿Te lo contaron? ¿No sería... no sé, algo secreto, con su cliente?

—Sí, pero su cliente ya estaba muerto para entonces. Además, Dagger les convenció de que era mejor que hablaran conmigo.

—¡Badfields! ¿Qué has estado haciendo?

—De todo. Por eso sé que el «Sátiro de Londres» quería desheredarlo y pensaba que tenía opciones. Mencionó a sus abogados las palabras «traición a la Corona», «traición a Inglaterra», y consultó si algo de esa gravedad sería suficiente para desheredar a su hijo, Reginald Puscat, por aquel entonces marqués de Sarreymill.

—Evidentemente —confirmó James—. Por no hablar de que también hubiese supuesto su ejecución.

—Exacto. Pero no solo eso. —Hizo una ligera pausa para soltar la descarga final—. Al parecer, también mencionó una posible prueba que demostraba que no era su hijo. Que era ilegítimo.

—¿¿Qué?! —James casi brincó en su asiento—. Pero ¿qué dices?

—Lo que me contaron a mí, también me llevé esa sorpresa. Pero no puedo decir más al respecto, el viejo Dankworth no quiso explicarles nada concreto, ni aportar las pruebas de las que hablaba, sobre ningún asunto. No sé nada sobre la legitimidad del Dankworth actual, pero nosotros sabemos que estuvo en contacto con Bonaparte, con la intención de hacerse con el trono de Inglaterra. Esa parte, es cierta.

—Sí. —Edward puso gesto adusto—. Pena no tener pruebas de eso.

—Así es. Pero quizá la traición viniera de antes. Quizá el viejo Dankworth lo sabía, en su momento, y consideró la posibilidad de jugar esa baza, para librarse además de un hijo que no era suyo.

—¿Crees que la lady Dankworth de la época hubiese sido capaz...?

—No lo sé. Por lo poco que he podido averiguar, era una mujer discreta que murió muy joven, precisamente al dar a luz a su hijo. Estaban en Europa, por aquel entonces. En Italia, si no recuerdo mal. No puedo decir más.

—No sé. —James agitó la cabeza—. De haber llevado esas ideas a los tribunales, el escándalo hubiese conmocionado a todo el Reino Unido.

—Cierto. —Arthur se encogió de hombros—. Pero nada de eso pasó, porque Minnie desapareció, y el «Sátiro de Londres» murió casi de inmediato, supuestamente mientras dormía.

—¿Crees que le mataron?

—Quién sabe. Pero apostaría a que sí.

—No tiene sentido. —James frunció el ceño—. Si le iban a matar a él, ¿para qué secuestrarla a ella? Ya no había peligro de que se celebrase ese matrimonio.

—Es cierto. —Arthur alzó un dedo—. Y, ya que estamos, ¿por qué hacerla desaparecer de ese modo, tan... misterioso? Ni idea. Pero he empezado a pensar que, quizá, la están usando para controlar a mi padre.

Se hizo un silencio repentino en el coche. Los tres se miraron. James se frotó la mandíbula.

—Ahora que lo dices, es verdad que tu padre hace tiempo que muestra su apoyo incondicional a Dankworth, algo que antes no ocurría nunca. Y si digo nunca, es *nunca*, se llevaban a matar. Es un detalle que siempre me ha llamado mucho la atención. Una vez intenté hablarlo con él, pero no quiso escucharme.

—Ahí lo tienes. Otro detalle más que avala mi suposición.

—Pero, entonces... ¿qué es lo que planteas, exactamente?

—Que Dankworth contrató al «Rey en la noche». Por lo tanto, también debe saber quién es, o conoce a alguien que puede contactar con él.

—Pero... el compromiso de Minnie nunca llegó a hacerse público —terció Edward—. ¿Estás seguro de que, en aquel momento, Dankworth estaba al tanto de lo que planeaba su padre?

—Sí, por completo. —Arthur se encogió de hombros—. Lo sé porque yo se lo dije.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Para evitar el matrimonio, claro —contestó James, mirándole fijamente.

—Así es —asintió Arthur—. Y, sin embargo, ya veis: por eso mismo provoqué el desastre. —Su expresión se llenó de amargura—. Por mi culpa,

secuestraron a Minnie.

—No digas eso —murmuró James—. No es cierto.

—Ya. No gastes saliva inútilmente. He intentado convencerme de ello durante años, pero lo cierto es que, de no haber avisado a Dankworth, Minnie nunca hubiese sido secuestrada. —Sus amigos no sabían qué decir. Carraspeó—. Lo que me importa, en todo caso, es demostrar la culpabilidad de Dankworth. Por eso he preparado un plan, y he dado ya el primer paso.

—Estás loco —dijo Edward—. Si realmente es alguien tan peligroso, no tendrá reparos en mandar a la tumba al marido de su hija.

—Será feliz convirtiéndola en viuda —convino James.

—Posiblemente. Pero es posible que la cercanía me permita descubrir algo más. Porque, amigos míos, tras tanto ajetreo, se acabó, eso es todo. —Miró a Edward—. ¿Ha llegado algún mensaje de la señorita Black?

Se refería a Theodora Black, hija de sir Sylvester Black, ambos reconocidos expertos en Historia Antigua, que en esos momentos se encontraban en Egipto. En los últimos tiempos, trabajaban sobre todo para coleccionistas privados y gente sin escrúpulos, por lo que habían tenido algún que otro desencuentro con Edward, pero habían accedido a ayudarles a localizar a Minnie.

Su amigo negó con la cabeza.

—No, lo siento. La carta que te mostré fue la última, no sé más. Confío en ella y no creo que tarde en comentarnos algo, pero de momento no puedo ser de ayuda.

—Pues eso. Visto lo visto, si no os importa, seguiremos mi plan.

James suspiró.

—Qué remedio, Badfields. Estamos ante un hecho consumado.



—Gysforth tiene razón —le apoyó Edward—. Debiste decírnoslo.

—Sí, claro. Ya estoy viendo los titulares en *The Times*. —Arthur movió una mano, como mostrando las letras en el aire—. Lord Gysforth, respetable miembro de la Cámara de los Lores, detenido por secuestro de una joven dama. Lord Rutshore, dueño y director del famoso Museo Rutshore de Historia Antigua, demuestra estar más interesado en jovencitas que en momias. —Les frunció el ceño—. ¿Estáis locos? No. No podía hacerlo. ¿Y qué hubieran dicho vuestras esposas? ¿Qué hubiera sido de vuestros hijos? Si algo iba mal, debía proteger a Bethy y a Harry, y a los niños.

Por fin, perdieron su aire enfadado. Le miraron con una expresión extraña, entre la simpatía y la desesperación.

—¿Y tú? —preguntó James—. ¿Te imaginas tus titulares?

—Yo no tenía esposa, ni hijos, ni siquiera una reputación que mantener. Era prescindible, Gysforth. —Sonrió satisfecho—. Además de felizmente culpable.

—Maldito tonto... —Edward agitó la cabeza—. Te lo pido por favor, Badfields, no vuelvas a darnos un susto así.

—Lo intentaré. Pero no prometo nada. No hasta que termine este asunto.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó James—. Con tu esposa, me refiero.

Arthur hizo una mueca.

—No lo sé. Va a depender mucho de cómo vayan las cosas.

—Tarde o temprano se enterará de todo.

—Lo sé. Y pensaba que no me importaría. Iba a dejarle su espacio, o a ofrecerle un divorcio cómodo, si ese era su deseo. Nada que me afectase, porque no iba a permitir que ocurriese algo así, que... se convirtiese en

alguien importante para mí. —Sacudió una mota de la rodilla del pantalón. Como había pensado sacudir a Ishbel Puscat de su existencia, reflexionó—. Lamentablemente, ha resultado ser una joven muy interesante.

Edward le estudió con perspicacia, el mismo gesto que seguro que hacía cuando se encontraba algo brillando bajo la arena del desierto.

—Parece que te gusta de verdad.

—Mucho, no me importa admitirlo, aunque no lo repetiré jamás. Pero sí, me gusta. Cada vez que la miro, me sorprende que sea hija de ese canalla. Es... es absolutamente encantadora.

James no sonrió.

—No te recomendaría enamorarte, Arthur. Ya me dirás qué pasará si te sales con la tuya y hundes a su padre, si terminas enviándole al cadalso por traición. ¿Cómo crees que reaccionará ella?

Sí, ya se lo había planteado más de una vez.

—Lo sé. —Se encogió de hombros—. Si no os importa, cruzaré ese puente cuando llegue a él.

—Ya. Una postura muy inglesa. La tía Hetty estaría encantada con ella. —James le contempló pensativo durante unos momentos y chasqueó la lengua—. Por cierto, ¿cómo la convenciste para que se casase contigo?

—Le dije que la amaba.

—Oh, Arthur... —Sus amigos volvieron a mirarle con reconvención. Daba igual. Debía hacerlo. No se arrepentía. O no lo hacía por eso.

—De todos modos, ella tenía sus propios problemas. ¿No os lo ha dicho Glèdhorcha?

—Nos dijo que su padre quería casarla con alguien, sí. Que por eso organizó la fuga.

—Sí, así es. Aquella noche, en Sleeping Oak, estaba dispuesta a huir porque su padre quería casarla con lord Kennerath.

—¿Con lord Horatio Ritchmoon, barón de Kennerath? —Edward abrió los ojos al máximo y James le miró muy serio—. Ay, Badfields. ¿En qué lío te has metido?

—Pues sí, la verdad. Uno bastante considerable. Pero ya lo solucionaré. —Les sonrió—. Gracias por haber venido.

Vio que James estuvo a punto de decir algo, seguramente sobre Kennerath, al que tenía especial inquina, pero finalmente sonrió y agitó la cabeza. Edward también le apoyó, a su manera.

—No hay de qué, tarugo.

## Capítulo 10

Ishbel suspiró, sentada junto a su hermano y con Arthur enfrente.

Estaban ya atravesando Londres, tras varios días de viaje desenfrenado, con un continuo cambio de animales de refresco y sin parar apenas para descansar unas cuantas horas en unas posadas bastante mejores que las que utilizaron en la ida.

Y eso que no había podido disfrutarlas demasiado, porque, desde la primera noche, Sloan se había empeñado en que Arthur y ella tuvieran habitaciones separadas.

—Cuando hayáis hablado con padre, haced lo que queráis —les dijo, terminante—. Pero, mientras, no quiero problemas.

Arthur había estado a punto de protestar, porque tenía un certificado de matrimonio que le daba todo el derecho a dormir con Ishbel, o no dormir, llegado el caso; pero finalmente aceptó las condiciones de su cuñado.

—Cedamos en eso, al menos hasta llegar a Londres —le dijo a ella, en un aparte—. Está enfadado. Quizá eso le calme. En dos o tres días, hasta seremos buenos amigos.

—No sé qué decirte...

Sabía cómo era su hermano y, sí, se le pasaría, pero se tomaría su tiempo.

En cualquier caso, al menos a él le conocía. Los amigos de Badfields eran unos absolutos extraños, y no se esforzaban demasiado por ganarse su afecto, precisamente. Sobre todo lord Gysforth, que siempre se mostraba serio y

distante, casi como si le debiese dinero. Era un rival político de su padre, podía entenderlo, pero algo así no era excusa para semejante trato. Por eso, trataba de no hablar con él y siempre le devolvía la misma cortesía helada.

Incluso Tutú le miraba con el hocico bien alto, como imitándole, y eso que él sí que solía ser agradable con el perrito.

Lord Rutshore, al menos, intentaba contemporizar y hacerle el viaje entretenido. Pero, para eso, le habló durante horas de toda clase de cosas egipcias y orientales en general. Ishbel había visto grabados, algunos realmente preciosos, como un pergamino que había comprado su padre años atrás, y sentía cierta fascinación por el tema, pero, lamentablemente, apenas entendía nada de lo que le contaba aquel hombre.

El primer día, consiguió resistirlo, pero luego ya empezó a quedarse dormida, sin poder evitarlo, hasta que Rutshore captó la indirecta y optó por dirigir todo aquello contra Gysforth, que escuchaba a su amigo con auténtica abnegación, totalmente perdido entre nombres de faraones. Ishbel no pudo por menos que sonreír secretamente. ¡Se lo merecía!

Tras entrar en Londres, los coches se dirigieron directamente a Dankworth House, una impresionante mansión situada en Pall Mall, cerca del palacio de Saint James. Sin perder velocidad, cruzaron las puertas de hierro exteriores y el gigantesco jardín delantero, hasta detenerse frente a las impresionantes escaleras de mármol de la entrada, divididas por una estatua con una fuente.

Allí, un ejército de criados se movía por todas partes, igual que un enjambre, como ocurría siempre en las posesiones de su padre. Ishbel avistó jardineros, gente de las caballerizas, muchachas vestidas de doncella que iban de un lado para otro... Dos de ellas, de hecho, bajaban la escalera, junto con algunos lacayos. Formaban un grupo uniformado perfecto, caminando casi al ritmo por detrás del mayordomo, el señor McCarthy. Se dirigían hacia los coches, para ayudar con lo que fuese.

A una señal del mayordomo, dos lacayos se adelantaron con actitud decidida y les abrieron la puerta.

Arthur fue el primero en bajar y le tendió la mano para ayudarla. Ishbel la tomó, apretó sus dedos, más que nada para confortarle, y salió del coche con Tutú en brazos. Una vez fuera, miró hacia la balaustrada. Tragó saliva al ver a su padre arriba, como imaginaba.

Lord Dankworth, alto y moreno, fornido todavía, la observaba muy serio, con el ceño fruncido. Tenía a su lado a un hombre de cabello cano al que no pudo reconocer. Daba la apariencia de estar siendo consumido por alguna enfermedad, una visión turbadora, pero apenas le concedió un vistazo, porque su padre la preocupaba más.

Por suerte, sintió la mano de Arthur en su cintura.

—Veo que han avisado a mi padre. —Así que ese era lord Manderland. No le sorprendía entonces su aspecto. Si ella hubiese perdido a una hija del mismo modo, también se consumiría. Se moriría de pena, seguro—. No te preocupes, todo irá bien. —Asintió y aceptó su brazo para subir. Sloan les miró con el ceño fruncido, pero no se opuso—. Algún día nos reiremos al recordar este momento.

—Ojalá —musitó ella.

Subieron la escalera, seguidos de Gysforth y Rutshore, y llegaron ante lord Dankworth. Sloan ya estaba allí. Se había adelantado a todos y estaba hablando con su padre, ambos entre susurros y con expresiones tensas. Debía estarle contando que habían llegado tarde, que ya estaban casados, porque Dankworth parecía furioso.

—Milord... —empezó Arthur, y abrió la boca para seguir, pero no pudo. Dankworth le propinó un fuerte bofetón de través. A pocos metros, lord Manderland se sobresaltó, pero no intervino para ayudar a su hijo. El que sí lo hizo fue Tutú, que empezó a ladrarle con ganas.

—¡Haz callar a ese perro o juro que haré que lo sacrifiquen! —le gritó lord Dankworth. Ishbel le miró horrorizada. No se hubiera esperado algo así, jamás. Su padre podía ser seco, y firme, pero nunca cruel. O, al menos, no hasta ese punto.

—¡Padre! —exclamó, poniendo a Tutú a distancia.

—¡Habla solo cuando se te pregunte —bramó él. Como los ladridos de Tutú se redoblaron, se puso todavía más furioso—. ¡Llevaos a ese maldito perro y lanzadlo al Támesis!

—¡No! —No podía ser verdad, no iba a consentirlo. Se moriría—. ¡Tutú se queda conmigo!

A un gesto de lord Dankworth, uno de los lacayos, el que más aspecto de bruto tenía, se adelantó para intentar quitarle el perro. Pero, al momento, una mano le sujetó el brazo y le detuvo en seco.

—Ni se te ocurra tocar a mi esposa —le dijo Arthur, con voz helada. El muchacho parpadeó y retrocedió. Arthur caminó hasta Ishbel, acarició la cabecita de Tutú, que se calmó un poco, y miró a Dankworth, sin arredrarse. Ishbel se sintió tremendamente orgullosa de él—. Podemos hacer las cosas de un modo civilizado, o podemos no hacerlas.

—¿Te atreves a amenazarme, mequetrefe?

Arthur entrecerró los ojos.

—No vuelva a insultarme. Esta vez lo dejaré pasar, igual que la bofetada, porque recordaré que, en cierta medida, es un padre preocupado por su hija, pero no le recomiendo tentar más la suerte. —Esperó un segundo. Dankworth no dijo nada, solo le miró con odio y amargura—. Por lo demás, tómese lo como quiera: amenaza, advertencia, consejo... Me da exactamente igual. El resultado final, si no se comporta, será que Ishbel y yo nos iremos y no nos volverá a ver. Decida.

—Entre en razón, padre —intervino también Sloan, apoyándole—. No puede hacer esto por la fuerza.

Dankworth le fulminó con la mirada antes de girar los ojos hacia Ishbel.

—¿Te secuestró, o fuiste por voluntad propia? —Al ver que dudaba, le levantó más la voz—: ¡Contesta!

Ella titubeó.

—¿Qué esperaba, padre? ¿De verdad pensaba que las cosas saldrían a su gusto? ¡No iba a permitir que me casara con lord Kennerath!

—¿Lo has hecho por eso? —preguntó Dankworth—. ¿Cómo... cómo te atreves a llevarme la contraria, en un asunto tan importante, Ishbel? ¿A desafiarme de semejante modo?

—Soy su hija. —Alzó la barbilla. Se odiaba por haberle permitido asustarla al principio, utilizando a Tutú. No volvería a ocurrir y trató de dejárselo claro con la mirada—. Supongo que he heredado su carácter y su voluntad. No voy a consentir que se me utilice para medrar en...

—¡Cállate! ¡Cierra la boca, niña estúpida! —La observó unos segundos, jadeante y rabioso—. ¿Cómo te atreves? ¡Eres una mujer y, a cambio de vivir en el mayor lujo, esa era la única aportación que tenías que hacer a esta familia: casarte de un modo conveniente!

—Padre... —empezó Sloan.

—¡Tú cállate también! ¡No quiero oídos, a ninguno de los dos! —Cuando estuvo seguro de que sus hijos guardaban absoluto silencio, miró a Arthur—. Maldito seas, Badfields. Estoy por ordenar a mis hombres que te den una paliza y tiren tus restos al Támesis.

Arthur hizo una mueca.

—Al final, el asunto es que alguien termine en el Támesis.



—Idiota... —Dankworth arrugó la boca—. No me tientes. Ni siquiera tu padre protestará por ello.

—No me sorprende —asintió él, con calma—. Mi padre está acostumbrado a perder hijos sin protestar.

—¿¡Cómo te atreves!?! —exclamó lord Manderland, con ojos brillantes. Todo su cuerpo temblaba violentamente.

—Sigue, Badfields, sigue... —le animó Dankworth—. Cada vez tengo más ganas de dar la orden.

—Si nos vamos a poner violentos, lord Dankworth, le recuerdo que tiene más invitados presentes —le dijo lord Gysforth, dando un paso al frente—. Y que no le vamos a permitir que haga ninguna locura de ese tipo.

Dankworth le miró con frialdad.

—No se meta en esto, lord Gysforth. Sé que es su amigo, y lo respeto, pero coincidirá conmigo en que su comportamiento no tiene excusa.

—No, no la tiene. Pero ya está hecho, no hay marcha atrás, así que tampoco tiene sentido sacarlo todo de quicio. Le aconsejo que aproveche lo que pueda de la situación y que busque el modo de conciliarla con sus intereses, al menos en lo posible. Y no destruya su familia, lord Dankworth, no haga semejante locura. No olvide que es lo más valioso que tiene.

Dankworth apretó la mandíbula.

—¿Y qué espera que haga?

—No sé. Lo obvio, supongo. —Señaló a Ishbel con una mano y, por primera vez, ella sintió auténtica simpatía por él—. Pregúntele a su hija si está contenta, si es feliz. Eso sería lo más adecuado. ¿No cree?

Dankworth parpadeó ligeramente y se volvió hacia a Ishbel. Tardó unos momentos en hablar, tras inspirar con fuerza, como si necesitase todo el aire

del mundo para pronunciar las palabras.

—¿Qué dices, Ishbel? ¿Quieres que las cosas queden así? Solo dame una razón, una sola, y acabaré con este mequetrefe. —Quizá porque quedó obvio que intentaba provocarle, Arthur se limitó a arquear una ceja, pero dejó pasar el insulto—. Dime que te has equivocado, o que te arrepientes, me da igual, y moveré cielo y tierra para que quedes libre de ese matrimonio. Créeme, puedo hacerlo. Será como si estos días nunca hubiesen sucedido.

«Será como si estos días nunca hubiesen sucedido». ¡Qué idea terrible! Ishbel sintió que Arthur la miraba de reojo.

—No, está bien, padre, de verdad. Me gustaría... me gustaría que entendieras mis razones, y que todos aceptásemos la situación.

—¿En serio? —La miró todavía unos segundos, con tal censura, que hasta se sintió avergonzada, pero terminó asintiendo—. Muy bien, entonces. Será como tú deseas, hija mía. —Un momento de silencio tenso—. Y no olvido que tengo invitados que, además, han tenido el detalle de traerte de vuelta a casa, sana y salva. Supongo que todos estaréis cansados. Pasad y tomaremos el té.

—Yo tengo que declinar, lamentándolo mucho —dijo Gysforth—. Pero creo que es mejor que me retire. Hace días que mi esposa no sabe nada de mí.

—Lo mismo digo —se sumó Edward. Miró a Arthur—. Badfields...

El tono con el que fue pronunciado el nombre, y la mirada que le echó, estaban llenos de connotaciones. Apoyo incondicional. Gran estima. Promesa de ayuda...

Este sonrió.

—Lo sé, Rutshore. Gracias. Os acompaño al coche. Ahora vuelvo, querida —le dijo a ella. Ishbel asintió.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó Gysforth, mientras empezaban a moverse hacia las escaleras—. Bethy y Harry estarán deseando volver a ver a

lady Ishbel, y mis hermanas querrán conocerla.

Arthur vaciló. La idea no parecía hacerle mucha gracia.

—Hoy no estoy seguro. Estoy agotado del viaje y seguro que Ishbel también. Pero luego te confirmo, de ser el caso.

—Sí, lo entiendo —asintió Gysforth. Ishbel oyó lo siguiente, pero ya no le veía porque había desaparecido en el recodo de la escalera de piedra blanca —. Ojalá yo pudiera quedarme también en casa, pero dudo que me lo permitan.

—¿Estás segura, Ishbel? —le susurró Sloan. Ella le miró de reojo. Se había colocado a su lado y se le veía inquieto.

—Totalmente.

Su padre les contempló una última vez, apretó los labios con un gesto que parecía indicar que se lamentaba de los hijos que tenía y entró en la mansión. Lord Manderland dudó un momento, pero le siguió dócil.

Sloan agitó la cabeza.

—No lo ha aceptado ni lo va a aceptar. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya. —Claro que sí. Ellos eran sus hijos, ellos le conocían. Lord Dankworth había decidido disimular. De momento.

—¿Por qué lo ha hecho Badfields? De ti, lo entiendo, tenías que escapar de ese bruto y puedo comprender que el matrimonio con alguien más afín te pareciera una salida. Pero ¿él? ¿El mujeriego más notorio de Londres? ¿Por qué se ha atado a ti?

Ishbel dudó.

—Dice que me ama.

Él la miró con suspicacia.

—¿Y tú le has creído?

—Bueno... Recuerda que acabas de decir que no sabes cómo ha podido dar un paso como el que ha dado. La cuestión es que no necesitaba hacerlo, pero ha sido él quien ha insistido en que nos casáramos, por si acaso yo ya estaba... —Se sonrojó—. Bueno, me entiendes.

Él también se ruborizó.

—Uh... sí, claro.

—Arthur quería hacer lo correcto, por eso se ha casado conmigo y, hasta el momento, no tengo ninguna queja de él.

Sloan se mostró escéptico.

—Es un mujeriego. Y se juega fortunas en el club.

—Puede cambiar.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida.

Su hermano se lo pensó unos segundos.

—Está bien. Quién sabe, quizá lord Badfields sea muy distinto a como yo imaginaba. —Sloan sonrió ligeramente—. La verdad es que, cuando ha intervenido para salvar a Tutú, se ha ganado definitivamente mi respeto.

—Me alegro. Arthur es un hombre impulsivo, pero un buen hombre. Dale una oportunidad, Sloan. Yo soy feliz con él.

Sloan la miró conmovido.

—Oh, Ishbel. Entonces, me alegro mucho, de verdad, Pizpireta. —Alzó una mano y le acarició la mejilla. Ishbel inclinó la cabeza, para acariciarle a su vez la mano y sonrió—. Solo espero que no te rompa el corazón.

—No lo hará, te lo aseguro.

Sloan asintió y se alejó hacia el interior de la casa. En ese momento, Ishbel vio en lo alto de la escalera a McCarthy, el mayordomo, que estaba dando órdenes a los criados que subían su escaso equipaje desde los coches, y aprovechó la ocasión para caminar hacia él con paso decidido.

—¡Señor McCarthy...!

—¿Milady?

—Por favor, hable con la señora Hodgeson y trasladen todas mis cosas a otra habitación, una más grande. La principal de la torre este siempre me ha gustado mucho. La mía es pequeña para un matrimonio.

El mayordomo dudó una milésima de segundo, pero como ella se mantuvo firme, hizo una inclinación.

—Por supuesto, milady. Me ocuparé al momento.

—Y, por favor, entregue Tutú a Nelly. —Le tendió el cachorro—. Dígale que lo cuide. Prefiero no llevarlo al comedor.

—Muy prudente, milady. —Cogió al animalito, que le contempló con ojos brillantes. Debió caerle bien—. Yo me encargo.

—Perfecto. Gracias. —Miró hacia abajo desde la barandilla. Arthur estaba despidiendo el carruaje de sus amigos con una mano en alto mientras hablaba con Otis y con el encargado de las cocheras de Dankworth House. Al volverse, la vio. Dijo algo, seguramente una despedida, y fue hacia ella.

—¿Te han dejado sola? ¿Qué ha ocurrido? ¿Tu padre ha decidido lanzar al mío al Támesis? Hazme feliz y dime que sí.

—Muy gracioso. Esperan para tomar el té. ¿Vamos?

—Por supuesto —dijo él, ofreciéndole el brazo—. Cuando quieras.

—¿Saldremos esta noche? Me encantará conocer a las hermanas de lord Gysforth.

—Estoy cansado. Ya veremos. —Ishbel le miró, nerviosa e insegura, y él se dio cuenta—. Quizá mañana. —Sonrió para sí—. Por cierto, a tu hermano le interesa especialmente Lettie, una de las gemelas, no sé si te lo habrá dicho.

—Creo que se le ha olvidado mencionarlo. —Sonrió mientras hacía memoria. Recordó que las hermanas de Gysforth eran tres: lady Ruth, la mayor, y las gemelas. Una debía ser Lettie, no recordaba el nombre de la otra—. ¿En serio le interesa?

—De verdad. Me ha pedido que ayude a organizar un encuentro.

«Vaya, vaya», pensó Ishbel, divertida. Ojalá pudiera hacer algo para allanar las cosas y que prosperase aquella relación. Nunca había visto a Sloan interesado en ninguna muchacha. Lettie debía ser alguien realmente interesante.

Entraron en la mansión y se dirigieron hacia el salón Escocia, a tomar el té. No era el que utilizaban para las grandes reuniones, lo consideraban más de uso de la familia, pero resultaba grande e impresionante, decorado en tonos dorados y lavandas. Unas doncellas estaban organizando y sirviendo todo, bajo la estricta supervisión de la señora Hodgeson, que sonrió al verla e hizo una reverencia.

En el gran aparador habían colocado ya un buen montón de bandejas con comida, desde emparedados hasta pasteles y tartas. Había además té, café, y hasta limonada fresca, para quienes tuviesen ganas de algo así.

Lord Dankworth ya estaba allí, sentado a la mesa, pensativo, con Sloan a su derecha. Lord Manderland también, en un lugar secundario, jugando nervioso con una cucharilla. Los tres hombres se pusieron en pie al verles entrar, en deferencia a Ishbel, pero no dijeron nada.

Se sentaron a la mesa y empezaron a comer, en tenso silencio. Solo se oía el ruido de la porcelana o el metal de los cubiertos. Ishbel estaba a punto de gritar de pura crispación, cuando su padre por fin se decidió a hablar:

—Bien, Manderland, ¿qué vamos a hacer? —le preguntó—. Está claro que

tu hijo ha decidido desafiarme.

—No se lo tenga en cuenta, milord —contestó lord Manderland. A Ishbel no se le pasó por alto el detalle de que su padre le había tuteado, pero Manderland no hacía lo mismo. Al contrario, le trataba con un tono que sonaba casi servil—. Siempre ha sido imprudente.

Arthur le señaló con la taza en la que estaba bebiendo té.

—Oh, gracias, padre. Y usted siempre tan amable.

—No seas sarcástico, Arthur. —A él sí que le frunció el ceño—. ¿Te das cuenta de la posición en la que nos has colocado? Tu madre está muerta de vergüenza. No quiere ni salir de casa.

—Mi madre no quiere salir de casa hace mucho. Exactamente desde lo de Minnie. Quedó muy afectada, ¿sabe, lord Dankworth? —El tenedor de Dankworth se detuvo bruscamente en su camino hacia su boca—. Seguro que usted, teniendo como tiene una hija, puede entenderlo.

Dankworth le miró unos momentos.

—Desde luego —contestó, y siguió comiendo.

Lord Manderland, por su parte, tenía el rostro demudado.

—Te tengo dicho que no la menciones, y menos fuera de casa —protestó, intentando sonar firme.

—Sí, recuerdo esas órdenes —replicó Arthur, frunciendo el ceño—. Pero ahora soy un hombre casado, padre. No puede ordenarme nada. No puede hacer que nos olvidemos de Minerva. No puede hacer que desaparezca, a fuerza de no nombrarla, de no darle un espacio en nuestras vidas. Pero seré respetuoso —accedió, menos hostil—. No quiero incomodar a mi esposa.

Lord Dankworth dejó cuidadosamente los cubiertos y se encogió de hombros.

—Muy bien, Manderland, está claro que estamos ante una situación hecha —le dijo al padre de Arthur—. Se han casado y tú y yo ahora somos consuegros. Habrá que asumirlo. —La miró, con disgusto, sin darse cuenta de que Manderland le miraba a él de un modo semejante—. Estoy muy enfadado contigo, Ishbel, mucho. —Nadie dijo nada y él tardó casi medio minuto en seguir—. Pero, dada la situación en la que nos encontramos, estoy dispuesto a transigir.

Ishbel sonrió.

—Gracias, padre.

Él se centró en Arthur.

—Podías haber hecho mucho daño a la reputación de esta familia, pero te casaste con Ishbel. Es una actitud que te honra —admitió, con renuencia—. Quizá, al final, podamos entendernos.

Arthur le dedicó una sonrisa fría. Incluso hostil. Ishbel se sorprendió. Recordó la de veces que le había parecido que reaccionaba mal al mencionar a su padre. ¿De verdad aquello era solo por culpa de Gysforth?

—Me sorprendería, pero quién sabe —respondió. Quizá Dankworth también captó algo, porque siguió mirándole un poco, antes de volver a dirigirle la palabra.

—Eso sí, tu vida debe cambiar, por completo. No quiero más tropelías. Nada de juergas, nada de timbas, nada de escándalos.

Arthur se echó a reír. Se encogió de hombros y mostró las palmas, hacia arriba. De pronto, parecía un auténtico idiota, alguien más preocupado en cómo le quedaba el lazo que en cualquier otra cuestión de la vida

—¡Vamos, hombre! ¿Qué espera que haga, de la mañana a la noche? La vida debe ser divertida, ¿no cree?

—¿En serio? —Arthur no contestó, se limitó a sonreír con un aire



indolente que sorprendió a Ishbel. Ella conocía a su padre, supo que estaba intentando reunir toda la paciencia posible con aquel mentecato. Claro que ella misma hubiese deseado darle un buen bofetón. ¿Qué le pasaba? Iba a preguntar, pero Dankworth cambió de tema—. Por supuesto, viviréis aquí.

—Eh... —intervino el padre de Arthur—. Creo que lady Manderland deseará que vivan en nuestra casa.

Dankworth le miró con amabilidad.

—Por supuesto. Las madres... Todos sabemos cómo son. —Manderland pareció aliviado, porque creyó que le habían concedido la petición, pero no. Dankworth sonrió—. Seguro que podrás convencerla, mi querido amigo.

Hubo un momento de tensión. Luego, el padre de Arthur asintió.

—Sí, por supuesto. —Terminó la taza de té y se puso en pie—. Disculpen, pero debo irme. —Hizo una inclinación general—. Muchas gracias por todo.

—Por supuesto. Gracias a ti, Manderland.

El otro cabeceó. Iba a marcharse sin más, pero en el último momento se detuvo y volvió a girar hacia Badfields.

—Espero que vayas pronto a ver a tu madre, Arthur —musitó, con una voz algo quebrada—. Lleva a tu esposa, por favor.

Él asintió. De pronto, parecía apenado.

—Sí, por supuesto.

Manderland se quedó todavía un momento allí, como si hubiese olvidado dónde estaba o qué intentaba hacer, y se fue.

—Nosotros decidiremos dónde queremos vivir —declaró entonces Arthur, con voz firme. Mantuvo la mirada de Dankworth, a pesar de su potentísimo ceño fruncido. Ishbel había tardado años en poder superar la impresión de obediencia que exigía ese tipo de gestos de su padre—. Pero viviremos aquí,

si tú quieres —le dijo a ella.

Ishbel asintió.

—Me gustaría, sí.

—A mí me gustaría saber cómo os conocisteis —dijo su padre—. Porque supongo que os conoceríais... no sé cuándo.

—Eh... —Ishbel abrió y cerró la boca, sin saber qué decir. Sloan la miró con disimulo desde el otro lado de la mesa.

—Nos conocimos el año pasado, en Inverness —mintió Arthur con soltura—. Ish me invitó a Tùr Làidir. Muy bonito el lugar. Fue en verano. Lo recuerdo porque hacía muy buen tiempo y fuimos en barca al islote y tomamos allí el té. Jugamos al escondite entre las ruinas y debo admitir que le robé un beso. —La miró, con una sonrisa—. Ese día, yo me enamoré de ella. Así que, cuando me escribió diciéndome que el asuntillo de lord Kennerath la incomodaba —tuvo el valor de guiñarle un ojo a Dankworth—, me decidí a ofrecerle matrimonio. ¡Y aquí estamos!

El silencio que siguió a esas explicaciones tan falsas como entusiastas fue especialmente profundo. Ishbel miró de reojo a su padre. Se mantenía inexpresivo, pero podía sentir cómo bullía de indignación. Qué té más terrible. No tenía ni hambre, y si comía algo más, seguro que terminaría sentándole mal.

Se puso en pie. Los tres hombres también lo hicieron, de inmediato.

—Si no os importa, voy a retirarme —les dijo—. Ha sido un viaje agotador y quiero descansar un poco. Arthur, por favor, ven conmigo.

—Por supuesto, *querida esposa* —replicó Arthur. Ahí, metiendo el dedo en la llaga. Dankworth apretó los labios, pero intentó contenerse y asintió.

—Muy bien. Id, id a descansar, sin problema. Ya hablaremos. —Sonrió de un modo que intentaba ser afectuoso, pero resultaba frío—. Tenemos todo el

tiempo del mundo para conocernos, *querido yerno*.

—Qué horrible, de verdad... —murmuró Ishbel, mientras le mostraba el camino a su nuevo dormitorio. Arthur caminaba a su lado pensativo, con una sonrisa extraña—. ¿Y por qué sonrías tú?

Él se echó a reír y le pasó un brazo por los hombros.

—Por nada. Hemos sobrevivido al retorno al hogar. Empiezo a pensar que hay esperanza para nosotros.

—¿Tú crees? —Le miró de reojo—. No has dejado de mentir. Has utilizado las cosas que yo te conté para montar una escena romántica.

—Era lo mejor.

Aunque fuera un manipulador, estaba de acuerdo, así que no insistió. Pero sí había otro punto a discutir.

—¿Y se puede saber por qué te has comportado como un idiota?

—Porque es lo que tu padre espera de mí. ¿Por qué privarle de la razón?

—Ya. —Le dio tanta rabia que se sacudió su brazo de encima—. ¿Qué te parece, simplemente, el conseguir que no crea que he elegido a un idiota por marido?

—Bah. No te enfades. Ya lo descubrirá en su momento.

Ella titubeó, estudiándole.

—¿De verdad no tienes nada en su contra? —Abrió la puerta del dormitorio, un lugar de paredes curvas y ventanas góticas, ricamente decorado en tonos oro, pero con un resultado elegante, en vez de recargado. A Ishbel siempre le había parecido preciosa—. ¿En serio? No me mientas, Arthur.

—¡No! ¡No, demonios! Es solo que... ¡Caramba, qué lugar tan bonito!

Arthur cerró, la abrazó y empezó a desnudarla con una agitación casi

febril. Ishbel intentó oponerse, pero sin demasiado ímpetu, porque en realidad no deseaba hacerlo. Era más fácil engañarse y seguir, mantener en lo posible su ensueño romántico, la ilusión de que su matrimonio tenía posibilidades de futuro. Olvidar al idiota que había sentado a la mesa de su padre, pocos minutos antes.

En pocos segundos estaban haciendo el amor en la enorme cama de la que se decía que había acogido el sueño de varios reyes, y ella se olvidó de todo lo demás. No solo nunca se habían acostado juntos en un lecho tan soberbio, sino que, además, llevaban días sin poder estar a solas, así que no perdieron tiempo.

Más tarde, a la hora de la cena, Arthur mandó una nota a James, para avisarle de que, esa noche, habían decidido finalmente quedarse en casa y comieron algo metidos en la cama, gracias a unas bandejas que les subieron.

Tutú, que había estado junto a la chimenea, se reunió con ellos y empezó a lamer a Arthur.

—Por Dios... —dijo él—. No seas falso. Solo quieres que te dé algo de comer.

—Está contento. —Ishbel rio, sobre todo por el hecho de ver que Tutú quería de verdad a Arthur. Los hombres de su vida empezaban a llevarse bien. ¡Era un alivio!

Volvió a su mente el mal rato, mientras tomaban el té. Pero ¿qué tonterías pensaba? Seguramente, por los nervios, había sacado las cosas de quicio. Arthur no era un idiota y su padre tardaría en aceptar la situación, pero no iba a quedarle otro remedio. Con el tiempo, se apreciarían.

Claro que ya empezaban a ser demasiados detalles, momentos de confusión o directamente negativos, siempre por el comportamiento de Arthur. No podía ser que siempre interpretase ella mal las cosas...

—Todo irá bien, Arthur —murmuró. En realidad, formaba parte de un

pensamiento, de un deseo, pero se le escapó—. ¿Verdad? Creo que mi padre y tú podéis llegar a congeniar. —Se inclinó hacia él y le besó en la mejilla—. ¡Estoy deseando que le hagamos abuelo!

Él se atragantó, con lo que estaba comiendo. Le costó contestar.

—Claro.

Tras hacer otra vez el amor, Ishbel se quedó dormida.

## Capítulo 11

Abrazado a ella, Arthur estuvo dando vueltas a todo, preocupado.

Ya estaba allí. ¡Por fin! Había conseguido entrar en el baluarte de aquel canalla. Y había sido bastante más sencillo de lo esperado. Ahora, no podía permitirse fracasar.

Qué absurdo, qué sin sentido... De alguna manera, en esa casa se sentía más cerca de Minnie que en los seis años anteriores. Desde aquella última noche, cuando miraron al techo tumbados juntos en la cama de su dormitorio de Manderland House, ella queriendo hablar, él deseando dormirse.

Lógico, estaba en el cubil del secuestrador, del hijo de perra que había provocado todo aquel espanto.

Arthur se removió, incómodo. Sentía tensos los músculos por el deseo de levantarse y registrar toda la mansión, de arriba abajo, hasta dar con una pista, pero sabía que no era lo más sensato. Lo mejor era ganarse la confianza de Dankworth, esperar un poco.

Ahora, parecía centrado solo en el hecho de que se hubiesen escapado y casado sin su permiso. A ojos de Dankworth, Arthur seguía siendo el tarambana que terminaba borracho cada noche en una cama distinta. Que siguiera siendo así.

Se lo haría pagar. Le haría sufrir, le destrozaría. Buscaría el modo de...

Ishbel suspiró a su lado, se movió y se abrazó a él, sin llegar a despertar. Algo que le pareció extraño, por lo fuerte que retumbaba el corazón en su

pecho. Apenas entraba luz por un resquicio de las cortinas, pero pudo distinguir su rostro, aquella carita de duende decidido y hermoso y sintió que sus venas se inflamaban con un sentimiento distinto a todo lo que hubiese experimentado jamás por nadie.

Con cuidado, le apartó unos rizos de la frente. Ojalá pudiera... Todo lo que había hecho, siempre, era intentar ser lo más consecuente posible consigo misma, con su corazón y sus sentimientos. Le había amado con toda generosidad y se había casado con él, pese a sus miedos, en una prueba de absoluta confianza.

Y, mientras tanto, allí estaba él, engañándola e ideando cómo terminar con su padre. Cómo destruir todo lo que había sido su mundo.

—Perdóname... —susurró. Habló tan bajo que apenas se oyó su voz. Ishbel siguió dormida; solo Tutú levantó la cabeza, desde su puesto a los pies de la cama. No era más que una sombra, pero pudo distinguir el movimiento —. No me ha quedado otro remedio. Créeme, Tutú.

El perrito no contestó. Viendo que no se levantaba, volvió a apoyar la cabeza.

Arthur siguió contemplando la penumbra durante varias horas, con la mente convertida en un volcán de ideas. Pese al agotamiento acumulado del viaje, llegó a pensar que no podría pegar ojo pero, al final, poco antes del amanecer, se quedó dormido.

Quizá durmió dos o tres horas, antes de despertar con un sobresalto. Había vuelto a soñar con Minnie. Todavía entraba muy poca luz, pero ya era de día, de modo que se levantó.

—¿Adónde vas? —le preguntó Ishbel somnolienta—. Es muy pronto.

—He pensado en ir a desayunar a la casa de mis padres —dijo él—. Más que nada, por mi madre. Sé que le gustará.

Se puso la camisa y buscó sus pantalones. ¿Dónde habían ido a dar? Los encontró hechos un revoltijo, a los pies de la cama. Refunfuñando, trató de estirarlos. Necesitaba urgentemente un ayuda de cámara y trasladar sus cosas, desde Manderland House. Durara lo que durase aquella situación, a él le gustaba vestirse correctamente, y ya llevaba demasiado tiempo con aspecto de vagabundo.

—¿Quieres que vaya contigo? —oyó que le preguntaba Ishbel. Arthur solo dudó un momento.

—No. —Mejor no llevarla a aquella casa, por muchas razones. Entre otras, que no quería que se hiciera un hueco en su vida. Por eso tampoco quería que se acercara a las Keeling, en realidad—. Hoy mejor no, Ishbel. Voy a discutir con mi padre.

—¿Por qué?

—Todavía no lo sé. Pero seguro que ocurrirá. Cuando ya me haya reprochado convenientemente todo lo que sea, podrás ir.

—Muy bien. Quizá podamos ir a comer o cenar alguna vez. Me gustaría mucho conocer a tu madre. Dicen que era la mujer más bella de Londres en su momento.

—¿Quién dice eso?

—Me lo contó Faith.

—Bueno, yo creo que sigue siéndolo. —Volvió a besarla, como con disculpa—. Bueno, la segunda más hermosa.

Ishbel sonrió.

—Así me gusta. Nunca se me ocurriría rivalizar con tu madre.

—Bien. ¿Qué harás tú?

—Me dedicaré a organizar mis cosas y a intentar evitar a mi padre. Seguro



que trata de convencerme de que le deje tirarte al Támesis.

Arthur se echó a reír.

—Cuento con que no lo consiga.

—No parece probable. ¿Te vas ya?

—Eso pensaba. ¿Por qué?

Ella le cogió por la pechera de la camisa, que todavía llevaba abierta.

—Me preguntaba si podría darte los buenos días de algún modo más adecuado.

A qué engañarse, ni siquiera intentó resistirse un poco. Ishbel tenía algo que conseguía excitarle hasta el punto de nublarle la mente y hacerle cambiar muchas de sus prioridades.

Al final, se le hizo tan tarde que desayunó en Dankworth House, sin llegar siquiera a sentarse a la mesa, a toda prisa. Quería llegar a la casa de su padre antes de que este tuviese que salir para cualquier asunto. Por lo menos, sabía que raramente lo hacía antes del mediodía.

Eran casi las once cuando se dirigió a la caballeriza, donde pidió una montura, y se fue a Manderland House. Hacía buen tiempo, por lo que supuso que, a esas horas, sus padres estarían leyendo en el jardín, en alguno de sus bancos de piedra, bajo los almendros. Les gustaba mucho estar allí. En cuanto salía un poco el sol, aprovechaban para hacerlo.

El mayordomo, el señor Bramson, se alegró mucho de verle. No solía ser un hombre muy cordial, pero llegó a sonreír. Eso no fue obstáculo para que añadiese:

—Tiene un aspecto deplorable, si se me permite decirlo, milord. ¿Le digo a Walis que le prepare un baño? Luego podría cambiarse de ropa.

—Por supuesto, Bramson, gracias. Pídale también que haga mi equipaje y

organice su traslado a Dankworth House, lo antes posible.

—Muy bien, señor. —Le hizo una nueva inclinación—. Si me permite, quería felicitarle por su reciente enlace.

—Muchas gracias, Bramson. —No era verdad, pero era lo que debía decir en ese momento, lo adecuado—. Vendré un día de estos con lady Badfields para que pueda conocer a todo el servicio.

—Será un honor, milord.

—¿Mis padres están en el jardín?

—Así es, milord. —Hizo amago de ir a llevarle, pero Arthur lo evitó con un gesto.

—No se preocupe, Bramson, vuelva a sus quehaceres. Iré yo mismo.

—Por supuesto, milord. —Volvió a sonreír. Qué milagro—. Está usted en su casa.

Arthur cruzó la mansión, sintiendo que volvía después de siglos de ausencia. Hacía mucho que no reparaba en la regia magnificencia de Manderland House, un antiguo palacio construido en piedra clara, aunque veinte años antes, cuando soñaba con sus grandes metas, su padre había hecho que cubrieran las fachadas de granito dorado de Bath.

Las habitaciones eran enormes. En todas ellas había grandes lámparas de araña colgando de sus altos techos, y sus paredes estaban profusamente cubiertas de cuadros, escudos y armas, símbolos del largo y rancio linaje de los Manderland. Cortinajes y alfombras, lo mejor de lo mejor, habían sido traídos del lugar que fuera, por lejos que estuviese, y vestían la casa por completo. Daba la impresión de que se retaban unos a otros para estar a la altura de los muebles, fabricados por los mejores artesanos.

Sí, Manderland House siempre había destilado ese lujo solo posible en las más grandes familias. Pero, ese día, mientras caminaba, fue detectando signos

de decadencia, pequeños detalles en los que, quizá, en el día a día no se hubiera fijado, pero que ahora no podían pasarle desapercibidos.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

Salió al jardín. Sus padres no estaban en el rincón de los almendros, sino a la sombra, en el cenador, tomando un té y leyendo tranquilamente. Una imagen que le trajo el sabor de otros tiempos, cuando ellos estaban exactamente así, y él era un niño y Minnie apenas un bebé. En cuanto empezó a andar, le perseguía por todos lados. La de veces que tuvo que recogerla del suelo. Pero no le importaba, se levantaba y volvía a corretear.

Agitó la cabeza, intentando superar la emoción.

Quizá levantó algún sonido con sus pasos, porque su madre alzó la vista del libro y le vio llegar. Sonrió, feliz, y se puso en pie.

—¡Arthur!

Toda la belleza física que había heredado Arthur venía de ella. Lady Margaret Wheaton, hija del marqués de Owenmark, había sido siempre muy hermosa. Y, lo que le dijo Ishbel no había sido una exageración de hijo amantísimo: aunque los años no habían sido amables con ella, y a pesar de las desdichas vividas, seguía siéndolo.

Arthur sonrió y se acercó a ella.

—Hola, madre

—¡Qué alegría verte, cariño! ¿Cómo te fuiste así? —Le abrazó y él la estrechó con fuerza, percibiendo su aroma. Tantos recuerdos. Tanto amor... A ella le debía haber tenido un poco de felicidad en la infancia—. ¿De verdad te has casado?

—Sí. —La vio disgustada. Seguramente lamentaba haberse perdido ese momento—. Me temo que sí, lo siento.

Ella agitó la cabeza.

—No te preocupes, no importa. Si tú eres feliz, yo soy feliz. —Miró hacia la casa—. ¿La has traído contigo?

—No, madre, lo siento, otro día. —Se inclinó a besarla en la mejilla—. Hoy solo he venido a recoger mis cosas.

Ella no pudo ocultar su decepción.

—¿No os quedareis aquí?

Arthur miró de reojo a su padre.

—He pensado que era mejor para Ishbel estar en casa de su padre, al menos un tiempo. Quizá busque algún sitio al que irnos juntos, más adelante. Alguna de mis casas en Londres.

—Tendrás que desalojarla primero —gruñó su padre. Se refería, claro, a las amantes que tenía por ahí, viviendo en esas casas. Le pareció extraño que hiciera semejante referencia en presencia de su madre. Lord Manderland podía ser muchas cosas, pero siempre se había mostrado como un caballero delante de su esposa.

Optó por carraspear.

—Me daré un baño y me cambiaré.

—Sí, lo necesitas. Y un buen afeitado. —Le acarició la mejilla—. Estás más delgado. ¡Tú no comes bien!

—Madre...

—Necesitas verduras. Y carne.

Arthur sonrió, sintiéndose lleno de amor por aquella mujer. Desde siempre, su madre estaba obsesionada con alimentar bien a sus hijos. O a los amigos de sus hijos. Rio mentalmente al recordar a los pobres Gysforth y Rutshore, cuando habían pasado algún tiempo allí. ¡La de espinacas que

habían tenido que comer en la mesa de Manderland House, pese a que James las odiaba!

—Como perfectamente, no se preocupe. —Ella le miró sin acabar de creerlo, pero no insistió—. A usted la veo bellísima.

—¡Oh! —Lady Margaret se echó a reír—. No seas adulator.

—Es la verdad, madre. De verdad, no se preocupe, me cuido bien.

—Muy bien. Pero, al menos tomarás un té, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Estupendo. Entonces, voy a ocuparme personalmente de todo. Tú arréglate y baja cuando estés listo.

—Muy bien.

Su madre le dio otro beso y fue hacia la casa. Su padre y él se quedaron solos. Lord Manderland simuló estar muy interesado en su ejemplar de *The Times*.

—El mundo se está volviendo loco —le dijo de pronto, con un gruñido. Arthur asintió.

—Así es. Y no parece que vaya a tener remedio. Como nuestra relación.

Su padre le miró. Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa.

—A mí no puedes engañarme, muchacho. No te has casado por amor.

Arthur se sentó en la silla frente a él.

—¿Y por qué otra razón iba a casarme?

Lord Manderland le mantuvo la mirada, pero se le notaba nervioso.

—Lo sabes bien. Sospechas de Dankworth, solo por... por tonterías.

—No. Por tonterías, no. Ambos sabemos que tenía un motivo.

Su padre enrojeció.

—Minnie se escapó. Tuvo mala suerte y cayó en manos de cualquier canalla. Quizá murió. No hay que darle más vueltas. —Se inclinó hacia él—. No destruyas tu vida también, Arthur. Hazme caso, asume que tu hermana está perdida para nosotros y sigue adelante.

Las aletas de la nariz de Arthur temblaron.

—No puedo.

—¿Por qué no? Ahora tienes una esposa preciosa y eres el yerno de uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. Puedes dedicarte a disfrutar. Hazlo.

Si continuaba allí, oyendo aquellas cosas, terminaría lanzándole un puñetazo a su padre. Y a saber cómo iba a explicarle algo así a su madre.

Arthur se puso en pie.

—Voy a arreglarme.

—Eres un loco.

—Siempre lo he sido. —Dio unos pasos a la casa. Se fijó en el estado de los jardines. Siempre habían sido un orgullo para la familia, con un ejército de jardineros ocupándose hasta de la salud de la última margarita. Sin embargo, podía ver que, desde su marcha, nadie había recortado los setos—. ¿Puedo saber qué está ocurriendo aquí? La casa está como abandonada.

—Nada.

Le miró. Viendo su expresión, decidió insistir.

—¿Está usted falto de dinero?

Lord Manderland titubeó. Apartó los ojos.

—He... he tenido que hacer algunas inversiones.

—¿De qué tipo?

—No es asunto tuyo.

Arthur hizo una mueca.

—¿Mis fondos están a salvo?

—Sí, claro que sí. No te preocupes. —¿Que no se preocupase? ¿Con lo nervioso que estaba él?—. Lo tuyo está perfectamente. Nadie más que tú puede tocarlo. Vete.

Le miró todavía unos segundos, pero su padre volvió a abrir el periódico y le ignoró.

Arthur subió a su dormitorio y le indicó a su ayuda de cámara, Walis, qué cosas quería en concreto que metiera en un equipaje y mandara a Dankworth House, además de lo que él considerase oportuno. De paso, también recogió su correspondencia. No tenía mucha, pero no fue algo que le sorprendiera. No era hombre que se carteara habitualmente con nadie.

Solo una nota llamó su atención:

*Necesito verte. Mary Ann.*

Su amante, Mary Ann Lanfort. Bueno, una de ellas, la que había alojado en Halfmoon Street, en concreto. Pero, en esos momentos tenía tres más y se había olvidado de ellas. Qué infierno.

—¿Cuándo trajeron esta nota? —le preguntó a Walis.

—Hace varios días, milord.

Debió ser al poco de irse él. Mary Ann no tardaría en insistir. Seguramente le convocaba para pedirle más dinero. No sería la primera vez.

Bueno, era hora de ocuparse de aquel tema, por muchas razones. La principal, que realmente ya no deseaba tener amantes establecidas, ni las necesitaba. Con Ishbel estaba más que satisfecho. De haber sido el suyo un matrimonio normal, hubiese actuado del mismo modo.

Y, la segunda, pero también muy importante, que cuando empezara el acoso a Dankworth a través de la felicidad de su hija, no quería poner a nadie en peligro directo. Dankworth era capaz de ir y quemar la casa con Mary Ann dentro. Era mejor no tener amantes concretas y recurrir a burdeles indeterminados, así no metería a nadie en complicaciones tan graves.

De modo que, mientras terminaban de prepararle el baño, escribió un documento para el señor Speechley, el secretario de James, que era quien le había solucionado esa clase de problemas en los últimos tiempos. En él, le pidió que se pusieran en contacto con las cuatro damas que mantenía en ese momento. Quería que hiciese los trámites necesarios para que se les entregase la propiedad de las casas en las que habían estado viviendo, además de ponerles unas rentas generosas.

Pero, importante, que les informase de que ya no iba a volver a visitarlas.

Hubiese debido ir en persona, sería lo correcto, sobre todo con Mary Ann, con la que había compartido casi tres años de su vida, pero no tenía la cabeza para semejante asunto. Además, ellas le conocían bien. Sabían que sus relaciones eran algo puramente hedonista, un negocio basado en el placer y la conveniencia mutuas. Nunca habían tenido mucho de qué hablar, por lo que ni necesitaban despedirse.

Arthur se dio un baño, dejó que su ayuda de cámara le afeitase concienzudamente y le arreglase el cabello, y luego se puso ropa limpia. Pantalón gris claro, chaqueta negra, camisa blanca con corbata de grandes encajes sujetos con un broche de plata y brillantes, chaleco negro con bordados grises, botas lustrosas, sombrero de copa y bastón de paseo...

Perfecto.

Salió al pasillo, para bajar. No pensaba hacerlo, pero sus ojos fueron por sí mismos a la puerta de la habitación de Minerva. No quería, pero sus pies le llevaron hacia allí. Pocas veces podía resistirse.



Abrió y, como siempre le ocurría, tuvo la impresión de dar un salto en el tiempo. No era de extrañar, allí todo se mantenía tal como lo dejó su hermana. Las muñecas alineadas en las baldas, la cama con la colcha que bordaron entre ella y su madre, y los almohadones rodeados de encajes, el arcón que le regaló la abuela Wheaton, en cuyo fondo Minnie y él grabaron sus iniciales, para las gentes del futuro...

Pasó junto al tocador, en el que estaban sus cosas de jovencita, como los frascos de perfume. Cogió uno, le quitó el tapón y se lo acercó a la nariz.

Sí, ese era el olor, el que recordaba en sueños.

—Pequeñaja... —susurró, y se vio reflejado en el espejo ante el que ella se peinaba cada día, riendo. En esos momentos, sus ojos eran duros y decididos. Ni siquiera él mismo se reconocía—. Te fallé, pero te juro que voy a encontrarte. A cualquier precio.

Dejó el frasco y se volvió hacia la ventana, esa por la que supuestamente se había deslizado al exterior, donde la esperaba aquel canalla. Apretó los puños y le dio la espalda.

Cuando volvió al jardín, casi podía aparentar una total normalidad. Su madre, al menos, no se dio cuenta de nada.

—¡Estás guapísimo, hijo!

—Gracias. —Habían puesto un servicio de té en la mesa del cenador, con una sola bandeja con dulces. Definitivamente, algo estaba pasando, si su madre no intentaba atiborrarle con varias tartas. Una doncella le sirvió una taza—. ¿Es suposición mía, o faltan bastantes criados, madre?

Sus padres intercambiaron una mirada.

—Es que... Tu padre está gastando mucho dinero en la búsqueda.

—¿La búsqueda?

Ella le miró dolida.

—La de Minnie, por supuesto, cariño —musitó.

—Oh. —¿En la búsqueda? Le miró pero, como siempre, lord Manderland tenía algo más importante en lo que centrar sus pupilas. En todo caso, evidentemente era mentira. Acababa de decirle que no merecía la pena seguir, que diera a Minnie por perdida. Debía ser una simple excusa—. Entiendo.

—¿Seguro? No deberías olvidarte de tu hermana, Arthur.

—No lo hago, madre. —Y, añadió, para su padre—: *Nunca*.

—Bien. —Ella sonrió—. Porque, algún día, volveremos a estar todos juntos.

¿En qué se estaría yendo el dinero? Pero su padre ya le había dejado claro que no pensaba explicarlo. Tendría que descubrirlo de otro modo.

Una hora después, tras prometer que Ishbel y él irían a cenar en algún momento, Arthur se despidió de sus padres y salió de Manderland House. No lo dudó: de la misma, se dirigió a Whitechapel, a One-Eyed Alley, al callejón ciego donde vivía Creepingbear. Llegó poco después de las dos. La puerta estaba entreabierta.

—¿Capitán Creepingbear? —preguntó, desde el umbral—. ¿Señor Dagger?

—Adelante, milord —oyó. Era la voz del capitán. Cuando dio un par de pasos hacia el interior del sitio y pudo ver la zona donde tenía su mesa, le descubrió allí, sentado tras el escritorio. Estaba guardando algo en un cajón. Seguramente, un arma.

Creepingbear era un hombre extraño y duro, que daba la impresión de ser demasiado joven para todo lo que tenía vivido a sus espaldas. Arthur le calculaba su propia edad, unos treinta, quizá ni llegaba. Era alto, moreno, de rostro cuadrado y rasgos firmes. No podía decirse que fuese guapo, pero

seguro que las mujeres le encontraban atractivo, impresión a la que seguramente ayudaría la cicatriz en su barbilla.

—¿Está solo? —le preguntó.

—Yo diría que no. —Arthur sonrió. Le caía bien, descaro incluido—. ¿En qué puedo ayudarle, milord? ¿Ha seguido con sus planes?

—Sí, por completo. —Le contó brevemente lo ocurrido durante el viaje, intento de asesinato incluido. Creepingbear escuchó en silencio, fumando un cigarro—. Y aquí estoy, de vuelta.

—Ya veo. ¡Y con la cabeza en su sitio! He perdido mi apuesta con Dagger.

Arthur se echó a reír.

—No debería apostar en mi contra. Recuérdelo para la próxima vez. —Creepingbear rio entre dientes—. En fin, al margen de todo eso, he venido porque... estaba interesado en encargarle otro asunto.

—¿En serio? Dígame.

—Quisiera saber dónde se va el dinero de mi padre.

—¿Su padre? —Titubeó—. ¿El duque de Manderland?

—Exactamente. Sospecho que está teniendo gastos o perdiendo dinero de algún modo.

—¿Un chantaje?

—No lo sé, no quiere hablar conmigo, lo cual no es ninguna novedad. Habría que investigarlo. ¿Puede hacerlo?

—Desde luego. Lo que no sé es si obtendré resultados. Pero tengo algunos amigos aquí y allá. Si me da usted algunos nombres, como sus abogados, los bancos con los que suele trabajar, o posibles socios de asuntos comerciales, me ahorraría mucho trabajo.

—Muy bien.

Empezó a enumerar todo lo que recordaba, mientras Creepingbear lo anotaba en una libreta. Tenía una letra muy bonita, se fijó, y era muy cuidadoso con sus notas. Curiosas habilidades en un hombre de armas. Claro que su padre había sido abogado. Seguramente, se le educó para seguir sus pasos. ¿Qué le habría pasado, para terminar allí, en aquel rincón mugriento de Whitechapel? Algún día, podía contratarle para descubrirlo, se dijo, irónico.

Justo entonces se abrió la puerta y entró Dagger. El socio de Creepingbear, más bajo, más viejo e infinitamente más feo, saludó con un gesto. Se fue a un rincón y se sirvió un vaso de algo. Se unió a ellos rascándose los testículos sin mayor disimulo. El pelo, rizado y escaso, mostraba ya grandes entradas sobre un rostro de rasgos feos, asimétricos, como si la mano de Dios hubiese temblado al dibujarlos. Tenía, además, unos ojos pequeñitos y una estructura ósea que te hacían pensar en un roedor.

—¿Algo nuevo? —preguntó. Fue Creepingbear quien le dio una respuesta:

—Milord quiere que investiguemos las finanzas de su padre. —Dagger le lanzó una mirada aguda y asintió—. No te preocupes. De esto, puedo ocuparme yo.

—Bien.

—Estupendo. —Arthur se volvió hacia el capitán—. Por cierto, lord Gysforth desea conocerles. Sir Robert Peel y él puede que requieran sus servicios. Si les parece bien, organizaré una reunión. Tendrá que ser cuando él pueda. Es un hombre muy ocupado. Espero que lo entiendan.

—Pues sí —replicó Dagger—. Nosotros no estamos tan ocupados como el ministro de interior.

—Ni de lejos —convino Creepingbear.

—Eso puede cambiar si empiezan a trabajar para él. Gracias, caballeros

—. Arthur se puso en pie y recogió sus cosas. Creepingbear chasqueó la lengua.

—No, gracias a usted, milord —dijo—. Ha confiado en nosotros y además nos trae buenos clientes. Esto me lleva a insistir en lo de Dankworth...

—Sí —asintió Dagger—. Insista, capitán, porque el milord es un majadero.

—Dagger, por favor, cortesía. —Esperó a que su compañero asintiese y volvió de nuevo los ojos hacia Arthur—. Le digo como siempre, que sería mejor que lo dejase.

—Ya. —Movió el bastón sobre su apoyo, un par de veces, pensativo. Menos mal que habían sacado el tema. Había estado a punto de olvidarlo—. A ese respecto, tengo otro encargo.

—Usted dirá.

—Me gustaría que me organizaran un encuentro con Thynne.

—¿Otra vez? —protestó Dagger—. Es muy peligroso.

—No creo. —No pudo contener la broma—. Ya lo hizo una vez, ahora le resultará más fácil, ¿no?

Dagger entornó los ojos.

—Me refiero a él.

—Ah. Bueno. —Fue hacia la puerta y se puso el sombrero, mientras les dedicaba una sonrisa. Creepingbear le miraba desde su escritorio, vagamente divertido; Dagger, de pie a su lado, tenía una expresión inescrutable—. No se preocupen. Yo también lo soy.

Se despidió y salió.

Todavía no quería volver a Dankworth House. Ver a Ishbel, sí, eso siempre, pero prefería no encontrarse todavía con su padre. Por eso, se dirigió

hacia el centro de Londres y luego caminó sin rumbo fijo, llevando de las bridas al caballo. La brisa le alivió un poco el incipiente dolor de cabeza que le acompañaba desde Manderland House.

—¡Badfields! —oyó que le llamaban—. ¡Badfields!

Levantó la vista. Por la acera venían las Keeling, seguidas de una doncella. Arthur maldijo interiormente. No le hubiese importado charlar con Ruthie, pero no tenía ánimos para las gemelas, que requerían más energías. Pero, dado que llegaron corriendo y le cogieron cada una de un brazo, ¿qué podía hacer?

—Hola, bellezas —les dijo, con su sonrisa habitual, esa bien entrenada para las cortesías sociales.

Las gemelas Keeling rieron. Siempre que volvía a verlas tras un tiempo, se asombraba al comprobar que se habían convertido en dos jovencitas preciosas. Claro, cómo no, ya tenían veinte años y estaban entre las damas casaderas más codiciadas de Londres. Además de pertenecer a una familia rica y con un poderoso título, las dos eran muy hermosas.

Rubias, con los ojos azules, habían heredado la belleza delicada de su madre, lady Evelyn, el primer amor de James. «Y de todos nosotros», pensó, recordando la de veces que suspiraron por ella Rutshore y él.

Lady Ruth Keeling, la hermana mayor de las gemelas, era muy distinta. Morena, con los ojos grises que compartía con su hermano James, esos que bajo ciertas luces parecían plata líquida, hubiese sido una belleza soberbia de no ser porque no deseaba serlo. No le interesaba preocuparse por su cabello, el brillo de su piel o qué ropa llevaba. Siempre andaba con sus libros, sus manos manchadas de tinta y sus misterios, desapareciendo en las fiestas y tratando de esquivar todo lo que sería lógico para una joven de su edad.

Al pensar en eso, Arthur se dio cuenta de que ese año cumpliría los veinticinco, en noviembre. A ojos de la mayoría, ya era una completa

solterona. ¿Lo lamentaría alguna vez? Querida Ruthie... Esperaba que no.

Lizzie le dio un tirón del brazo, sacándole de sus meditaciones.

—¡Badfields, Badfields, ¿es cierto?! —preguntó, alterada como nunca—. ¿Te has casado en Gretna Green!?

—¡Tranquilízate, Lizzie! —le reprochó su hermana mayor—. ¡No agobies al pobre Badfields!

—Eh... —No le importaría decir la verdad, pero Ruthie le arqueó una ceja. No había que alentar ciertas cosas entre las jovencitas—. Bueno, es algo que mejor lo hablamos en otro momento.

—¡Entonces es verdad! —concluyó Lettie, con entusiasmo, y dio palmas—. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué, qué? ¿Cómo se...?

—Ni lo sueñes, Lettie —le advirtió Ruthie—. No vas a tener una romántica escapada, llena de versos.

—¡Pero es tan romántico! —Lizzie se llevó una mano al corazón—. ¡Oh, creo que es como para desmayarse!

—Sin duda, pero sería poco atractivo caerse de bruces aquí en la calle —concluyó Ruthie—. Vamos, id delante y pedid algo. Ahora mismo voy.

Las gemelas comprendieron que no iba a haber noticias de momento, por lo que se despidieron y se fueron cariacontecidas hacia el *Noble English Taste*, un elegante salón de té que habían comprado el año anterior entre Gysforth, Rutshore y el propio Arthur.

Este se sorprendió. En su deambular, había ido a dar cerca del museo Rutshore, no se había dado cuenta. Quizá había sido algo inconsciente, porque con Edward podía hablar de muchas cosas. Ambos siempre parecían llevarse mejor con James que entre ellos pero, a la hora de la verdad, se buscaban el uno al otro para contarse sus cuitas y ayudarse a reflexionar. James siempre estaba más ocupado. Además, era más estricto, más padre.

La doncella dudó sobre qué hacer, pero Ruthie la mandó con las gemelas. A la muchacha no le hizo mucha gracia, pero obedeció. Arthur sonrió mientras la veía alejarse. Era Tully, si no recordaba mal, y no solía equivocarse en los nombres de las mujeres.

—Lo has hecho, ¿verdad? —le preguntó Ruthie, con una curiosidad parecida a la de las gemelas. Arthur sonrió.

—Me temo que sí. Y tú deberías estar feliz.

Le miró sorprendida.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ya lo sabes. Porque la tía Hetty quería que nos casásemos.

—Oh, no. —Se echó a reír—. Te equivocas. Intentaba un matrimonio con Rutshore. ¡La de veces que nos insistió de formas muy poco sutiles, para que bailásemos juntos!

Arthur agitó la cabeza, con una sonrisa.

—Qué poco la conoces, amor. Su apuesta era otra, pero te la ocultaba. Y no tengo la más mínima duda, porque ella misma me lo planteó, directamente, mientras os mandaba a bailar a Rutshore y a ti. Me dijo que... ¿cómo fue? Ah, sí. Que dejara de «mariposear» por ahí y sentase la cabeza de una vez. Que tú y yo éramos perfectos el uno para el otro, solo teníamos que darnos cuenta.

—¿En serio? —Ruthie se ruborizó—. Oh, vaya...

—Menuda cara has puesto. —Arthur arqueó ambas cejas, divertido—. No soy tan mala opción.

—No, no, Arthur, perdona, no quería insinuar algo así. Tú sabes que eres... bueno, guapo, muy atractivo. Y que yo te quiero mucho. Solo es que... bueno, nunca te he visto desde ese aspecto, y me perturba de algún modo.

—No te preocupes —replicó, cortés—. Te entiendo. Yo tampoco me había



planteado nunca algo así, contigo.

¿A qué mencionar los muchos sueños húmedos que había tenido con ella a lo largo de su juventud? Ruth Keeling era una mujer hermosa y él un hombre apasionado. Hubiera sido imposible que fuese de otro modo. Pero jamás lo sabrían, ni ella ni, por supuesto, su hermano. Quería seguir conservando esa atractiva nariz.

Ruth asintió, aliviada.

—Tampoco a Eddie, la verdad. Él y tú sois como mis hermanos. Tan hermanos míos como James.

—Lo sé. Coincido contigo, estamos mejor así. Pero vas a tener que buscar pronto un marido, o la tía Hetty te va a volver loca.

Ruthie se echó a reír.

—No creo que encuentre nada. Mi vida es algo complicada.

—¿En serio? ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, no. —Agitó una mano enguantada en el aire. Tenía una manchita de tinta en uno de los dedos—. No lo decía por eso. No te preocupes, no hay nada que tú puedas hacer. Además, bastante tienes con tus problemas.

—Ni te lo imaginas. ¿Adónde ibais?

—Estamos de compras, por supuesto, ¿qué esperabas? Es el entretenimiento preferido de las gemelas. —Él rio entre dientes—. Pero, ahora mismo, íbamos a tomar un refresco en el *Noble English Taste*. ¿Quieres venir con nosotras?

—No. Me temo que no estoy de humor. Mejor otro día.

—Claro. —Le miró preocupada—. ¿Te ocurre algo? La verdad es que ya me había parecido que tenías algo en la cabeza, ni nos has visto hasta que hemos llegado a tu altura. Das la impresión de estar algo... no sé. Inquieto.

—No. Son asuntos... Bueno, lo de siempre, con mi padre, ya sabes. He estado en Manderland House.

Ella asintió, mordiendo el anzuelo.

—¿No se lo ha tomado bien? Me sorprende. Supuse que cualquiera en Londres querría emparentar con lord Dankworth...

—No, no es eso. Lady Ishbel Puscot era un buen partido, desde cualquier punto de vista, eso nunca me preocupó. —Bufó—. Pero, ese maldito siempre encuentra algo por lo que discutir. No puede evitarlo.

—Comprendo. —Movi6 ligeramente los labios, en un mohín—. Sabes, que si quieres hablar con alguien, yo siempre estar6 ah6 para escuchar, ¿verdad?

Qué mujer encantadora era Ruthie Keeling... Arthur la hubiese abrazado, pero podían verles y dar lugar a habladurías. A él no le hubiese importado, pero estaba la reputación de Ruth. Bastante carga de rumores tenía que llevar ya la pobre, con tantas temporadas a su espalda sin conseguir un marido.

—Claro, hermanita —le dijo, con afecto.

Ruth sonrió y parpadeó, emocionada. Alzó una mano y le acarició la mejilla con suavidad.

—Qué poco te conocen los que hablan del perverso lord Badfields. No eres un mal hombre, Arthur, solo un hombre torturado.

Él sintió que su corazón se estremecía. Apoyó su mano en la de Ruth.

—Te quiero, Ruthie... Nunca lo olvides.

Ella sonrió.

—Será mejor que me vaya antes de que nos pongamos patéticamente sensibleros.

Arthur ahogó una carcajada.

—De un modo insufrible, sí. —Le besó la mano y la soltó—. Me ha alegrado mucho verte, Ruthie. Y ya ves que no miento: estaba cabizbajo y me voy con una sonrisa.

—Lo mismo digo. ¿Vendrás esta noche a la fiesta de los condes de Greenwall? ¿Y traerás a Ishbel Puscat? Tenemos ganas de conocerla. —Hizo un gesto divertido—. En realidad, nos morimos de ganas de conocerla. ¿Cómo es la mujer que ha capturado al escurridizo y oscuro lord Badfields?

Arthur se echó a reír, había vuelto a perder las ganas. Cuando elaboró aquel plan, no cayó en la cuenta de lo complicado que iba a ser mantener a Ishbel al margen de su propia vida.

—Sí, posiblemente vayamos —mintió. No pensaba ir a la fiesta de los Danway con Ishbel, ni loco. Ni a ninguna otra.

Ajena a sus pensamientos, Ruthie asintió.

—Estupendo. Entonces, nos veremos allí.

La vio alejarse, mientras pensaba que, al fin y al cabo, en Londres, todo el mundo tenía sus propios secretos.

Siguió dando vueltas hasta que se hizo de noche, y empezó a ir de un garito a otro, bebiendo y jugando a las cartas. Hubiese preferido estar en Brooks's, donde hubiera estado más cómodo, hubiese bebido mejores licores y las apuestas eran siempre notablemente más altas y jugosas, pero si se encontraba con Gysforth o Rutshore iba a tener que dar muchas explicaciones, y no le apetecía.

De hecho, tampoco tenía maldita gana de beber y fumar, y jugar partida tras partida durante horas, pero tenía que iniciar de una vez su plan. Ya lo había demorado demasiado. Imaginó cómo se sentiría Ishbel al ver que no iba a cenar. Le dolió el corazón. Bebió más, para cauterizarlo.

Amanecía en el momento en que emprendió el regreso a Dankworth House.

Ishbel estaba dormida, hecha un ovillo encantador entre las sábanas, y, cuando él se despertó, cerca de la una de la tarde, ya no estaba en la cama.

Seguramente dejó dicho que la avisaran cuando se levantase, porque apareció por el comedor, acompañada de su padre, mientras él tomaba un té y unas tostadas, lo único que podía pasar tras semejante borrachera.

—¡Arthur! ¿Qué te ocurrió? —le preguntó, con más preocupación que enojo. De haber estado sola, quizá hubiera sido más amable. Pero estaba Dankworth. Se encogió de hombros, con indiferencia.

—Nada.

—Pero... no viniste a cenar. —Miró de reojo a Dankworth, como evaluando su humor. Él también lo estaba haciendo. Percibía con claridad la presión interior apenas contenida—. Y no avisaste. ¿No íbamos a ir a una fiesta?

—¿Fiesta? No tenía ganas.

Ella se removió, nerviosa.

—Arthur, ¿qué te ocurre?

—Me duele la cabeza.

—Se llama resaca, seguro que lo sabes, bellaco —dijo Dankworth, incapaz de callar por más tiempo—. Y te dije que no quería comportamientos así en mi casa.

—¿En serio? —Ahí iba el farol. A ver qué pasaba, porque no podía permitirse que le echasen. Todavía no—. Quizá debamos buscarnos una propia, Ishbel y yo.

Dankworth apretó los labios. No dijo nada más. Arthur se levantó, pasó junto a Ishbel y la besó en la mejilla.

—Ya hablaremos, *esposa mía*.

Ella no pareció muy convencida, pero lo dejó pasar. No así la segunda vez que apareció a las tantas. La puerta del dormitorio estaba cerrada y tuvo que dormir en un sofá, hasta que le despertó McCarthy. El mayordomo le llevó hasta una habitación más pequeña, cercana a la torre.

—Aquí puede dormir de sentirse indispuerto, como anoche, milord.

—Gracias, McCarthy.

Durante dos días no salió, y retomó un poco la relación con Ishbel, para luego volver a insistir. Era necesario. Esa vez ni siquiera se emborrachó: regresó antes de lo habitual y se deslizó hasta el despacho de Dankworth.

Le gustaba aquel sitio. Era un lugar impresionante, amplio, sobrio, muy varonil. Había una bola del mundo de buen tamaño a un lado, sobre una mesita propia, y estanterías con libros por todas sus paredes, excepto la del gran ventanal que daba al jardín delantero. Dankworth, que era tan trabajador como su hijo, pasaba muchas horas al día allí, pero, a primera vista, no hacía nada que fuese sospechoso, solo se dedicaba a los temas que trataba en la Cámara de los Lores, o los relativos a la administración de tierras y fincas.

Esa fue la primera noche que Arthur lo registró, y no encontró nada, pero no se dio por satisfecho. A lo largo de los días siguientes, volvió a intentarlo una y otra vez, siempre de forma esporádica y tomando todas las precauciones posibles, como la de llevarse su propia vela. Lamentablemente, en ningún momento encontró nada que le delatase o le comprometiese de ningún modo.

Al final, le quedó la conclusión de que, de haber algo, debía estar en el interior del arcón reforzado que llevaba consigo de Defiance Manor o Dankworth House, según le había contado Ishbel. En ambas mansiones tenía preparada una repisa en la pared, en la cual se incrustaba aquel pesado cofre de madera endurecida, para luego asegurarla con barras y cierres de hierro.

Estaba aprendiendo a forzar cerraduras, gracias a Dagger, y se había enfrentado a aquel trasto un par de veces, pero sin éxito.

Lo cierto era que tampoco quería insistir mucho. Si dejaba marca, Dankworth empezaría a sospechar que algo estaba ocurriendo bajo su techo, lo que a su vez podía llevarle a descubrir que su yerno no era tan holgazán y tarambana como parecía a simple vista.

Una tarde, un par de semanas después del inicio de sus actividades, fue al dormitorio a prepararse para su salida habitual y comprobó que Ishbel se estaba arreglando para ir a una fiesta.

—¿Adónde vas? —le preguntó sorprendido.

—A la fiesta de los condes de Greenwall.

—Ah. ¿Y con quién?

—No lo sé todavía.

—¿A qué te refieres?

—Exactamente a eso. —Ishbel le lanzó una mirada tormentosa—. No sé qué te ha ocurrido, pero no eres el hombre con el que me casé. No eres el que me prometió tantas cosas y me juró tantas otras. —Hizo un gesto amargo—. ¿Acaso te avergüenzas de mí?

—¡No!

—¿Entonces? ¿A qué ha venido este cambio repentino?

—No he cambiado. Yo soy así.

Le fulminó con la mirada.

—Vete al infierno.

—Ishbel...

—No. O te preparas y me acompañas, o voy con Sloan. Y si voy con Sloan, puedes estar seguro de que las cosas entre tú y yo no volverán a ser lo mismo. Te lo juro. Nunca.

Arthur sintió un frío intenso. Esa era la parte en la que se ponía dominante y la obligaba a someterse. La ley estaba de su parte.

—Eres mi esposa —le dijo—. Yo mando en esta relación.

—Repíte eso y te doy una bofetada. —Se puso en pie. Estaba soberbia con su vestido de fiesta. Seguramente era nuevo y carísimo, pero no le importó coger a Tutú en brazos, porque no dejaba de dar saltitos—. Esto va a acabar, Arthur. Empiezo a comprender que te has burlado de mí, pero no te creas que olvido ni por un momento lo que te dije.

—¿Lo de la pistola?

Ella le frunció el ceño.

—Exacto.

—Mmm...No te recomiendo iniciar ese camino. —Se lo pensó un momento. Sus pupilas se fijaron en Tutú—. Yo podría amenazarte con pegarle un tiro a tu perro.

Ella abrió mucho los ojos y estrechó con más fuerza a Tutú entre sus brazos.

—¡No serías capaz!

—Posiblemente, no. Cuando lo sueltas, el condenado bicho no se queda quieto ni un momento. Pero podría intentarlo.

Ishbel perdió la cara de miedo y se enojó más todavía.

—Haz el favor de no bromear. No tiene gracia.

—¿Qué demonios quieres?

—Que vuelvas a ser el hombre que eras. O que me digas qué pasa. ¿Por qué te comportas así? —Por primera vez, sus ojos transmitieron un intenso dolor—. ¿Tienes alguna amante por ahí?

Según su plan, llegado ese momento, diría que sí. Claro que, según su plan, a esas alturas sí que tendría alguna querida, alguien sin importancia, en quien Dankworth no pudiera liberar su rabia. Pero no había querido ninguna otra mujer.

—No —le salió, en vez de mentir, como hubiese debido hacer. «Idiota, idiota, idiota», se repitió. Siempre iba con su fabuloso plan dando tumbos. No estuvo seguro de si le creía o no. Quizá sí, porque la intensidad de su mirada disminuyó.

—Bien. —Alzó la barbilla, de un modo majestuoso—. ¿Vas a venir a la fiesta?

Arthur Ravenscroft podía ser muchas cosas: un patán, un marrullero, un truhán y un crápula de cuidado. Pero también era un valiente soldado de la vida, y sabía cuándo le habían derrotado. Quiso creer que cedía por no perder su posición en la casa, todavía tenía que abrir aquel maldito arcón o registrar más, a ver si encontraba algo.

Pero no estaba seguro de que sus miedos tuvieran nada que ver con aquello.

Asintió, y fue a prepararse.



## Capítulo 12

La fiesta de los condes de Greenwall estaba siendo todo un éxito.

Los marqueses de Badfields lo supieron incluso antes de llegar a ella, porque tuvieron que bajar de su elegante carruaje una manzana antes y dirigirse andando hacia la puerta, por culpa del atasco infame de tráfico que había en la calle.

—¿Tienes frío? —preguntó Arthur, al ver que se estremecía. Ishbel iba muy hermosa, con aquel vestido gris plata que se ajustaba a su talle como un guante, pero tenía un escote generoso, y la capa no parecía demasiado abrigada.

—No, estoy bien. No te preocupes. —Le miró de reojo—. ¿Por qué has ignorado a mi padre, al despedirnos?

—No tenía mucho que decir.

—¿Te disgusta mi padre? Sé que te lo he preguntado otras veces, y que me has dicho que no, que todo es por lord Gysforth...

—Puedes llamarle Gysforth, simplemente. O James.

—Da igual. Además, todavía no tengo tanta confianza con él. Y no me cambies de tema. ¿Tienes algo contra mi padre? ¿Es por eso que estás tan raro?

—No.

—Si quieres, podemos irnos a otro lado. A casa de tus padres, o a una nuestra. Mi padre lo entenderá.

—Que no. Ya te lo he dicho muchas veces. —Se dio cuenta de que había hablado con demasiada impaciencia, con un tono cortante. Ishbel le miró sorprendida. Tenía que retroceder un poco, o se veía viviendo en Manderland House—. Perdona.

—Ya... Eso me recuerda, ¿has vuelto por casa de tus padres? —Le miró comprensiva, al ver su expresión—. ¿Has quedado con ellos para cenar?

—Todavía no.

—Bueno, organízalo cuanto antes. Intentaré caerle bien a tu madre, y que tu padre vea que todo va bien entre nosotros. Así se le pasarán todos los miedos.

—No sé si será posible, pero gracias.

Estaban llegando a la puerta. Desde allí ya se oía el sonido de la orquesta, amortiguado por la distancia y por las voces de las conversaciones que estaban teniendo lugar allí mismo, en la calle. Hizo un gesto a uno de los lacayos, que acudió de inmediato a abrirles paso entre la gente aglomerada en la puerta. Algunos eran invitados charlando, unos porque sí y otros porque esperaban que sus coches vinieran a recogerlos.

Pero también había muchos mirones, gente que no había sido invitada, por diversas causas, pero estaba por allí, solo por mirar o dejándose ver y tratando de hacer contactos.

Subieron como pudieron los escalones de la puerta principal y entregaron la capa y el abrigo a los criados.

Nada más entrar en el salón del baile, por encima del bullicio de voces y música, oyeron una llamada.

—¡Badfields! ¡Badfields!

Arthur se giró para recibir a las dos damas, dos ancianas, que avanzaban de una forma casi amenazadora hacia él. Una era muy alta y delgada, la otra bajita y regordeta. Ambas vestían de negro, muy elegantes, aunque la menuda

iba considerablemente más sobria, sin joyas ni adornos de ningún tipo.

—¡Tía Hetty! —Arthur sonrió—. Lady Forrest... ¡Pero qué veo! Están absolutamente deslumbrantes.

—¡Oh, gracias! —replicó lady Forrest, ruborizándose como una niña.

—Menos coba, jovencito —dijo lady Henrietta Keeling, la tía abuela de James, tres veces venerable viuda y en la actualidad con el título de lady Morton. Era una mujer inteligente, bastante más perspicaz que su cuñada, lady Forrest—. Seguro que ibas a intentar evitarnos.

—¡No es verdad! —protestó él, aunque divertido. Siempre había encontrado muy interesantes sus disputas con la tía Hetty. Le resultaban entretenidas, y un desafío para cualquier intelecto—. De hecho, me alegro mucho de verlas, porque quiero presentarles a alguien.

—¿Seguro? ¿Por fin va a ocurrir, no más demoras? —Claro, cómo no. había dado largas durante días, intentando absurdamente evitar ese encuentro. Miraron a Ishbel, que tenía cara de querer salir corriendo—. Sospecho que sí.

—Lady Morton, lady Forrest, esta es mi esposa, lady Badfields. Lady Ishbel Puscat, hija del duque de Dankworth. Querida, estas son lady Morton, tía Hetty para nosotros, y su cuñada, lady Forrest.

—Un placer, miladies —saludó Ishbel, con elegancia. Las dos ancianas replicaron con sendos gestos de cabeza.

—Bueno, al menos hay que reconocer que tuviste muy buen gusto, Badfields. Es muy bella y se nota su buena educación —admitió lady Morton, escrutando a Ishbel con ojos que no perdían detalle—. Encantada de conocerte, querida.

—Y yo también —añadió lady Forrest—. Eres muy bonita, niña. —Torció un poco la cara—. Pena de pecas. Pero no te preocupes, conozco una receta para que te laves el rostro cada noche. ¡Se irán sin darte ni cuenta!

Su cuñada la miró de reojo, con cara de confiar poco en la mencionada receta, y suspiró.

—Supongo que podemos tutearte y llamarte simplemente Ishbel, jovencita. Es privilegio de la edad, y del cariño que sentimos por Badfields.

—Por supuesto —respondió Ishbel—. Se lo ruego, milady.

—Oh, no, no es necesaria tanta formalidad. Como te ha dicho Badfields, para ti yo seré la tía Hetty. —Su rostro se arrugó en una sonrisa que tuvo un aire soñador—. Conocí bien a tu abuela, lady Janetta, en Edimburgo, hace como mil años. Luego, nos hemos carteadado en ocasiones. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias, lady M... Tía Hetty.

—Me alegro. Me alegro mucho. —Suspiró—. No sé si te acordarás de mí. Eras muy pequeña la única vez que nos vimos.

—Me temo que no, milady... —dijo Ishbel, sorprendida.

—Pues yo recuerdo que eras un auténtico torbellino rojo, te lo aseguro. —Lady Morton señaló unas sillas. Las dos ancianas se pusieron una a cada lado—. Ven, vamos a sentarnos, querida. Tienes que contarnos muchas cosas.

—Claro —accedió ella, con una sonrisa nerviosa—. Será un placer.

Pobrecilla. Arthur consideró que había llegado el momento de acudir al rescate, pero entonces vio que entraban por la puerta Gysforth, Bethany y las hermanas Keeling. Arthur les hizo un gesto con la copa de champán y fueron hacia allí.

—Ah, Gysforth, mi querido sobrino, creo que ya os conocéis —dijo la tía Hetty, señalándoles para atraer la atención de Ishbel—. Esta es su esposa, lady Bethany. Y sus hermanas, lady Ruth, y las gemelas lady Letizia y lady Elizabeth. Lady Ishbel es la esposa del querido Badfields.

—Un placer conocerla, lady Badfields —le dijo Bethy, con una sonrisa

radiante—. ¡Qué alegría conocerla al fin!

Ishbel parpadeó. Seguro que estaba pensando que nunca antes había visto a una mujer tan hermosa. Era como estar en presencia de una diosa dorada, con aquel brillante cabello rubio y sus ojos color del cielo. Lady Gysforth siempre causaba esa impresión nada más conocerla. Y, más tarde, también.

—El placer es mío, lady Gysforth...

Aunque todas sonrieron, las tres hermanas Keeling la contemplaron con distintas expresiones. Ruthie cauta, Lettie pensativa y Lizzie con absoluto entusiasmo.

—¿¡De verdad te secuestró y os casasteis en Gretna Green!?! —exclamó esta última, en un tono quizá demasiado alto.

Ishbel titubeó. Le miró un momento, apurada.

—Bueno, en realidad no me secuestró.

—No es un tema apropiado para unas jovencitas casaderas —terció lady Forrest, por suerte. Miró en concreto a Lettie—. No vaya a ser que a algunas se les metan ideas absurdas en esas cabecitas.

—Oh, no se preocupe, lady Forrest. Lettie no se iría a ninguna parte sin mí —dijo Lizzie, convencida. La expresión de Lettie no fue muy halagüeña.

—¿Sí? Pues cada día me dan más ganas de hacer una locura...

—Es una suerte que todo se quede en eso, en puras ganas —le dijo su hermano, con tono de advertencia. Lettie hizo una mueca. Arthur quería a todas las Keeling, pero, secretamente, Lettie era su preferida, simplemente porque, como él a su edad, lo único que deseaba en la vida era que se respetase su voluntad, algo que la mayor parte de las veces, resultaba muy difícil.

Estaba convencido de que por eso Lettie se mostraba cada día más decidida, más terca, pero ya de por sí era de natural testarudo: había heredado

ese rasgo del carácter de su padre, que fue general en el ejército y un héroe de Waterloo. «Además de un mal hombre», pensó, algo que jamás diría en voz alta.

Él mismo tenía muchas cosas que reprocharle a su propio padre, pero nunca que hubiese maltratado a su madre. Las gemelas Keeling no podían decir lo mismo, y a saber los dos hermanos mayores, hijos de la primera esposa. Secretos de los que nadie hablaba, incluso en una familia tan privilegiada como la suya.

A su lado, Lettie vio algo que la hizo parpadear y borró su gesto de enfado.

—Oh. —Sonrió, agitando una mano en el aire. Segundos después, un joven de rostro dulce y aniñado, y expresión de tormento perpetuo, se acercó al grupo.

—Lady Morton, lady Forrest, lord Gysforth, lady Gysforth, lord Badfields... —dijo, casi quedando sin aliento. Para las damas más jóvenes, solo hubo un general—: Miladies. Me gustaría poder bailar con lady Letizia.

—¡El *honorable* David Beckett, *segundo* hijo de los condes de Cocks! —dijo lady Morton, incidiendo en el título y en su posición secundaria dentro de la familia—. Me hubiese extrañado que no apareciese usted por aquí.

No era una observación muy agradable, pero el joven tampoco era muy despierto. Sonrió.

—Gracias, lady Morton. También es un placer verla.

—Oh. ¿De veras? —dijo la anciana, desconcertada, y sin corazón para seguir incordiando a alguien que se mostraba agradecido y contento de verla, aunque fuera por error.

—¿No tiene algún poema que recitarnos, joven? —preguntó lady Forrest. Por su parte, no había ninguna segunda intención, seguro. Al margen de que no tenía capacidad para algo así, porque la pobre lady Forrest no era muy lista,

Arthur sabía que le gustaban los ripios del muchacho.

—Quizá más tarde, ahora no sabría qué decirle, milady —se disculpó el poeta—. Pero gracias por su interés.

—Oh, de nada. Puede no tener fortuna ni relevancia social reseñable, pero sin duda sabe remar de un modo encantador.

—Rimar —corrigió lady Morton.

—Oh, claro, querida Hetty —soltó una risita—. Eso también.

El muchacho miró temeroso a James.

—¿Lord Gysforth? ¿Podría bailar con su hermana?

James le miró, muy serio. A Arthur siempre le hacía gracia verle en el papel de hermano mayor. Se había vuelto más estricto desde que tuvo que asumir la tutela de sus hermanas, además del título. Desde entonces, era como si tuviera dos facetas. El hombre que fruncía el ceño al poetaastro era muy distinto del joven que cantaba a gritos aquello de *tres amigos, dos coches y una botella de champán...* ¿Cuándo había sido eso? Ah, sí, la primera vez que Rutshore y ellos dos fueron a Sleeping Oak por la apuesta. Cuando conocieron a Bethy.

Y ahora, ahí estaba, amedrentando con la mirada al poetaastro que intentaba cortejar de un modo bastante torpe a su hermana pequeña

—Por supuesto —replicó James, con frialdad heladora—. Pero no se alejen de mi vista.

—Por Dios, hasta a mí me has dado miedo —le susurro Arthur, cuando Lettie y su admirador se alejaron. James le miró de reojo y casi se echó a reír. Casi.

—Es un infierno. Me han llegado rumores de que los condes de Cocks están arruinados y buscan desesperadamente encontrar ricas herederas para

sus hijos.

Arthur le miró preocupado.

—¿En serio?

—No lo comentes. No quiero que la cosa se complique. Lettie ya está bastante obcecada. Lleva ya más de un año con ese cortejo absurdo. Pensé que se cansaría antes, pero...

—Pero como ve que no quieres que siga, sigue.

James hizo una mueca.

—Algo así. Es más terca que...

—¿Que tú?

Por fin, rio.

—Me alegro que estés aquí, Arthur. Empezabas a preocuparme. ¿Cómo va todo?

—De momento, sin novedad. No he hecho demasiado. Simplemente, he cogido posición y he empezado a cañonear las posiciones de Dankworth.

James agitó la cabeza.

—En serio, he oído que vuelves a rondar por toda clase de garitos.

—Cuánto chismoso en esta ciudad.

—No te burles. Me preocupas, y me preocupa Ishbel.

Sí, a él también. Suspiró interiormente.

—Tranquilo. Todo se arreglará. —De pronto, sus ojos se detuvieron en Sloan. Acababa de llegar y miraba con expresión atormentada a Lettie. También Ishbel se había dado cuenta de su mirada—. Disculpa un momento.

Fue hacia su esposa. Ishbel pasó los ojos de su hermano a Arthur, y



volvieron a hacer el recorrido contrario.

—Así que esa es lady Lettie, la joven que le tiene robado el corazón —le susurró. Arthur asintió—. Pues parecía muy interesada en el poeta.

—No te creas. Lettie es demasiado inteligente como para ser feliz con ese tonto. Si se empeña en estar con él, es por la oposición que todos muestran a esa relación. Pero, si tu hermano entrase en la historia... creo que podría conquistarla.

—¿Podrías hacer algo?

Arthur asintió. Por supuesto, podría intentarlo y, si lo conseguía, podría redimirse de algún modo ante Ishbel.

—Lo intentaré, por supuesto. Si es...

Un revuelo en la puerta llamó su atención. La gente se estaba apartando, abriendo camino a una comitiva de caballeros y damas, muy elegantes. Badfields reconoció a la mayoría. Era la camarilla real del momento, los amigos de juergas del rey, lord Kennerath entre ellos. A él le habían invitado más de una vez a formar parte de ese alegre grupo, supuestamente porque le encontraban divertido, pero había optado por mantenerse lejos.

No podía evitar un rechazo instintivo por George IV. Intercambió una mirada comprensiva con James. Él sentía lo mismo.

—¡El rey! ¡El rey! —decían las voces, nerviosas.

¿El rey en persona? ¿Allí? Eso parecía. Y, pensándolo bien, no era algo tan raro. Bien sabía el Cielo que a ese gordo pomposo le gustaban las diversiones y era muy amigo de los condes de Greenwall. Más de ella que de él, según decían las malas lenguas.

Aunque fuera un acto informal, privado, todo el mundo se puso tenso cuando entró el rey, moviéndose cómodamente por el pasillo formado por las líneas de invitados. Esa noche, como siempre, iba vestido del modo opulento

que le gustaba, en telas doradas y escarlatas, adornadas con una gran profusión de joyas y grandes encajes. Mientras caminaba, iba saludando y pidiendo que todos actuaran normalmente. Como si eso hubiera sido posible.

De pronto, el rey le vio, y se dirigió hacia él. «Oh, no», pensó Arthur.

—¡Lord Badfields! ¡Así que aquí está el hombre del momento! Nos alegramos mucho de verle.

—Gracias, Majestad. —Se inclinó en el gesto elegante que le habían enseñado sus preceptores durante largas horas de entrenamiento—. Es un honor.

—Nos han dicho que se ha casado de una forma algo irregular, en nuestras tierras de Escocia.

—Así es, majestad. —Tomó la mano de Ishbel y la adelantó. Ishbel hizo una reverencia tan profunda que temió tener que sacarla del sótano a pulso—. Permitid que os presente a mi esposa, lady Ishbel Puscat, hija de lord Dankworth.

—Oh, sí... Encantadora.

—Gracias, majestad —dijo ella, nerviosa.

—Ahora comprendemos su comportamiento impulsivo, lord Badfields. Y nos alegramos de que todo haya ido bien, pese a todo. —Le lanzó una mirada directa—. Pero nos preguntamos por qué, entonces, teniendo un matrimonio elegido libremente, y con una esposa tan bella, continúa deambulando por la noche como un gato pardo, según cuentan los rumores que sigue ocurriendo. ¿O se equivocan?

—Eh... —Nada, imposible. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía qué decir, lo que empezó a enojarle. Quizá se dio cuenta, porque el rey cabeceó, y soltó su presa.

—Madure de una vez, lord Badfields, y aprenda a comportarse según las

normas del buen juicio y el decoro.

Hubo algunas risas y muchos cuchicheos, coreando la regañina real. Al día siguiente, todo el mundo elegante de Londres hablaría de ello. Pues qué bien. Arthur disimuló una mueca con una amplia sonrisa.

—Por supuesto, majestad. Estoy dispuesto a evitar en el futuro cualquier transgresión del sagrado vínculo del matrimonio. ¡Por ejemplo, a mí jamás se me ocurriría incurrir en una bigamia!

Hubo un silencio repentino. A esas alturas, el rumor acerca de la primera boda del rey, un enlace completamente ilegal con María Ana Fitzherbert, católica, dos veces viuda y seis años mayor que él, era conocido por casi todo el mundo. Como heredero del trono, George no podía casarse con una católica; y, por la misma razón, no podía casarse sin el permiso del rey, al que no consultó.

Pero ciertos sectores reconocían el matrimonio, por supuesto, sobre todo los católicos, Papa de Roma incluido. Algo así hubiese podido apartar a George IV del trono pero, llegado el momento, prefirió optar por hacer como que no había ocurrido nada y casarse con una candidata más adecuada.

La elección recayó finalmente sobre su prima, la princesa Carolina de Brunswick-Wolfenbüttel, que le dio una hija, Carlota, también llamada «la princesa milagro» porque sus padres, que se odiaban a muerte, solo se acostaron juntos dos o tres veces.

La reina Carolina y la princesa Carlota ya habían muerto, y las relaciones del rey con María Ana Fitzherbert llevaban mucho tiempo en mal estado, según le habían dicho. Quizá por eso el monarca prefería pasar el tiempo entre fiestas y amantes, tratando de llenar el hueco que seguro sentía en el corazón.

Y, él, había tenido que ir a soltarle eso, en público.

Arthur sintió sobre sí las miradas horrorizadas de James y Edward, que ya había llegado con Harry.

A él mismo no le hubiese sorprendido que el rey, en un arrebato de indignación, decidiese lanzarle de inmediato a una celda muy profunda, nadie iba a reprochárselo. «Al infierno», se dijo. Le daba igual, que hiciera lo que quisiese.

Pero, tras fulminarle con la mirada, George IV se limitó a asentir y siguió camino. Pasos después, alzó un brazo y dijo.

—Música, amigos míos. ¡Y una copa de champán para el rey! ¡Que siga la fiesta!

Se oyeron algunas risas nerviosas y, como por arte de magia, volvió el ruido atronador de la reunión. La orquesta empezó a tocar una cuadrilla y las gentes se distribuyeron, reiniciando sus conversaciones o iniciando otras con Arthur como tema más interesante.

—¿Estás loco? —le preguntó James, con el ceño fruncido—. En serio, Arthur, ¿a qué ha venido eso?

—A que no le soporto, ya lo sabes.

—Yo tampoco, ni Rutshore. —Edward asintió, a su lado, aunque él parecía divertido, más que nada—. Pocos le soportan.

—Pero siempre tiene que dejarme caer algún reproche a mí. No a ti, ni a Edward, ni a nadie más. A mí. Y lo sabes.

James chasqueó la lengua.

—Lo sé. Es por tu fama. Pero, en todo caso, no puedes ofenderle así, y menos en público, Badfields. Te juegas la cabeza.

—No he dicho nada en concreto.

Edward se echó a reír.

—Sabes bien lo que has dicho, tarugo.

—Sí —convino James—. Todos aquí lo sabíamos. No vuelvas a hacer nada semejante.

—Nos meterías en un buen lío —le apoyó Edward—. Porque ya te digo yo que, aquí, Gysforth y yo no íbamos a permitir que te cortasen la cabeza sin más, por lo que acabaríamos los tres en el patíbulo.

—Desde luego —asintió James.

Arthur rio.

—Ah, está bien, demonios. Dejad de reñirme. Desde que os habéis convertido en padres, estáis insoportables.

—Qué le vamos a hacer. —Edward le palmeó el hombro—. Tenemos que cuidar de nuestros niños. Tú incluido. —Su esposa, Harry, le hizo señas desde un grupo de gente. Le sorprendió verla allí. Las damas encinta no solían tener mucha vida social, aunque lo cierto es que, con el vestido que llevaba, apenas se notaban sus ya casi seis meses de embarazo—. Disculpad, me llaman.

—Tranquilo —dijo James—. Yo voy a bailar con Bethy, a ver si se me pasa el sobresalto. —Señaló con un dedo a Arthur—. Ten cuidado.

—Tienen razón —le dijo Ishbel, cuando se quedaron solos—. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque no soporto que ese... —Se contuvo. Nadie podía oírle, pero mejor no tentar la suerte—. No soporto que me censure públicamente, y el rey tiene la fea costumbre de hacerlo.

—¿En serio?

—Te lo aseguro. No es la primera vez que me monta una regañina así, supongo que por la fama que tengo, como dice James. Ni que yo fuera peor que muchos. ¡O peor que él! Pero, no, siempre tiene que soltarme a mí las agudezas.

Ishbel le sonrió tentativamente.

—Quizá tú le caes bien.

—¿Yo? ¿Tú crees? Me sorprendería. —Agitó la cabeza, empezando a librarse del malestar gracias a ella—. Y me aterrorizaría.

Ishbel rio.

—No seas tonto.

Le agradó tanto oírla reír... estuvo tentado de contarle la verdad, para terminar con aquella agonía, pero no podía arriesgarse. En todo caso, sus escapadas se habían terminado. No quería seguir con aquello.

Y trataría de hacerla un poquito feliz. Un nuevo bandazo, hacia otro lado. «No sé ni en qué dirección avanzar», pensó. Qué desorientado estaba.

—En fin, iré a ver qué hago por Sloan. —La cogió por la barbilla con dos dedos, para inclinarse a darle un beso rápido. Simplemente, porque lo deseaba—. ¿Estarás bien?

—Eh... sí. Aunque no conozco a nadie, y preferiría no tener que reunirme con la tía Hetty y su acompañante.

—Lady Forrest, sí. No es... bueno, es como es. Pero si te ven sola, insistirán en que vayas con ellas. A ver si te puedo presentar a alguien o dejarte en buena compañía... —Miró alrededor—. ¿Dónde se ha metido Ruthie? Esperaba dejarte con ella, pero ya se habrá escondido, maldita sea.

—¿Se esconde? —Ishbel se mostró sorprendida—. ¿En las fiestas?

—Siempre que puede. Odia estas reuniones. —Vio a Zack Clemens, el periodista, e hizo un gesto—. Mira, qué estupendo, voy a dejarte con el señor Clemens. —Tendió la mano al recién llegado, un hombre rubio, elegante y muy atractivo—. Zack, cómo está.

—Muy bien, lord Badfields. —Rio—. Tengo que decirle que ahora mismo

le considero el hombre más valiente de todo Londres. Ha sido todo un espectáculo.

Arthur lanzó una carcajada.

—Tiene que salir más, así no se asombrará por menudencias. Permita que le presente a mi esposa, lady Ishbel Puscat.

—Oh. Encantado. —Se inclinó para besar su mano—. Es usted la hija de lord Dankworth, ¿verdad?

—Así es —replicó Ishbel, con una sonrisa—. Y usted, el sobrino de lord Pemberton.

—Exacto. —Ambos rieron—. Había oído decir que iba a asistir a alguna fiesta, pero al final nunca habíamos coincidido. Me alegro mucho de conocerla por fin.

—Lo mismo digo.

—¿Puede acompañarla un momento, mientras hago una cosa? —le preguntó Arthur—. Me temo que todavía no conoce a mucha gente en Londres.

—Por supuesto. Será un placer, siempre que no me pida que baile. —Puso cara de horror—. Me temo que no consta entre mis habilidades.

Arthur rio. Les dejó charlando y fue hacia Sloan, que seguía quieto en su sitio, mirando a Lettie con cara triste. No era para menos. La muy tonta parecía estar pasárselo muy bien con aquel cretino.

—Cuñado... —le dijo, colocándose a su lado. Sloan se sobresaltó. Al ver quién era, volvió a su vigilancia.

—Badfields —replicó, como saludo, algo seco. Por supuesto, el eterno defensor de su hermana—. ¿Qué tal va todo?

—Bien, bien. Comprendo que, ahora, no es el mejor momento para cumplir mi parte de nuestro trato, pero ¿qué te parecería bailar con Lettie?

Sloan se removi6, nervioso.

—No s6 para qu6. Solo parece interesarle la compa1a del honorable David Beckett.

—No creas. En la pr6xima pieza, voy a bailar con ella. Cuando termine, ac6rcate a pedirle baile, antes de que llegue Beckett. —Se alej6 pero se volvi6 un momento para a1adir—. Espabila, cu1ado.

Acab6 la polonesa y empez6 un cotill6n. Arthur lleg6 a tiempo de tomar la mano de Lettie.

—¿Me permite, caballero? Est6 acaparando la belleza de la dama.

—Oh... —El peque1o bastardo quer6 oponerse, por supuesto, pero no se le ocurri6 c6mo—. Por supuesto.

Les dej6 y se alej6 renuente. Arthur sonri6 a la muchacha y Lettie le mir6 con sospecha mezclada con inquietud.

—¿Qu6 ocurre, Badfields? ¿Se puede saber d6nde te hab6as metido? Tienes muy preocupados a James y a Ruthie. Bueno, y a nosotras.

—Lo s6. No pasa nada, tuve problemas que resolver. Pero, ahora, vamos a hablar de ti.

—¿De m6? ¿A qu6 viene esto?

—Creo que es evidente, coraz6n. —Le arque6 ambas cejas—. Estoy en misi6n de rescate.

—¿Rescate? No te entiendo. —Hizo un gesto que hubiera parecido petulante en cualquier otra. En ella, quedaba hasta atractivo—. Estaba bailando con un caballero encantador.

—Un aut6ntico majadero. —Lettie se detuvo en seco. Alrededor algunos bailarines protestaron—. Sigue, tonta. Si montamos un esc6ndalo, tu hermano me pegar6 un tiro.



—No vuelvas a hablar así de David.

—¿Por qué no? Lettie... —Buscó el modo de convencerla—. No puedo creer que no te des cuenta de lo aburrida que sería tu vida con ese caballere.

—Al contrario. ¡Estará llena de arte y cultura!

—No soportas su poesía.

—Me encantan sus versos.

—Te pones más bella todavía cuando mientes.

Lettie no pudo soportarlo más y se echó a reír.

—Mira que eres tonto. —Agitó la cabeza—. Lo siento, Arthur, pero no voy a dar mi brazo a torcer.

—Ya. Si lo entiendo. La situación es un tanto anómala. En otras circunstancias, tu padre te hubiese dicho con quién debías casarte, y listo. —Lettie le miró mal—. Sin embargo, tu hermano es novato en esto de ser el cabeza de familia. Por un lado, te da libertad para elegir y por otro trata de protegerte en lo que puede. Eso, es normal que desconcierte. Y la tía Hetty... bueno, ya sabemos cómo es.

—Cierto. Ya lo sabemos. Unos, más que otros.

—Pero no puedes atarte a nadie solo por darles una lección, por demostrarles que controlas tu vida.

—¡Yo no hago eso!

—Claro que sí. Piénsalo bien. Quizá haya otras opciones, aparte del honorablemente aburrido David «Rimas» Beckett.

—No te voy a reprochar que hayas vuelto a meterte con David, porque creo que tienes algo en mente, y me intriga.

Arthur sonrió.

—Qué distintas sois Lizzie y tú, pese a las apariencias. Ella es un alma pura, como dice Harry, y tú...

—Soy pérfida —replicó ella, con un brillo juguetón en los ojos.

—No diría tanto. Pero, a veces, pienso que te pareces peligrosamente a mí. Cada día más.

Lizzie hizo una mueca.

—Bueno... ¿Qué quieres?

—¿Ves? Eres una mujer práctica. —En el siguiente movimiento, le señaló a Sloan—. Ese es el hombre que te conviene.

Lettie abrió mucho los ojos.

—¿Lord Glèdhorcha? ¿Qué dices? No creo ni que recuerde que existo.

—Qué poca visión, querida. Está loco por ti, desde hace tiempo.

Eso la dejó más perpleja todavía.

—¿De verdad?

—Que te lo diga él mismo. Cuando terminemos, va a intentar bailar contigo, y le aceptarás como una buena chica.

—Pero ¿estás seguro de que quiere hablar conmigo? ¿No será Lizzie la que le interesa?

—¿Lizzie?

—Sí. Estuvo charlando con ella mucho rato, en la fiesta de los condes de Talhverton.

«Maldición», pensó Arthur. ¿Y si Sloan se había confundido de gemela? Eso sería terrible, pero también era algo muy habitual. Lettie y Lizzie eran prácticamente idénticas, solo las distinguían los que las conocían mucho. Bueno, tendría que solucionarlo.

—Habla con él. Entérate de a cuál de las dos quiere cortejaros. Que yo sepa, siempre dice que a ti.

—Oh. —Rio entre dientes—. ¡Qué rabia le va a dar a Lizzie!

No pudo evitar echarse a reír.

—Mira que eres mala.

—Me parezco a ti. ¿Recuerdas?

Se sonrieron. Entonces, la música terminó.

La retuvo un momento, intentando alejarla de Beckett, que venía decidido a recuperar su presa. Por suerte, Sloan fue tan rápido como le había sugerido. Se plantó a su lado y realizó una inclinación que quedó notablemente gallarda.

—Milady, ¿me concedería este baile?

—Por supuesto, lord Glèdhorcha. —Le sonrió, encantadora—. Será un placer.

Él le ofreció el brazo y se fueron a bailar. Arthur sonrió a Beckett, que casi se atrevió a fruncirle el ceño. No pudo contenerse, y declamó:

*¡Si no es rápido, el poeta más sentido,  
ve afligido que a su musa ha perdido!*

—¿Qué le parece, amigo mío? ¿Tengo un brillante futuro en el noble arte de la poesía?

Beckett no le contestó. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Más allá, estaban sus padres, también observando con expresión avinagrada. Recordó lo que le había contado James sobre la posible pérdida de su fortuna familiar. No sería mala idea investigar su situación económica. Era una tarea que podía encomendar al capitán Creepingbear.

—Me estoy volviendo como la tía Hetty —se dijo horrorizado. La mejor

solución era buscar a su esposa y encontrar un rincón oscuro en el que pudieran pensar que no estaban allí; pero dio varias vueltas y siguió sin verla por ninguna parte, en medio del bullicio.

Lamentablemente, de vuelta se fue encontrando con conocidos que le entretuvieron. No podía ser descortés, al fin y al cabo la mayoría le paraban para felicitarle por su reciente enlace, aunque en casi todos había un considerable interés en saber detalles con los que luego poder nutrir los rumores escandalosos que sin duda corrían por todas partes.

Desde luego, más de una dama se quedó con las ganas de preguntar directamente si había un pequeño Badfields en camino. Insinuarlo, lo hicieron casi todas. Y casi todos.

También hubo consejos respecto a cómo debía comportarse con su padre, o con su flamante suegro, Dankworth, o incluso con el rey, que pasaba por uno de sus malos momentos de salud, lo que le agriaba el carácter y podía terminar llevándole a imponer un correctivo a un joven descarado como él.

Mientras se lo decían, le señalaron las parejas de baile: Ishbel estaba bailando con George IV, una polonesa tranquila, para no agitar mucho a su majestad. Como le resultaba imposible imaginar que fuese ella quien hubiese propuesto algo así, solo cabía pensar que la había invitado el propio monarca.

¿Por qué habría hecho eso? Bueno, no resultaba muy difícil concluir que seguramente la estaría adoctrinando sobre lo que debía decirle a su marido, para que no volviera a producirse una situación como la que se había dado.

Pobre Ishbel, pagando sus culpas. Luego tendría que resarcirla por ese mal rato.

Arthur siguió hablando con unos y otros y solventó todas las situaciones como mejor pudo, unas veces sonriendo de forma agradable y agradeciendo los comentarios de corazón, otras siendo incisivo. Tenía muchos enemigos, como todo hombre que se preciase en el Londres de su tiempo, pero también

tenía muchos amigos que, realmente, querían echarle una mano y aconsejarle bien.

Cuando pareció que ya tenía algo de tiempo para él, empezó a buscar a Ishbel, pero ya no la vio por ninguna parte. Arthur abarcó el gran salón con la mirada, localizando a sus conocidos. Lizzie estaba charlando entre risas con unas amigas de su edad; Lettie todavía bailaba con Sloan, lo que significaba que la cosa avanzaba en el buen camino, a menos que la confusión de gemelas provocase una crisis insalvable en la familia Keeling.

También Bethany y Harry disfrutaban de la polonesa que tocaba la orquesta, la primera con el señor Clemens y la segunda con el conde de Greenwall en persona, el anfitrión de esa velada, que seguramente se preguntaba por qué se habría animado a organizar una fiesta, y se estaba conteniendo para no salir corriendo. A saber cómo había terminado bailando con lady Rutshore, cuando todo Londres sabía ya que era un peligro en cualquier danza que se intentase.

Mientras miraba, Harry se confundió en dos pasos y siguió mal el ritmo de otros dos, organizando un pequeño desbarajuste en las filas. A pesar de su turbio estado de ánimo, Arthur no pudo evitar sonreír. La pobre, no podía remediarlo. Además, siempre lo hacía con una expresión de alumna aplicada absolutamente encantadora. Estaba empeñada en aprender a bailar en condiciones. Menos mal que su supervivencia no dependía de ello, y que su familia la quería.

Por lo demás, Ruthie continuaba desaparecida, cosa que no le extrañó, y vio a la tía Hetty y lady Forrest sentadas, tomando una copita de champán. No tenía muchas ganas de acercarse, porque seguramente le caería otra reprimenda por lo ocurrido con el rey, y ya tenía el ánimo lo bastante sombrío, pero quizá supieran algo de Ishbel, así que se dirigió hacia ellas.

—¿Disfrutan de la fiesta? —preguntó, galante.

—Sí, gracias, Badfields querido —replicó lady Forrest con aquella risa de niña que le salía a veces. Le resultaba especialmente aterradora, porque intuía que era un modo de coquetear con él, algo que no hacía ni con Gysforth ni con Rutshore. Al menos, que Arthur supiera.

Si la tía Hetty también se dio cuenta, hizo como él y lo ignoró por completo. De hecho, le miró con una sonrisa enorme, lo que le desconcertó.

—Vi antes lo que hiciste con Lettie y lord Glèdhorcha, Badfields. —Ah, claro, por supuesto. No podría estar más contenta. Según su escala de «valores a tener en cuenta para un matrimonio», la idea de una boda entre Sloan y Lettie no podría ser más deseable—. Muy bien, de verdad, muy bien. Has compensado sobradamente ese feo incidente con el rey.

—Mmm... Gracias, tía Hetty. —Decidió omitir la posible confusión de Glèdhorcha, aunque le tentaba la idea de ver las expresiones de espanto de las dos ancianas—. ¿Dónde está el rey, por cierto?

—Hay una partida de cartas, en uno de los salones del fondo. Gysforth y Rutshore están allí. Me han pedido que te diga expresamente que ni te acerques. Solo te faltaría ganarle al rey a los naipes, tras lo ocurrido.

Pues era una pena, la verdad. Le había ganado al rey buenas sumas en el par de ocasiones en las que habían coincidido en el último año, y pocas cosas le habían resultado tan satisfactorias. Le hubiese encantado reunirse con ellos y desplumarle una vez más, a ver qué pasaba. Pero tendría que hacerles caso. Ya había habido bastante barullo por una noche.

—¿Han visto a Ishbel?

La tía Hetty le miró sorprendida.

—No... bueno, sí. Estaba tan contenta hablando con nosotras, pero se fue con el criado que enviaste a buscarla.

Arthur alzó una ceja, sorprendido.

—¿Que yo envié un criado?

—Sí, un camarero. ¿No? —Lady Morton le miró desconcertada. Arthur no supo qué replicar. Imaginó que había sido una confusión de algún tipo, pero, cuando siguió hablando comprendió que no—. Ese joven vino tan directo que pensé que iba a arrollarnos.

—¿Es verdad! —Lady Forrest bufó—. ¡No sé a qué mundo nos abocamos, si una dama tiene que sufrir esos sobresaltos!

—¿Desde luego, querida! —Arthur temió tener que intervenir para reconducir la conversación, pero no hubo necesidad. La tía Hetty siguió con el relato—: Pues bien, ese joven se plantó ante Ishbel y le dijo que querías que fuese con ella, que la estabas esperando. ¿Es que no os encontrasteis?

—No. —Empezó a sentir una sensación de alarma, un miedo extraño y urgente corriendo por sus venas. Intentó disimular. No era cuestión de asustarlas—. ¿Dijo dónde debía reunirse conmigo?

—No sé. ¿Dijo algo en concreto, Hermione? —le preguntó a lady Forrest. Esta negó vigorosamente con la cabeza.

—No, en absoluto. ¡Y lo recordaría, desde luego, porque tengo muy buena memoria!

—No exageremos —le replicó la tía Hetty—. A nuestra edad, mi querida Hermione, con tenerla, sin más, ya es mucho. —Luego, volvió a centrarse en Arthur—. Yo tampoco recuerdo si dijo algo, Badfields, lo lamento. En esos momentos estábamos hablando de otra cosa y, bueno... Pero Ishbel se fue con él. Creí que estaríais por ahí, quizá bailando...

—Bueno, habrá sido una confusión. Estará conversando con alguien. Si me disculpan, voy a ver si la encuentro.

—Por supuesto, querido.

Arthur se despidió con una sonrisa forzada y el corazón acelerado, y

empezó a buscarla por todas partes.

Primero recorrió la gran sala de baile, dos veces, preguntando por el incidente a todos los camareros con los que se encontró, y por Ishbel a todo aquel que pudiera conocerla, incluso la describió aquí y allá, por si alguien la había visto, sin más; y, después, hasta inició una tercera vuelta, más que nada por si se le había pasado la figura de Ishbel sin darse cuenta.

Viendo que no era así, que seguía sin aparecer, se dirigió hacia Lizzie, que continuaba hablando con sus amigas, y le pidió por favor que fuese al tocador de señoras, a comprobar si se encontraba allí, quizá conversando con otras damas, sin darse cuenta del paso del tiempo.

No fue el caso, lo que aumentó su desasosiego. Y resultó bastante difícil ocultarlo frente a la propia Lizzie, que no dejaba de preguntar qué ocurría.

Convencido de que por allí no estaba, se metió por los pasillos, también profusamente concurridos. Incluso empezó a abrir puertas, aquí y allá, encontrándose con un par de escenas íntimas, más o menos escandalosas, en las que le constaba que no siempre estaban casados los unos con los otros. O sí, pero no en el orden adecuado.

Iba a coger el picaporte de otra cuando se abrió para dejar salir a un hombre con la ropa arrugada y cara de desesperación, el aspecto de alguien que ha perdido una buena suma. Dentro, más allá de la densa nube de humo de tabaco que el resplandor de las velas convertía en una niebla casi mágica, distinguió efectivamente una mesa de juego. Así que allí era donde estaba teniendo lugar la famosa partida de cartas. Mejor no entrar.

En el breve intervalo de tiempo de que dispuso, llegó a ver a Rutshore de perfil, observando pensativo sus naipes, mientras un camarero le rellenaba su copa. Ojalá tuviera suerte y desplumase al rey. Podía conformarse con esa satisfacción.

Muy cerca, al fondo del pasillo, la puerta estaba abierta, y vio que se



había agolpado un grupito de curiosos, contemplando lo que debía haber al otro lado del umbral. Aprovechando su mayor altura, trató de mirar, pero había demasiada gente, de modo que Arthur se fue abriendo paso poco a poco, siempre pidiendo disculpas, y se asomó.

En una habitación circular, profusamente adornada con armas en las paredes, además de estanterías de libros, alternadas con grandes ventanas que iban del suelo al techo, lord Kennerath e Ishbel se enfrentaban, desafiantes, a ambos lados de una mesita central.

Llegó justo a tiempo para oír decir al primero, con su voz ridículamente atiplada:

—Yo te azotaré hasta domarte, zorra.

## Capítulo 13

Para Ishbel, que solo había insistido en ir por conseguir que Arthur permaneciera con ella esa noche, la fiesta se había ido convirtiendo poco a poco en un auténtico infierno.

Arthur se marchó y, aunque le había dicho que iba a volver enseguida, tardaba mucho. ¿Y si se había ido y la había dejado allí? Empezaba a creerle capaz. Clemens era muy simpático, y tuvo la amabilidad de conversar un rato con ella, pero no hubiese estado bien que monopolizase su tiempo, así que acabó buscando una excusa para poder separarse de él.

Luego, había charlado animadamente con Bethany, la esposa de Gysforth, y con Harriet, la de Edward, a la que llamaban Harry. Las recordaba de la noche en Sleeping Oak, aunque en aquel entonces había estado tan nerviosa, tan abrumada por los muchos desconocidos que había, y por lo que se disponía a hacer, que apenas había intercambiado un saludo con ellas.

Pero, en la fiesta de los condes de Greenwall, tuvo mucho tiempo para conversar, y esa parte estuvo muy bien, porque eran muy agradables y no solía contar con amigas de su edad. Bethy y Harry la recibieron con los brazos abiertos, la invitaron a ir con ellas a la modista en algún momento de la semana, y le contaron numerosas anécdotas de Arthur y sus familias. Además, parecían incansables: no dejaron de hacer toda clase de planes para la primavera y el verano. Fue muy divertido.

¡Ojalá pudieran mantener esa relación, lo deseaba tanto! Por ella no iba a quedar, hiciera lo que hiciese Arthur, ya no le iba a permitir llevar la voz cantante en su vida. No se iba a quedar en casa, llorando a solas, con la única

compañía del pobre Tutú, que trataba de consolarla a lametones.

Si solo supiera qué le pasaba... Porque, cuando quería, seguía teniendo detalles maravillosos. ¡Cómo había intervenido, por voluntad propia, para solucionarle un problema a su hermano! Ver a Sloan, que seguía hablando entusiasmado con lady Lettie Keeling, la llenaba de alegría.

Tanta, como amargura sus ausencias. O la nota que había enviado a su padre, y que Dankworth le enseñó la primera mañana que desayunaron solos, porque Arthur estaba durmiendo la borrachera en la cama.

*«Querido suegro: tengo a su hija. Ahora es mi esposa y soy yo quien decide su destino. ¿No es maravilloso? Fdo: Badfields».*

Qué pensar de algo así... Ella no lo sabía. No conocía a Arthur, eso estaba claro. Pero algo, ese impulso del corazón que la había hecho aceptar en Gretna Green, le decía que siguiera adelante, firme. Que su marido era un hombre atormentado, confundido por el dolor, y que, si perseveraba, los dos podían llegar a salvarse.

Como seguía sin aparecer, bailó con Edward, con el que se rio mucho, y con James, que al menos tuvo la cortesía de disculparse por haber sido seco hasta casi resultar desagradable, durante el viaje de regreso de Gretna Green.

—Conozco bien a su padre, y tenía... bueno, tenía miedo por cómo pudieran a ir las cosas. Espero no molestarla.

—No, en absoluto. No se preocupe, le entiendo. Pero también le aseguro que mi padre no es tan fiero como le gusta aparentar —añadió ella, sintiéndose en la obligación de defender a su progenitor—. Es terco, sí. Me gana incluso a mí, y eso que yo tengo sangre escocesa y él no. —Ambos rieron la broma—. Pero me quiere, milord, y desea lo mejor para mí. Ya lo ve, aunque a regañadientes, y con algunos problemas, ha aceptado a Arthur.

—Hubo un momento en que temí por su cabeza.

—Y yo. Pero entiéndalo, mi padre tenía miedo de que, siendo un tanto... alocado, no fuese a ser un buen marido. Yo estoy segura de que sí lo será, y al final lo ha respetado.

—¿Está usted segura?

—Digamos que es una apuesta. —Le sonrió—. Usted sabe de eso, lord Gysforth. Mi padre no se jugaría nada por Badfields, no se arriesgaría por él. Pero, yo, lo he apostado todo: lo que soy, lo que espero ser, lo que me depare el futuro... Lo he hecho y volvería a hacerlo, mil veces, incluso a pesar de...

Él se dio cuenta de a qué se refería.

—No hay ninguna otra mujer. Estoy seguro.

—Sí... Creo que yo también. Quizá le está costando más de lo debido, la transición, ¿no cree? —Lord Gysforth hizo un gesto vago, sin querer comprometerse a una respuesta—. En todo caso, le debo un apoyo, porque le agradezco la ayuda que me ofreció en su momento y porque creo que le quiero, no sé, eso pienso ahora mismo, al menos. Y mi padre hará lo mismo porque me quiere a mí.

La expresión de Gysforth era indescifrable, pero asintió.

—Me alegro, de verdad. También creo que Arthur está muy enamorado de usted, Ishbel, por lo tanto, solo puedo decirle: bienvenida a la familia.

—Gracias. —Le sonrió—. De ser así, ¿le parecería mal si dejásemos de tratarnos con tanta cortesía, y nos tuteásemos?

—No, por supuesto. —Se echó a reír—. Discúlpame de nuevo, Ishbel. Me temo que debes pensar que soy un hombre estirado y antipático. Lo primero es bastante cierto, pero lo segundo, espero que no.

Ella también rio.

—Sé que no —replicó—. Todavía conozco poco a Bethy, pero sí lo

suficiente como para tener muy claro que nunca se hubiese casado con un hombre que no fuese amable y cariñoso. Además, solo hace falta ver lo que te quieren tus hermanas. Incluso Lettie, que está enfadada contigo.

James cabeceó.

—Eso es verdad. —Se lo pensó un momento—. ¿Qué harías? En el caso de que tuvieras que afrontar una situación como la de Lettie.

Ishbel le miró con sorpresa. Nunca hubiera imaginado que iba a pedirle consejo en algo así. Quizá estaba poniéndola un poco a prueba, para saber que no era como su padre, tan estricta en algunos asuntos.

En realidad, sí que lo era, pero de un modo distinto.

—No estoy segura. Supongo que lo mismo que has hecho tú: permitirle en lo posible, a la espera de que lo dejase por sí misma.

—No funciona. Hace más de un año que opté por esa posibilidad, más que nada para compensar ciertas... actitudes de mi tía Hetty y su cuñada, lady Forrest, que habían llevado a mis hermanas en general a un punto muy incómodo. Pero, como puedes ver, no parece que vaya a servir.

—Lo sé. Ante eso hay dos opciones: dejar que se equivoque o intervenir por su bien. Hacer lo que sea por ayudarla.

—¿Aunque me odie?

Ishbel consideró la situación, pensando en Sloan.

—Si estuviese totalmente segura... sí. Preferiría el odio de mi hermano a su desdicha.

Gysforth parpadeó ligeramente. Asintió.

—Gracias. Me has ayudado mucho.

Bethy llegó, sonriendo. ¡Estaba tan hermosa! Casi parecía resplandecer, con aquel embarazo de pocos meses. Ishbel no pudo por menos que tocarse el

vientre con disimulo, pensando si también estaría esperando un hijo. ¡Lo deseaba tanto! Y seguro que también le sentaría igual de bien tener familia, simplemente por la alegría que le daría vivir esa experiencia.

—¡Qué noche! —exclamó Bethany, con el abanico abierto en la mano. Sí que empezaba a hacer mucho calor allí, sí. El salón cada vez se encontraba más lleno. Debía estar uniéndose gente de continuo, y pocos se iban—. La verdad, esto empieza a ser insoportable.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su marido.

—Sí, perfectamente. —Se abanicó con más brío—. ¡Pero demasiada gente para mi gusto!

—Sí, es verdad —convino Ishbel, mirando a su alrededor. Grupos y grupos, por todos lados. Las conversaciones se estaban volviendo atronadoras. A ratos, casi costaba oír la música—. ¿Será por la presencia del rey?

James guardó silencio; al fin y al cabo era un político. Fue Bethany la que contestó:

—Yo no lo dudo. ¡Creo que está aquí todo Londres! ¡Menudo éxito para los condes de Greenwall! Aunque creo que tanto barullo no será bueno para la tía Hetty. ¿No deberíamos acompañarla a casa, James?

—Sin duda —replicó él—. Pero cuando hayamos bailado un poco más con mi esposa. —La enlazó por la cintura y la dirigió hacia las parejas. Ella rio—. Si nos disculpas, Ishbel...

—Sí, por supuesto.

James se fue a bailar con Bethany y ella pensó qué hacer. No vio a Arthur por ningún lado. Las únicas personas libres eran la tía Hetty y su odiosa cuñada, esa mujer extraña que no le gustaba un pelo. Pero, como tampoco era cosa quedarse allí sola, de pie como un pasmarote, decidió reunirse con ellas.

No llegó a su objetivo. De camino, la interceptó un caballero, no muy alto, de mediana edad. Al principio, pensó que la había confundido con alguien, o quizá que quería invitarla a la siguiente pieza, pero no fue así.

—Lady Badfields... —dijo, con una inclinación—. Permita, milady, soy el conde de Sandware. Le ruego que me acompañe, por favor. —Quizá vio que ella iba a negarse, porque se acercó, para susurrar confidencialmente—: Su majestad desea hablar con usted.

—¿El rey? —Ishbel abrió desmesuradamente los ojos—. ¿Conmigo?

—Así es. Por favor, sígame.

Asombrada, Ishbel obedeció. Caminaron como pudieron a través del atestado salón, recorriéndolo casi de lado a lado, porque el rey estaba cerca de la pared del fondo, en una zona despejada por el sistema de tener varios hombres, en apariencia simples invitados más, impidiendo discretamente el paso. Se encontraba rodeado de unos cuantos amigos, entre ellos lord Kennerath.

Ishbel dio un traspie y contuvo el deseo de salir corriendo. Debería haberlo supuesto, aunque hubiese dado igual porque en ningún caso hubiese podido hacer oídos sordos a un llamamiento real. Sintió el mismo rechazo de siempre, al que se añadía una nueva repulsión, un disgusto nacido del hecho de que habían intentado casarla con él. Solo pensar que hubiese tenido que... No quería ni pensarlo.

En esos momentos, lord Kennerath, un hombre ya de mediana edad, grande y fornido y completamente calvo, reía de una forma grosera. Quizá habían hecho alguna broma, daba la impresión de que a costa de las mujeres, de todas en general o de alguna en particular, y la estaba disfrutando. Pero, al verla, su boca se curvó en una mueca y la miró con animadversión.

Ishbel estuvo a punto de enfadarse. ¿Cómo se atrevía a censurarle lo ocurrido, y menos de ese modo tan evidente? Sin embargo, no debía olvidar

que se trataba de un hombre poderoso, alguien que no estaba acostumbrado a una negativa por respuesta. Aunque no le debía nada, podía comprender su despecho y no quería aumentar la herida, así que, simplemente, apartó los ojos.

Al verla, el rey se separó de todos los que formaban su grupo y se dirigió hacia ella. Adelantó una mano con la palma hacia arriba, de modo que Ishbel se vio obligada a depositar en ella la suya. El monarca se la llevó a los labios; por supuesto, besó el aire a pocos milímetros, como indicaban las buenas maneras.

—¿Bailaría con nos, lady Badfields? —preguntó. Ella vaciló, cautelosa. Pensó a toda velocidad, pero no se le ocurrió como evitarlo. ¡Demonios, como diría Arthur! Ojalá pudiera desmayarse, ya, en ese preciso instante. Caer redonda y despertar al día siguiente, o la semana siguiente, ya en casa, a salvo. Pero era algo que no iba a ocurrir, por desgracia.

—Será un honor, majestad —tuvo que decir—. Perdón si lo hago mal. Serán los nervios.

Él se echó a reír con condescendencia. La condujo hacia las filas de bailarines, que se apresuraron a apartarse para hacerles espacio. No se había dado cuenta de que ya no había música, en algún momento se había detenido. Nada más colocarse, la orquesta comenzó a tocar una polonesa muy tranquila. Se preguntó si no la había pedido expresamente. Seguramente sí, igual que los músicos habían esperado a que estuviesen en su sitio.

—Es usted realmente encantadora, milady —declaró el rey, mientras iniciaban la danza—. De verdad que entendemos que el joven Badfields se mostrara tan... apasionado e impulsivo. Me refiero a la locura de Gretna Green, por supuesto.

Ishbel se ruborizó más todavía.

—Lo sé, lo supuse. Gracias, majestad.



—De nada, de nada. Es la pura verdad. —Un par de segundos de silencio y luego de nuevo—: Quizá no debimos intervenir, y reñirle públicamente, pero creímos que sería lo mejor, para convencerle de cambiar de actitud. Os reconocemos que lord Badfields nos recuerda vagamente a cómo éramos en nuestra juventud, y recordamos bien que nunca fuimos tan felices como cuando compartíamos la vida con la mujer que nos robó el corazón. —Sus ojos se velaron por algún recuerdo—. En cualquier caso, queríamos asegurarle, lady Badfields, que su marido no ha vulnerado la fidelidad del matrimonio. Nuestras fuentes, las que nos informaron de sus andanzas, nos han asegurado que se limita a beber y jugar. —Rio entre dientes—. Y como le conocemos, seguramente habrá ganado dinero, el muy ladino.

Ishbel sonrió. Había decidido creer en la palabra de Arthur, y había acertado. Quizá estaban arreglándose las cosas. Al fin y al cabo, nadie le había obligado a casarse con ella. Debía quererla, ¿no?

—Gracias, majestad.

—Nos alegra poder ayudar a una dama tan encantadora. —Hizo un gesto galante—. Seguro que también es inteligente y que por eso se pregunta la razón de este baile.

—Pues... así es, majestad.

Él sacudió la cabeza.

—El joven lord Badfields... —Aguardó unos momentos—. Es posible que piense que estamos enfadados con él, y que podemos estar a punto de tomar medidas en su contra, por su descaro. —No se atrevió a replicar. Por suerte, el rey tampoco lo esperaba—. Puede estar tranquila. Solo queremos que le dé un mensaje de nuestra parte. ¿Lo hará?

—Por supuesto.

—Dígale, por favor, que contenga la lengua en el futuro. —A medida que hablaba, sus ojos se fueron endureciendo—. Si vuelve a faltarnos al respeto en

público, le aseguramos que no volveremos a ser tan benévolos.

Amable, sí, pero solo hasta cierto punto, y se le había acabado la paciencia. Quedaban advertidos. Ishbel asintió.

—Así lo haré, majestad. No os preocupéis.

—No lo haremos. —La hizo girar, siguiendo la danza, mientras la miraba de un modo incómodo. No carnal, exactamente, aunque sabía que a aquel hombre le gustaba mucho las mujeres y había tenido innumerables amantes. Había quien decía que guardaba un mechón de cabello de cada una de ellas, y que los tenía por miles. Pero, más que eso, era una mirada que recopilaba detalles aquí y allá, y con auténtico interés—. Es usted la hija pequeña de lord Dankworth.

Ah, claro. Por eso estaba tan intrigado. Su padre.

—Así es.

—La que iba a casarse con lord Kennerath.

«Oh, vaya». Recordó que Sloan le había dicho que el rey apreciaba mucho a Kennerath. Que le iba a dar un marquesado y más riquezas, para aumentar su poder como muestra de su aprecio. Así que, quizá, estaba allí para hacerle notar su real disgusto por la afrenta hecha a su amigo. Ishbel carraspeó. Debía tener mucho cuidado con las palabras.

—En realidad, no, majestad. Nunca me hubiese casado con él.

—¿Por qué no? —Entrecerró los ojos, como si ese gesto le fuera a permitir leer mejor en su alma cuando soltase una frase que estaba convencido de que la iba a impactar—. Vamos a darle mejor título, y riquezas.

—No es una cuestión de riquezas, ni de poder. No es un hombre que me agrade, al contrario. Sin embargo, a Badfields, le quiero. Le querría aunque no tuviese nada y trataré de hacerle feliz, durante toda su vida.

Él la miró con curiosidad, pero finalmente asintió con una ligera sonrisa.

—Muy bien. Podemos entender el deseo de casarse por amor.

¿Estaba pensando en aquella dama católica? A saber. Consideró mejor no replicar a eso. Cuanto menos hablase con él, mejor. El baile terminó y el rey la despidió, dándole las gracias por el delicioso tiempo compartido. Ishbel lo agradeció de igual forma y salió huyendo de allí. Le costó un gran esfuerzo caminar con tranquilidad, sin que se notaba que escapaba despavorida.

Como Lizzie estaba con unas amigas y Lettie seguía bailando, y no vio a ningún otro, tuvo que reunirse finalmente con la tía Hetty y la horrible lady Forrest, que seguían sentadas como reinas, en el mismo sitio. Ishbel bufó mentalmente. ¿Dónde se habría metido Arthur? ¡Iba a matarlo en cuanto se pusiera a su alcance!

—¡Ishbel! —la llamó la tía Hetty, agitando una mano con el abanico. Lady Forrest imitaba el gesto, con un pañuelo de encaje—. ¡Ishbel! ¡Ven aquí, querida! —Mientras se acercaba, la anciana se movió al sitio siguiente, para dejarle una silla en medio. Ishbel se sentó como si fuera al cadalso, aunque intentó disimular—. ¡Bien! ¡Cuéntanos, estamos deseando saber qué ha ocurrido!

—¿Ocurrido? —preguntó, desconcertada.

—¡Claro, niña! ¿Qué te ha dicho el rey?

—¿Está enfadado con Badfields? —pregunto lady Forrest.

Ah, claro. Así que les habían visto, pese a que por momentos la barrera de gente pasando ocultaba prácticamente por completo a los que bailaban en el centro del salón. Bueno, supuso que era normal. Seguro que todos los ojos de la sala habían seguido muy atentos aquel curioso baile. Que ella supiera, el rey no había invitado a ninguna otra dama a algo así.

—Un poco —reconoció—. De hecho, me ha pedido que le advierta que no

vuelva a hacer algo semejante, o no volverá a ser tan benévolo.

La tía Hetty asintió.

—No me extraña. —Parecía disgustada, y muy preocupada—. ¿A quién se le ocurre?

—¡Qué muchacho! —exclamó lady Forrest, aunque en su caso sonó casi admirativo.

—Sí. Siempre está rondando el desastre... —La tía Hetty agitó la cabeza—. ¿Habéis hablado de algo más?

Ishbel hizo memoria. Había sido un encuentro breve, tenso y no recordaba... Ah, sí. Claro que sí.

—De mi padre —contestó—. De sus... preferencias sobre mi matrimonio y las razones de mi decisión. Le he dicho que quiero a Badfields. Pienso que le ha gustado mi respuesta.

—Entiendo. Bien hecho, niña. —La miró, como preguntándose si continuar—. A tu madre... ¿lady Agnes?

—Así es, tía Hetty. —Sonrió—. Buena memoria.

—Gracias, querida, pero no tiene tanto mérito como pudiera parecer. Ya te digo que conocí bien a tu abuela. A tu madre, no tanto. La he visto pocas veces, aunque siempre que ha estado aquí he procurado visitarla, para saludar y recibir noticias de lady Janetta. Me temo que nunca le gustó Londres, igual que a tu abuela.

—No. Incluso menos que a mi abuela, si me apura, porque tampoco suele ir mucho por Edimburgo. —Sonrió, recordando a las dos mujeres que más quería en el mundo—. Así es mi madre, tía Hetty, ella prefiere el campo.

—Sí. Es sorprendente que se casara con su padre. Pasa mucho tiempo en Nottingham, pero todos saben que vive en Londres.

Ishbel rio.

—Hay una historia muy romántica al respecto.

—¡Oh, cuéntanosla! —exclamó lady Forrest, encantada.

—Bueno... Por lo que parece, mi padre llegó a Tùr Làidir siendo un joven, pidiendo hablar con mi abuelo.

—Kirkpatrick. Un reconocido jacobita —dijo la tía Hetty. Tenía gesto de reconvención y eso no le gustó, pese a que su abuelo había muerto cuando ella era tan pequeña, que apenas le recordaba. Solo tenía la impresión de que era un hombre tan grande como cariñoso.

Ishbel frunció ligeramente el ceño.

—Así es. Lo era.

—Y estoy segura de que tú tienes tus propias ideas al respecto. Pero es mejor que no nos metamos en política, querida, esas cosas existen para el entretenimiento de los hombres, nosotras debemos centrarnos en lo importante. Por favor, continua. Tu padre llegó, para hablar con tu abuelo.

Tenía razón. No era cuestión de ponerse a discutir las razones que llevaron a la batalla de Culloden, a las afueras de Inverness, en mil setecientos cuarenta y seis, el fin del sueño jacobita.

Al menos, para algunos. Su abuelo nunca perdió la esperanza.

—Sí, eso es. Al llegar, vio a mi madre, caminando por un campo de lavanda, cerca del lago. Siempre dice que se enamoró de ella a primera vista. Él iba a hablar con mi abuelo, y en esa reunión, le pidió su mano.

—Pues sí que es verdad. ¡Qué romántico! —suspiró lady Forrest. Ishbel sonrió, sintiendo que desaparecía algo del desagrado que le inspiraba aquella mujer. Solo era... rara. No era normal, estaba claro, aunque costaba un poco verlo. La primera impresión, simplemente, era que se trataba de una mujer

seca y mala.

—Lo es —asintió—. Ella aceptó, pero con la condición de que no se la obligase a vivir donde no deseara. A mi padre le pareció bien, juró que respetaría su voluntad, aunque la primera discusión familiar tuvo lugar cuando mi abuela se lo hizo poner por escrito, comprometiéndose a que, en caso de romper su palabra del modo que fuera, perdería toda su fortuna.

La tía Hetty rio entre dientes.

—Sí, algo así parece muy propio de lady Janetta.

—Desde luego. Desde entonces, no se llevan bien. —Agitó la cabeza—. Y si les digo la verdad, no sé por qué discutieron, a él le gustaba aquello. Le *gusta*. De hecho, se casaron y vivieron allí un tiempo, hasta que ella tuvo un hijo, mi hermano Sloan, y se quedó encinta de mí. Eran felices.

La anciana hizo un gesto afirmativo.

—Desde luego, siempre he oído comentar que lord Dankworth se desvivía por su familia, todo hay que decirlo.

—Así es. Mi padre es un hombre muy... dominante, pero nos ha cuidado, a todos.

—Como debe ser, aunque no siempre ocurra

Ishbel asintió.

—Luego, él empezó a ir y volver, y ella viajaba al sur a temporadas. Durante mi infancia, vinimos a Londres muy pocas veces, siempre para actos públicos en los que mi madre debía acompañar a mi padre. O por algo del estilo. Por lo demás, pasé casi todo el tiempo en Tùr Làidir, en Escocia o, como muy al sur, en Defiance Manor, nuestra mansión en Nottingham, la casa ancestral de los Puscat.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en Londres?

—Hará un par de años, porque mi padre insistió en que llevaba mucho tiempo sin verme. La verdad es que había pasado casi otro tanto...

—Me suena que estuviste enferma —dijo la tía Hetty.

—Ya lo creo que sí. Una gripe que me tuvo en cama varios días, prácticamente las dos semanas que había pensado quedarme aquí, porque quería volver a Tùr Làidir para el cumpleaños de mi abuela.

—Qué mala suerte.

—Desde luego... Jamás me ha dolido tanto la garganta, qué mal me sentía. —Suspiró, pensativa—. Mi padre se quedó en casa, ¿saben? Canceló todas sus reuniones de trabajo y estuvo sentado en un sillón junto a la cama durante días, leyéndome en voz alta cuando se lo pedía, como cuando era pequeña. —Recordó el modo en que ponía voces a los personajes de los relatos, sobre todo cuando eran fábulas con animales. ¿Cómo pudo, ese mismo hombre afectuoso y divertido, querer entregarla a lord Kennerath? Supuso que, como decía Sloan, pensaba que, a pesar de todo, era lo mejor para ella—. Tan cariñoso...

—Veo que ha sido un buen padre.

—El mejor —aseguró, sin resquicio de duda—. Tiene sus cosas, por supuesto, pero Sloan y yo le queremos mucho.

La tía Hetty asintió.

—¿Qué años tienes, niña?

—Veintitrés.

—¡Veintitrés! ¡Por el amor del cielo, menos mal que ya te has casado! Hace años que deberías haber asistido a las temporadas, querida. ¿También te gusta más el campo que la ciudad?

—No, en absoluto, no tengo preferencias. Y Londres me parece soberbio.

—Se encogió de hombros—. Supongo que soy más de estar donde se encuentra la gente que amo, sin más. —La tía Hetty parpadeó y la miró con incipiente cariño—. Hubiese vivido bien en Londres, pero mi madre... Ya les digo, siempre que le ha sido posible, ha vuelto a Tùr Làidir y me ha llevado con ella.

Lady Forrest la miró con los ojos muy abiertos, sin comprender.

—¿Cómo puede no gustar Londres?

—Hay gente para todo, Hermione, querida —le explicó la tía Hetty, sin explicar nada en realidad—. Ya te digo, a tu madre poco la he tratado, aunque siempre me ha resultado muy agradable. Más que tu padre, debo reconocer. Tu abuela, sin embargo... Hace muchos años, pasamos un tiempo muy cerca, la una de la otra, y casi diría que fuimos amigas.

Ishbel la miró con sorpresa.

—¿En serio?

—Por supuesto. Yo estaba muy sola en Edimburgo, mientras Palmer, mi segundo esposo, andaba de un lado a otro, ocupado en sus asuntos. Palmer era un buen hombre, muy... diplomático, ¿sabes? Pero la situación en la zona estaba muy complicada. Los escoceses sois... escoceses.

Ishbel no pudo evitar una sonrisa.

—Nunca nadie lo ha dicho mejor.

—Así es. Y yo era una inglesa allí, en un ambiente que muchas veces, por muy protegida que estuvieses, se volvía hostil. Tu abuela me apoyó y me protegió, fue mi baluarte... mi Tùr Làidir, decía ella. Fue muy amable conmigo. Por eso, ahora espero que tú me permitas serlo contigo.

Ishbel parpadeó, emocionada.

—Por supuesto, tía Hetty.



La tía Hetty suspiró. Inclino la cabeza a un lado.

—No eres la opción que tenía pensada para Badfields, pero sin duda eres una excelente candidata. Estoy muy contenta de que te eligiera a ti.

—Gracias. —Sonrió—. Creo que...

De pronto, a pocos metros, surgió repentinamente un hombre de entre la multitud. Era uno de los camareros. Al abrirse camino, tropezó con el pie de alguien y dio varios pasos en su dirección, de tal modo que pareció que se iba a caer sobre ellas. Por suerte, recuperó el equilibrio a tiempo y se le plantó delante, intentando recobrar la compostura.

—¡Oh, Dios, pero qué susto me ha dado, joven! —le dijo la tía Hetty. Lady Forrest le frunció el ceño.

—Y a mí. ¡Haga el favor de no avasallar!

—Lo lamento, miladies —dijo el muchacho, rojo como un tomate. Era muy joven y tenía una nariz descomunal—. He tropezado. Mis disculpas. —La miró a ella—. Lady Badfields, lord Badfields le pide que acuda a su lado. Si fuera tan amable de seguirme, por favor.

—Oh, claro. Sí, por supuesto, voy. — Se puso en pie y le miró perpleja—. ¿Ocurre algo?

—No lo sé, milady —se excusó el joven—. Solo me ha pedido que le diga eso y que la lleve con él.

Ishbel dirigió los ojos alrededor, pero no pudo ver a Arthur entre el gentío. Aunque, pensándolo bien, hubiese sido un milagro.

—Vamos, entonces... —Sonrió a las dos ancianas. Quizá Badfields la había visto de lejos y había pensado que estaba agobiada, atrapada entre ellas. Sí, debía ser algo así, aunque, al final, había disfrutado de la charla. Se alegraba de haber congeniado con la tía Hetty y de haber descubierto que era amiga de su abuela—. Les ruego que me disculpen.

—No sé si deberíamos ir contigo y... ¡Oh, mira, Hetty! ¡Lady Roselynn Cherthaway se ha sentado en la silla que acaba de abandonar lord Mainriver!

—Da la impresión de estar mareada —dijo lady Morton. Extendió su abanico y empezó a agitarlo—. Lo que no me extraña, con este bochorno. Hay demasiada gente aquí. ¿Por qué no abren las puertas del jardín, al menos? —le preguntó al muchacho.

—Creo que lo hicieron, milady —replicó él—. Pero algunos invitados se quejaron de que entraba frío.

—¿En serio? ¿Y no podrían apartarse de la corriente? Qué poca iniciativa tienen algunos. Está claro que no puede estar una en todo.

—¡En todo caso, eso da lo mismo, querida! —le dijo lady Forrest, que seguía a lo suyo—. ¡Sabes tan bien como yo que nunca hay que sentarse en el asiento que acaba de dejar un caballero! ¡Por favor, si todavía debía estar caliente! ¡Es totalmente impropio! ¡Si una se encuentra mal, es mucho más delicado desmayarse y caer al suelo!

La tía Hetty miró a su cuñada con una expresión indescifrable.

—Hermione...

Ishbel suspiró, le hizo un gesto al camarero y se alejó de allí. Siguió al muchacho por todo el salón, a veces abriéndose paso como podían. ¡Por Dios, aquello era exagerado!

Por suerte, el camarero cruzó una puerta y salieron por a un pasillo que también tenía gente moviéndose de un lado a otro, pero menos. Giró a la derecha y la llevó hasta la habitación que había al fondo. Una salita circular, con estanterías llenas de libros alternadas con ventanas y expositores de armas, algunas colocadas directamente en la pared: escudos, espadas cruzadas, dagas... En el centro había una mesita redonda, con un jarrón de cristal y un gran ramo de flores variadas.

—Espere aquí, milady —le dijo el muchacho, y salió, cerrando la puerta.

Ishbel se quedó un momento quieta, demasiado sorprendida como para saber qué hacer. Qué extraño. Pero siempre le había gustado leer, así que aprovechó el momento para echar un vistazo a los textos ordenados en las estanterías, mientras esperaba. Había un poco de todo, en su mayoría libros de historia. Muchos títulos hacían referencia a guerras y batallas.

Sintió algo a su espalda, y se volvió.

En el umbral estaba lord Kennerath, con su expresión brutal, aunque más furiosa que de costumbre. Ishbel abrió la boca.

—Esto... —consiguió balbucear—. Discúlpeme, milord. Creo que ha habido una confusión. —Dio un par de pasos, para indicarle que deseaba salir, que debía apartarse, pero no lo hizo. Ishbel se detuvo y alzó la barbilla, negándose a permitir que la viera asustada—. Déjeme pasar —ordenó, con voz fría. Lord Kennerath no se movió. No dijo nada—. ¿Qué quiere?

Él hizo una mueca.

—¿Sinceramente? —Terminó de entrar y cerró la puerta, con un golpe rotundo—. Retorcerte el pescuezo, niña estúpida y malcriada.

Ella abrió mucho los ojos. Vale, quizá no fuera capaz de impedir que la viera asustada. Pero eso no quitaría el hacerle frente. Apretó los puños.

—¿Cómo se atreve?

—¿Cómo te has atrevido *tú*? —La señaló con un dedo—. Tu padre y yo ya teníamos un acuerdo. Casándome contigo afianzaba mi posición. ¿Y qué has hecho? Meterte en la cama de Badfields, como la mitad de la población femenina de Londres. La otra mitad, o es muy joven o demasiado anciana.

—¡Quítese de mi camino! —Empujarle no tenía ningún sentido, era mucho más grande y recio que ella. Frunció el ceño, a ver si le intimidaba.

—¿Quitarme? Debería azotarte con mi cinturón. —Avanzó hacia ella y lanzó una mano al frente, para cogerla, pero Ishbel fue rápida y saltó atrás. Llegados a ese punto, optó por mantener la distancia, asustada, usando la mesa del centro como obstáculo entre ambos—. Debería darte una lección que no olvides jamás. Quiero que te quede clara una cosa: de mí nadie se ríe impunemente.

—No he pretendido reírme, pero no quería casarme con usted.

—¿Y desde cuándo la opinión de una niña ignorante tiene algún valor en un tema de negocios?

—¡No era un tema de negocios, era mi maldito matrimonio! —Se detuvo, y le enfrentó—. Pero ¿qué se ha pensado? No consiento que ni usted ni nadie decida por mí. Ni siquiera mi padre.

Se oyeron voces fuera. Ella hizo amago de ir hacia allí pero lord Kennerath la volvió a interceptar y solo pudo moverse para poner la mesa en medio.

—Escucha bien mis palabras, porque son un augurio del futuro que te espera —dijo él. Alzó un dedo—. Primero, vas a lamentar haberte casado con él. —Otro más—. Luego, te libraré piadosamente de la carga que supone y, entonces, *entonces* —añadió un tercer dedo—, te casarás conmigo. Y te haré pagar, cada noche, el que no hayas llegado virgen a mi cama.

Ella se estremeció, horrorizada.

—¿Cómo se atreve? Está delirando. ¡Ha perdido la cabeza por completo!

—Quizá. Pero te aseguro que no voy a quedarme fuera de lo que se avecina. Estaré ahí, como parte de la familia más importante de Inglaterra.

—¿De lo que se avecina? ¿Qué está diciendo?

—No te importa. ¡No es asunto tuyo! ¡Las mujeres solo servís como medio para sellar pactos y, tú, maldita, sellarás este!

La puerta se abrió. Había un grupo de gente, mirándoles escandalizados y con censura. Lord Kennerath y ella no estaban haciendo nada censurable, pero se encontraban solos. Eso, de por sí, hubiese podido provocar una catástrofe. De haber sido una joven soltera, hubiese tenido que casarse con él de inmediato, si quería conservar mínimamente intacta su reputación.

—¡No se atreva a amenazarme, lord Kennerath! ¡Ni a considerarme un medio para sus intereses!

—¿No? —Sonrió. Qué miedo daba, tan grande, tan fornido. Tan calvo y con esa expresión de bestia demoniaca. Y la voz atiplada, aunque generalmente resultaba ridícula, a ratos causaba una impresión inquietante—. Espera y verás. Tu padre te ha criado con demasiados miramientos. Yo te azotaré hasta domarte, zorra.

Oyó exclamaciones en la puerta. Creyó que era por esa amenaza y el insulto, pero, al captar un movimiento de reojo, miró hacia allí y descubrió que también estaba Arthur.

Su marido la miró con una sonrisa fría que se heló todavía más cuando se dirigió hacia lord Kennerath.

—Lamento interrumpir —dijo—. Si es que interrumpo algo, claro. Pero me gustaría recuperar a mi esposa. —Río—. Suena bien, ¿verdad? *Mi. Esposa* —repitió, con firmeza.

Kennerath le miró con ojos entrecerrados. Dio un par de pasos hacia él.

—Esta vez, Badfields, ha cruzado todo límite. Ni se imagina lo que ha hecho. —La señaló—. Esa mujer es mía.

—¿Suya? —Negó con la cabeza—. No. Pero la cuestión es por qué se pone así. A ambos nos consta que Ishbel no le interesa en absoluto.

—Ni a usted tampoco. Y ambos nos conocemos, somos compañeros de mil burdeles, no le veo capaz de perder la cabeza solo por estar encoñado con una

mujer. ¿Por qué lo ha hecho? —Alzó una mano—. Déjelo, me da igual. Me es indiferente, por completo. Se ha interpuesto en mi camino y va a pagarlo caro.

—Deje de decir groserías. Y de amenazar. Ya que estamos, le daré un consejo: suele resultar más efectivo en pequeñas dosis. Por ejemplo, si yo ahora le digo que no vuelva a acercarse a mi esposa o me encargaré personalmente de darle tal paliza que ni su madre podrá reconocerle, seguro que queda más contundente que todo lo que ha dicho usted.

Kennerath soltó una carcajada.

—Idiota. Se cree que porque esa fulana...

Antes de que a ella le diera tiempo a reaccionar, Arthur ya se había lanzado a por él. La gente empezó a gritar mientras le daba un buen puñetazo, lo bastante fuerte como para empujarle girando, hasta dar contra la mesa. El mueble se tambaleó y el jarrón se volcó, cayó al suelo y se rompió; sus trozos se esparcieron por todas partes, junto con las flores y el agua que había contenido.

Lord Kennerath se llevó la mano a la nariz. Se la había roto y sangraba profusamente. A Arthur no parecía importarle. Le señaló con un dedo.

—No vuelva a hablar así de mi esposa. Es más, no vuelva a hablar de ella, nunca.

—Hijo de puta. —Se revolvió contra él, que no intentó apartarse, solo prepararse para la embestida, y le enganchó. Ambos hombres, aferrado cada uno a la chaqueta del otro, forcejearon por la sala, intercambiando ocasionalmente algún golpe, mientras Ishbel les pedía a gritos que parasen.

No lo hicieron por sí mismos. A saber qué hubiera pasado, porque, en uno de los choques contra la pared, lord Kennerath cogió una de las dagas que estaban allí colgadas y a punto estuvo de apuñalar a Arthur. Por suerte, él consiguió engancharle de la muñeca. Ishbel también fue hacia allí y le ayudó a sujetarle.

—¡Muérdele! —le gritó Arthur. No le hacía mucha gracia, pero obedeció. Aun así, lord Kennerath se negaba a soltar el arma.

De pronto, entraron en la sala varios individuos y los sujetaron, y tiraron de ellos hasta separarlos, por la fuerza. Con el impulso, empujaron a Ishbel, que cayó sentada al suelo y resbaló un par de metros sobre la madera brillante, empapada de agua.

—¡Quietos! —se oyó. Y, luego—. ¡Quietos, en nombre del rey!

Ishbel miró, pálida, hacia la puerta. La gente del umbral se había apartado a los lados para dejar paso al monarca, que los miraba con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—Pero... ¿qué demonios está pasando aquí? —preguntó, furioso. Se fijó en la sangre, en la daga, en las ropas descompuestas de ambos hombres—. ¿Se puede saber qué clase de comportamiento es este, y más para dos caballeros tan importantes del Reino Unido? ¿Este es el ejemplo que han decidido darle al pueblo llano? Porque no es necesario que se esmeren, en absoluto, ya conocen bien la lección. Peleas de esas hay a diario en cualquier callejón, taberna o burdel.

Arthur y lord Kennerath dejaron de forcejear con los hombres que les retenían y guardaron silencio, los dos mirando al suelo. Ambos jadeaban y tenían aspecto de estar muy enfadados.

Ishbel se puso en pie y se adelantó.

—Majestad, yo...

No fue buena idea. Atrajo la atención real sobre sí misma y, con ella, todo su enojo.

—Lo sabemos, lady Badfields. *Usted*. Nos consta sobradamente, no se preocupe. —Apretó los labios y volvió a centrarse en los hombres—. Vamos a dejar el asunto en que había una cuenta pendiente que solucionar entre ustedes,

y ya se han intercambiado las cortesías necesarias al respecto. Pero no queremos ningún otro incidente por este asunto ni por ningún otro. ¿Entendido? ¿Les queda claro? Ni ahora, ni nunca más. —Esperó, pero no hubo respuesta—. No les oímos, caballeros.

—Sí, majestad —contestó lord Kennerath, con voz contenida.

El rey miró a Arthur, hasta que él asintió, a regañadientes.

—Sí, majestad.

—Muy bien. Perfecto. —Dio unas palmadas—. Ahora, volvamos a la mesa de juego. ¡Y será mejor que alguien nos dé buenos naipes al repartir, o vamos a empezar a enojarnos de veras!

Salió y la mayor parte de los presentes fueron tras él, aunque se quedaron los hombres que habían separado a Kennerath y Arthur, quizá para asegurarse de que no volvieran a enfrentarse, arriesgándose a suscitar la cólera real. Pero no era algo que tuvieran en mente, al menos de momento.

Lord Kennerath les fulminó con la mirada.

—Ya descubrirá cómo es usted realmente. Lo va a descubrir —dijo, y también se fue, controlando la hemorragia con un pañuelo.

—Idiota... —murmuró Arthur, y la miró—. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. Gracias. —Se estremeció—. Ese hombre está loco. Me ha traído aquí con engaños y me ha dicho unas cosas horribles.

—Será mejor que no me las cuentes. Con las que he oído, tengo bastante. —Arthur se sacudió la ropa, se pasó las manos por el pelo, para arreglarlo en lo posible, y le ofreció el brazo—. Vámonos a casa, anda.

—Sí, por favor. —También asintió con la cabeza, sintiéndose infinitamente cansada. Se agarró a él, con un suspiro. En esos momentos, comprendía a su madre mejor que nunca y echaba de menos la paz de los paisajes de Tùr Làidir



— Suficiente fiesta para mí, por una larga temporada.

## Capítulo 14

Los días pasaron muy veloces aquella primavera.

El resto de abril se fue casi sin sentirlo, y lo mismo ocurrió con mayo. A finales de ese mes celebraron el veinticuatro cumpleaños de Ishbel con una gran cena con baile, y, poco después, a primeros de junio, el de su padre, lord Dankworth. La suya no fue una fiesta tan tumultuosa, porque el homenajeado insistió en que no quería nada demasiado ostentoso, pero acudieron gentes de la política, las artes y las letras.

Lord Manderland, el padre de Arthur, acudió a las dos fiestas, aunque en la primera ni siquiera se acercó a saludarle. Pero, para sorpresa de todos, a la celebración de Dankworth llegó acompañado de su esposa, lady Margaret. Lo hizo, claro, para poder insistir en que fueran a visitarles a Manderland House. Arthur la saludó y luego trató de evitarla en lo posible, pero ella terminó interceptándole junto a las mesas de las bebidas.

—Venid a cenar, cuando os convenga —le suplicó, sin importarle que se notase su ansiedad—. Tu padre y tú debéis arreglar las cosas, Arthur. ¡Debemos estar unidos para buscar a Minerva!

Arthur asintió, incómodo, empeñado en mantener los ojos en su copa de champán.

—Sí, madre. Prometo que iremos pronto.

En lo que a él se refería, eso podría ocurrir en algún momento de un futuro muy lejano, de llegar vivos a él. Si es que alguna reunía los ánimos suficientes como para soportar esa casa durante toda una cena, o simplemente para volver

a estar tanto tiempo a solas con ellos.

Quizá se notó, porque pudo sentir la reprobación de Ishbel, que se encontraba a su lado y había captado perfectamente esos pensamientos; pero, claro, ella no lo entendía.

Estaba tan lejos de hacerlo, que se atrevió a intervenir.

—Iremos mañana mismo, si a ustedes les parece bien —le dijo con una sonrisa a lady Margaret, ignorando por completo tanto la mirada de advertencia de Arthur como su ceño fruncido. La madre de Arthur la miró con agradecimiento.

—¡Sí, por favor! Mañana, entonces. ¡Gracias, querida! —La besó en la mejilla, y también a Arthur, antes de volver con su marido.

—No vuelvas a hacer algo así —masculló Arthur, seco. Ishbel le miró con curiosidad.

—¿Por qué no?

Él hizo un gesto vago. Ni siquiera quería hablar de aquellas cosas, le afectaban demasiado. Por suerte, otros invitados requirieron la atención de su esposa, que hacía las veces de anfitriona, y pudo quedarse solo.

Arthur caminó entre la gente. No buscaba nada en especial, pero se detuvo al divisar a su suegro, en el centro de un grupo de damas y caballeros que aparentaban estar muy interesados en lo que decía. Dankworth estaba alardeando de poseer un pergamino egipcio policromado, algo precioso y en un estado excelente, pese al tiempo que había transcurrido desde que lo crearon. Recordó que el propio Rutshore lo había autenticado meses antes, como algo creado en la época de un Amenhotep que Arthur ya no recordaba, miles de años antes.

Incluso, gracias a los avances de Champollion en el estudio de los jeroglíficos, habían podido traducir el texto, que había resultado ser algo

semejante a una poesía amorosa. Por supuesto, al oír aquello, todo el mundo quiso verlo, sobre todo las damas, y Dankworth se encaminó hacia su despacho.

Arthur había registrado innumerables veces ese lugar desde su llegada a Dankworth House, y nunca había visto semejante pergamino. Por lo tanto, dedujo que solo podía estar dentro del arcón reforzado en el que Dankworth guardaba sus mayores secretos, lo único que no había podido abrir.

Esa era su oportunidad. Se disculpó discretamente con las dos damas con las que había estado medio hablando medio flirteando, y fue tras él.

Dankworth entró en su despacho y cerró. Arthur miró alrededor, asegurándose de que no había nadie en el pasillo, y entreabrió con cuidado.

El despacho era un rectángulo que se extendía a la derecha de la puerta. Por lo tanto, con solo abrir un poco, pudo ver casi todo: el impresionante escritorio, la gran bola del mundo, las estanterías que cubrían la mayor parte de las paredes, repletas de volúmenes encuadernados en cuero con letras doradas, uno de los grandes ventanales... Dankworth se encontraba junto al arcón reforzado. No le vio a él, porque Arthur no hizo ningún ruido y le tenía de espaldas. Su suegro estaba sacando una caja alargada, de madera brillante. Luego, cerró el arcón, sacó de su sitio una de las molduras rectangulares de la repisa y guardó la llave detrás, en un pequeño gancho.

«¡Estupendo!», se dijo Arthur. Allí lo tenía, por fin, a su alcance. Cerró sigilosamente, regresó corriendo al salón y, para cuando Dankworth volvió, estaba hablando con las mismas damas, diciéndoles las mismas tonterías. A ellas tampoco pareció importarles.

Pero, desde ese momento, Arthur no pudo pensar en otra cosa. Apenas prestó atención al famoso pergamino, y eso que era realmente bonito, con el dibujo de una pareja joven, tan bella como exótica, intercambiándose miradas de amor y flores en lo que parecía un hermoso jardín.

Y la poesía, traducida por Rutshore, no podía ser más romántica.

*A mi amada divisé en su jardín,  
al otro lado del río.*

*Había un cocodrilo entre nosotros,  
en un banco de arena.*

*Ella quiso venir,  
metió los pies en el agua,  
pero yo le hice gestos.*

*¡No, no, yo iré hacia ti, mi amada!*

*¡Enfrentaré al cocodrilo,  
y te llevaré mi amor!*

*Su rostro me daba fuerzas.*

*Nuestras manos se han unido.*

*Nos entregamos flores y besos.*

*Nunca le romperé el corazón.*

Mientras escuchaba aquellos versos milenarios, la obra de alguien que contempló un mundo muy distinto al que ellos estaban viviendo, los ojos de Arthur se encontraron con los de Ishbel. Ella le sonrió, aunque algo insegura, porque últimamente, aunque no había vuelto a salir a jugar y beber tanto como antes, sí pasaba sus buenas horas en Brooks's y había continuado con su labor contra Dankworth. Como conclusión, se habían distanciado bastante.

Normal. Ishbel empezaba a resentirse por su conducta errática: no soportaba que Arthur se comportase como un idiota cuando estaba delante su padre, que se mostrara caprichoso a la hora de comer o vestirse, que pasase demasiadas horas en el club, con sus naipes y sus apuestas, y, mucho menos,

que fuese un holgazán a todas horas...

Ishbel había intentado razonar con él en alguna ocasión, y Arthur no dejaba de lamentar disgustarla de ese modo, pero no podía permitirse actuar de otra manera. Estaba allí interpretando un papel y por una razón concreta, no para jugar a ser el esposo de la feliz hija de Dankworth, sino para dejar claro que era el hombre que la poseía y podía dañarla. Eso había provocado ya sus primeras peleas, y seguro que traería alguna más. Era algo inevitable.

Curiosamente, esa noche Dankworth estaba situado en un punto entre ellos, como el cocodrilo del poema, la bestia que suponía un obstáculo casi insalvable entre los dos enamorados. ¿Podría llegar a ella? ¿Tendría la fuerza, el coraje? ¿La audacia de intentarlo?

¿Y le rompería el corazón? Probablemente. Pero no se veía capaz de detenerse en aquella búsqueda.

Por eso, porque no podía parar y por fin veía un camino, apenas pegó ojo esa noche. Se pasó las horas esperando con impaciencia que llegase la madrugada, ese momento mágico en el que el tiempo perdía todo sentido, tras tantas horas de oscuridad y silencio.

Cuando Arthur se levantó, sigilosamente, todavía no había luz, quedaba como media hora para el amanecer, pero era una noche bastante clara, y su resplandor le permitió guiarse sin mayor problema en el cúmulo de formas oscuras del dormitorio. Tutú suspiró, alzó la cabecita y él le acarició, para que se quedase quieto. El perrito, que ya estaba acostumbrado a sus correrías nocturnas y sabía que no tardaría en regresar, volvió a acomodarse y a cerrar los ojos.

Arthur se movió por la habitación sin levantar ningún ruido y se vistió, con dedos impacientes. Lo había dejado todo preparado para poder moverse sin luz y, en pocos minutos, estuvo listo. Se dirigió a la puerta pero, cuando estaba a punto de salir, recordó una de sus precauciones básicas y volvió hacia la

mesilla, para coger la vela de la palmatoria.

Se la guardó en el bolsillo, sin poder evitar lanzar un vistazo a su esposa. Ishbel seguía profundamente dormida, desnuda, enredada en las sábanas. Vislumbró su forma, de lado, el precioso pecho a la vista, igual que una de sus piernas, recogida en una postura de lo más sensual.

¡Qué mujer más bella! Y, al menos de momento, era toda suya. No podía negar que, en ese aspecto, era un hombre afortunado. Tuvo que contenerse para no volver a quitarse la ropa, besarla y dedicarse a cosas más placenteras que lo que tenía previsto hacer.

Definitivamente, se había enamorado.

¡Qué desastre! ¿Cómo había permitido que se le fueran las cosas de las manos, hasta ese punto? A veces pensaba que estaba perdido.

Ahora, ya tenía dos cosas que desear con todas sus fuerzas: el regreso de Minerva y que ese matrimonio que había empezado tan mal, sobreviviese a la hecatombe que se avecinaba. Y ambos objetivos le parecían igualmente difíciles.

Fue hacia la puerta, salió sigilosamente y bajó al vestíbulo. Desde allí, se dirigió hacia el despacho de Dankworth. Estaba muy oscuro, pero no encendió la vela, no quería alertar a nadie de esa excursión nocturna. Además, a esas alturas, tras tantos intentos previos, conocía bien el camino.

Rápidamente, entró y cerró la puerta. Entonces, sí, fue hacia la mesa y encendió la vela que llevaba, la de su mesilla. Había decidido hacerlo así, desde la primera noche en que se decidió a registrar el despacho, por si acaso Dankworth era de los que comprobaba si había más o menos cera en su candelabro. Arthur se sentía especialmente satisfecho de sí mismo. Algún día se lo comentaría a lady Miranda, la madre de Harry. Había sido espía, primero para los franceses y luego para los ingleses, durante la contienda con Bonaparte. Seguro que ella sabría reconocer su astucia y felicitarle.

«Déjate de tonterías, y a lo importante», se dijo. Miró a su alrededor. El escritorio estaba cubierto casi por completo por los documentos y libros en los que estaba trabajando. Leyes, propuestas, todo el tema político al que Arthur estaba acostumbrado por James. Nada que le interesase, en todo caso.

Sus ojos se dirigieron hacia el cajón reforzado situado a un lado, casi oculto a la vista.

Fue a la repisa, buscó el trozo de moldura que podía extraerse y lo sacó de su posición. De no haber encontrado la llave tras ella, se hubiese llevado un buen chasco. Pero, por suerte, allí estaba.

Abrió el arcón reforzado y acercó la vela para comprobar los tesoros de Dankworth. Hacía tiempo que no le latía tan rápido el corazón. O por causas que no tuvieran nada que ver con Ishbel Puscot.

Allí dentro estaba la caja que contenía el pergamino egipcio. También había dinero, en billetes y en bolsas, unas cantidades enormes, todo bien ordenado a un lado, así como pagarés por rellenar y otros documentos bancarios. Libros de contabilidad, tratados políticos, borradores de leyes o algo así... Empezaba a perder la esperanza de encontrar algo realmente útil, cuando sus ojos se detuvieron en una carpeta negra, llena de documentos.

La sacó para mirarlos. ¿Qué era aquello? Un listado de nombres, encabezado por una estrella de seis puntas, con la mitad superior en blanco y la inferior en negro. También había varios papeles con aspecto de ser cartas, todos escritos en algo que podía ser una lengua extraña, aunque tenía más pinta de estar codificado.

¡Codificado! Maldito fuera. Algo tendría que ocultar, para andar haciendo esas cosas.

Entonces, vio las dos líneas, bajo la estrella.

*La Estirpe es el principio y el final de todo.*



*La Estirpe lo es todo.*

¿La Estirpe? ¿Dónde había oído eso? Asintió para sí mismo al recordar la vez que Ishbel mencionó ese nombre. Ella no había querido reconocerlo, pero ahora quedaba claro que se lo había oído a su padre.

¿De qué iría aquello? Decidió leer con cuidado la lista de nombres. Cuando, casi de inmediato, sus ojos se toparon con el de su padre, el duque de Manderland, situado en las primeras líneas, parpadeó, con una extraña sensación de alarma.

Miedo.

¿Por qué estaba allí? ¿Qué significaba todo eso? Nunca se lo había mencionado aunque, claro, jamás compartía con él nada que fuera importante.

El resto... Conocía a muchos de ellos, eran nobles poderosos. Algunos, incluso podía calificarlos como amigos suyos, otros no tanto, y a muchos los detestaba, como a lord Kennerath, pero eran gentes con las que tenía un trato bastante habitual.

Sus ojos volvieron a la estrella, con la sensación de que había algo familiar en ella. Tardó un par de segundos de más en darse cuenta de que, en realidad, estaba formada por dos coronas, la que estaba dibujada hacia arriba, en blanco, la que estaba invertida, en negro.

¿Dónde había visto una corona negra de tres puntas, cabeza abajo?

Al recordarlo, se sobresaltó. ¿Estaba en la firma de la amenaza que había recibido James! ¿Qué podía significar eso? ¿Qué relación tenía aquella Estirpe o lo que fuera, esa gente, algunos de los nombres más influyentes de la sociedad de Londres, con el «Rey en la noche»? No conseguía entenderlo, tenía la cabeza demasiado embotada por el cansancio.

Estaba considerando la posibilidad de copiar el listado de nombres, y también una de las páginas encriptadas, aunque no estaba seguro de qué podría

hacer con ella, más allá de consultarlo con James, cuando oyó un ruido.

Voces. Alguien hablaba, en alguna parte. Claro, se había enfrascado demasiado tiempo en los documentos y se había hecho tarde: la casa empezaba a despertar. Miró hacia la ventana. Efectivamente, había amanecido y bien sabía que Dankworth y Sloan eran de madrugar mucho. Tenía que irse, ya se había arriesgado demasiado. La desesperación por conseguir resultados empezaba a volverle temerario.

Rápidamente, apagó la vela y se la guardó en el bolsillo, junto con una de las páginas llenas de símbolos extraños, una que escogió al azar. Con un poco de suerte, como había varias, tardarían en descubrir su falta. Se la pasaría a James en cuanto le fuera posible.

Devolvió todo al arcón, cerró con llave, colocó la moldura y se dirigió hacia la puerta. Pero, entonces, se abrió. Apenas le dio tiempo a saltar hacia la derecha, a cubierto, y esconderse tras los cortinones de la ventana.

—... y no te consiento que me lleves más la contraria —estaba diciendo Dankworth a alguien—. Asunto concluido.

—No, en absoluto. —Su acompañante era Sloan. Arthur no se sorprendió—. Tiene que entenderlo, padre, esa mujer no solo no me interesa: la detesto. Además, yo ya tengo mis preferencias.

—¡Sloan! —exclamó su padre, levantando la voz. Silencio, durante unos momentos. Estaban enfadados—. Ishbel y tú sois un par de desagradecidos. Tu hermana se casa con ese tunante sin mi permiso y tú... ¿Te niegas de verdad a formalizar un compromiso con la mismísima hija del duque de Wallard-Stoneport? ¿Lo dices en serio?

—Por completo. Si fuese la pequeña, todavía... Pero, a la mayor, a lady Eve, no la aguanto. Me desagrada hasta el sonido de su voz, es cavernoso, y mira que le encanta hablar.

—Si te casas con ella podrás ordenarle que se calle.

—Prefiero alejarme lo más posible, si no le importa. Con eso, consigo no oírla sin tener que verla.

—¿También te parece fea? Pues me da igual. Harás lo que se te diga y se acabó. Ahora, vete, déjame solo. Voy a trabajar un rato antes del desayuno. Alguien de esta familia tendrá que hacerlo.

—Que yo sepa, yo no me paso el día haraganeando como Badfields. —«Vaya, qué bien», pensó él. Claro que no podía culparle. Era la imagen que siempre había buscado crear. Otro detalle que debería contarle a la bella lady Miranda—. Pero ya le dejo. También tengo cosas que hacer.

Oyó sus pasos, hacia la puerta, pero Dankworth le llamó en el último momento.

—Sloan... Sloan, espera, por favor. Lo siento. Sé que te esfuerzas mucho, pero en este asunto, no estás pensando con la cabeza, sino con el corazón, o con otras partes del cuerpo.

—¡Padre!

—¿Qué? Ambos somos hombres y yo no soy tonto. Me consta que buena parte de tu negativa se debe a una de las gemelas Keeling, una de las hermanas pequeñas de Gysforth.

—No, no tiene nada que ver con ella, sino con mi desagrado por lady Eve, ya se lo he dicho. Me negaría en redondo aunque no hubiese conocido a nadie que me despertase ningún sentimiento. —Se percibió su titubeo—. Pero lady Letizia Keeling, sí, me interesa. Mucho.

—Es una lástima, porque no puedes complicarte con esa muchacha. Tienes una responsabilidad con nuestro linaje.

—Padre...

—No. Que te quede muy claro. Acuéstate con ella, si quieres, para librarte

del escozor que provoca la juventud, esa sensación de que la sangre está ardiendo en las venas. Bien lo conozco, no creas. Acuéstate con las dos malditas gemelas, juntas o por separado, me da igual, como si las deshonras públicamente.

—¿Qué? ¿Cómo se atreve...?

—No seas ridículo, muchacho. Me atrevo porque sé que, en esta vida, solo vale lo que importa a largo plazo. El amor se difumina, se desvanece. ¿Vas a basar en eso algo tan importante como un matrimonio? No. ¡No, Sloan! Disfruta, si ese es tu deseo, yo te respaldaré frente a Gysforth de cualquier acusación y ante cualquier instancia. Pero no puedes plantearte ningún compromiso formal con lady Letizia, tenlo siempre muy en cuenta. Y no solo porque un enlace así no aportaría nada a nuestra causa, sino porque su hermano es uno de mis mayores adversarios.

—Nada de eso tiene que ver conmigo. ¿No se da cuenta? No me interesan nada sus asuntos, padre. Ni sus intrigas, ni los enemigos que va cosechando con ellas. ¿Quiere que le sea sincero? Pues bien, sus absurdas pretensiones me parecen infantiles y totalmente fuera de lugar, por completo. Y estoy seguro de que, si persiste en ellas con ese grupo de locos que ha formado, nos llevarán a la ruina y el nombre de Puscat será arrastrado por el lodo hasta terminar en el cadalso. ¡Pero, claro, aquí el jovenzuelo con quemazón en la sangre, soy yo!

Un golpe, seguramente un puñetazo en la mesa.

—¡No te atrevas a utilizar ese tono conmigo! ¡Ni a comparar ambas cuestiones! ¡Nuestros derechos dinásticos no son un asunto baladí, como pueda serlo una mujer, demonios! ¡Es una cuestión de sangre, de ley! ¡De justicia! ¡Recuperaré lo que me pertenecía, lo haré aunque me deje la vida en ello! Y tú, Sloan, eres mi heredero y debes asumirlo.

—Nunca.

—¡Asististe a la Iniciación! ¡Todos esperan que te tomes con seriedad tus

obligaciones!

—Asistí a la Iniciación porque usted me lo ordenó, y porque no entendía la auténtica dimensión de todo ese asunto, padre. Debió decirme que pretendía convertirme en un traidor.

—¿Eso piensas? ¿En serio? ¿Que los traidores somos nosotros?

—¿Qué otra cosa voy a pensar? Yo nací en esta ciudad, pero llevo sangre escocesa. Mi familia materna es católica, pero yo fui bautizado anglicano. Tengo un poco de cada aspecto de esta Inglaterra confusa en la que vivimos, y me siento muy orgulloso de ello. Pero, por mucho que usted insista, nada de eso me otorga ningún derecho sobre nada.

—¿Cómo que no? Lo sabes tan bien como yo, conoces la verdad de la Estirpe. Eres mi hijo. Estás el primero en la maldita línea de sucesión. Deberías ser el próximo rey de...

La voz se silenció de repente. Arthur frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando?

—No vuelva a hablarme de eso —dijo entonces Sloan—. Nunca. ¿No se da cuenta de que es una locura que nos llevará a la perdición? ¿Quiere que Ishbel tenga que ver cómo nos ejecutan? No, padre. No comparto su sueño ni deseo su regalo. Ni, mucho menos, lo que tendríamos que hacer para conseguirlo.

Hubo un momento de silencio helado.

—Muy bien. Lo dejaremos estar de momento. Ya entrarás en razón. Vete. —Sloan se fue, oyó sus pasos. Rezó para que también lo hiciese Dankworth, pero nunca se le había dado bien lo religioso.

De pronto, una mano apartó los cortinajes y se encontró frente a frente con su suegro.

—Badfields —dijo Dankworth. Afirmó la mandíbula—. ¿Por qué será que

no me sorprende?

—Eh... Perdón. Buscaba la biblioteca —empezó, de un modo vago. Qué excusa terrible—. Pero me perdí.

Dankworth entrecerró los ojos. ¿Qué iba a hacer, matarle? Quizá. Había oído lo suficiente como para suponer que estaba involucrado en algún movimiento traidor a la corona, y actual, no algo relacionado con Bonaparte. Incluso que creía tener algún extraño derecho dinástico para un trono, posiblemente el del Reino Unido, aunque no conseguía imaginar en que basaba sus pretensiones.

Pero no le atacó. Dankworth se apartó y se dirigió hacia su escritorio.

—Ven aquí.

«Maldición», pensó Arthur, pero no quedaba otro remedio. Salió de su rincón y dio un par de pasos, irresoluto.

—Siento la confusión, lord Dankworth, de verdad. Me desperté, no podía dormir, y decidí leer un poco...

Dankworth le miró con desprecio.

—Seguro que ninguno de los dos lo dudamos de semejante historia —replicó, dejando flotar en el aire la posibilidad de que no dudasen de su certeza o de su mentira. Señaló una de las sillas de su escritorio con un gesto—. Siéntate, anda. Y tranquilízate. Siempre tengo muy presente que te debo un favor, que me pusiste hace años al tanto de las intrigas de mi padre. Por muy desastre que seas, y por mucho que me hayas molestado con el asunto de mi hija, te estoy agradecido por aquello, siempre lo estaré.

—¿Entonces?

—Simplemente, ha llegado el momento de que tú y yo hablemos con sinceridad.

Arthur arqueó una ceja. ¿Iba a comentarle algo de aquel plan absurdo y absolutamente suicida en el que quería involucrar a Sloan? Esperaba que no. Prefería seguir simulando que se había vuelto temporalmente sordo y ciego. Lo de idiota, venía de antes.

—¿A qué se refiere?

—Creo que es evidente. Lo que hayas podido escuchar aquí, te conviene que quede entre nosotros. Por si dudas al respecto, te diré que tu padre está involucrado en todo y, llegado el caso, de tener la necesidad de justificarlo de un modo tan zafio, demostraríamos que tú también lo estabas, y que solo habías decidido airear el asunto porque no estábamos dispuestos a colmar tus máximas pretensiones. Te has casado con mi hija, ¿recuerdas? Aseguraré que lo hiciste para llegar hasta mí. Para ser un príncipe de Inglaterra.

Arthur hizo una mueca.

—Así que me he topado de bruces con toda una confabulación.

Dankworth le dedicó un fruncimiento de ceño y una mirada de advertencia.

—Ya sabes de todo esto más de lo que deberías. Cierra la boca y no vuelvas a mencionarlo.

—Muy bien. Me importa bien poco la política y como seguro sabe, ni siquiera me resulta simpático el rey. —Empezó a incorporarse. Cuanto antes volviera a su habitación, menos nombres olvidaría, para redactar su propia lista—. Y su mensaje de advertencia me ha quedado muy claro. Me dedicaré a sonreír en fiestas y jolgorios varios, que es lo que mejor se me da y...

—Espera. No hemos terminado.

—¿Qué más quiere?

—¿Que qué más quiero? Pues, ya que estamos aquí, la conversación que lleva pendiente desde que llegaste a esta casa: me gustaría conocer las razones por las que te has casado con mi hija.

Arthur le miró sorprendido y volvió a sentarse, poco a poco. De modo que optaba por atacar de frente con aquel asunto. Pues no él no estaba por la labor. Si lo reconocía y, por ello, le echaban de esa casa, supondría un desastre. Y no solo por el tema de Minerva.

Decidió aferrarse a la historia de siempre.

—Ya lo sabe. Solo intentaba ayudarla.

—¿En serio?

—Por supuesto. Aunque usted prefiriese no escucharla, Ishbel no quería casarse con lord Kennerath. *No quería*. —Dankworth hizo una mueca. Casi dio la impresión de sentirse culpable—. De hecho, su plan ni siquiera pasaba por una boda. Cuando nos encontramos, me pidió que... bueno, que viajásemos juntos, con todas sus consecuencias, y la llevase hasta el castillo de su abuela.

Dankworth le observó en silencio unos momentos, y terminó bufando.

—Deja de dar rodeos, Badfields. Aunque puedas tener razón en el tema de Kennerath, tu presencia aquí no tiene nada que ver con el bien de Ishbel. No insultes mi inteligencia.

Arthur parpadeó, sorprendido.

—¿Por qué dice eso?

—Porque soy un hombre al que le gusta estar bien informado. He hecho mis indagaciones. He tardado un tiempo, pero ya tengo la información necesaria. —Maldición... Arthur empezó a preocuparse de veras—. A estas alturas, me consta que, aquella noche, ya tenías previsto el secuestro de Ishbel; que lo estuviste organizando mucho tiempo. Incluso habías viajado antes hasta Gretna Green, para saber qué ibas a encontrarte, y habías pedido que contratasen al completo algunas posadas, apartadas de las zonas de tránsito habituales, para que nadie pudiera detenerte.



—Eso no...

—Y sé que te mueve algo, algo que tienes en mi contra. —Agitó la cabeza, con gesto inocente. Arthur apretó los puños, con ganas de empezar a darle golpes y no terminar jamás—. ¿Por qué? ¿Es por venganza? ¿Por el trato humillante que le doy a tu padre? —No tenía reparo en admitirlo, el muy cabrón. Pese a no apreciar gran cosa a su padre, Arthur le miró con odio—. ¿Quizá por pura envidia, por mi mejor posición? Respóndeme y dime la verdad, antes de que me enfade del todo.

Arthur pensó rápidamente. ¿Quién le habría contado todo aquello? ¿Thynne? Seguramente sí, él o cualquiera de sus hombres. ¿Y cuánto? A saber. En todo caso, no tenía sentido continuar negándolo. Quizá, si optaba por otra vía, por seguirle la corriente en ese juego de las verdades, le sacase una confesión.

Le vendría bien, dejar de moverse entre suposiciones, para empezar a manejar certezas.

—Sé que usted es el responsable del secuestro de Minerva.

Eso, al menos en un primer momento, tomó a Dankworth por sorpresa. Había buscado la confrontación, pero ni de lejos esperaba una acusación tan grave y directa.

Dankworth negó con la cabeza, mientras le miraba como si le hubiese salido un tercer ojo en la frente.

—Te has vuelto loco.

—Por favor —replicó Arthur, clavándole una mirada dura y firme. Pena no tener ese tercer ojo para ejercer más presión—. No insulte mi inteligencia.

Su suegro vaciló. Se reclinó lentamente en el asiento, con las manos en los apoyabrazos de la silla, y le estudió durante un largo momento.

—De modo que por eso estás aquí —dijo, casi con tono victorioso. Hasta

esbozó una sonrisa—. Por eso te casaste con Ishbel. Por eso, y solo por eso.

—¿Le hace gracia?

—Un poco, lo reconozco.

—Pues yo no le aconsejaría sacarme de quicio.

—Seguro que no. Seguro que quieres borrarle la sonrisa a golpes. — Estaba tan acertado que Arthur se preguntó qué expresión estaría poniendo. Esperaba que fuese algo realmente terrorífico. Algo que le carcomiese más tarde, en la noche, cuando apagasen las velas y se quedase a solas consigo mismo, en la oscuridad—. ¿Quieres encontrar a Minerva? Pues eso, muchacho, deberías preguntárselo a tu padre.

Arthur frunció el ceño, desconcertado.

—¿A mi padre?

—Sí, exacto. ¿Qué te pensabas? —Le lanzó una sonrisa venenosa—. El bueno de Manderland tiene más respuestas de las que puedas suponer.

¿Su padre podía saberlo? ¿Podía haber estado al tanto, todos esos años, del destino de Minerva? No, imposible, era algo demasiado espantoso. No podía concebirlo. Negó con la cabeza.

—Eso no es cierto. —Titubeó—. Pero se lo preguntaré, esta misma noche.

—Hazlo, te animo a ello. Habla con él. Podemos seguir esta conversación cuando lo hayas hecho. Ahora resulta, como poco, absurda.

—Mañana mismo. A mediodía. Hablaré con él esta noche, y mañana terminaremos de aclarar todo este asunto.

—¿Mañana? —Su suegro negó con la cabeza—. Imposible, lo siento. Debo partir para Defiance Manor, me voy en un par de horas. —Ah, sí. Lo había comentado la noche anterior, durante la cena. Tenía asuntos que tratar con el administrador, algo de tierras y futuras cosechas, no había hecho mucho

caso—. Estaré fuera cosa de una semana, seguramente menos. Si de verdad quieres seguir esta conversación, podemos hacerlo entonces. Intentaré volver lo antes posible.

—¿No estará intentando evitarme?

—Creí que a estas alturas me conocías mejor. *Nunca* evito mis responsabilidades.

—Muy bien. —Se levantó—. Pero, antes de irme, una última cosa: si se te ocurre poner en entredicho la reputación de Lettie, de Lizzie o de ambas, puede que tu poder y tus contactos te libren de responsabilidades legales, pero te aseguro que no de mí. —Apoyó amabas manos en el escritorio y se inclinó hacia él—. Le mataré —prometió, recalcando las palabras—. Lo haré, no lo dude, le arrancaré el corazón del pecho con mis propias manos. Ni se le ocurra volver a animarle a acercarse a ellas con esas intenciones. ¡Qué demonios, con ninguna!

Logró impresionarlo, porque Dankworth le miró de otro modo.

—Ya veo que no eres tan blando como intentas simular. He tomado nota

—Hará bien en no olvidarlo.

Sintió que no había nada más que decir, que el aire del despacho pesaba, le aplastaba por todos lados. Sin despedirse, dio media vuelta y salió de allí casi huyendo, con una premonición en el pecho.

Su padre...

Pensó en ir de inmediato a Manderland House, pero no estaba en condiciones de otra confrontación así. Además, iban a ir a cenar esa noche. Podría preguntarle entonces, cuando se quedaran los dos a solas. Sí, sería lo mejor. Pena que no iba a ver a James y a Edward hasta el día siguiente, habían quedado en Brooks's. Le hubiese venido bien una charla con ellos, siempre le apaciguaban el alma.

Subió a su dormitorio. Ishbel ya se había levantado. Llevaba un bonito vestido de mañana, de color verde trigo, adornado con margaritas de tela y una doncella la peinaba, frente al tocador.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, mirándole sorprendida a través del espejo.

—Fui a la biblioteca —mintió. Esquivó sus ojos y se dirigió a la ventana, como si estuviese muy interesado en contemplar el cielo. Se pasaba el día sembrando mentira tras mentira entre ellos. Y rencores. En ese momento, es que no podía ni verla. La deseaba, pero no podía evitar un rechazo instintivo, absolutamente visceral. Era la hija de Dankworth—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Dónde oíste el nombre de La Estirpe?

—¿Por qué me preguntas eso? —preguntó, sorprendida. Arthur se encogió de hombros. Buscó una excusa. Otra mentira.

—Lo mencionó mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí. El día que fui a verles, nada más regresar de Gretna Green. Él... Al parecer, forma parte de todo eso. No dejo de darle vueltas. No sé de qué va el asunto, pero me preocupa mucho.

—Lo entiendo. —Se volvió hacia ella. Ishbel se contemplaba en el espejo, pensativa. Hizo un gesto a Nelly—. Por favor, déjanos solos. —La doncella hizo una inclinación y salió del dormitorio. Ishbel se giró hacia él—. Si te digo la verdad, lamento haberlo mencionado aquel día, Arthur. Hablar de ese asunto con gente ajena a mi familia, hace que me sienta incómoda.

Él arqueó una ceja.

—Te recuerdo que yo soy ahora tu familia. Soy tu marido.

Al oír aquello, le lanzó una mirada extraña.

—Supongo que sí...

—No supongas. Es así. —Avanzó hacia ella, apoyó una mano en el tocador y acercó su rostro—. Contéstame.

Ishbel frunció el ceño.

—Sabes que no me gusta que me des órdenes.

—No lo haré, entonces. Te lo pido por favor. —El tono no fue demasiado cordial, no pudo evitarlo. Arthur se repitió varias veces que la culpa no era suya, sino de Dankworth, del humor pésimo que le había puesto con su conversación en el despacho pero, a pesar de todo, no dejaba de sentirse como un miserable—. Pero quiero una respuesta. Ya.

Ella hizo una mueca.

—Está bien. Fue Sloan.

—¿Sloan?

—Sí. Creo que mi padre desea que entre en ese grupo, o algo así. Sloan me dijo que hablaban de política. Se reunieron cerca de Defiance Manor, nuestra mansión de Nottingham, la última vez que yo estuve allí. En las ruinas de King Johns Palace, en concreto, en el bosque de Sherwood.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo Sloan?

—No. Yo... —Dudó, pero ella misma había pedido sinceridad—. Me levanté de madrugada. Estaba buscando en el despacho de mi padre información sobre el hombre con quien querían comprometerme, y le vi salir de la casa.

—¿A Sloan?

—No, a mi padre. Le seguí hasta las ruinas y Sloan me siguió a mí. Me dio un buen susto... Me apartó de todo aquello y me lo explicó, aunque no quiso

entrar en detalles. Realmente, no sé qué buscan, qué sentido tienen esas reuniones.

Arthur asintió, pensativo.

—¿Quiénes estaban allí, lo sabes? ¿Reconociste a alguien?

—No. Era de noche, y nunca estuve tan cerca como para algo así. Solo vi luces a lo lejos, y se oían voces, risas y relinchos de caballo. ¿Por qué? —Le miró intrigada—. ¿Es importante?

Él se encogió ligeramente de hombros.

—No lo sé. La verdad, no estoy seguro.

—¿Y me lo contarás, si descubres algo?

La miró sorprendido. ¿Lo haría? Quizá, si fuese una aliada. Pero, de momento, no podía considerarla como tal.

—No creo.

Ella frunció el ceño.

—No sé a qué juegas, Arthur Ravenscroft. A medida que pasa el tiempo, te muestras menos amable y menos interesado en conseguir mi afecto. A veces pienso que me engañaste aposta, para casarte conmigo.

—¿Y por qué haría yo algo así?

—No lo sé. —Vaciló—. No se me ocurre nada. Pero no creo que me quieras. No «de verdad». No, como asegurabas en Gretna Green.

Él se sintió avergonzado.

—Admito que no te quiero como debería. Lo siento.

—Ya. No sé qué esperas que responda a eso. —Se puso en pie. Quizá lo hizo demasiado rápido, porque se tambaleó un momento—. Será mejor que nos preparemos y bajemos a desayunar. Se ha hecho tarde.

Arthur la siguió con la mirada, preocupado.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Perfectamente.

—¿En serio?

—Sí. Solo es que me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres que llamemos al médico? ¿Que mande una nota a mis padres para anular lo de esta noche?

—No. Se me pasará. Y no vas a utilizarme de excusa para no ir a Manderland House. Asistiría a esa cena aunque tuviese que ir arrastrándome. Pero no te hagas ilusiones. Solo lo haría por tu madre.

Le lanzó una última mirada helada y salió del dormitorio.

Durante el desayuno, que compartieron solos y en silencio, Arthur tomó nota de que Ishbel solo comía algo de pan y una taza de té, aunque no se atrevió a insistir. Quizá se había levantado con mal estómago y, simplemente, estaba tan enfadada que no quería ni compartir ese malestar con él. Decidió que, si durante la cena volvía a dar señales de no encontrarse bien, intervendría.

Por lo demás, simular ser un vago le resultaba cada día más tedioso. Leyó un rato en la biblioteca, durmió buena parte del día... Cuando se levantó para tomar el té y prepararse para la cena, le entregaron una nota.

Tuvo la esperanza de que fuera de sus padres, cancelando la cena, pero no. Era un papel basto, escrito con letra basta.

—Acaba de llegar para usted, milord —le dijo el lacayo. Sorprendido, Arthur la abrió.

*Mañana, a las cuatro, en la t de P.*

*Le llevaré al encuentro solicitado.*

## D

Él mismo le había pedido a Dagger que omitiera datos concretos, por si le leían la correspondencia en esa casa, pero no le resultó difícil completar el mensaje. La taberna de Paddy estaba en Whitechapel, en una zona bastante deplorable. Había bebida zafia, mesas de juego y prostitutas más zafias aún. Arthur la había frecuentado mucho cuando intentaba llegar hasta los que controlaban el Londres de las bandas y la delincuencia, por si conseguía algo sobre el destino de Minerva.

Si Dagger le citaba allí, solo podía significar que ya había organizado el encuentro con Thynne.

Al día siguiente, a las seis, había quedado con James y Edward, en Brooks's. Esperaba que no le llevase demasiado tiempo, odiaba la impuntualidad... Menos mal que tenía fácil solución. Envío una nota a Henson, el jefe de camareros del club, para que les alertase de su posible retraso. Eso, para el caso de que le fuese posible llegar.

No volvió a verla hasta que Ishbel bajó la escalera con un bonito vestido verde, del mismo tono de sus ojos, con capa a juego.

—Estás preciosa —le dijo. Ella hizo amago de responder, pero al final se conformó con un gesto de cabeza, algo despectivo. Seguía enfadada, y él no podía reprochárselo.

Llegaron con tiempo suficiente a la cena. Sus padres les esperaban en el salón, tan elegantes como siempre. Lord Manderland se quedó en el sitio y apenas pronunció un saludo, pero su madre se levantó y acudió a recibirles. Arthur tomó sus manos y las besó. Lady Margaret contempló con entusiasmo a Ishbel.

—Oh, querida, ¡estás bellísima! Gracias por haberte compadecido de esta pobre madre.

Ishbel sonrió con una calidez que Arthur envidió. Ya no recordaba la



última vez que le dirigió una sonrisa así a él.

—No diga eso, lady Manderland. Estamos aquí porque tanto Arthur como yo lo deseábamos mucho.

—Oh, no, por favor, querida, llámame lady Margaret. —Hizo un gesto hacia su esposo—. Recordarás a mi marido, creo que anoche os presentaron.

Ishbel asintió.

—Sí, por supuesto. Un placer volver a verle, lord Manderland.

—Sí, bien... —dijo él, se notó que obligado por las circunstancias. Lady Margaret contuvo un gesto nervioso.

—¡Estupendo, entonces! —dijo—. Si os parece, pasemos al comedor.

Arthur asintió y le dio el brazo a su madre. Su padre acompañó a Ishbel.

La mesa estaba puesta con todo detalle. Arthur reconoció la vajilla de la abuela Gertrude y las copas que una de sus bisabuelas por parte de madre recibió de un príncipe italiano. Habían puesto también la cubertería de oro. Todo lo que habitualmente se había usado para agasajar al monarca, a embajadores y políticos varios, estaba ahora desplegado para homenajearle a él. Qué vida sorprendente.

Las damas se acomodaron y luego lo hicieron los caballeros. Un único lacayo empezó a ocuparse de servir de grandes bandejas, aunque ninguna estaba llena más allá de la mitad. Todo eso le llamó la atención.

—Tengo entendido que has venido poco por Londres, de niña —dijo lady Manderland, con auténtico interés, pero también por dar conversación.

—Así es. El otro día se lo expliqué a la tía Hetty. —Ishbel empezó a contar la historia de cómo se conocieron sus padres, cómo se enamoraron y cómo en esos momentos vivían separados buena parte del año. Una relación extraña, que a Arthur le dio que pensar. ¿Sabría lady Dankworth en lo que

andaba su marido? Esperaba, al menos, que no hubiera implicaciones graves. Ishbel debía tener un lugar al que regresar cuando todo aquello estallase, su padre fuese a la cárcel, como poco, y a él le odiase hasta el infinito.

A lo largo de la hora siguiente, su madre y ella fueron las que mantuvieron la conversación. Se las notaba preocupadas y nerviosas mientras intentaban por todos los medios incorporar a sus hombres a la charla, pero Arthur solo soltaba monosílabos. Claro que, al menos, él hablaba. Su padre, como mucho, se dignaba a comunicarse con algún gesto esporádico.

Llegó la cosa a un punto que lady Margaret, una mujer de aguante proverbial, frunció el ceño. Pero, aun así, aguantó hasta que hubieron terminado el postre.

—Si te parece, querida, vamos a retirarnos. Tomaremos una taza de té por nuestra cuenta. Así ellos podrán fumar y hablar de sus asuntos.

—Con la posibilidad de que hablasen, por fin, me daría por satisfecha —replicó Ishbel, que no tenía la paciencia de lady Margaret. Por fin se ganó una mirada de lord Manderland. No fue una mirada amable, pero eso no la arredró. Le mantuvo las pupilas y luego las apartó de un modo casi majestuoso, para dirigirlas a Arthur—. Vámonos antes de que decida yo decirle un par de cosas a mi marido.

Salieron, muy tiesas. Arthur miró a su padre. Lord Manderland hizo un gesto y el único criado que había servido la mesa le llevó la caja del tabaco.

—¿Un cigarro? —le dijo a él. Arthur asintió.

—Sí, gracias.

Guardaron un silencio sepulcral mientras encendían los puros y les servían una nueva taza de café. A su padre le gustaba tomar café tras la cena. Era una costumbre sagrada en Manderland House.

Seguro que esperaba seguir en silencio hasta que todo concluyera y

tuvieran que irse, pero se equivocaba, y mucho. Arthur echó una nube de humo y decidió afrontar de una vez la situación.

—Déjenos solos —ordenó al criado. El hombre se sorprendió, pero realizó una inclinación y se marchó de inmediato. Cerró la puerta suavemente al salir—. Tenemos que hablar.

Su padre pestañeó, como despertando de un sueño.

—¿En serio? ¿Más? ¿Qué quieres ahora?

—Respuestas. —Le miró con fijeza. No quería que se le escapase nada de su reacción—. Esta mañana, lord Dankworth me ha sugerido que le pregunte a usted dónde está Minerva.

Su padre parpadeó.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo voy a...?

—Si sabe algo, ¡dígamelo ahora mismo, padre! —le cortó, furioso. ¿Percibía la mentira, o es que quería percibirla? ¿Dankworth le había envenenado el entendimiento, hasta el punto de que ahora veía culpabilidad en su padre, incluso en ese aspecto tan terrible?—. No más rodeos, no más mentiras. Por favor.

El duque de Manderland se frotó las comisuras de los ojos. Sus manos temblaban.

—¿De verdad quieres tener esta conversación?

—No es que quiera, es que vamos a tenerla.

El duque le miró con amargura.

—Debiste dejarlo estar. Debiste dejar que el tiempo lo consumiera todo, como el monstruo ciego y hambriento que es. No va a quedar nada de nosotros.

—Por Dios...

—Te lo advierto. Te estás metiendo en algo que te supera, y mucho.

—Ya sabe cómo soy. Me gusta pelear con gigantes. Hable.

—Muy bien. —Aun así, todavía tardó un largo medio minuto antes de hablar—. Sí, Dankworth hizo que secuestraran a Minnie.

Arthur golpeó la mesa con el puño. El cristal y la porcelana de copas y vasos heredados con mimo de sus antepasadas, repiqueteó con un tañido peligroso.

—¡Maldito! Y usted lo sabía. Lo ha sabido todo el tiempo.

—Claro que lo sabía. Lo supe de inmediato, desde el primer instante, cuando ese malnacido vino a verme y me advirtió que, si yo volvía a intentar algo en su contra, se ocuparía de hacérselo pagar a ella.

—¿Canalla... —La culpa por su comportamiento con Ishbel menguó enormemente. Solo lamentó no haber sido más duro en presencia de Dankworth, para hacerle sufrir mil infiernos—. ¿Dónde está?

—No lo sé exactamente. Creo que en algún lugar de oriente. —Como habían supuesto, claro. Quizá aquella mujer, Theodora Black, descubriese algo—. Pero Dankworth me ha asegurado que está bien, que la cuidan y que no ha sufrido ningún daño. De vez en cuando intercambiamos cartas, le doy las mías a Dankworth y él me da las de Minnie. Ella no escribe mucho, pero tengo noticias al menos cada dos o tres meses.

Cartas de Minnie. Había habido cartas y jamás se lo había dicho. Quería matarle, clavarle uno de esos cuchillos de oro. Tuvo que conformarse con suspirar.

—¿Y le cree?

—¿Y qué puedo hacer, Arthur? Dime. ¿Qué quieres que haga? No me queda más remedio que creerle.

Arthur estudió a su padre. Ahora entendía muchas cosas. No era tan mayor, pero, desde la desaparición de Minnie se había convertido en un anciano. Su cabello se había vuelto blanco, y estaba delgado, muy consumido. Si era terrible perder así una hija, perderla sintiéndose responsable debía resultar terrible.

—Yo la encontraré y la traeré de vuelta—le dijo, no supo si por querer consolarle o por infundirse fuerzas a sí mismo.

Su padre negó con la cabeza.

—Arthur... Si revuelves ese asunto, Dankworth no permitirá que vivas. Hay secretos muy peligrosos en este asunto y es un hombre con mucho más poder del que imaginas.

—¿A qué se refiere? ¿A la traición a la Corona que puede llevarnos a todos al patíbulo? ¿A La Estirpe?

El duque se sobresaltó.

—¿Has oído hablar de La Estirpe?

—Sí. He oído hablar de La Estirpe, claro que sí. —Repasó mentalmente los nombres que recordaba de la lista de miembros, y decidió apostar por una posibilidad—. De esa agrupación de grandes linajes, antiguos linajes, que buscan un cambio en el poder.

Su padre hizo una mueca amarga.

—Es una forma de decirlo, supongo.

—¿Y cómo lo diría usted?

—Diría que son herederos de un mundo perdido, náufragos de un desastre... Forcejean entre la marejada, desesperados, luchando por recuperar un sueño muerto.

—No sabía que tuviera alma de poeta.

Lord Manderland se encogió de hombros.

—Da igual, Arthur. Solo tienes que entender que son gente muy poderosa, y que te aplastarán como un gusano si te interpones en su camino. Quienes han considerado la posibilidad de matar reyes, no se van a detener ante gentes como tú o yo.

—No ocurrirá. —El otro no pareció tan seguro, pero se dejó impresionar—. ¿Y qué relación tiene La Estirpe con el «Rey en la noche»?

Su padre arqueó una ceja.

—¿El «Rey en la noche»? ¿Qué es eso? ¿Alguno de tus tugarios?

No debía saber nada. Tendría que indagar por otros lados.

—No importa. ¿Por qué forma usted parte de esa Estirpe?

—¿Por qué crees? Dankworth me lo ordenó. Sin él, no podría haber auténtico linaje.

—¿Qué linaje? —Su padre no contestó—. Dígame algo más.

—No.

—Padre... Tiene que darme algo. —Como seguía negando con la cabeza, insistió, con otro tono. Ya no lo estaba pidiendo—. Me lo debe.

—Eres un loco. —Pero se lo pensó un momento—: Carlos Eduardo Stuart y Luisa de Stolberg-Gedern, la condesa de Albany, Napoleón Bonaparte...

Se mordió los labios, con fuerza.

—¿Sí? —preguntó Arthur, viendo que no seguía. Recordaba más o menos aquel asunto. Carlos Eduardo había intentado recuperar su trono, pero todo se perdió en las marismas de Culloden. Más tarde, viejo y alcoholizado, se había casado con Luisa de Stolberg-Gedern, para intentar tener descendencia, pero, por lo que sabía, no hubo suerte.

Lo que no entendía era la mención de Bonaparte. ¿Qué relación tenía con esos dos? Aquello le intrigaba enormemente, pero su padre negó con la cabeza.

—No. Ya he hablado demasiado.

—¡Padre!

—Basta, Arthur. *No*. —Ese tono indicaba que estaba decidido, no merecía la pena insistir. Arthur afirmó la mandíbula, frustrado—. Ahora, vamos a reunirnos con tu madre y tu esposa, vas a hablar de cualquier nimiedad y os vais a ir, sin mencionar nada de todo esto.

—¿Por qué tendría que hacer eso?

—Porque quieres a tu madre, por supuesto. Y creo que también quieres a tu esposa, lo digo por el modo en que la miras. —Sus ojos brillaron—. ¡Si supieras lo afortunado que eres! Aprovecha la situación que te ha deparado el destino: sé un buen yerno para Dankworth. Necesitas serlo: la fortuna de los Ravenscroft se ha desvanecido prácticamente por completo, y del ducado de Manderland solo quedan los bienes adscritos al título, aunque cargados de deudas. Lo demás, ha sido desmantelado y vendido.

—¿Qué? —Le miró asombrado—. ¿Por qué?

—Dankworth siempre tiene nuevas peticiones. Invierte en sus aspiraciones cada centavo que le doy, y te aseguro que son unas aspiraciones muy hambrientas, nunca quedan satisfechas. Dice que yo quise quedarme con su fortuna, que él se quedará con la mía. Es una suerte que te hayas casado con su hija, y que mantuvieras a salvo la herencia que te correspondió de tu abuelo. Al menos, así no te encontrarás en la ruina más absoluta.

—Dios mío... —susurró Arthur. Era peor de lo que pensaba. Todo era mucho peor.

—Trabaja con él, apóyale, disfruta de su fortuna —siguió su padre, pálido

como un espectro—. Dale nietos sanos y fuertes, niños en los que vea reflejada su propia inmortalidad. Quizá, entonces, puedas pedirle que nos devuelva a Minerva. A Minnie... —Sus hombros se estremecieron por un sollozo contenido—. Yo ya solo deseo eso, te lo aseguro.

—Padre... —dijo Arthur, haciendo también un esfuerzo enorme para contener las lágrimas.

—Me arrepiento. Me arrepiento mucho. Si te lo preguntabas, ya lo sabes, es cierto. Es verdad que entonces yo estaba confundido, que pensaba que las cosas eran de otra manera. Que Minerva no me importaba, porque... Da igual. Quise utilizarla para sacar provecho y lo he pagado amargamente. No hay día que no lamente haber sido el hombre que fui, ese que me arrastró a ser el fantasma que soy. El que nos llevó a todos al desastre.

—Lo sé. No importa. Saldremos adelante.

—¿Tú crees? —Quizá se notó que no, no lo creía, o al menos que no estaba seguro, porque el débil destello de esperanza que había surgido en sus ojos, desapareció poco a poco, como el reflejo de una vela alejándose—. No sé... A estas alturas, me da igual el dinero, me da igual el poder. Solo quiero ver a mi hija, a mi pequeña, aquí, a salvo con nosotros, antes de morir.

Apagó el puro, se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—¿Usted me ha querido alguna vez? —le preguntó Arthur, llevado por un impulso.

Su padre se detuvo, con la mano en el picaporte. Tardó un segundo en reaccionar.

Salió, sin decir nada.



## Capítulo 15

Ishbel no estaba de buen humor. Se había levantado otra vez con malestar y había vuelto a discutir con Arthur, que llevaba encerrado en su mutismo desde que volvieron de la cena. Ni siquiera había dormido con ella en la cama. Se había ido al dormitorio cercano, el que ocupaba cuando ella le cerraba la puerta.

¿Qué le ocurría? No conseguía entenderlo. Recordaba haber distinguido aquel aspecto oscuro de Arthur desde un principio, cuando viajaban a Gretna Green, pero cada vez ocurría más a menudo y cada vez duraba más y más. Era como convivir con un extraño. A veces, hasta sentía que le provocaba rechazo. ¿Por qué?

En lo que sí seguían llevándose bien, era en el sexo. Muchas noches, ya a oscuras, sentía sus manos buscándola, y raramente se oponía, simplemente porque deseaba sentirle, necesitaba aquel contacto, aquel placer infinito. Era su amante oscuro, envuelto en sombras. Qué pena que, por la mañana, se rompiese el hechizo.

Ese día, desayunó rápidamente, para no tener que verle, silencioso y amargado, al otro lado de la mesa. Su padre no estaba, había ido a Defiance Manor, y Sloan apenas paraba en casa. Sin despedirse, se levantó y regresó al dormitorio, de donde no volvió a salir hasta llegada la hora de su cita con las Keeling, como llamaba a las hermanas de Gysforth, pero también a su esposa y a Harry.

Había quedado con todas ellas en la casa de *madame* Didiane, la modista francesa que frecuentaban. No se sentía con muchos ánimos, incluso consideró

la posibilidad de mandar una nota excusándose, pero finalmente decidió ir. Necesitaba distraerse y, con ellas, siempre terminaba riendo.

Tenían concertada una cita y llegaron puntuales, por lo que la dueña las estaba esperando. Harry se la presentó, parecían ser buenas amigas. *Madame* Didiane era una mujer de mediana edad, alta y rubia, muy pálida, con los ojos de un azul curiosamente intenso. Pese a su edad, todavía podía ser considerada atractiva, y resultaba evidente que cuidaba mucho su aspecto.

Las saludó muy simpática y habló en francés con Harry, que lo dominaba a la perfección. Lettie le contó a Ishbel en un aparte que su madre, lady Miranda, era francesa y la propia Harry vivió muchos años en Francia, donde, de hecho, trabajó como traductora.

—Precisamente me ha llegado una tela preciosa —dijo, cuando le dijeron que Ishbel quería encargarse varios vestidos—. Su color combinará muy bien con ese cabello tan peculiar que tiene.

—Gracias —dijo ella, llevándose una mano al pelo. La francesa arqueó una ceja, sorprendida.

—¿No le gusta?

—Es un poco... no sé. —Se señaló los pómulos—. Igual que las pecas.

*Madame* Didiane se echó a reír.

—*Mais pourquoi?* Nunca entenderé a las jóvenes. Yo pagaría por detalles tan encantadores. Es usted muy bella, *ma chère*. Y además, muy especial. ¡Nunca desprecie la oportunidad de ser original!

Bethy y Harry tenían que hablar con *madame* Didiane de unos encargos previos, así que Ishbel, Ruth y las gemelas se sentaron a esperar, en un tresillo cercano a uno de los extremos del gran mostrador. Las tres doncellas, Nelly, Tully y Thelma, se sentaron en otro, también charlando animadamente. Ishbel hasta se alegró. De ese modo, tuvo tiempo para terminar de admirar cuanto

veía.

El local de *madame* Didiane era de verdad impresionante. El de la mejor modista de Edimburgo, que era al que la habían llevado su madre y su abuela dos o tres veces al año, no se asemejaba ni de lejos a algo como aquello. Ocupaba al completo un edificio pequeño, pero muy bonito, con la fachada de piedra blanca muy decorada con motivos florales.

Le contaron que, por eso, también lo llamaban «El palacio de las flores», aunque posiblemente también hubiesen ayudado a ganar ese el nombre las delicadas rosas del papel pintado, y los grandes ramos que adornaban el local, aquí y allá, en grandes jarrones.

Solo una parte estaba abierta al público, el resto los ocupaban los talleres de las modistas, las sombrereras y demás empleadas. Decían que tenía casi cincuenta, y que no todas tenían un pasado exactamente respetable. A *madame* Didiane no le importaba si una joven era madre soltera o viuda, lo único que pedía era buena mano para la costura y seriedad para afrontar los trabajos.

La parte pensada para atender a los clientes era amplia, luminosa, con grandes cristaleras coloridas y un interior distinguido gracias a su papel pintado con diminutas hileras de rosas, sus techos trabajados en escayola y sus muebles de aspecto refinado. Resultaba todo muy parisino, o eso le dijeron, porque ella no había estado nunca en París. Lo único que podía decir era que jamás había visto nada tan bonito.

El piso bajo tenía un gran mostrador, en el que tres jóvenes vendían toda clase de material de costura y diversos adornos, además de sombreros, chales, pañuelos y guantes. El resto del espacio contaba con sillones para poder esperar, y mesitas con revistas, mayoritariamente francesas, en las que se hablaba sobre el buen gusto, también a la hora de vestir, como el «*Journal des dames et des modes*», «*Tableau General des Gouts, des modes et des Costumes*» o «*L'Arlequin*».

—Este sitio es realmente fabuloso —reconoció, mirando a su alrededor.

Lettie alzó los ojos de la revista que estaba hojeando y asintió. Miró a ambos lados, para asegurarse de que nadie las oía, antes de añadir, en un susurro:

—Dicen que se lo puso un amante muy importante, alguien que...

—¡Se supone que fue el mismísimo rey! —reveló Lizzie, algo más alto. Lettie y Ruthie la chistaron.

—Eso solo son chismes, niñas —las riñó Ruthie. Ese día estaban las tres un poco enfadadas, aunque no habían querido decirle la razón. Algo que habría pasado en casa, daba igual. Sería cualquier menudencia, esas pequeñas disputas de las que hablaban a veces. Ishbel, que no había tenido hermanas, disfrutaba mucho con ellas—. Y chismes peligrosos, en este caso. No querréis que el rey se entere de que andáis diciendo esas cosas por ahí, ¿verdad? —Sus hermanas intercambiaron una mirada y se removieron, incómodas—. Pues eso. Haced el favor de comportaros.

Minutos después, Bethy y Harry se reunieron con ellas, seguidas de la dueña. Estuvieron un buen rato mirando cintas, encajes y telas, pensando en los modelos que iban a encargarse, y luego fueron a los salones privados del primer piso, para que les tomaran medidas.

—Aquí celebramos también reuniones de vez en cuando —le explicó Bethy a Ishbel, mientras subían las escaleras para salir a un pasillo ancho, con suelo de madera brillante y varias puertas a cada lado. Entraron en la primera a la derecha. Ishbel lo contempló con admiración. Grandes butacas blancas y grandes espejos, todo muy luminoso. Había también grandes jarrones con rosas, aquí y allá, como abajo—. Básicamente, tertulias literarias, aunque a veces se convierten en acalorados debates y charlas sobre política...

—¿Charlas políticas? —La idea no le resultaba extraña, porque su abuela solía hablar mucho del tema. Pero le sorprendió que unas jóvenes damas como

ellas prestaran su atención a todo aquello—. ¿De qué tipo?

—Por ejemplo, que deberíamos tener voto —afirmó Ruthie, claramente enojada por aquello, algo que Ishbel también consideraba una grave injusticia—. ¡Es indignante seguir sin ese derecho!

—No sueñes —le dijo Harry, sentándose en un butacón. Bethy se acomodó a su lado—. Algún día, supongo que sí. Pero, dudo que nosotras lleguemos a verlo. —Se volvió hacia Ishbel—. Eso hacemos, hablar de estas cosas. Preferimos no hacerlo en casa.

—¿James o Edward se opondrían?

—No, por Dios. Ellos estarían dispuestos a dejarnos votar, y James está en círculos que miran por una apertura de ese tipo, pero de momento, es muy pronto para cualquier cambio. Pero si se presentase de pronto la tía Hetty, tendríamos un disgusto, seguro. Para ella, las únicas reuniones femeninas aceptables son las del tipo de las Damas de la Caridad Cristiana, que ella preside. Por eso venimos aquí. Es un lugar tranquilo, en el que, simplemente, compartimos nuestras inquietudes con algunas amigas. Te avisaremos la próxima vez. Puedes acompañarnos cuando quieras.

—Muchas gracias.

—¡Aquí veía también Harry a Edward, cuando aún no estaban casados! —intervino Lizzie, cambiando radicalmente de tema. Todas se volvieron hacia ella, con los ojos y las bocas muy abiertos. Harry se echó a reír, pero Bethy le lanzó una mirada de censura.

—¡Lizzie! ¿Quién te ha dicho eso?

—Déjala. ¡Si no me importa! —dijo Harry, que para algunas cosas era muy francesa.

—Da igual, de todos modos, no está bien que lo comente. Además, estoy segura de que nunca lo hemos mencionado frente a ella. —Volvió a mirar a su

cuñada—. ¿De dónde lo has sacado?

Lizzie se encogió de hombros.

—No lo recuerdo —declaró. Y parecía sincera. Bethy le frunció el ceño y empezó a internarse por el pasillo.

—Pues de eso no se habla.

Justo entonces llegaron las modistas, cargadas con algunos vestidos y telas. Estuvieron un par de horas hablando de cosas intrascendentes mientras se probaban por turno, y a ella le tomaban medidas.

*Madame* Didiane tenía razón, ¡qué telas más hermosas le mostraron! Al final, entre charla y charla, Ishbel encargó más de una docena de vestidos. Aunque había traído muchas cosas de Escocia, en Tùr Làidir apenas tenían compromisos sociales, no era algo que les interesase demasiado. Sus trajes de noche eran escasos y quizá algo anticuados, aunque lo mismo podía decirse de los de mañana o tarde.

Por eso, necesitaba renovar todo su ajuar, cuanto antes. *Madame* Didiane prometió que se encargaría de todo y quedaron para algunas pruebas la semana siguiente.

Al salir, decidieron ir paseando hasta el museo Rutshore.

—¿Podemos preguntar ya cómo se enamoraron Ishbel y Arthur? —soltó de pronto Lizzie. Ishbel se ruborizó. ¡Qué muchacha! Iba a protestar, pero Lettie se le adelantó.

—¡Tanto como para escaparse así! —dijo la otra gemela, muy interesada en el tema.

—Lettie... —le advirtió su hermana Ruth.

—¿Qué? ¡Es la pura verdad! —La miró a ella—. Por eso, todavía hay *algunas* que piensan que lo hicisteis porque estabas esperando... ya sabes —

Lettie se ruborizó y añadió en un susurro—: *Un bebé.*

—¿Es verdad? —preguntó Lizzie, mirándola con ojos enormes—. ¿Lo estás esperando? ¿Por eso fuisteis a todo correr a Gretna Green?

—¡No! —replicó Ishbel, horrorizada, aunque no supo bien por qué. Total, se había acostado con Arthur casi inmediatamente después de conocerle. Perfectamente pudo quedarse embarazada una noche después de haber entrado en su vida. Qué extraño. Cómo vibraba su corazón entonces por él. Y apenas había pasado tiempo, pero no podía evitarlo. El vago hedonista que vivía ahora a su lado, empezaba a no gustarle nada—. Fuimos a Gretna Green porque... Me dejé llevar por el romanticismo, supongo —concluyó, finalmente. No podía hablarles de lord Kennerath, al menos no a todas—. Nada más.

—Es que, el amor, es tan... ¡*arrebatador!* —exclamó Lizzie. Ruthie puso cara de circunstancias.

—No le hagas caso. Es su palabra preferida de la temporada.

—Pues sí, porque es muy romántica. —Lizzie suspiró y se llevó una mano al pecho—. Yo tengo ganas de que me bese un joven. Tu hermano Sloan, por ejemplo. —Ishbel la miró perpleja—. ¡Es tan guapo!

—¡Lizzie! —exclamó Bethany. Las otras se echaron a reír, aunque lo de Lettie apenas fue una sonrisa forzada, y sus ojos tuvieron un matiz de reserva.

—Sí que es guapo, sí —reconoció Ishbel, divertida, y también orgullosa de su hermano, mucho—. Gracias, de corazón.

—Qué tonta eres Lizzie —se burló Lettie. Definitivamente, estaba celosa. Quizá Sloan tuviese alguna oportunidad, pese al poeta, después de todo—. ¡Antes tendrían que besar a Ruthie!

—¡Igual ya lo han hecho!

—Pero ¿qué...? —Ruthie las fulminó con la mirada—. ¡Haced el favor de

no decir tonterías!

—No son tonterías —protestó Lizzie, y aportó un nuevo giro en el tema, aunque al menos esta vez estaba relacionado de algún modo—: Muchas veces sales de casa a escondidas y te vas. ¡Sola!

—Eh... exacto. Y eso no se debe hacer, nos lo dices siempre —añadió Lettie, con un gesto adusto que debía haber aprendido de alguna institutriz.

Las mejillas de Ruthie se tiñeron de rosa.

—No es verdad.

—Sí que lo es —insistió Lettie—. No nos mientas, porque te hemos visto salir, Ruthie Keeling. Además, Bethy te riñó la semana pasada por eso.

—No puedo negarlo —reconoció Bethany, con un leve encogimiento de hombros.

—Yo, por mi parte, ¡cómo te entiendo, querida! —le dijo Harry—. Cuando llegué a Londres, odiaba el tener que ir siempre acompañada. En París me acostumbré a ir por mi cuenta. Echo mucho de menos esa libertad.

—¿Las damas no llevan allí doncellas? —pregunto Ishbel con curiosidad.

—Seguro que sí. Supongo. Pero yo vivía totalmente al margen de la alta sociedad. Mi abuelo fue acusado de traición, por apoyar la causa de Bonaparte, y le retiraron título y propiedades. No teníamos dinero ni reconocimiento alguno, y durante un tiempo ni siquiera pude contactar con mi padrino, sir Alan, que vivía aquí, en Londres.

—Oh, qué horror...

—Sí que lo fue, sí. Sobrevivimos durante años con lo que yo ganaba traduciendo obras inglesas al francés. Algo que, por cierto, era muy curioso, porque los traductores...

—En todo caso, ahora mismo no estamos en Francia —la interrumpió



Lettie, que debía conocer la historia y no le interesaba que la conversación se perdiera en ella—. Y, aquí, una dama...

—... *nunca* sale sin doncella —terminó Lizzie. Ambas rieron.

—Bueno, vale, vale —aceptó su hermana mayor—. Mira que sois pesadas. Solo fue una vez, por una situación de urgencia, y ya dije que no volvería a ocurrir. —Quizá engañó a las gemelas, a saber, pero a las demás, no. De su expresión se desprendía que, ni era la primera vez, ni pensaba dejar de hacerlo, si lo que fuera que la tenía tan pendiente, lo volvía necesario—. Además, ni siquiera fui lejos, solo quería caminar un poco. Me dolía la cabeza.

—Oh, pobrecita —dijo Lizzie, genuinamente arrepentida. Lettie, mucho más aguda, la miró con suspicacia.

—Ya. ¿Es verdad que te ves a escondidas con el señor Speechley?

Ruthie giró los ojos en sus cuencas.

—Tú, hoy, quieres matarme.

—¡Yo lo entendería! ¡Es muy guapo! —la apoyó Lizzie—. ¡No me importaría que fuese él quien me besase!

—¡Lizzie! —la riñó Bethy—. Nadie va a besar a nadie, y dejad ya el tema. Hoy está Ishbel con nosotras, qué menos que dejar que hable ella, ¿no?

Lizzie se mordió el labio inferior.

—Ay, sí, Ishbel, perdona.

—No pasa nada, preciosa —replicó ella—. En realidad, prefiero escucharos a vosotras. No suelo pasar ratos así, con amigas. —Todas le sonrieron, contentas—. Contadme cosas. ¿Alguna novedad interesante, en la temporada? —preguntó, intentando mostrar un entusiasmo que no sentía. Rebuscó en su memoria, para recordar qué le había contado su prima Faith

sobre lo que se rumoreaba por los salones, cuando dejó de visitarlos—. ¿Lady Brenda finalmente se comprometió con el guapísimo lord Timberlake?

Lettie suspiró.

—¡Oh, lord Timberlake, sí! ¡Bueno, no! Quiero decir, no se prometieron, en realidad, nunca hubo nada, aunque ella estaba loca por él. Normal. ¡Es muy atractivo! Aunque demasiado serio...

—Sí que lo es, sí —reconoció Ruthie, sorprendiendo a todas—. ¿Qué pasa? Yo también tengo ojos en la cara, y no soy tonta. Diría que es uno de los hombres más guapos de Londres.

—Bueno, sí... ¡Pero James es mucho más guapo! —aseguró Lizzie, cariñosa y leal.

—Desde luego —rio Ruthie, inclinándose hacia ella para cubrir una de sus manos con la suya—. Eso lo sabemos todas, preciosa.

Edward en persona salió a recibirlas en cuanto supo que su esposa y sus amigas estaban en el edificio, y les sirvió de guía, hablándoles de los distintos objetos. Ishbel tuvo que reconocer que había auténticas preciosidades. Le impresionó sobre todo el sarcófago y el ajuar funerario de la sacerdotisa Nefer-Anjet-Ast.

—Esto es precioso —reconoció. Edward sonrió.

—Me alegra que te guste. Temí haberte aburrido hasta la saciedad en el viaje desde Gretna Green.

Ishbel se echó a reír.

—No, no. Siempre me ha interesado la cultura, en todos sus aspectos, la historia entre ellos. Y todo lo que viene de Egipto me resulta fascinante. Pero... no sé, supongo que en aquellos momentos, tenía mucho en lo que pensar.

—Sí, lo entiendo.

Ishbel miró a su alrededor. El elegante museo Rutshore se extendía en todas direcciones.

—Si te digo la verdad, pensaba que tenías un museo pequeñito, con dos o tres salas, cosas que habías encontrado en tus excavaciones. Pero me ha sorprendido mucho lo grande que es esto... ¡Realmente enorme!

—Sí, lo es —asintió Edward—. Crecimos tanto que tuvimos que comprar un edificio cercano y unirlos, levantando una construcción intermedia. Fue necesario para poder albergar la gigantesca colección que Harry heredó de su primer marido, un... coleccionista que murió en trágicas circunstancias.

—Oh.

Le miró sorprendida, pero algo en la expresión de Edward la desalentó de preguntar nada más al respecto. Algo incómoda, Ishbel carraspeó, buscando algo que decir.

Por suerte, Harry, que había estado charlando con las otras sobre un collar egipcio, una preciosidad de oro y lapislázuli que estaba expuesto a solas en una vitrina, llegó al rescate. Le guiñó un ojo a su marido, la cogió a ella del brazo y la animó a caminar por la sala llena de expositores.

—Sí, estuve casada, antes de mi boda con Edward. De hecho, tengo un hijastro que es mucho más que eso. —¿Se referiría a que era como un hijo de verdad? No estuvo segura. Había habido algo extraño en la forma de decirlo—. Le echo mucho de menos. Ahora está en Eton. Es un buen estudiante.

—No tienes que decirme nada, si no quieres —murmuró apurada, Ishbel—. Entiendo que acabamos de conocernos y que...

—No, no es eso, querida, de verdad. —Se lo pensó un momento—. Es que fue algo... complicado y, ahora mismo, no tenemos tiempo para hablarlo con tranquilidad. —Le sonrió, y ella no pudo por menos que corresponder,

encantada—. Sé que vamos a ser muy buenas amigas, así que, algún día, te contaré esa historia.

Al salir fueron a un local encantador, el *Noble English Taste*, que estaba muy cerca del museo, justo al final de la calle. Según le dijeron, el año anterior lo habían comprado entre Gysforth, Rutshore y Arthur, como un negocio común, y una inversión en un lugar en el que les gustaba reunirse.

Lo cierto es que pastas y tartas estaban deliciosas, y había un gran surtido de emparedados y canapés, además de infusiones variadas. Tomaron allí uno de los mejores tés que había probado nunca y se divirtió tanto que el tiempo se le pasó volando.

Alrededor de las siete y media, Bethany suspiró.

—Bueno, es una pena, porque nos estamos divirtiendo mucho, pero será mejor que Harry y yo nos retiremos.

—Sí —coincidió Harry, y se puso en pie, con esfuerzo—. Las embarazadas deberíamos descansar un poco, antes de la cena, si luego queremos estar bien en Almack's.

—Nosotras vamos con vosotras, ¿no, Lettie? —preguntó Lizzie. Su gemela asintió—. Queremos probar unas lazadas que tenemos en mente, para adornarnos el pelo esta noche.

Ruthie se sirvió un poco más de té.

—Pues yo creo que me quedaré un rato y luego daré un paseo. ¿Te quedas conmigo, Ishbel?

—Muy bien. No tengo prisa hasta la cena.

—Bien —asintió Bethy, y le sonrió con intención—. No hay problema. Tully se quedará contigo.

—Y mira que te entiendo —le dijo Harry, riendo al ver que Ruthie hacía

girar los ojos.

—Muy bien, entonces. —Bethy sonrió a Ishbel—. Nos vemos en Almack's.

—Nos vemos en Almack's —asintió ella.

Cuando las cuatro muchachas salieron del local, seguidas de sus doncellas, todo pareció repentinamente vacío. Ishbel miró de reojo hacia la mesa en la que Tully y Nelly charlaban animadamente y se sintió un poco incómoda. ¿Sabría de qué hablar con Ruthie Keeling? Parecía tan inteligente, tan culta. ¡Podía llegar a considerarla tonta si decía alguna bobada!

Pero Ruthie la miró con una sonrisa.

—Sé que no nos conocemos apenas, Ishbel, pero quiero que tengas siempre en cuenta que, si necesitas algo, lo que sea, puedes contar conmigo.

Ishbel sonrió.

—Gracias, Ruthie.

—De nada. Ahora somos algo así como cuñadas y es extraño que no sepamos mucho la una de la otra.

—Así es. —Rio entre dientes—. Arthur me dijo que la tía Hetty quería casarte con él.

Ruthie secundó su risa.

—¡Oh, sí! Aunque, para ser exactos, fue astuta, y yo creí que quería casarme con Rutshore. Pero no, era Badfields. —Se encogió de hombros—. Da igual, no se lo tengas en cuenta. La tía Hetty querría casarme con cualquiera que tenga un título mínimo. Arthur no se merecía eso. Es un hombre maravilloso.

En otros momentos, durante aquel feliz viaje a Gretna Green, Ishbel hubiese respondido sin dudarle un segundo, exultante, pero esa tarde, pocos

meses después, tuvo que forzarse a un diplomático:

—Desde luego.

Ruthie no se dio cuenta. Asintió y se pensó un momento cómo continuar.

—Por eso, me gustaría saber qué sucedió, Ishbel. Él no te conocía, lo sé, me consta por las exigencias de la apuesta, y porque tú no has sido muy asidua de Londres, apenas te conocía nadie por aquí.

—No, la verdad.

—Por eso... Él no te conocía y tú, como mucho, debías haber escuchado cosas terribles de él. ¿Por qué te fuiste a Gretna Green? ¿De verdad perdiste la cabeza por él, de semejante modo?

—La verdad es que me enamoré como una tonta. —Ishbel titubeó. Se mordió el labio inferior—. Voy a contarte la verdad, Ruth.

Ruthie la vio vacilar.

—No es necesario, si no lo deseas.

—No, está bien. Mi padre me había prometido a lord Kennerath. Mi hermano Sloan y yo ideamos un plan: arruinaría públicamente mi reputación, de tal modo que ese hombre ya no me quisiera. Para ello, aceptamos la propuesta de Arthur, sobre ese paseo en barca, de su apuesta. Cuando estábamos en la barca, le propuse que me ayudara a escapar y nos convirtiéramos en amantes.

—¡No! —Ruthie rio—. Me encanta, qué valor. ¿Y qué dijo él?

—Le pareció bien. Creo que le sorprendí.

—Sí, en cuanto tomamos la iniciativa, se desconciertan. ¿Y qué pasó?

—Aceptó. Fuimos hacia el norte, y el segundo día me propuso matrimonio. Decidimos irnos a Gretna Green.

—Casarse así... No sé. Arthur no suele avanzar a lo loco. Pese a lo que pueda parecer, es metódico y le gusta saber siempre qué terreno pisa. No es alguien que pueda enamorarse en unos pocos días, y lanzarse de cabeza a un matrimonio. Al contrario. Lo lógico en él, de enamorarse de ti, hubiese sido iniciar una relación, sí, pero con la boda a mucho tiempo vista, como poco.

—Ya...

¿Por qué se casó Arthur? A ella también empezaba a quemarla esa pregunta. Y, escuchando cómo tomaban forma en la boca de Ruthie sus propios temores, cada vez más. No la quería, no era cierto. Por lo tanto, algo más debía haber.

Estaba aterrada ante la idea de descubrirlo.

—No es propio de Arthur —siguió su amiga—. No, algo tan precipitado. Y él siempre había jurado que nunca se casaría, que iba a dejar que el apellido se extinguiese por esa línea. Además, le veo... raro. El otro día me lo encontré, me dijo que había discutido con su padre, pero no sé. Le veo distinto.

—No sé qué decirte. Quiso casarse...

—Claro. —Pareció arrepentida—. Perdona, soy un espanto de persona. Ahí estás tú, recién casada y feliz, y yo vengo a ensombrecerlo todo con sospechas sin ningún sentido.

—No pasa nada. —Suspiró. Ya habían hablado suficiente de ella misma y sus problemas, quería cambiar de tema. No le costó mucho encontrar algo—. ¿Y tú, Ruthie? —Consideró si hacerlo, y terminó animándose a preguntar directamente—: ¿Quién es ese señor Speechley?

Ruth rio.

—¡Por Dios! ¡Pobre George! —Chasqueó la lengua—. Es el secretario de mi hermano. Un buen hombre, y muy agradable, nos une desde hace años el

amor por la literatura. Hablamos de libros, nos los recomendamos... —Ruthie abrió y cerró la boca. Optó por seguir por otra línea—. Todo el mundo da por hecho que hay algo entre nosotros, alguna atracción romántica. Y, aunque me importa bien poco lo que diga nadie al respecto, yo lo niego porque, de no hacerlo, la presión de la tía Hetty sería insoportable. No quiere ni por lo más remoto que me pueda complicar la vida con el hijo de un baronet.

—Entiendo.

Ruth la miró con simpatía.

—Tú has compartido conmigo un secreto, así que yo compartiré otro contigo. Te confesaré que no es verdad. Se trata solo de una... una pequeña mentirijilla que, en realidad, ni siquiera he contado yo. Fue algo que supusieron la tía Hetty y lady Forrest, esa maldita entrometida. Y hasta el propio James. Se equivocan, pero guárdame el secreto, porque no pienso sacarles de su error.

—¿Ni siquiera a James?

—Ni siquiera a él. ¡Se lo merece, por andar intrigando a mis espaldas!

Ishbel se echó a reír.

—Eres malvada.

—¿Tú crees? —Sonrió—. Quizá, un poco. Reconozco que me encanta ver a la tía Hetty escandalizada. Si ya James le dio un disgusto enorme cuando contrajo matrimonio «por debajo de sus posibilidades», como insistía en decir entonces, si me caso yo con el hijo sin fortuna de un «simple» baronet... ¡Imagina!

—Pero no es lo que tienes en mente.

—No. —Negó también con la cabeza—. Aprecio mucho a George... al señor Speechley, somos... somos buenos amigos, ya te digo. A los dos nos apasionan la literatura y la verdad, a partes iguales, pero me temo que ninguno



de los dos tiene interés en el otro.

—Y no me lo vas a contar. Cuál es tu interés, me refiero.

Ruthie giró la taza en el platito.

—Digamos que es un secreto que todavía está formándose. Y que no tiene nada que ver con hombres... o quizá sí. Porque, aunque nos enseñan desde niñas a pensar de otro modo, a creer que nuestro único destino debe ser el de convertirnos en esposas y madres, siempre dependiendo de un hombre para sobrevivir, en realidad no les necesitamos para tener una vida completa, Ishbel.

Ella parpadeó.

—¿No? —¿De qué hablaba? Incluso su abuela, que desde que era viuda organizaba su vida a su antojo, le había inculcado que su futuro pasaba por casarse bien, con un hombre rico al que poder manejar. No se le había ocurrido que pudiera haber otras posibilidades—. No sé a qué te refieres, la verdad.

—Normal. —Ruth se echó a reír—. Seguro que no has oído hablar de Olimpia de Gouges o de Mary Wollstonecraft, pese a que todas las mujeres les debemos que hayan sido la chispa de una gran hoguera que iluminará el futuro y cambiará las cosas... —Se contuvo—. Pero, bueno, supongo que todo eso no importa ahora mismo. Ni siquiera tiene que ver realmente con lo que estoy intentando. En lo que a mí respecta, lo contaré todo en cuanto... en cuanto me sea posible.

—Estoy segura de que a todos les parecerá bien. Pese a todo lo que pueda parecer, confían totalmente en ti, es algo que se nota. —Extendió el brazo y apoyó la mano sobre la de Ruthie—. Solo espero que tengas mucho cuidado. Y que me lo cuentes, en cuanto te sea posible. —Sonrió—. A mí también me gustaría que me iluminase esa gran hoguera.

Ruthie asintió, repentinamente grave.

—Que así sea.

## Capítulo 16

A las seis en punto, Otis detuvo el carruaje cerca de la taberna de Paddy y Arthur se dirigió a pie, elegante con su abrigo, su sombrero de copa y su bastón. Sabía lo que pensaban todos los ojos que tenía encima. Exactamente lo mismo que Dagger, cuando le vio venir. Estaba apoyado en la pared, junto a la puerta de la taberna, y arqueó una ceja en un arco asombroso.

—Por todos los demonios —gruñó—. Si no supiera que lo es, pensaría que se había disfrazado aposta como un auténtico pisaverde.

—Amigo mío, soy lo que soy. —Se sacudió una mota de la solapa del abrigo—. Y voy muy elegante.

—Ya. —Sus ojos emitieron un brillo de risa, pero afirmó—: Si le pegan, no pienso defenderle.

Arthur le siguió por rincones sucios y callejuelas, lugares que siempre solían estar llenos de sombras, pero más en esos momentos. Esa tarde, el cielo estaba muy cubierto. Había tantas nubes que apenas pasaba la luz, y hacía bastante frío. Bajo sus pies, el suelo, embarrado, parecía una larga alfombra oscura, adornada aquí y allá por charcos sucios y regueros, tras llover casi todo el día. La brisa de la tarde estaba cargada de humedad.

Estaban en una zona especialmente miserable de Whitechapel. Casas ruinosas, montones de trastos por todas partes, coladas de prendas sucias que solo podían ser consideradas harapos, gentes viejas sin futuro mezcladas con gentes jóvenes sin futuro... Esa clase de estampas eran las que le hacían sentir más rechazo aún por el rey. Ese hombre acostumbrado a vivir en un lujo

desbordante, sin mirar a su alrededor, a las necesidades de la gente que le daba sentido a su vida y a su poder.

Claro que, él, no podía decir que hubiese hecho mucho al respecto. Como el orondo monarca de todos los ingleses, Arthur Ravenscroft era un dandi más preocupado por la frondosidad del pañuelo que usaba de corbata que por lo que podían comer los niños del Londres que subsistía más allá de las luces de las grandes fiestas.

Edward se lo reprochaba muchas veces, y era verdad: era genuinamente egoísta. Solo pensaba en sí mismo, y en sus placeres. O en sus desdichas.

«Tengo que cambiar», se dijo. Aunque, pensándolo bien, quizá ya había empezado ese cambio. Supuso que sí, por eso estaba dándole vueltas a esas cosas.

—Espere aquí —le dijo de pronto Dagger, junto a un edificio de aspecto endeble. Tenía una escalera exterior, que ascendía por un lateral. Su acompañante subió por allí y desapareció en un giro.

Arthur se estremeció y miró a su alrededor, sintiendo que estaba atrapado en un mundo gris, carente de vida o calor. Y eso que, él, al fin y al cabo, no podía quejarse. Tenía unas estupendas botas y un buen abrigo. Un grupo de críos desarrapados, la mayor parte descalzos, correteaba por las cercanías simulando jugar, aunque tenía muy claro que le vigilaban, y seguro que podían llegar a ser muy peligrosos.

Pobres críos. ¿Cómo serían sus historias?

—Milord —oyó. Dagger estaba en la escalera. Le miró, con una advertencia clara en sus ojos de rata—. Está esperando arriba, milord —fue lo único que dijo, sin embargo.

Nada de consejos o recomendaciones. Arthur no se sorprendió. Le conocía lo suficiente como para saber su opinión al respecto: cada cual debía tener claro qué quería o tenía que hacer en la vida. Y, si no acertaba en sus

decisiones... Bueno, en ese caso, debía estar dispuesto a asumir las consecuencias.

Como él, si decidía subir para ver a Thynne.

Arthur asintió y puso el pie en el primer peldaño. Se internó por la escalera de madera, muy empinada. A veces, los tablonos se hundían ligeramente bajo sus pies, con una sensación blanda, inquietante. La madera estaba podrida por la humedad y el tiempo. En cualquier momento, podía romperse alguna de sus tablas y mandar al desdichado de turno a una larga temporada en la cama con varios huesos rotos, como poco. Esperaba que no fuese su caso.

Arriba, encontró algo así como media puerta carcomida por arriba y por abajo, que daba a una habitación desvencijada y sucia. Thynne estaba allí, apoyado en una mesa solitaria, el único mueble del lugar. Todo lo demás era basura. Él incluido.

Arthur frunció el ceño.

—Eres un maldito hijo de puta —le dijo por todo saludo. No estaba especialmente enfadado por el tema, pero no se iba a quedar sin un par de insultos—. ¡Intentaste matarme, cabrón!

Thynne sonrió apenas. Siempre había sido un hombre de presencia imponente. Además, cuidaba su aspecto, como si cuidara un personaje teatral cuidadosamente diseñado. En realidad, eso era aquel «Thynne» surgido de la nada.

Pero ese día tenía muy mal aspecto. Estaba pálido, ojeroso, despeinado y sucio. Y no daba miedo, como solía ocurrir en el pasado.

—¿De verdad esperabas otra cosa, Badfields?

Él se encogió de hombros. A qué discutir, tenía razón.

—En realidad, no. Por eso tomé medidas.

—Lo sé. Me quedó muy claro que lo tenías previsto.

—Pues sí, más me vale en esta vida ser un poco perspicaz.

Algo empezaba a rondar la mente de Arthur. No quería creerlo, realmente no deseaba hacerlo, pero cada vez crecía y crecía como un bicho con vida propia. Sus ojos se dirigieron a la mano de Thynne.

—¿Qué es eso? —Señaló su mano. Parecía una marca de hierro al rojo—. ¿Qué te ha pasado en la mano? ¿Se ha enfadado el «Rey en la noche»?

—Qué gracioso. Y no le menciones tanto. Las paredes oyen. —Hizo una ligera pausa. De pronto, se mostró más vulnerable—. Badfields, estoy en una muy mala situación, y te recuerdo que es por tu culpa.

—¿De verdad? No lo siento en absoluto.

—Lo sé bien, porque eres un hijo de puta. Pero te lo digo porque, llegado el momento, quizá tenga que pedirte a ti un favor.

—¿Ah, sí? —Sonrió—. Me va a encantar que lleguemos a vivir ese momento, juntos.

Thynne lanzó un bufido.

—Muy bien, ya nos hemos saludado. ¿Qué querías?

—Que me digas quién es el «Rey en la noche».

—¡Por los cuernos de Belcebú! —Se incorporó—. Ya te dije que no lo sé.

—Y yo ya te dije que no te creo. Has ascendido mucho en los últimos tiempos, Thynne. ¡Eres el maldito duque de Whitechapel! Tienes que saber quién es el que te manda. De hecho, tienes que saber que es alguien muy importante, y con el poder y el dinero suficiente como para comprar muchas voluntades.

Thynne agitó la cabeza.

—Estás loco, Badfields, estás demasiado loco para tu propio bien. No quiero hablar de él. Si eso es todo...

Se dirigió a la puerta, pero Arthur estaba más cerca, y usó el bastón para bloquear el umbral. Se miraron un momento.

—No, no es todo. Aún no he terminado. —Thynne no dijo nada—. Creo que, si sigues con vida, es porque sabes quién es. Que estás en plena pugna por conseguir adecuar tu situación.

—Eres muy listo.

—Ya. ¿Qué te ha pasado en la mano?

—Nada.

—Venga, hombre... Intenta algo más original.

—Me he quemado en una hoguera.

—Eso suena mejor, pero no te creo. Tienes un aspecto deplorable. Enséñame esa mano.

—No.

—Hazlo y te ayudaré. Llegado el momento.

Thynne dudó. Finalmente, le tendió la mano, con la palma hacia abajo. En el dorso, tenía efectivamente una quemadura.

—Dios santo... ¿Qué te ha ocurrido? —Aquello parecía tener alguna forma concreta—. ¿Es lo que parece? ¿Te han marcado al rojo vivo?

—Sí. —Estiró los dedos algo pero volvió a encogerlos. Aunque debía tener ya un tiempo, supuso que ya nunca podría mover bien la mano sin dolor—. El que enoja al «Rey en la noche», lleva su marca. Aunque, en este caso, lo ha hecho para protegerme.

—¿Protegerte?

—Sí. Por tu culpa. Cabrón.

Arthur suspiró. Lo intentó de otro modo.

—¿Qué es?

—¿No lo ves? Una corona negra cabeza abajo. Su símbolo.

¿Una corona negra? ¿Cabeza abajo? Sí, parecía eso, cierto. Una corona de tres puntas. Sintió un sobresalto. Una corona negra cabeza abajo...

Una estrella blanca y negra...

—¿Has oído hablar de La Estirpe?

Eso le tomó por sorpresa. Thynne retiró la mano y le miró con miedo.

—Joder, Badfields... Hasta yo sé cuándo debo parar.

—¿Eso es un sí? ¡Dime!

Thynne negó con la cabeza.

—No. ¡No! Estás loco. No pienso hablar tampoco de eso.

—Hazlo. Te recuerdo que una palabra mía te mandará a prisión.

Thynne ahogó una risa seca.

—¿Qué dices? Nunca me ha importado que me pudieras mandar a prisión, milord. De hecho, un noble de tu alcurnia podría mandar al infierno a cualquiera de nosotros en cualquier momento, y lo sabes. —Sí, era cierto. Solo tenía que decir que le había afrentado o robado, iría de inmediato a la cárcel. Incluso sin dar una razón—. Si he cedido siempre, es porque la matanza de Sweetgrass es recordada en ciertos círculos, y no me interesa que se mencione el tema. Pero si me presionas con esto, no me quedará más remedio que revolverme.

—Pero tienes que darme algo. Dime algo. —Nada, seguía empecinado. De hecho apretó bien los labios, para que viera que no iba a hablar. Arthur



decidió apostar todo a una carta—. Hagámoslo de otro modo. Solo tienes que confirmarme que Dankworth es el «Rey en la noche»...

Thynne abrió mucho los ojos.

—¡Badfields! ¿Cómo tengo que decirte que dejes ese tema? —Se agarró la cabeza entre las manos, como si el conocimiento quisiera abrirle el cráneo. Arthur no dijo nada. Esperó, para ver si servía de algo lo dicho. Llegó a pensar que no, pero, al final, Thynne empezó a hablar—. Te propongo un trato: ayúdame a acabar con él, a ocupar su sitio, y tendremos siempre una alianza.

«Ni muerto», pensó Arthur. Aunque solo fuera por el secuestro de Minnie, o por el miedo que había pasado Bethany, estando en sus garras. Algún día, Thynne pagaría todas sus culpas.

—Hecho —dijo sin embargo—. Ahora, socio, empieza a hablar. ¿Es Dankworth?

Thynne se resistió todavía unos segundos, pero acabó decidiéndose:

—Sí. —¡Maldición! En vez de alegrarse por ello, porque poco a poco iba consiguiendo información con la que podría acabar con aquel canalla, lo primero que pensó fue en el disgusto que se llevaría Ishbel el día en que se enterase de aquella atrocidad—. Mucho cuidado con ese hombre. Puede parecer plácido, hasta razonable, pero está carcomido por la ambición, y es de esa gente que no quiere a nadie más que a sus hijos. Le he visto decidir la muerte de niños con total frialdad, pero ahí le ves, con fama de ser un padre atento. —Agitó la cabeza—. Te has acercado mucho a él, y no le ha gustado nada.

—Lo sé.

—En cuanto a La Estirpe... Lo cierto es que no sé demasiado, lo mantiene al margen, yo solo he captado algunos detalles aquí y allá, cuando nos ha pedido que hiciéramos algo, como amenazar a alguien o dar directamente un susto. En La Estirpe hay gente muy poderosa, pero tu suegro, Dankworth, es el

líder. Por lo que sé, en otros tiempos durante la guerra con Francia, estuvo a punto de hacerse con el trono del Reino Unido, o eso llegó a esperar él. —Sus relaciones con Bonaparte, claro—. Asegura tener derecho a ello.

Dankworth, en el trono de Inglaterra. Y, luego, Sloan, claro. Esa posibilidad le gustaba más. Tenía la impresión de que ese muchacho sería un buen gobernante. Desde luego, no lo haría peor que el rey que tenían en esos momentos. Hasta estaba tentado de entrar en La Estirpe.

Y la reina, Lettie, no cabría en sí de gozo. A menos que, en realidad, le gustase Lizzie... Casi se echó a reír al pensarlo.

—Eso es absurdo.

—Bueno, eso decía él. Pero todo se fue al garete, no sé cómo. Ahora, no tengo ni idea de qué hará. Ya te digo que esa parte no la comparte conmigo.

—Vale. Lo que no sé es por qué alguien que aspira al trono de Inglaterra es capaz de convertirse en el «Rey en la noche». No lo entiendo, y más siendo Dankworth. Desprecia a todos los que no tienen un rango mínimo. No encuentro lógico que se involucre con la mayor escoria del mundo.

—¿No? —Thynne ahogó una risa seca—. Vamos, Badfields, tú ves vagabundos y rapazuelos y para ti forman parte del paisaje, pero tienen cuchillos, y dientes, y mucho odio en su interior. Y Dankworth necesita poder. ¿Cómo organizarías un ejército, en las mismísimas narices de tu enemigo? Pues utilizando a la gente que ya está allí, organizándola sin que se note, por supuesto. —Un brillo de cólera cruzó sus ojos—. Claro que el «Rey en la noche» desprecia ese mundo, nos desprecia a todos, pero nos utiliza. Y ahora le servimos porque no nos queda otro remedio.

—¿Es eso? ¿Está organizando su ejército en las cloacas del mundo?

—Nadie me lo ha dicho, pero es evidente. —Se encogió de hombros—. Al menos, eso creo.

Era listo Thynne. Normal que hubiese medrado tanto. Pena que no tuviera ninguna moral. Arthur decidió dejar el interrogatorio. De momento, no se le ocurrían más preguntas que hacerle y necesitaba pensar en todo lo escuchado.

—Está bien. Ya hablaremos. De ser necesario, te haré llamar y quedaremos, como hemos hecho hoy.

—Bien. —Miró hacia el exterior—. Ahora, si no te importa, preferiría salir yo solo, ahora. Espera tú unos minutos antes de irte.

—Vale.

Thynne se dirigió a la puerta, pero se detuvo en el umbral.

—Tu amigo, Gysforth... —Hizo una mueca—. Dile que tenga cuidado.

—¿Qué ocurre?

—Peel y él están avanzando mucho con lo de crear ese cuerpo de policía en Inglaterra, algo que Dankworth no está dispuesto a permitir. Estropearía todo lo organizado en ese reino oscuro que lleva años forjando a sangre y fuego. Y es muy mal enemigo, Badfields. De los que no temen derramar sangre.

—¿Sabes algo en concreto?

Thynne vaciló.

—No. Pero, tened cuidado.

—Gracias, lo tendremos. Thynne... —No pensaba hacerlo, pero ¿por qué no? Le planteó la pregunta que siempre daba vueltas en su cabeza, cada vez que pensaba en lo ocurrido con aquella compañía de teatro—. ¿Por qué les mataste? ¿A todos?

Thynne le mantuvo la mirada.

—Porque un muchacho tiene un límite de resistencia, y yo rebasé el mío, con mucho. No me arrepiento.

A saber qué querría decir aquello.

—No es verdad.

Thynne le lanzó una mirada sombría y se fue.

Arthur esperó unos minutos y bajó también. En esos momentos llovía con ganas. Dagger le esperaba, empapado, y le llevó de vuelta hasta la taberna de Paddy. Otis esperaba dentro del coche, muy astuto. Al verle llegar, salió y le mantuvo la puerta. Se dirigieron hacia Brooks's.

Llegaba media hora tarde, menos mal que había avisado. James y Edward ya estaban allí, tomando un buen whisky junto a una de las grandes chimeneas. Arthur pidió lo mismo y se sentó con ellos. Extendió las manos hacia el fuego, intentando secarse un poco.

—Vaya día —dijo. Los otros asintieron. James le miró con atención.

—¿Qué te ocurre, Badfields? No tienes buen aspecto.

Arthur contempló las llamas.

—Tengo novedades. Solo que... cada vez estoy más cerca del desastre de mi matrimonio.

—¿Te arrepientes de haberte casado? —preguntó Edward, preocupado.

—Es difícil de explicar...

James le estudió con expresión crítica.

—Yo diría que no tanto. La quieres. Pero sigues con tu búsqueda.

—Sí. No puedo permitirme olvidar cuál es mi objetivo.

—Mañana escribiré a Dora, a ver si contacto con ella —dijo Edward—. Si están en El Cairo puede ser rápido. Puede que consiga que nos informe un poco de lo que haya descubierto... Si es que ha descubierto algo.

—Gracias, sí. Pero yo he hecho algunos adelantos al respecto.

—¿Cuáles?

Tardó varios segundos en decidirse a hacerlo, y eso que confiaba plenamente en ellos. Pero no podía evitarlo, la imagen del nombre de su padre en el listado de La Estirpe le preocupaba. Y también las amenazas directas que le había lanzado Dankworth. Si no andaba listo, podía ser él quien terminase en el cadalso.

—Dankworth está tras todo lo que pasa —respondió—. Es el «Rey en la noche» y quiere serlo también en el día. Lo he confirmado.

—¿Qué? —preguntó James, asombrado—. ¿Cómo? ¿Tienes pruebas?

—Me temo que no, aunque quizá sirva de algo esto. —Sacó el papel con el texto codificado y lo extendió sobre la mesa—. Esto lo tenía bajo llave, en una carpeta que contenía información sobre un grupo que se hace llamar La Estirpe. Es una página de muchas que había. —También añadió la lista de nombres—. Y aquí he anotado los nombres que recuerdo, del listado.

Les hizo un resumen de lo que había en el arcón reforzado del despacho de Dankworth, y de lo que había presenciado poco después, así como de la entrevista que había mantenido con Thynne. Las expresiones de James y Edward pasaron de la curiosidad al más puro asombro.

—La Estirpe... ¿Qué demonios es eso? —preguntó Edward. James frunció ligeramente el ceño.

—Yo he oído rumores. Por lo que tengo entendido, es un grupo afín a intereses católicos, seguidores de los descendientes de los Stuart. Gentes que consideran que se vulneraron los auténticos derechos dinásticos con el Acta de Establecimiento de mil setecientos uno, la que garantizaba el acceso al trono a los miembros de la casa de Hannover, protestantes. La Estirpe plantea que debería instalarse en el trono a los que hubiesen debido gobernar, de no haberse estipulado esas restricciones religiosas. Pero no entiendo. Ahora mismo, el derecho corresponde a María Beatriz Victoria de Saboya, una

princesa italiana a la que los jacobitas llaman «María III de Inglaterra, Francia e Irlanda y II de Escocia».

Edward le miró con admiración.

—¡Muy bien! ¡Y luego el erudito soy yo! A veces, me asombran las cosas que sabes, Gysforth.

James se echó a reír.

—Hay que estar al tanto de ciertas cosas, en ciertos ambientes.

—¿María III? —preguntó Arthur, frunciendo el ceño—. No sabía que habíamos tenido una María II.

—Y no la hemos tenido. Pero los jacobitas piensan que María I de Escocia fue la sucesora por derecho de María I de Inglaterra, por lo que la llaman María II de Inglaterra.

—¿Y qué pasa con Isabel I? ¿La famosa Reina Virgen? ¿Nuestra hermosa Gloriana, la buena Reina Bess?

—Piensan que era hija ilegítima de Enrique VIII, claro está, una usurpadora del trono —le dijo Edward—. Todo esto viene del cisma y la Reforma, el cambio religioso que sufrió Inglaterra por el deseo de Enrique VIII de divorciarse de la reina Catalina para casarse con Ana Bolena y... Bueno, seguro que conoces la historia. Los jacobitas, católicos, no aceptan el divorcio ni ese cambio.

Nunca le había interesado gran cosa la historia, pero esa parte sí se la conocía, qué remedio. Todos sus profesores se habían empeñado en ello.

—Entiendo, sí.

James agitó la cabeza.

—Por eso, no imagino qué puede impulsar a Dankworth. Pero lo que sí sé, sin lugar a dudas, es que él no sería uno de los candidatos al trono, en ningún

caso.

—Entiendo —replicó Arthur—. Sin embargo, Dankworth asegura tener derechos, algo fuera de toda duda. Hablaba con mucha seguridad.

James puso cara de desconcierto y se encogió de hombros.

—Es absurdo. De hecho, los Puscat nunca han estado cerca del trono. Jamás.

—No sé, solo puedo aseguráros que hablaba con mucha vehemencia. De hecho, recordad que por eso aspiraba al trono y conspiró con Bonaparte. Ahora, supongo que seguirá reuniéndose con su alegre grupo de nostálgicos... Quizá pueda sonsacarse algo de la gente de la lista. —Señaló el papel codificado—. O algo de ahí. ¿Crees que alguien podría resolver ese código, Gysforth?

—No lo sé. Pero tengo algunos contactos en el Servicio Secreto. Si te parece, me lo llevaré, a ver qué pueden decirme.

—Claro. Todo tuyo. Lo traje precisamente para que decidieras qué hacer con él, para llegar a su contenido. —Torció la boca al recordar la advertencia recibida—. Por cierto, Thynne me ha dicho que Dankworth está muy centrado en su pugna con sir Robert y contigo.

—Me consta, créeme. —James bufó—. Desde luego, hay que reconocer que es perseverante. Un auténtico guijarro en la bota.

—No sé, me ha dado la impresión de que pueden llegar a hacer algo más que hablar. Son gente peligrosa.

Su amigo asintió.

—Avisaré al ministro.

—Sí, hazlo. Y ten cuidado.

—Lo tendré, descuida.

Charlaron un rato más, ya de distintos temas, y luego volvió a casa. Se encontraba de mejor humor, pero no mucho. Quería ver a Ishbel, lo deseaba con todas sus fuerzas, pero a la vez temía verla.

Por lo menos, Dankworth no estaba, y Sloan tenía una cena con posibles mecenas para una de las fundaciones en las que trabajaba, pobre diablo.

Ishbel le saludó con un gesto y empezó a cenar, sin decir nada. Arthur la imitó, aunque tuvo la sensación de que la comida le sabía a arena.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó, por llenar aquel silencio espantoso.

Ella le miró sorprendida.

—Nada especial. Ya te dije que iba a pasar el día con las Keeling. Hemos ido a su modista. Y hemos estado en el museo Rutshore.

—¿Te ha gustado?

—Mucho. —De nuevo callaron, mientras los criados retiraban los platos de la sopa y servían el asado—. Y tú, ¿qué has hecho?

Arthur se encogió de hombros.

—He estado en el club.

—Qué bien. —Disimuló una mueca. Seguro que estaba pensando que odiaba que fuese un vago sin mayor ocupación. Pero debió captar que algo pasaba porque añadió—: ¿Te encuentras bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Estás... no sé, raro.

—Soy raro, amor mío. Ya deberías saberlo.

—Ya.

Siguió cenando. Llegaron al postre y no parecía que ninguno de los dos fuese a plantear un nuevo tema de conversación. «Esto no puede seguir así»,



pensó Arthur. Bastante sufrimiento iba a tener Ishbel cuando estallase todo. Al menos, le debía un poco de felicidad.

—¿Quieres que vayamos al teatro un día de estos? —se le ocurrió decir. Recordó algo que les había comentado Edward, esa tarde en el club—. El viernes estrenan una nueva puesta en escena de *Presunción, o el destino de Frankenstein*, de... no recuerdo el nombre.

—Richard Brinsley Peake.

—Eso. ¿Te gustaría ir a verla?

Ella le miró con cautela.

—¿Has hablado con Ruthie?

—No —respondió, sorprendido—. ¿Por qué?

—El viernes que viene he quedado con ella para ir a una reunión.

—Ah, bueno... —Aunque al principio no había estado por la labor de permitir que Ishbel se acercara a su vida, a sus gentes, no podía negar que le agradaba aquella amistad. Al menos, había aportado algo bueno a su vida—. No te preocupes, podemos ir al teatro cualquier día. Además, me alegra mucho que te hayas hecho buena amiga de Ruthie. Es una mujer maravillosa.

—Sí, lo es.

—Pero ¿por qué me has preguntado si he hablado con ella?

—Pensé que quizá querías evitar que fuera.

Arthur arqueó una ceja.

—¿Por qué haría yo tal cosa?

—¿Por qué haces mucho de lo que haces, Arthur? Yo no lo sé. Y no voy a engañarte, es una reunión de damas con ideas algo... modernas. Hablaremos de «La Vindicación de los Derechos de la Mujer».

—Uf... ¿Qué es eso?

—Un libro. De Mery Wollstonecraft.

—A esa sí la conozco. Una mujer admirable. Hasta he leído algo suyo, aunque no de ese estilo. Y prefiero el *Frankenstein* de su hija, Mery Shelley. Mira, al final, todo se relaciona con esa obra, aunque no vayamos al teatro. — Se encogió de brazos con indolencia—. Eso que vais a comentar vosotras suena bastante aburrido y muy revolucionario, amor mío.

—Por eso. Me temía que te opusieras.

La miró con sorpresa.

—¿Oponerme? ¿Yo? No, ¿por qué debería?

Ishbel no contestó. Se miraron unos momentos.

—Te noto triste, Arthur.

—¿Qué? No. Yo nunca estoy triste, amor. Solo un poco menos contento que de costumbre. —Cogió la copa de vino y bebió un trago—. No me hagas caso.

—Como quieras.

Arthur apretó los labios.

—Vamos a la cama —le dijo, sin importarle todos aquellos criados silenciosos que les rodeaban. Ella parpadeó. No dijo nada, solo se puso en pie.

Una vez en su dormitorio, hicieron el amor de una forma lenta y apasionada. Sin prisa, sin pausa, acelerando, cada vez más intenso todo, hasta perderse nuevamente en aquella marea infinita.

—¿Por qué te casaste conmigo? —preguntó ella, al terminar, en un susurro.

Arthur cerró los ojos. No contestó. Tuvo una sensación extraña, de tiempo fugaz, de momento perdido. Hubiese querido aferrarse a él, detener los relojes

del mundo, y permanecer por siempre así, abrazado a Ishbel Puscat.

## Capítulo 17

—Ya son muchas temporadas —estaba diciendo esa tarde de viernes lady Forrest, mientras se esforzaban todas con la aguja. Por suerte, Ruthie no se encontraba presente. Había salido con su doncella, Tully, a hacer unas compras y luego Ishbel y ella habían quedado para ir a la reunión. Harry pensaba acompañarlas, pero no se encontraba bien, y había preferido acostarse en su antigua habitación de Gysforth House—. A este paso, va a ser difícil conseguir algo apropiado para esa niña.

—Ruthie es muy guapa y muy lista —replicó Lizzie, que tenía a Tutú en su regazo, cómodamente recostado. El perrito adoraba a las gemelas, pero Lizzie era su preferida, quizá porque ella le adoraba. Siempre tenía tiempo y ganas de jugar con él, y disfrutaba dándole todos los caprichos—. Seguro que consigue un buen marido por su cuenta.

—Claro que sí —la apoyó su hermana gemela—. Aunque, la verdad, a ella le da lo mismo. No le importa no casarse.

—Creo que ni quiere —convino Lizzie.

—¡Oh! —Lady Forrest la miró escandalizada—. ¡Qué barbaridad! ¿Has oído, Hetty? —La tía Hetty guardaba silencio, concentrada en su labor—. ¡En mis tiempos, hubiese recibido una buena regañina por decir algo así, jovencita! ¡Menudo despropósito! Os recuerdo que, por muy bonito que suene todo eso que decís sobre la libertad o el amor, hay una responsabilidad familiar que...

—Que termina donde la familia tiene una responsabilidad con las personas

que la forman —la interrumpió Bethany—. O al menos, eso opinamos nosotros en esta casa, lady Forrest. Entiendo que no es lo habitual, desde luego, pero eso pensamos. Como muchos otros.

—Qué barbaridad. ¿Oyes, Hetty? ¿Dónde iremos a parar? ¡El mundo se hunde a nuestro alrededor! —La miró, irritada por su silencio—. ¿No vas a decir nada? —La mano de la tía Hetty detuvo su avance imparable con la aguja—. ¿Hetty?

Todas se volvieron hacia allí y el silencio se llenó de un sentimiento de horror cuando comprendieron que la tía Hetty estaba llorando. ¿Cómo? ¿Ella? ¿Aquella criatura creada para arrasar, para mantenerse orgullosamente erguida y luchando mil huracanes mientras existiera la propia Inglaterra? Las gemelas miraron apuradas a Bethy, que tardó un segundo en reaccionar. Soltó su labor en el cesto que tenía delante, se puso en pie, rodeó la mesa y abrazó a la anciana.

—¡Tía Hetty! Pero ¿qué ocurre, qué le pasa?

—Por Dios, Hetty... —Lady Forrest tampoco sabía cómo actuar. Ishbel temió que se echara también a llorar—. Hacía que no te veía derramar una sola lágrima desde... Ni sé desde hace cuánto. ¿Qué ocurre? ¿Es por algo que he dicho? ¡Perdóname! ¡Sabes que no quería molestar!

—No, no...

—¿Es por lo que está pasando con Ruthie?

—No. No tiene nada que ver con esto. —La tía Hetty dejó su costura, sacó un pañuelito de la manga y se secó las comisuras de los ojos—. No las riñas más, por favor. Qué demonios, tienen razón.

—¿Qué? —replicó lady Forrest, absolutamente asombrada, y no solo por el lenguaje empleado.

—Que tienen razón, Hermione —repitió la tía Hetty, todavía en voz baja,

pero algo más firme que antes—. Si yo hubiese sido un poquito egoísta, por mi propio bien, quizá me hubiese casado con aquel joven lacayo de quien estuve tan enamorada.

—¿Hablas de William? —preguntó lady Forrest, demostrando que sabía perfectamente a quién se estaba refiriendo.

—Sí, William. Quizá entonces, en vez de ser ahora una mujer tres veces viuda y enormemente rica, pero sin ningún recuerdo del amor en mi corazón, habría sido una mujer feliz, con un hogar maravilloso y muchos hijos.

Lady Forrest abrió mucho los ojos, pero no más que sus sobrinas.

—¿Un lacayo? —preguntó Lettie, atónita.

—¿En serio, todavía le recuerdas? —preguntó lady Forrest.

—Y tú también. —Las pupilas de la tía Hetty brillaban de un modo extraño. Quizá fuera por las lágrimas, aunque también podía ser por la luz de aquel sentimiento que todavía recordaba con tanta fuerza—. Reconócelo.

Por primera vez, la expresión de lady Forrest se llenó de un poco de inteligencia.

—Claro que sí. Era tan encantador... ¿Qué edad teníamos?

—Quince años. Fue cuando me obligaron a comprometerme con Bridgeport.

—¡Mi hermano era un gran hombre!

—Desde luego, querida, desde luego. Pero, lamentablemente, nunca pude amarle.

Lady Forrest asintió, muy rígida.

—Lo sé. Yo tampoco a Forrest. Era... difícil. —Una expresión de dolor cruzó su rostro—. Nunca sabías qué humor iba a tener, y podía llegar a ser tan cruel... —Agitó la cabeza—. Pero cumplimos con nuestra obligación, Hetty.

—Cierto. Lo hicimos. Sin embargo, seamos sinceras, ¿cuántas veces lo hemos lamentado, a lo largo de la vida?

Lady Forrest tragó saliva.

—Cumplimos con nuestra obligación —repitió, testaruda, aferrada a aquella idea.

Ishbel sintió una infinita pena por aquellas dos ancianas. Entendía que, a sus ojos, la falta de obligaciones que pretendían a veces las jóvenes, hacía que todo aquel sacrificio que habían tenido que llevar a cabo ellas en su momento, entregando sus vidas y su felicidad por exigencias de otros, no hubiese valido de nada.

—Sí, lo hicieron —les dijo—. Por eso saben cuánto dolor puede acarrear una imposición como esa. Los tiempos cambian, tía Hetty, lady Forrest, todavía queda mucho por delante, pero van cambiando. Y lo hacen gracias a personas como ustedes, que desean algo mejor para sus jóvenes.

—Exacto —la apoyó Bethany—. Hay que ser responsables y hacer lo más conveniente para la gente que queremos, pero también es bueno dejar que nos guíe el corazón en esas decisiones vitales para nuestra felicidad. Usted quiere a sus sobrinas. Estoy segura de que desearía para ellas la alegría que le hubiese supuesto casarse entonces con aquel muchacho. ¿Recuerda lo que era sentirse llena de amor?

La tía Hetty se lo pensó unos momentos y tragó saliva.

—Tenéis razón, queridas, los tiempos van cambiando, supongo. Yo ya soy demasiado vieja para entenderlo, pero quizá sea para mejor.

—¡Oh, tía Hetty! —exclamó Lettie, conmovida. Se levantó también, corrió a su lado y la abrazó con fuerza—. ¡Deberíamos buscar a aquel joven y...!

—No digas tonterías, niña —replicó la tía, aunque con amabilidad—. De seguir vivo, aquel joven sería un viejo gruñón, como yo. Pero no lo está.

Murió hace veinte años, de tuberculosis. Lo sé bien porque, en el último momento, me hizo llamar. Morton todavía estaba vivo y... bueno, intenté que no se enterase, así que me escapé para verle. Le encontré en un lugar terrible, sucio, hambriento, solo... Murió de pobreza, tras trabajar duramente toda su vida.

Lady Forrest puso cara de contrariedad.

—Supongo que eso también pasa en Inglaterra, sí.

—Hice que le trasladasen a una casita en las afueras y, a espaldas de mi marido, le llevé a mi médico, pero era demasiado tarde, estaba ya muy mal. Murió a los pocos días. Al menos, lo hizo en mejores condiciones de las que tuvo al vivir. —Suspiró—. Desde entonces, siempre he visitado su tumba en el aniversario del único día que fue realmente especial en mi vida, y le llevo unas flores.

—Te refieres a lo que ocurrió en los establos. —Los ojos de lady Forrest parecían estar viendo algo lejano—. Aquel día.

—Sí. *Aquel* día.

—Pero, no lo entiendo... Hace mucho que murió, y más que no le veíamos, desde que tu padre le echó de tu casa. Jamás habías vuelto a mencionarle, jamás. De hecho, siempre has sido muy estricta con la idea de que, el matrimonio, es un asunto de familia, tal como nos enseñaron que debía ser. ¿Por qué estás así, hoy?

La tía Hetty titubeó.

—Porque hoy es el aniversario, Hermione, hoy es el día. Esta mañana he comprado unas flores, he ido al cementerio y... su tumba no está. Ha desaparecido. Dicen que hace meses remodelaron esa zona, y que los cuerpos de los enterramientos más antiguos han ido a la fosa común. Yo pagué su funeral, pero por medio de un amigo sacerdote que también falleció, así que a nadie se le ocurrió avisarme. Ya habían dado sepultura a otro en su lugar, una



mujer. Me he quedado... paralizada, viendo esa tumba extraña en su lugar. Es como si William no hubiese existido nunca. —Apretó los labios—. Y existió, ya lo creo que existió.

Lady Forrest le pasó un brazo por los hombros y la estrechó.

—Era muy alegre. Tenía los ojos azules y una sonrisa maravillosa, querida. Yo también lo recuerdo.

Bethy se cubrió la boca con una mano, intentando controlar su pena. Lizzie lloraba sin disimulos y Lettie agitó la cabeza.

—Querida tía, eso sí que me parece un destino lamentable, por completo —declaró, decidida. Le tomó una mano—. Me va a perdonar, pero yo voy a hacer lo posible por no sentirme así en el futuro. Nunca.

La tía Hetty sonrió apenas.

—Lo sé, Lettie. Lo sé.

Qué sorprendente era la vida, se dijo Ishbel, una hora después, mientras miraba por la ventanilla de su coche, de camino hacia su cita con Ruthie. No, ella tampoco quería sentirse así, nunca, pero no sabía cómo salir del pozo en el que ella misma se había enterrado. Tenía que separarse de Arthur Ravenscroft. No le gustaba cómo era, cómo se comportaba en los últimos tiempos, y no podía seguir con él solo por el sexo, ni por las apariencias.

Pediría el divorcio, estaba decidida. Su padre podría conseguirlo.

Claro que, cuando lo pensaba, sentía que se le encogía el corazón. No estaba segura de si era por miedo a las consecuencias sociales, al posible ostracismo, o porque todavía guardaba alguna esperanza de lograr cambiarle. ¡Cuando quería, era tan maravilloso! Ella deseaba con todas sus fuerzas que fuese de otro modo. Más como James o como Edward, o como Sloan: gente con una profesión, unos intereses, que no dejaba pasar la vida sin nada más que hacer que divertirse.

Quizá estaba siendo demasiado dura... Al fin y al cabo, Arthur tenía grandes problemas: Minnie, la relación con sus padres. Seguro que buena parte de su amargura, aquel comportamiento errático y a veces cruel, tenía mucho que ver con eso. Recordó la noche de la cena, en Manderland House. En vez del hogar de unos vivos, ese sitio parecía un mausoleo, una tumba por el que deambulaban unas almas en pena, que un hogar.

Le había dado mucha pena la madre, aquella belleza soberbia de otros tiempos, siempre tan nerviosa, tan desesperada por compaginar una apariencia de familia feliz con esa esperanza de recuperar a su hija perdida, por muchos años que pasasen.

Sin embargo, sentía mayor tristeza por el padre. Quizá resultó atractivo en otros tiempos, aunque lo dudaba. Más probablemente fue alguien normal, sin más, un hombre discreto a efectos físicos. Todavía le quedaba la reminiscencia de una fuerte voluntad, como el fantasma de alguien fallecido mucho tiempo atrás, pero que seguía aferrado con fuerza al castillo de Manderland House. Pero, desde luego, estaba muy lejos de aquel gigante rugiente que se había imaginado, por las palabras de Arthur.

Ishbel suspiró. El día era bastante frío, lluvioso, pero tenía que estarse abanicando, porque se sentía mareada.

—Qué mal me encuentro —dijo, rindiéndose a la evidencia. Tutú pareció darse cuenta de su malestar, porque le lamió la mano, como consolándola.

Nelly sonrió.

—No se preocupe. No lo lleva nada mal, milady.

Ishbel la miró sorprendida.

—¿El qué?

—Pues... su estado, por supuesto.

No la tomó por sorpresa; de hecho, lo imaginaba. Era eso o alguna

enfermedad espantosa, porque, desde que se encontró con Arthur en Sleeping Oak, no había vuelto a tener sus «días femeninos», como los llamaban su madre y su abuela.

Sí, había supuesto que estaba embarazada, pero no había querido creerlo. ¡Ni dos minutos antes había estado pensando en pedir el divorcio!

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace días. Me preguntaba cuándo lo diría.

—No sé... Ni siquiera sé qué debo sentir.

—Pues felicidad, milady, qué otra cosa podría ser. ¡Tiene que estar contenta! —Se inclinó hacia ella, le cogió una mano y la apretó, con una sonrisa cálida—. ¡Un bebé! —Cogió a Tutú y lo alzó en alto—. ¡Vas a tener un hermanito, precioso! ¡Lord Badfields va a sentirse feliz!

Ishbel no estaba tan segura de eso, pero había aspectos de la noticia que la preocupaban más. La miró, con repentina aprensión.

—Él, no sé. Pero, yo, te juro que yo estoy muerta de miedo...

—Todo irá bien, milady, no se preocupe. Como sabe, mi abuela era partera, y la ayudé muchas veces en sus tareas. Yo puedo ocuparme de todo, hasta que tengan que llamar a la matrona.

—Gracias, Nelly.

Sonrió y miró por la ventana, dejándose embriagar con la idea. Se acarició el vientre, todavía plano. ¡Un hijo! Si aquella noticia no calmaba el tormento de Arthur, si no les traía un poco de felicidad, nada lo haría. Tenía que contárselo cuanto antes. De cómo reaccionase iba a depender todo.

Al fijarse, se dio cuenta de que había parado de llover. ¿Sería un buen presagio? No podía decir lo mismo del lugar. Estaban pasando por Camden Town, uno de los suburbios más pobres de Londres. No había querido

mencionarle ese detalle a Arthur, por si no le permitía ir, pero la reunión iba a celebrarse allí, en la casa de una de las damas habituales a las charlas.

Ruthie le había contado su historia. Pobre mujer. Había nacido en una familia de clase media, pero había tenido la mala suerte de casarse con un hombre bastante derrochador, que no tardó en ser condenado por deudas. Tras pasar toda la familia una buena temporada en la cárcel de Marshalsea, niños incluidos, habían salido y se habían instalado allí. No tenían para más.

El paisaje gris de aquella zona, muy miserable, no inspiraba muchas ganas de ver nada, pero sus ojos se detuvieron en un cartel sobre una entrada, que indicaba que aquella era la Academia Wellington House. Justo al lado, había un callejón, en el que se movían dos figuras, cerca de lo que debía ser una puerta lateral.

Para su asombro, una de ellas era Ruthie, discutiendo con un hombretón bastante fornido. Sola.

Llevaba una carpeta bajo el brazo pero, según miraba, el individuo con el que estaba tuvo la osadía de darle un empujón para quitársela. Revisó su contenido y lo tiró al suelo, esparciendo un buen número de papeles por el barro húmedo.

Ishbel dio un brinco en el asiento. Tutú alzó la cabecita, alerta.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nelly, asustada.

—¡Ruthie! ¡Pinkman, pare, pare...! —pidió al cochero, asomándose por la ventanilla. En cuanto el vehículo se detuvo, dejó al perro en el asiento, abrió la puerta y saltó fuera. Cruzó la calle, corriendo, antes de darse cuenta de que Tutú también había ido con ella. El perrito podía adorar a las gemelas Keeling, pero también quería mucho a Ruth. Sin importarle ser enormemente más pequeño que aquel bruto humano, adelantó a Ishbel como una bala y se lanzó contra la pierna del desconocido. Hincó los dientes con ganas, en el

tobillo—. ¡Ruth! ¡Tutú! ¡No!

—Ishbel... —dijo esta, con cara de haber sido pillada en falta. Se había agachado para recoger sus papeles—. ¿Qué haces aquí?

—¿Estás bien?

—Sí, sí, desde luego. No te preocupes.

—¡Joder! ¡Maldito bicho! —estaba gritando el hombre. Lanzó la pierna hacia delante, con impulso, como si estuviese dando una patada, y el perrito salió despedido. Se golpeó contra la pared contraria y cayó flojamente al suelo.

—¡Tutú! —gritó Ishbel aterrada, y corrió hacia allí. Tutú estaba inconsciente, o quizá muerto, a saber. Lo recogió con cuidado, acariciando con cuidado su cabecita, pero no reaccionaba. Pese a toda su indignación, empezó a llorar de puro miedo. ¡No podía morirse! ¡Era todavía demasiado pequeño! —. Oh, Dios mío, Dios... ¡Si le ha pasado algo a mi perro, juro que haré que le arranquen la piel a tiras!

El desconocido rebulló, incómodo. Las miraba, valorando su aspecto, seguramente preguntándose qué consecuencias podría tener darles una buena lección a aquellas dos mujeres absurdas, que se habían metido en aquel vertedero sin protección alguna y vestidas como auténticas damas.

—¿En serio? Fue él quien me atacó. —Escupió a un lado—. Perro ridículo... Ojalá le haya partido la cabeza.

—¿Cómo se atreve? —replicó ella, dando un paso en su dirección. Podía salir mal de un enfrentamiento con él, pero seguro que podía dejarle marcadas las uñas en la cara, por el resto de su vida.

—¡Ishbel! —Ruthie se interpuso—. Tranquilo. Es mi cuñada —le dijo a él. No lo era, pero agradeció el detalle—. Nos vamos. Vamos, Ish. —La miró con intención, para que se centrara—. *Tenemos que irnos.*

—Ni hablar —dijo el hombre—. Todavía no estoy seguro de que no te hayas llevado nada, bonita.

—No lo he hecho —contestó Ruth, sin mencionar la falta de educación que implicaba el tutearla de semejante modo. Eso, por no hablar del «bonita». Ishbel estaba a punto de reprochárselo cuando Tutú se estremeció entre sus brazos y sollozó, recuperando el sentido. Ella lo estrechó, intentando no hacerle daño, pero demasiado aliviada como para poder contenerse—. Ya ha visto la carpeta.

El individuo sonrió socarrón.

—Aún debo revisarte a ti.

Ruthie arqueó una ceja.

—Si cree que va a ponerme las manos encima...

—No lo hará, ¿verdad, señor Creakle?

Los tres se volvieron hacia la entrada del callejón. Un muchacho de unos quince años, vestido con un traje viejo, remendado en los codos, pero limpio, les miraba con cautela. Tenía un rostro dulce y unos ojos muy perspicaces bajo la densa mata de cabello castaño claro.

—Lárgate de aquí, Dickens —le dijo el llamado Creakle. Acompañó la orden con una mirada de advertencia—. Esto no es asunto tuyo.

—Me temo que sí lo es, señor. Ahora trabajo para unos abogados, ¿sabía? Estoy de pasante en Ellis&Blackmore. Están en Holborn Court, por si los necesita. —Agitó la cabeza—. Por eso, y por la amistad que nos une hace años, tengo que aconsejarle que deje que las damas se vayan.

—Esa se ha colado en el despacho del director. —Creakle señaló con un dedo a Ruthie.

El muchacho torció el gesto.

—De ser así, deberíamos llamar a la Guardia.

Creakle se sobresaltó.

—No digas tonterías. Sabes que jamás haría algo así.

—Entonces, insisto en mi consejo. —Como el otro seguía dudando, añadió —: Se lo juro, es asombroso. Cada día veo muchos casos, gentes que acaban en la cárcel simplemente por haberle faltado al respeto a una dama. ¡Y por culpa de una sola mirada!

Creakle titubeó.

—¡Venga, largaos! —ordenó, reaccionando airado—. ¡Fuera todos de aquí! —Señaló a Ruth con un dedo—. ¡Y no se te ocurra volver!

Ella negó con la cabeza.

—No, desde luego que no. ¡Descuide!

Creakle volvió al interior del edificio, dando un portazo. Ishbel y Ruthie salieron del callejón, acompañadas del joven.

—Vamos, Ish —le dijo Ruthie, caminando deprisa. Había divisado el coche—. Tenemos que irnos.

—Espera un poco. —Qué menos que ser agradecidas con aquel joven que las había salvado—. Le debemos nuestra gratitud, señor...

—Dickens —respondió el muchacho—. Charles Dickens.

—Yo soy lady Badfields. Ella es lady Ruth Keeling.

—Un placer, miladies. Vamos, las acompañaré hasta encontrar un coche de alquiler. Por aquí no es fácil.

—No se preocupe, tenemos el nuestro ahí. —Señaló hacia el carruaje que esperaba a pocos metros. Dickens asintió.

—Mejor. Y, si se plantean volver, tengan cuidado. No les aconsejo andar

solas por aquí. No es conveniente.

—¿Vive usted en este lugar? —preguntó Ishbel.

—Sí, por ahí. —Señaló con un dedo hacia la derecha—. En el número dieciséis de Bayham Street. —Miró hacia la academia—. De hecho, yo estudié aquí.

—¿En serio? —Ruthie le miró con mayor interés—. ¿Y qué le pareció?

Dickens arqueó ambas cejas.

—Terrible, en todos los sentidos, también en el de la enseñanza. —Se lo pensó un momento, antes de añadir—: No se preocupen por Creakle. Solo es un matón. El director sí que es un auténtico sádico.

—Oh, Dios mío... —susurró Ruth. Miró de reojo hacia atrás y cogió del brazo a Ishbel—. ¡Corre!

—¿Qué pasa?

Justo entonces oyó el grito. Miró también hacia la escuela y vio que por la puerta principal acababa de salir Creakle, seguido de un hombre de pelo cano y ojos duros. Ese debía ser el famoso director.

—¡Alto! —gritó Creakle—. ¡Alto, hija de puta!

Ishbel abrió los ojos de par en par.

—¡Oh, Dios! ¿A quién le ha llamado eso?

—¡A mí! —Abrió ligeramente su chaqueta para mostrarle el documento que llevaba dentro. Ishbel pudo ver algo escrito, y un dibujo. ¿Una zarpa? No. Una especie de corona cabeza abajo, negra—. Será mejor que corras.

—¿Qué es eso?

—¡No preguntes! —Llegaron al coche, abrió y la ayudó a subir, con tantas prisas que se pisó el bajo del vestido y casi cayó de bruces en el interior.



Nelly la ayudó a mantenerse en pie y a sujetar a Tutú—. ¡Señor Pinkman, vámonos!

El vehículo empezó a moverse bruscamente. Ruthie se encaramó como pudo en marcha y cerró la puerta. Creakle corrió detrás unos metros, pero acabó rindiéndose. El otro, ni lo intentó. Intercambió una mirada con Charles Dickens, que le dio la espalda con una sonrisa y siguió su camino.

Ishbel miró a Ruthie asombrada. Se asomó, para hablar con el cochero:

—Pinkman, volvemos a Dankworth House.

Ruthie frunció el ceño.

—¿Y la reunión?

—Como comprenderás, ahora mismo me importa bien poco. Tengo que ocuparme de Tutú.

—Oh, está bien, tienes razón.

—Ruthie, ¿qué ha sido eso?

—Nada.

—¡Ruth! —En vista de que se empecinaba en su silencio, le cogió uno de los papeles. Estaban escritos con buena caligrafía y firmados por un tal John Hendrix—. ¿Qué es esto?

*...eso sabemos que esa Academia ayuda a la captación de niños con la intención de utilizarlos para obtener información para el autonombrado «Rey en la noche» de «Bajolondres». Su corona invertida de tres puntas, esa corona negra que tanto...*

No le dio tiempo a más. Ruth le arrebató el papel a su vez.

—Déjalo, Ishbel. No es nuestro.

Ishbel le miró con atención.

—¿Quién demonios es ese tal John Hendrix?

—Es... alguien que conozco.

—¡Ah, claro! —exclamó Ishbel, cayendo en la cuenta repentinamente—. Es el hombre por cuya culpa no quieres conocer a otro.

Ruthie dudó.

—Exacto. Pero te ruego que no le digas nada a nadie.

—¿Que no le diga...? —Agitó la cabeza—. Estás loca, Ruth. Completamente loca. ¿Qué hacías ahí sola?

—Nada.

—¿En serio? Te recordaría, como hace todo el mundo, que tienes que llevar una doncella, de no resultar ridículo ante el hecho de que estabas en una zona infame, a la que no hubieras debido venir más que de pasada, sin bajar del coche, y que te has colado en ese sitio. Les has robado eso, lo que quiera que sea.

—Ya soy una solterona. Da igual lo que haga.

—No es cuestión de ser o no una solterona, sino de hacer las cosas como se debe. Además, solo tienes veinticinco años. Por el amor de Dios, cualquier día conocerás al hombre que te hará feliz.

—Hace tiempo que me rendí, no sé por qué no lo haces tú. Tengo otras muchas cosas interesantes en proyecto.

—¿Cómo qué?

—Como... terminar mi novela.

Recordó que le había hablado de ella en algún momento.

—¿La romántica?

—Sí.

El coche se detuvo ante Dankworth House. Ruth salió y ayudó a Ishbel a bajar, que llevaba a Tutú en brazos.

—Señor McCarthy, envíe a alguien a buscar al doctor Lanson.

El mayordomo la miró preocupado.

—¿Está herida, milady?

—No. Es para Tutú.

—Oh. Quizá Thomas, de las caballerizas... Tiene muy buena mano con los perros.

—No. —Le frunció el ceño—. Que venga el médico.

El mayordomo asintió y dio la orden a uno de los lacayos, que salió de inmediato. El médico vivía cerca, no tardaría en llegar. Ellas entraron, seguidas de Nelly.

—¿Está lord Badfields en casa?

—No, milady —replicó McCarthy—. Pero acaba de llegar lord Dankworth, está en su despacho. —Su padre. ¡Cómo se alegraba! ¡Él sabría solucionar las cosas! Echó a andar, sin hacer caso de los intentos del mayordomo por detenerla—. Pero... milady... Ha pedido que no se le moleste. Milady... ¡Por favor, no!

Sin hacerle caso, fue hacia allí y abrió de golpe. Su padre estaba sentado tras el escritorio. Se sobresaltó y cerró de inmediato la carpeta de tapas negras que tenía sobre la mesa.

—¿Ishbel? ¿Qué ocurre? ¿Qué formas de entrar son esas?

—¡Un bruto ha golpeado a Tutú! Ahora viene el médico.

—¿El médico? —arqueó las cejas. Se puso en pie y fue hacia ella—. ¿En serio?

—Por supuesto. Ha estado un rato inconsciente.

Tutú la miró con ojos inmensos y doloridos. Cuando lord Dankworth le palpó la cabecita, se quejó.

—Se ha dado un buen golpe, sí —dijo su padre—. Pero no creo que sea nada. —Volvió a la mesa y guardó la carpeta en un cajón, bajo llave—. Vamos, te acompaño a tu dormitorio.

Minutos después, el doctor confirmó ese diagnóstico. Ni siquiera torció el gesto al ver a Tutú y descubrir que era su paciente. Ishbel supuso que estaba acostumbrado a toda clase de caprichos de la nobleza.

—Si solo han sido un par de minutos, no creo que tenga nada que temer —le dijo—. Haga que se mantenga tranquilo. Le voy a dar un poco de láudano, pero no se lo dé hasta la noche. ¿Quiere usted un poco?

—No, gracias.

En cuanto se fue, Ishbel se tumbó en el suelo, sobre la alfombra, junto a la cestita de Tutú. Estaba forrada de seda y hubiera debido ser su camita, siempre, pero no. Solo la pisaba cuando no le quedaba otro remedio. Si no, dormía en la cama, con Arthur y con ella.

Su padre, que había salido también a despedir al médico, la contempló con las manos en la cintura.

—¿No sería mejor que te acostaras un poco? Has pasado un buen susto. Puedes llevarte el perro, si quieres.

—Sí, desde luego. Pero deme unos minutos. Lo he pasado fatal.

—Pues no deberías. Solo es un perro, Ishbel.

—No. Es Tùr Làidir.

Su padre agitó la cabeza.

—Pero ¿qué ocurrió?

Ishbel le contó lo sucedido desde el momento en que avistó a Ruthie desde la ventana del carruaje.

—¿John Hendrix? No conozco a nadie con ese nombre.

—Yo tampoco. —Entonces, recordó que Ruthie había ido con ellos—. ¿Dónde está Ruthie?

—Se fue hace un poco, milady, en cuanto le dije que Tutú estaba bien —contestó Nelly, que le estaba abriendo la cama—. Dijo que la disculpase, que tenía prisa, por una reunión. El señor Pinkman la ha llevado en el coche.

—Ya. Lo que pasa es que no quería que la interrogásemos.

Su padre parecía contrariado.

—¿Y dices que lady Ruth le quitó algo al hombre?

—Sí. No sé, era un documento, algo escrito. Con un dibujo —añadió, al recordarlo.

—¿Un dibujo?

—Sí. Una especie de corona negra cabeza abajo. —Él no dijo nada, aunque hubo algo extraño en su expresión—. ¿Padre? ¿Se encuentra bien?

—¿Yo? —preguntó él, reaccionando—. Sí, claro. Perfectamente.

—No sé qué sería, pero aquel hombre estaba furioso. Nos siguió durante varios metros. De no haber estado el coche esperando, nos hubiese dado alcance.

—Estáis locas. ¿Podía haberos pasado cualquier cosa! ¿Por dónde era? —Se lo indicó. Dankworth asintió—. Mandaré un par de criados a echar un vistazo.

—Buena idea. Era un criminal.

—Olvídate de él, yo me ocupo. Y, venga, vamos, levanta y vete a la cama.

Le tendió una mano. Ishbel la cogió y se puso en pie.

—Padre... —empezó, llevada por un impulso. Él la miró—. Voy a tener un hijo.

Su rostro permaneció impasible, pero sus pupilas titilaron. Y, de hecho, notó la tensión a través de su mano.

—Una gran noticia —dijo.

—No parece alegrarse...

—Lo haría. —Apretó los labios—. Perdóname, lo hago. Es solo que no creo que Badfields sea el hombre adecuado para ti.

—¿Por qué no?

—Tú le quieres. Eso me ha quedado muy claro. Tanto como el hecho de que él a ti, no.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Había pensado tantas veces aquello... Pero no quería que fuese verdad.

—¿De qué habla?

Su padre titubeó.

—Pregúntale por qué se ha casado contigo.

—¿Usted sabe algo?

—Ishbel... La triste realidad es que su padre está arruinado.

Ishbel se sobresaltó. Le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué dice? Eso es imposible.

—Puedo demostrártelo cuando quieras, tengo los documentos en mi despacho, ¿vamos?

—No...

—Soy su principal acreedor y, por eso, me acusa de todas sus desgracias. ¡Incluso pretende que tengo algo que ver en la desaparición de su hermana, porque no quería que mi padre se casase con esa cría! —Sus ojos se llenaron de cólera—. Por eso te buscó, ¿lo entiendes? Porque quería llegar hasta mí.

¿Llegar hasta él? ¿A qué se refería? ¡Qué absurdo! Pero, entonces, recordó todas esas veces en las que le había parecido que Arthur tenía algún resentimiento concreto contra su padre. Miradas, tonos, comentarios...

—No puede ser... —susurró.

—Puedo demostrártelo.

—¿Cómo?

—Tengo pendiente una conversación con él. Me gustaría que la escucharas, oculta.

—¿Qué? No puedo hacer eso.

—Claro que sí. Y, de estar yo equivocado, no pasará nada. Pero de estar en lo cierto, es necesario que lo escuches.

Tenía razón.

—Déjeme sola... —susurró. Su padre asintió.

—Acuéstate y descansa. Cuando Badfields llegue... muestra normalidad. Hazlo, Ishbel. Y cuando te lo indique McCarthy, baja. Él me hará saber cuándo estás en posición, me ocuparé de hacer las preguntas adecuadas.

—Lo tenía todo preparado.

—Te lo debo a ti, como tú se lo debes a ese niño que va a nacer. —La miró, con pesar, arrepentido de haber sido tan duro—. Sabes que siempre te respaldaré, en todo lo que decidas, ¿verdad? —Ella asintió y Dankworth le dio un beso en la frente—. Yo sí que te quiero, hija mía.

Se marchó. Nelly la consultó con la mirada y ella hizo un gesto para que se

fuese también. Quería quedarse sola.



## Capítulo 18

—Milord ha regresado, lord Badfields —le dijo McCarthy. Arthur volvía del club, medio borracho, y tardó un par de segundos en reaccionar. ¿Dankworth ya había vuelto? No le esperaba hasta el día siguiente, o quizá el domingo—. Me ha pedido que le diga que le espera en la biblioteca.

—Ah. Muy bien.

Dudó un momento, en el vestíbulo, bajo la mirada absolutamente correcta del mayordomo. ¿Estaba en condiciones de tener semejante entrevista en ese momento? Terminó encogiéndose de hombros. ¿Por qué no? Quizá el alcohol que llevaba en el cuerpo le ayudara a afrontar mejor lo que fuera a tener que oír. Le había achispado un poco, y amortiguaba los sentidos. Con suerte, no mataría a Dankworth y no terminaría en el patíbulo por ello.

Fue hacia allí, nervioso, con la sensación de que se avecinaba algo trascendental, un antes y un después en su vida. Por fin llegaba el momento, por fin le haría confesar y sabría dónde estaba Minnie y podría ir a buscarla. Luego, ya, demostrarlo en los tribunales sería otra cosa. Pero, si Dankworth lo reconocía, al menos podría avanzar sobre seguro, y traer a su hermana de vuelta.

Fue a la biblioteca y entró sin llamar. Estaba vacía.

—¿Dankworth? —llamó. No era tan grande como la de Rutshore House, pero casi, con dos niveles y muchos recovecos. Avanzó hasta estar en el centro y poder abarcarlo casi todo con la mirada—. ¿Dankworth?

Nada, allí no estaba. Qué extraño. Iba a dirigirse a la puerta, para pedir

explicaciones al mayordomo, cuando su suegro entró.

—Ah, Badfields, perdona, tuve que salir un momento. —Le miró de arriba abajo—. No tienes buen aspecto. De hecho, algo me dice que necesitas una buena copa. —Señaló el mueble de las bebidas—. Ponte algo, si lo deseas.

—No. —Ya bebería después, hasta caer de espaldas, de ser necesario—. Así que ya ha vuelto. Pues sí que se ha dado prisa. Casi ni le ha dado tiempo para ir y volver.

—Te prometí que sería lo más rápido posible.

¿Habría ido de verdad a Defiance Manor? Quizá sí, a una de esas reuniones, como la que le describió Ishbel. O quizá había estado todo el tiempo en Londres, asumiendo la identidad sin rostro del «Rey en la noche», para organizar las tareas de aquellos súbditos tan peculiares. En todo caso, aquello le daba igual.

—Basta de rodeos. Quiero que me diga dónde está mi hermana.

Dankworth hizo una mueca.

—Entonces, ¿hablaste con tu padre?

—Sí, hablé con él. Me lo ha contado todo, maldito hijo de puta. Sé que la tienes en algún lugar de Oriente, que se cartean... Que la utilizas como un cobarde para controlarle.

—Bueno, es una forma de verlo. —Dankworth se encogió de hombros, ecuaníme—. Yo diría que lo que he hecho, siempre, es defenderme de uno de mis mayores adversarios. Alguien que, por aquel entonces, no mostraba ningún escrúpulo en hacer lo que fuera, con tal de medrar. Por ejemplo, a la hora de escoger esposa.

Arthur frunció el ceño.

—¿Qué insinúa? Mi madre era una dama muy bien posicionada, pero mi

padre iba a ser el duque de Manderland. De haber habido un interés de ese tipo, al organizar su matrimonio, hubiese elegido a otra. Pero escogió a mi madre, porque era hermosa y se enamoró de ella.

Dankworth asintió.

—¿Eso crees? —dijo, sin embargo, con un tono algo irónico.

—¿Qué está insinuando?

—Solo que tu padre es un canalla mayor de lo que imaginas. O lo era. Ahora inspira lástima, sí, como cualquier gusano aplastado bajo la bota. Pero no debes olvidar que era un gusano dañino. Una sabandija.

Arthur dudó.

—No voy a excusar lo que hizo mi padre, las atrocidades que intentó en su momento. Usted sabe bien que yo estaba en contra de aquel plan para casar a Minnie con su padre, de otro modo, nunca le hubiese advertido.

—Cierto. Ya te dije que nunca olvido que estoy en deuda.

—Pero, en todo caso, nada de eso justifica el secuestro de una niña de quince años. Una niña de la edad de su propia hija.

Las aletas de la nariz de Dankworth vibraron.

—Vivimos inmersos en una guerra, Badfields, aunque muchos no lo sepan. Todos hemos hecho cosas espantosas. Tú mismo, fuiste capaz de intentar un secuestro y forzar una boda, todo por lograr... —Movié una mano en el aire, con un gesto despectivo que se perdió en la nada—. No estoy seguro. ¿Qué esperas conseguir con todo esto?

—¿No está claro? Quería tener una carta ganadora en contra del individuo que ordenó el secuestro de mi hermana. Ahora domino la partida y la llevaré en la dirección que me interesa.

Dankworth apretó los labios.

—Como se te ocurra hacerle daño a Ishbel...

—¿Podemos dejar de lado las amenazas? Por favor. No se me dan bien. Yo solo soy capaz de decir algo así como: «Voy a destruirte, hijo de puta».

Dankworth lanzó una carcajada, aunque no resultó un sonido alegre.

—Seguro que lo intentarás, Badfields. —Llamaron a la puerta—. Adelante.

Era el señor McCarthy. Se inclinó, rígido, como siempre.

—Milord, el té de corteza de sauce que ha pedido, se lo han servido en el despacho. ¿Prefiere que lo traigamos aquí?

—Ah... No, gracias, me parece bien así, lo tomaré allí mismo. —Hizo un gesto a Arthur—. ¿Quieres un té, yerno? ¿Uno normal, si a ti no te duele la cabeza?

Arthur apretó los puños. Demoras y tonterías. Se lo llevaban los demonios.

—No. No quiero un té.

—Gracias, señor McCarthy. Puede retirarse. —El mayordomo salió y Dankworth se dirigió también hacia la puerta—. Ven. Podemos seguir esta conversación mientras me tomo algo para esta maldita jaqueca.

—Ojalá te estalle la cabeza... —masculló Arthur para sí, pero no le quedó otro remedio que ir tras él. Total, daba igual un sitio que otro.

Se dirigieron al despacho y su suegro se sentó tras el escritorio. Arthur se quedó de pie, con los brazos cruzados, indignado.

—¿En qué estábamos? —preguntó Dankworth, sirviéndose una taza. El aroma del té llenó el lugar. Curiosamente, hizo que Arthur se sintiera mejor, al menos desde un punto de vista físico.

—He dicho que voy a destruirte.

—Cierto. —Le miró por encima del borde, mientras bebía un sorbo. Sus ojos lanzaron un destello divertido—. Estoy seguro de que lo intentarás. Y tengo que admitir que por fin me inspiras algo de respeto: no eres el pelele que has simulado ser estos meses, ¿verdad, Badfields? Era todo apariencia. Aunque actúes de una forma equivocada, has dejado claro que eres capaz de todo por conseguir tus objetivos, y eso me gusta. ¡Por Dios, eres incluso más osado que yo! ¡Has llegado al punto de casarte por venganza!

—Y volvería a hacerlo —replicó, rabioso—. Lo haría mil veces, cabrón.

El otro asintió. No parecía ofendido por el insulto.

—Muy bien, entonces. Y, ella, ¿lo sabe? ¿Sabe Ishbel que la estás utilizando? ¿Que lo has hecho desde el principio? ¿Que solo te has casado con ella porque tienes una extraña fijación conmigo?

Arthur apretó los labios.

—No, no lo sabe.

—Ah... —Dankworth sonrió con maldad—. Así que te casaste con ella *solo por eso* —recalcó, innecesariamente—. De otro modo, ahora mismo seguirías felizmente soltero. —No podía negarlo. Era verdad. Quizá la estuviera cortejando, pero no se habría casado con ella, al menos en varios meses—. Y, de convenir a tu venganza, no te importará destrozarla, en cualquier momento. De hecho, empezaste todo esto sabiendo que vas a hacerlo.

Arthur le miró con amargura. Estaba enfadado por el giro de la conversación, pero, sobre todo, estaba furioso consigo mismo. Dankworth no dejaba de estar en lo cierto, al menos en cierta medida.

—Tengo que encontrar a Minerva —dijo. No se notó en su expresión, pero esa frase, tantas veces dicha, le quemó la boca. ¿Acaso se avergonzaba de lo hecho? Bien sabía que sí. Pero no podía mostrarse débil ante ese hombre. Era su enemigo—. Es lo único que importa.

—¿Lo único? ¿Y qué pasa con Ishbel? Ahora es tu esposa.

—¡Pero también es tu hija, maldito canalla! —replicó, tuteándole con voz fría, la que usaba para las jugadas más arriesgadas, esas en las que quería ganar como fuera, y se convertía en algo, otra cosa, a medias entre el Badfields de siempre y el Badfields monstruoso que le daba miedo incluso a él mismo—. Y, como estamos casados, es mía, por completo. *Mía*.

Sonrió, y Dankworth parpadeó.

—Badfields...

—Sabes que, si quiero, puedo hacerle la vida mucho más desagradable de lo que ha sido hasta ahora.

Dankworth le miró inexpresivo. ¿Y si lo hecho no le parecía suficiente? Quizá lo encontraba poca cosa. Normal. ¿Qué eran unas cuantas salidas por ahí, a beber, unas partidas de cartas? Tenía que haberse follado a todas las putas de Londres, pero no, claro. Había sido débil, había estado siempre lloriqueando por los rincones por aquella mujer, como si importaran algo sus sentimientos o los de ella.

Maldito fuera, maldito idiota... ¡No, no podía fallarle a Minerva! Buscó algo: armas, palabras como piedras, como cuchillos. Cañonazos.

—Podría hasta ingresarla en un psiquiátrico, donde no tardarían en volverla loca de verdad, pero seguro que se me ocurren otras alternativas —continuó. La lengua se movía por sí misma, inducida por la rabia, apenas era capaz de pensar en las palabras que iba pronunciando, menos todavía en las frases—. Llévame la contraria y te aseguro que tu preciosa Ishbel irá donde yo diga, dormirá donde yo indique, comerá lo que le dé y hablará únicamente cuando se lo permita. —Más. Necesitaba más, para terminar de aplastarle. Alzó una mano—. Y, por supuesto, se abrirá de piernas a mi voluntad, en cuanto chasquee los dedos.

Los chasqueó, con un sonido que encontró rotundo. Y, por fin, consiguió enfadarle. Se sintió absurdamente satisfecho.

Dankworth frunció el ceño.

—Eres un miserable.

—Sí. Pero un miserable que posee a tu hija legalmente, por completo, y que puede utilizarla para hacerte mucho daño. Y lo haré, no lo dudes. —Le lanzó una sonrisa victoriosa—. Negociemos. Si me devuelves a Minerva, dejaré que Ishbel decida su futuro. De otro modo, la destruiré. —Su suegro no dijo nada—. ¡Vamos, maldición! ¿Dónde está mi hermana? La quiero de vuelta. *Ya.*

Dankworth entrecerró los ojos, molesto por la orden.

—Ya te he dicho hasta la saciedad que no sé de qué demonios me hablas —dijo, de pronto, desconcertándole—. Yo no sé nada del secuestro de tu hermana, maldita sea. Lamento mucho tu situación, como padre puedo entenderlo, y trataré de ayudarte, si es que sigues empeñado en su búsqueda, algo que te honra. Pero no te sorprenderá saber que voy a hacer lo posible por romper tu matrimonio con mi hija, y por echarte de nuestras vidas. Eres un canalla, Badfields, y has demostrado sobradamente que no mereces un sitio en nuestra familia.

Arthur parpadeó y durante unos segundos no supo ni qué decir. ¿Qué estaba pasando? ¿De pronto, aquel maldito volvía a negar su implicación en el secuestro de Minerva? Eso parecía. ¡Imposible!

Quizá era culpa suya... ¿Le habría entendido mal? No debió ir a esa entrevista casi borracho.

—¿Qué...? ¿Cómo que no sabes...?

—Vete de aquí antes de que pierda la paciencia del todo —le interrumpió su suegro. Tocó la campanilla y se puso en pie—. Te lo advierto: la única

razón por la que no hago que te den una paliza y te echen fuera de mi casa, es porque todavía eres el marido de mi hija, y ella es la que tiene que decidir qué va a pasar con vuestra relación. Pero no dudes que voy a contarle punto por punto todo lo que has dicho sobre ella. Incluso le reproduciré tu chasquido de dedos.

Arthur hizo una mueca, avergonzado pero terco.

—No te creerá.

—¿Eso piensas?

—A pesar de todo, tu hija me quiere, intenta aferrarse a la idea de que hay amor entre nosotros. No te creerá. Y si fuerzas así las cosas, me la llevaré de aquí y conseguiré que te odie. Que nos odie a ambos, de ser necesario, no me importa.

Dankworth le contempló con desprecio.

—Y, dime, ¿en algún momento has pensado ser mejor que yo? Porque, querido yerno, eres un auténtico monstruo.

La puerta se abrió. Era McCarthy.

—Milord, ha llamado...

—Sí, señor McCarthy. Acompañe a mi yerno fuera. Que vaya a dormir la borrachera a otra parte.

Arthur se puso en pie, intentando fulminarle con la mirada. Imposible, claro. Ni siquiera conseguía centrar las ideas.

—Lo digo en serio. O me devuelves a mi hermana, o juro que haré un auténtico infierno de la vida de Ishbel.

Se dio la vuelta y salió, indignado.



## Capítulo 19

Mientras escuchaba la conversación, oculta en aquel hueco tras los cortinajes del despacho, Ishbel sintió que algo se rompía en su pecho.

El corazón, claro. En las últimas semanas había creído estar más allá de todo sentimiento por Arthur, al menos los que no implicasen impaciencia o disgusto, pero se había equivocado. Él tenía razón, de no oírlo no lo hubiese creído. A pesar de cómo se había comportado en los últimos tiempos, le seguía queriendo, y hubiese hecho cualquier cosa por aferrarse a la idea de que había amor entre ellos. Aunque fuera un amor peculiar.

Pero, lo que había oído en ese escondite, lo superaba todo.

Se retocó el cabello e irguió la espalda. No quería dar pena, ni iba a permitir que nadie se compadeciese de ella por haber sido tan tonta de enamorarse locamente de un desalmado. De ser posible, entraría sin decir nada, sin siquiera mirar a nadie, y se encerraría en su dormitorio hasta el día siguiente. Si Arthur volvía, siempre podía dormir en la otra habitación.

O en la perrera, por lo que a ella podía importarle.

No salió de su escondite hasta que oyó el portazo de Arthur. De hecho, permaneció inmóvil todavía unos momentos más, hasta que su padre apartó las cortinas con cara de preocupación.

No debía haberse recompuesto lo suficiente, porque, al verla, su rostro adoptó una expresión apenada y la abrazó.

—Al final, ese canalla te ha roto el corazón —dijo.

—En mil pedazos —musitó ella, el rostro contra su pecho, notando los botones del chaleco en la frente. No lloraría. No lloraría. No iba a llorar—. Padre, quiero morirme...

—Eso no se dice, Ishbel. Nunca, querida. —La separó con amabilidad y la cogió por la barbilla, para alzarle el rostro—. Arriba esos ánimos, ¿me oyes?

—Sí, pero...

—No hay peros que valgan. No te puedes dejar vencer por un canalla. Tú y yo, y Sloan, llevamos sangre de reyes. —¿Sangre de reyes? Bueno, Sloan y ella sí, porque pertenecían al linaje Stuart, pero no sabía que su padre también estuviese vinculado de algún modo con una casa real. Tampoco era algo que le importase en esos momentos—. Pueden intentar acabar mil veces con nosotros, pero nada nos destruye. —Ella asintió, sintiéndose enormemente agradecida por aquellos ánimos—. Ven, anda. Siéntate un poco.

—No hace falta. Estoy bien.

—Hazme caso. Estás muy pálida. Has recibido una fuerte impresión y debes cuidarte. Piensa en el niño.

Tenía razón, así que se dejó guiar. Su padre la condujo hasta uno de los sillones y la ayudó a sentarse.

—Gracias —musitó. ¿Qué haría sin él? Siempre la había apoyado, siempre había estado a su lado en los momentos difíciles. Y ella había sido tan tonta como para alejarse de su protección. Por eso le había pasado lo que le había ocurrido. Que el mundo se le había caído encima.

—¿Quieres que me encargue de todo? —le preguntó él.

—¿Qué quieres decir?

—Harán su equipaje y lo pondrán en la calle en menos de cinco minutos. No le dejaré volver a entrar en la casa. Me pondré en contacto con abogados y juristas para ver el modo de resolver lo mejor posible el asunto de la

anulación de tu matrimonio. Es lo que yo haría, si dependiera de mí, pero haré como tú deseas.

Ella lo pensó, pero no había nada a lo que darle vueltas. Simplemente, asintió. No tenía sentido convivir con él, ni intentar salvar algo que nunca había existido realmente. Su matrimonio solo había sido una burla más en el amplio repertorio del perverso lord Badfields, como tantas otras.

Cierto, le conocía lo bastante para saber que actuaba así porque estaba ahogándose en un pozo de amargura. Él no tenía mal fondo, pero el asunto de Minerva le había consumido. Podía sentir una punzada de lástima por él, podía lamentar enormemente lo que le había pasado, lo que le impulsaba a la desesperada desde hacía ya tantos años, pero no podía perdonarle.

Le había mentado. La había traicionado. La estaba sacrificando sin pensárselo dos veces, en vez de buscar en ella un apoyo y una aliada. No, jamás podría perdonar a Arthur por lo ocurrido.

Viviría por siempre con el recuerdo de aquellas palabras, y el chasquido de aquellos dedos.

Iba a lamentar también perder la amistad de las Keeling, era algo que sabía que iba a ocurrir si rompía su matrimonio, seguro. Ellas eran incondicionales de Arthur, seguramente porque no se habían topado con esa faceta perversa y destructiva, capaz de cualquier cosa. Se acabarían los paseos, las salidas a la modista o de compras, los divertidos tés, las horas cosiendo en Gysforth House...

Darse cuenta de todo eso, volvió a romperle el corazón. No sabía que era algo que podía ocurrir más de una vez, ni de forma tan seguida. Bethy, Harry, Lizzie, Lettie... Ruthie. ¡No volver a hablar con ella de todos aquellos temas que le habían abierto la mente a esos numerosos cambios que necesitaba el mundo!

Sintió que, definitivamente, se le llenaban los ojos de lágrimas. No, no, no.

No lloraría, ni siquiera por las amigas perdidas, las que había soñado con llegar a sentir como hermanas.

Esperaría a estar a solas en su habitación para deshacerse en un mar de llanto.

—Sí, por favor —susurró—. Ocúpate de ello, no quiero volver a verle.

Algo brilló en las pupilas de su padre. Quizá era alegría, pero no podía culparle por ello.

—No te preocupes. No le verás.

Ishbel asintió. Se dirigió a su dormitorio, esperó a que sacaran todas las cosas de Arthur, y luego se encerró dentro.

## Capítulo 20

Arthur necesitaba tomar el aire. Salió de Dankworth House y caminó por Londres sin rumbo fijo. Luego, cogió un coche de alquiler y fue a Covent Garden. En «The Lamb & Flag» pidió un whisky y se sentó en un rincón discreto. Pensaba que iba a ser el primero de muchos, que iba a emborracharse hasta caer de espaldas, pero simplemente se quedó mirando el vaso.

¿Cómo había sido capaz de decir unas cosas tan horribles de Ishbel? ¿Cómo había dejado que le consumiese así la rabia? Estaba obsesionado, por completo, y hasta podía tener razón, pero todo debía tener un límite.

Fuera como fuese, Ishbel no se merecía aquello. Aunque se tratara de la hija de Dankworth, de ese mal nacido. Ella no había hecho nada, no tenía ninguna culpa.

Lo peor de todo era que se había acostumbrado a ella. Le gustaba abrazarla por la noche y despertar a su lado. Verla mientras se preparaba. Reír con ella... Mira que había intentado evitarlo, lo último que quería era enamorarse así, pero no había habido forma.

Definitivamente, debía contarle la verdad. Debía decírselo y esperar que le perdonase. De ser así, quizá incluso pudiera influir en su padre, para convencerle de que liberase a Minerva. No lo creía posible, porque a esas alturas conocía lo bastante a Dankworth como para sospechar que perdería a su familia antes que perder su posición de poder, pero no se perdía nada por intentarlo.

Volvió caminando, con las manos en los bolsillos. Era ya muy tarde cuando llegó a Dankworth House. Pensaba dejar la conversación para el día siguiente. De momento, solo quería acostarse y dormir.

Pero su equipaje estaba amontonado junto a la escalera de entrada, bajo la custodia de un criado que tocó una campanilla al ver su carruaje. Arthur bajó del coche, sintiendo que una mano helada estaba estrujando su corazón, allí, en el interior de su pecho.

Estaba llegando arriba cuando apareció Dankworth. Sonreía.

—¿Qué significa esto? —preguntó Arthur, aturdido.

—Lo evidente. Ha llegado el momento de que te vayas, Badfields. Coge tus cosas y no vuelvas jamás.

—¿Dónde está Ishbel?

—No te importa, Badfields.

—¿Cómo que no? Es mi esposa. —Decidió amenazarle, a ver qué pasaba—. Si debo irme, vendrá conmigo.

—Es verdad. Es lo que indica la ley. —Entrecerró los ojos. Al estar en una posición más alta de la escalera, le miraba desde arriba y parecía una criatura imponente—. Pero, pequeño idiota, ya va siendo hora de que te enteres de que algunos estamos por encima de la ley.

—Eso no...

—Eso es así. Yo decido y tú no puedes hacer nada, porque, si haces algo, será tu hermana la que lo pague. ¿Qué te parece? —Le miró con los brazos en jarras—. ¿Querías dominarme a través de mi hija? Pues aprende lo que se siente.

—Eres un canalla.

—Nunca lo he negado. —Se observaron fijamente unos segundos, como

toros a punto de embestirse—. No hay ninguna posibilidad de que puedas salvar este matrimonio, pero tienes otras opciones. —Puso una mano en la gran bola de piedra que remataba en aquel punto la barandilla de la escalera—. Voy a ser directo, Badfields. Hay algo que tú deseas y hay algo que yo deseo. Podemos encontrarnos en un punto común.

—Para pretender ser directo, estás dando muchos rodeos.

Dankworth frunció el ceño, enojado, pero se contuvo.

—Tu hermana. Te la devolveré, además de buena parte de la fortuna que le he requisado a tu padre. De toda —se corrigió al momento—, para que no digas que no soy generoso.

Durante unos momentos, no supo qué decir.

—Me dejas atónito. ¿Qué quieres a cambio?

—Poca cosa. Ni siquiera sé si vas a poder llevarlo a cabo, pero habrá que intentarlo. Quiero que retes a duelo a lord Kennerath. Y que le mates. —Sonrió, como un gato que se relame ante un ratón—. Si te es posible, claro.

—¿Qué? —replicó, atónito. Durante un segundo se preguntó si habría oído bien, pero sí. No entendía nada—. ¡Pero si es tu amigo!

—Con qué libertad usáis los jóvenes el término «amigo». No, Kennerath nunca ha sido mi amigo. Solo es alguien cuya colaboración resultó conveniente en otros tiempos, y que ahora se ha vuelto muy incómodo. Cada vez más.

—Ya —asintió, comprendiendo—. Supongo que sabe cosas que no debería saber.

—Exacto. Y está muy enfadado conmigo. Esperaba emparentar con la familia Puscatt, para encumbrarse a mi lado en el poder, algo que tú has vuelto imposible. De todos modos, sospecho que, en sus planes, está el acabar después con Sloan y conmigo, y ser el siguiente en el trono, al estar casado con mi hija.

Arthur se echó a reír.

—Tú nunca vas a estar en el trono.

Dankworth le miró con frialdad.

—Quien tiene el derecho, tiene la razón. Y aunque no siempre la razón triunfa, da fuerzas para luchar e intentarlo. Una y otra vez.

—Pero...

—No, Badfields. Deja eso, deja todos nuestros enfrentamientos. Ahora mismo, en este momento, tú y yo somos aliados. Sabes tan bien como yo que Ishbel se va a negar siempre a ese matrimonio, y yo no quiero obligarla a desposarse con él, nunca he querido. Pero Kennerath sabe muchas cosas de mí. Si no acabamos antes con él, acabará conmigo, con nosotros, con la propia Ishbel y con tu hijo. Debe morir.

Arthur le miró con desprecio.

—Así que me he metido en la pelea entre dos fieras.

—Llámalo como gustes, demonios. Me da igual, mientras entiendas que es absolutamente necesario.

—Yo no estoy tan seguro de eso.

Dankworth frunció el ceño, irritado.

—No sé por qué me esfuerzo en darte explicaciones. ¿No estás seguro? Pues a mí no me interesa en absoluto tu opinión. —Pateó una de sus maletas, que bajó dando tumbos por las escaleras—. ¿Te burlabas de que alguien iba a acabar en el Támesis? Como no te vayas ahora mismo de aquí, haré que te den una soberana paliza y arrojen tus restos al río. Lo siguiente que quiero oír de ti, es que vas a tener un duelo.

Arthur apretó los puños, indignado. Cargó con un par de bártulos y bajó, para avisar a Otis de que viniera a recoger el resto. Pero no había llegado al



pie de la escalera, cuando se volvió.

—Sé quién eres —le dijo. Dankworth le miró divertido.

—¿A qué te refieres?

—A que eres un traidor que intentó vender Inglaterra a Bonaparte, igual que Kennerath. A que eres un canalla que secuestró a una niña, solo por doblegar al padre. —Dankworth iba a hablar, supuso que a burlarse para quitar fuerza a sus acusaciones, pero no se lo permitió—. A que eres el «Rey en la noche», el monarca de «Bajolondres».

Dankworth se quedó paralizado. La sangre pareció retirarse de sus mejillas y abrió los ojos como platos. No fue capaz de hablar. Precisamente por eso, Arthur tuvo su respuesta.

—Al final, va a resultar que eres más listo de lo que parecía —masculló su suegro, finalmente.

—Suelo causar esa impresión, sí. No lo niegas, entonces.

Dankworth hizo un gesto vago, como mostrándole la noche.

—Vete, Badfields

—Desde luego, ya me voy. Pero, antes, contéstame una pregunta. ¿Por qué no le matas tú? Tienes a muchos bajo tu mando, gentes que se mueven por las cloacas de Londres y son capaces de llegar a todas partes.

Dankworth entrecerró los ojos.

—Claro que sí. Pero prefiero hacerlo así y no provocar una investigación de la Guardia, o que el rey, su amigo de juergas, decida meter las narices y revolver demasiado. Si muere a tus manos, en un duelo, no habrá nada que investigar. Así que, haz lo que te digo, idiota. Le irá mejor a tu familia y recuperarás por fin a tu querida hermana. Si no me complaces en esto, no te volverás a acercar a ella, jamás.

—¿Y qué hay de Ishbel?

—¿Ishbel? Ya te lo he dicho. Ese matrimonio se ha terminado. Haré que lo anulen.

—¡No puedes hacerlo!

—¿No? Te aseguro que sí, incluso en su situación.

—¿Qué situación?

Le miró con perspicacia.

—Ah, que no te ha contado que está embarazada.

¿Ishbel esperaba un hijo? Arthur se sobresaltó. Experimentó una compleja mezcla de alegría y miedo, un espanto que le mermaba físicamente. Aquella noticia le hacía sentir feliz, pero también muy vulnerable. Había monstruos como Dankworth o Kennerath en el mundo, y él tendría que defender a sus hijos de ellos.

—Oh, Dios... —susurró. Dankworth se encogió de hombros.

—La verdad, no sé por qué te preocupas tanto por un detalle tan secundario como mi hija. Todo esto lo empezaste por tu hermana y solo por tu hermana, ¿no? Pues, eso, lo vas a conseguir. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Arthur dirigió sus ojos hacia arriba, al balcón de la sala privada de su dormitorio. Allí estaba Ishbel, como había presentido, mirándole muy seria. Se sintió avergonzado.

—Todo tiene una explicación —gritó, para que le oyese—. ¡Lo he hecho por Minerva! ¡Tienes que entenderlo! ¡Deja que entre y hablemos!

¿Sonaba tan vacío como le pareció? Seguramente sí, porque los ojos de Ishbel siguieron observándole impasibles un par de segundos más. Luego, dio media vuelta y se apartó del cristal.

Dankworth le miró con malevolencia.

—Vete.

Arthur avisó a Otis, que estaba a punto de acostarse, y esperó a que trajera el coche. Entre los dos cargaron todo el equipaje. Luego, subieron.

—¿Adónde, milord? —le preguntó Otis, desde el pescante.

Arthur se lo pensó. Lo más cómodo y rápido sería ir a Manderland House, pero no le apetecía nada volver. Tendría que aprovecharse de los amigos, al menos por unas cuantas noches.

—A Rutshore House —decidió. En Gysforth House estaban todas las Keeling y no tenía ganas de dar tantas explicaciones. Edward y Harry respetarían su silencio y su mal humor. Se miró las manos. No podía ignorar que tenía algo más que hacer—. Pero pasemos primero por White's.

Era el club al que pertenecían Kennerath y Dankworth, la base oficiosa de los *torys*. A esas horas, era posible que el primero estuviera allí, según su costumbre, tomando algo antes de iniciar una nueva noche de juergas, en fiestas de la alta sociedad o en burdeles de Whitechapel, le daba lo mismo, no tenía escrúpulos.

Arthur no era miembro de White's, pero tenía muchos conocidos, había ido muchas veces y le permitieron entrar sin mayor problema.

Kennerath estaba en uno de los salones, bebiendo whisky mientras charlaba con varios miembros del partido tory. Solucionando los problemas del país con unas cuantas bravuconadas, a decir de las risas que estaban lanzando unos y otros.

Al verle acercarse, le miró con sorpresa.

—¡Lord Badfields! ¡Aquí empiezan a dejar entrar a cualquiera!

No medió palabra. ¿Para qué? Al margen de que le interesaba el trato con Dankworth, era lo que deseaba hacer, posiblemente lo hubiese hecho de cualquier modo.

Arthur avanzó hasta él y le cruzó el rostro con un guante. En el salón, enorme y lleno de gente, se hizo un profundo silencio.

—Le reto a duelo, Kennerath —dijo Arthur, con voz helada. Seguro que lo oyeron todos—. Elija armas.

Kennerath sonrió apenas.

—Podría decir que los duelos no están permitidos, pero soy un caballero. —Hizo una ligera pausa—. Pistola.

—Perfecto.

—Le mandaré mis padrinos.

—Y yo elegiré los míos. Nos veremos en el momento y el lugar que acuerden —replicó, dándole la espalda para irse. Tendría que contar con Gysforth y Rutshore. Ya imaginaba cómo se iban a poner. Pero no importaba, no estaba dispuesto a echarse atrás. Acabaría con Kennerath o moriría en el empeño. Y recuperaría a Minerva.

—Badfields —le llamó Kennerath, cuando empezó a alejarse. Arthur le miró—. Te agradezco la estupidez que has cometido, porque me vas a dar la oportunidad de matarte. Y luego, me casaré con tu viuda, no lo dudes. Y lo voy a disfrutar.

—Puede ser. Pero te van a resultar más difícil de lo que te piensas. Las tres cosas.

Salió, ignorando al jefe de camareros, que le reprochaba con el ceño fruncido el haber retado de semejante modo a uno de sus miembros más importantes.

## Capítulo 21

Ishbel estaba en el jardín trasero de Dankworth House, intentando no pensar. Tras pasar varios días encerrada en su dormitorio, sin querer ver a nadie, necesitaba un poco de aire fresco. Y Tutú también, a decir del modo en que corría por todas partes, como un loco, intentando cazar pájaros.

En otra época, hubiese jugado con él. Pero no podía...

—¡Ishbel! —oyó, de repente.

Tomada por sorpresa, miró hacia el origen de la voz. Bethany y Harry se acercaban por el sendero con paso decidido, ignorando por completo a los criados de Dankworth, que querían detenerlas. ¡Como para pararlas! Grandes demás inglesas, resueltas y embarazadas, cualquiera les ponía las manos encima.

Aunque la expresión de Ishbel no varió, se sintió embargada por una sensación extraña, mezcla de cariño y tristeza. Algún día, serían las nuevas tía Hetty y lady Forrest, seguro, las matronas más influyentes de Londres, ayudando a mil jovencitas a conseguir marido. Pero ellas serían más cordiales, porque siempre primarían el corazón sobre la conveniencia.

Qué ilusas.

—¿Qué queréis? —preguntó con frialdad, tratando de cerrar su corazón ante cualquier posible ataque. Suponía que ya no serían amigas, que le reprocharían sin más lo ocurrido. Al fin y al cabo, eran amigas de Badfields. A ella solo la habían aceptado por ser su esposa.

—¿Qué ha pasado, Ishbel? —preguntó Bethany. No parecía enfadada, solo preocupada.

—Que os lo cuente Arthur.

—Badfields no quiere hablar con nadie —le explicó Harry—. Está en Rutshore House, pero no sale de su habitación y apenas come. Lo único que hace es beber. ¡Y mañana es el duelo, Ishbel! —Titubeó—. Mira, nosotras no queríamos entrometernos, pero no podíamos seguir como meras espectadoras. Queremos ayudaros a resolver lo que sea que ha ocurrido, porque, de otro modo, tememos que mañana le maten.

Ishbel parpadeó.

—¿Duelo? ¿Qué duelo?

—¿No lo sabes? Ha desafiado a lord Kennerath.

—¿A Kennerath? —Recordó, con un sobresalto, lo que le había dicho Sloan acerca de las habilidades de Kennerath, tanto con la pistola como con la espada, y su estómago se encogió de puro miedo—. Pero ¿por qué?

—Pensamos que tú lo sabrías —dijo Bethany—. Tienes que venir y hablar con él, tienes que detener esta locura, Ishbel. Lord Kennerath es un hombre peligroso. Todos dicen que es un excelente tirador.

Arthur. En esos momentos le odiaba, muchísimo, con todas sus fuerzas. Entonces ¿por qué se le había helado la sangre en las venas al oír que podía morir? La sola idea le causaba un daño físico, maldito fuera.

Aun así, intentó apartarse de todo aquello.

—En estos momentos, no soy la más adecuada —murmuró—. De verdad, tras todo lo ocurrido, no creo que quiera escucharme a mí. ¿Por qué no hablan con él James o Edward?

—Ya lo han intentado.

—Pero sin mucho entusiasmo —añadió Harry, enfadada—. Dicen que un duelo es una cuestión de honor, y otras majaderías del estilo. A veces, cuando empiezan con esas cosas, me dan ganas de estrangularlos.

Bethany era mucho más pacífica, pero asintió en apoyo. Luego, volvió a mirar a Ishbel.

—Las cosas están mal, muy mal, Ish. De verdad. Solo podemos contar contigo para salir de esta situación.

Las cosas horribles que le había oído decir, junto con el chasquido de los dedos, hiriente y burlón, volvieron a su memoria. Pero no quedaba más remedio, estaba visto. Si no iba, por pura soberbia, y le mataban, la destrozarían los remordimientos por el resto de su vida.

Estaba pensando en eso cuando vio que se acercaba su padre. Tutú también le vio, y se escondió tras ella. Qué curioso que se llevase tan bien con Arthur, y tan mal con su padre, que aunque no le daba mimos, no había vuelto a enojarse por su presencia.

—Lady Gysforth, lady Rutshore... —saludó Dankworth, y pasó directamente al ataque—. ¿Puedo saber qué hacen en mi propiedad?

—Buenas tarde, lord Dankworth. Necesitamos que lady Ishbel venga a... —empezó Bethany, pero él no le permitió terminar la frase.

—Ishbel no irá a ningún lado —dijo, perentorio. Harry frunció el ceño.

—Le recuerdo que la vida de un hombre está en juego.

—Oh, sí, cierto. Ese hombre ha desafiado a duelo a otro. Y ha ofendido a mi hija hasta extremos imperdonables.

Bethany y Harry intercambiaron una mirada de circunstancias. Seguro que se preguntaban hasta qué punto serían imperdonables aquellos extremos. Creían conocer bien a Badfields, pero seguro que no podían imaginar que fuese capaz de traspasar ciertos límites. Y lo había hecho.

Pero ella no podía permitir que muriese, si estaba en su mano impedirlo. De ninguna manera.

—Voy a intentar evitarlo —le dijo a su padre. Titubeó—. Aunque preferiría que lo hiciera usted.

—¿Qué? ¿Yo? —Él la miró con sorpresa—. No puedo. Lo siento, pero es un asunto de honor. No debo intervenir.

—Creo que, si alguien vuelve a pronunciar la palabra «honor» en mi presencia, voy a gritar —dijo Harry, de muy mal humor. Ishbel hizo una mueca.

—Claro que puede y debe, padre. Hable con lord Kennerath, por favor. Es su amigo.

—¿Amigo? ¿Por qué todo el mundo piensa eso? No, no te equivoques. Lord Kennerath es un socio necesario en distintos asuntos, y ahora mismo no está muy contento conmigo. Me ha mostrado su apoyo incontables veces, contando con un enlace contigo que no parece que se vaya a producir. Me parece a mí que es evidente que no soy el más indicado para decir nada. Si tanto te interesa, convence tú a tu marido.

—No creo que pueda —musitó Ishbel, contemplando unos rosales cercanos. Espinas, por todas partes.—. Y sabe que no quiero volver a verle, pero lo haré, de ser necesario.

Harry frunció el ceño. Bethany la miró desconcertada.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

Ishbel se llevó una mano a la frente. Odiaba esa situación.

—No deseo hablar de ello. Por favor.

—No entiendo por qué te preocupas tanto —le dijo su padre—. Al fin y al cabo, que te quedases viuda es lo mejor que te podría ocurrir.



—¿Cómo se atreve? —exclamó Harry, enojada. Bethany apretaba tanto los labios que se le pusieron blancos.

—Me atrevo porque esta es mi casa y digo lo que pienso. Ese hombre es un falso y un traidor.

—¡Arthur no es nada de eso!

—¿De verdad? ¿Les ha contado que los Ravenscroft están arruinados? ¿Que se casó con Ishbel por su dinero?

—Eso no es verdad —replicó Bethany, con firmeza.

—Sí, lo es. Pueden comprobarlo cuando lo deseen. Lord Manderland no puede endeudarse más. Si no está en Marshalsea, es gracias a mi apoyo.

—Incluso, aunque estuviese arruinado, jamás haría algo así —insistió ella—. Sabe que puede quedarse con nosotros, en Gysforth House, o con Rutshore. Que puede acudir a nosotros para lo que sea. Nunca le faltará de nada.

—Además, le repito: Arthur no es así —añadió Harry—. Si se ha casado con Ishbel, es porque la quiere.

—No me haga reír. ¿Se enamoró en pocos días, y de la hija de su acreedor? Qué conveniente.

—El flechazo existe. —Bethany sonrió con frialdad. Ishbel recordó que le habían contado que lo suyo fue eso, un destello de amor a primera vista, aunque estuviese relacionado con un antiguo amor de James. No así Harry; aunque experimentaron una atracción inmediata, pasaron semanas, juntos de la mañana a la noche, antes de sentirse enamorada. Algo como lo que le ocurrió a ella misma. Aunque se casó sobre todo por huir de lord Kennerath, Arthur ya la tenía loca por aquel entonces. La convivencia continua aceleraba muchas cosas—. Puede que no todo el mundo lo viva, pero a veces pasa. Ha ocurrido en la realidad desde siempre. Negarlo, exigiendo que todas las relaciones sigan obligatoriamente los tiempos y cauces que nos parezcan a cada uno, no

deja de ser absurdo.

—Milady, no hable de lo que no sabe —replicó Dankworth, cada vez más enfadado—. Él mismo me confesó que se había casado con mi hija para llegar hasta mí, y así poder perjudicarme, la propia Ishbel es testigo. —Ella no pudo por menos que asentir—. Me acusa de todos los males de su existencia, incluida la desaparición de su hermana. ¿Cree que me preocupa lo que pueda pasarle? En absoluto. —Guardó silencio un momento, como para recalcar lo que dijo a continuación—. El que ofende a mi hija, me ofende a mí. Las cosas van bien como van. Cuanto antes termine todo, mejor.

Dankworth dio media vuelta y se dirigió a paso firme hacia la casa. Ishbel le siguió con la mirada hasta que desapareció en el interior. Tenía una impresión extraña en el pecho.

Bethany y Harry la miraron a ella. Fue la primera la que habló:

—No sé qué os ha pasado, pero a mí me consta que Arthur te quiere.

—Además, está destrozado por todo esto. —Harry la miró angustiada—. Por favor, tienes que venir.

Ishbel suspiró.

—Por supuesto que iré. Esperadme un momento.

Se dirigió también a la casa. Su padre estaba todavía en el vestíbulo, hablando con el mayordomo.

—Oh, estás aquí, Ishbel. El señor McCarthy pregunta si tus amigas van a quedarse a tomar el té. La verdad, yo preferiría que no.

—No, no se quedan, ni yo tampoco, gracias, señor McCarthy. —Fue hasta el llamador más cercano y tiró, para que acudiese Nelly—. Voy a salir.

Su padre frunció el ceño.

—Si vas a ir a ver a ese hombre...

—Ese hombre es mi marido, padre.

—Un error que debemos solventar. Que podría solventarse por sí mismo, si no intervenimos.

Ishbel le lanzó una mirada colérica.

—Ya lo ha dicho antes y me ha parecido espantoso. No vuelva a insinuarlo, se lo pido por favor. —Hizo un gesto hacia Nelly, que estaba bajando las escaleras—. Trae mi chaqueta y mis guantes, y coge lo tuyo, tenemos que salir. Vamos a ver si podemos evitar esta locura.

—Ishbel...

—No. Debo intentarlo, padre. —Se puso de puntillas y le besó en la mejilla—. Si no lo hago, no podré perdonármelo nunca.

Fue con Bethy y Harry hasta Rutshore House, una casa impresionante situada cerca de Trafalgar Square. Ishbel había ido pocas veces, porque por lo general, la vida la hacían todos alrededor de Gysforth House, pero no podría olvidarla nunca. Sobre todo su impresionante biblioteca, que era lo que más había visitado. Allí vivían, además de Edward, Harry y su hijo, sir Alan Percival, el padrino de Harry, un baronet retirado de la abogacía, y lady Miranda, la madre de Harry, una mujer de gran belleza.

La llevaron al primer piso, hasta la puerta de la habitación que ocupaba Arthur. Harry llamó con los nudillos, suavemente.

—¿Badfields? —Intentó abrir, pero estaba cerrado—. ¿Arthur, podemos pasar, por favor?

—No. —Se oyó, apagado—. Te lo ruego, dejadme en paz, Harry. Discúlpame, pero no quiero ver a nadie. —Algo ininteligible—. Nadie...

Harry la miró a ella. Ishbel le hizo un gesto, para que le cediera el sitio, y se acercó a la puerta.

—Arthur... —Silencio—. Arthur, soy yo, Ishbel. Yo... tengo que hablar contigo. Déjame entrar, por favor.

Unos segundos más de silencio, aunque ahora dio la impresión de ser mucho más pesado. Al final, cuando ya pensaba que tendría que insistir o irse, la puerta se abrió.

Ishbel entró en el dormitorio. Era muy bonito, impresionante, como el resto de la mansión, pero estaba hecho un desastre. Se notaba que no había dejado entrar ni a los criados para hacer la limpieza, y durante días. Había bandejas de comida sin tocar, ropa sucia tirada por todos lados y la cama estaba por hacer.

Sobre la mesa vio dos botellas vacías de whisky y otra a medias, pero cuando avanzó dio con el pie a otra más, que estaba tirada en el suelo y rodó sobre la madera con un ruido sordo.

—Mi adorada esposa —dijo Arthur, con voz gangosa—. Qué gran honor.

Ella apretó los labios.

—Estás borracho.

—Un poco, sí. —Cogió la botella medio llena y le hizo un gesto—. ¿Quieres una copa?

—No. Y tú no deberías beber. ¿Qué es eso de un duelo?

—Oh, vaya. —Rio tontamente, con un dedo en los labios, como pidiendo silencio—. Ya te lo han contado.

—Por supuesto. Y deberías agradecerlo. Bethy y Harry te quieren mucho.

Pareció arrepentirse, al menos por eso.

—Ya, bueno... Le he retado. A ese hijo de la gran puta. —Bebió un trago—. Y no me arrepiento.

—Arthur, no digas más tonterías. ¡Y deja de beber! Tenemos que

solucionar esto.

—¿Cómo? No vas a perdonarme.

Le miró desesperada.

—Dijiste unas cosas horribles. ¡Lo oí!

—¿Qué?

—Estaba oculta tras unas cortinas, en...

—Sé dónde estabas —musitó Arthur—. Voy a matar a tu padre. —Cerró los ojos—. No, en realidad, debería matarme a mí mismo. Lo siento, Ishbel. De verdad. Créeme, te quiero.

—¿Que me quieres? ¿Vas a volver a decirme semejante patraña?

Arthur lanzó la botella a un lado, con fuerza. El cristal se destrozó contra la pared.

—Tengo pocas virtudes en esta vida, Ishbel, pero una de ellas es el valor —le dijo, con voz helada—. Puede que te haya engañado para que te casaras conmigo, pero luego me enamoré de ti. O quizá antes, yo qué sé. De ser de otro modo, a estas alturas te lo diría. Una vez descubierto, ¿qué sentido tiene negarlo? Aceptaría las consecuencias de tu enfado, todas y cada una, incluso tu desprecio y tu olvido, pero te lo diría.

Ishbel le dio una buena bofetada.

—Canalla. Contigo, todo ha sido mentira tras mentira. —Apretó los puños—. Estoy *cansada* —recalcó la palabra— de perdonarte y justificarte a cada momento. De enterarme una y otra vez que me has mentido o me has ocultado algo. De modo que, al escuchar eso...

—Has llegado al límite —la interrumpió él—. Lo entiendo. Vete, anda, no te preocupes. Y pide que me traigan otra botella. He sido un idiota rompiendo la única en la que quedaba algo.

—No, no voy a irme, ni te van a traer más whisky, idiota. Tienes que arreglarte. Iremos a hablar con lord Kennerath y terminaremos con este asunto del duelo.

—Imposible.

—¡Arthur! ¡No puedes batirte con él! Podría matarte.

—Ah, caramba. ¿Y qué esperas que haga?

—Hablar. Solucionar las cosas, por supuesto.

—¿Para qué? No hay nada que le quiera decir. Solo quiero matarle. Y estaría feo que le pegara un tiro a traición, es mejor hacerlo en el duelo.

Buscó otras alternativas.

—¿Y qué tal retirarte? ¿O no acudir?

—Me tacharían de cobarde.

—A ti no te importa lo que se diga de ti.

—No. Pero soy un hombre lleno de contrasentidos, amor. —Suspiró y se apoyó con una mano en una de las columnas del dosel de la cama—. Vete.

—Arthur... —Tenía que intentar lo que fuera. Avanzó hacia él, hasta estar a un paso, y le puso una mano en el pecho—. Quizá deberíamos...

—¿Qué?

Avanzó la pequeña distancia que quedaba entre ellos, ese corto espacio, hasta pegarse a él y se puso de puntillas. Arthur la miró con aquellos ojos tan oscuros, hizo una mueca y la cogió por la cintura. La estrechó con fuerza, restregándola contra él. Pudo sentir su erección, y la sangre, como siempre, se aceleró en sus venas.

La besó. La boca de su marido sabía a whisky y tabaco, pero no le disgustó, al contrario, esos sabores la estremecieron y la excitaron como

nunca.

Arthur la levantó en el aire, sin mayor esfuerzo, y la llevó a la cama. La dejó caer de espaldas sobre las sábanas revueltas y, sin transición, le subió las faldas con una mano, mientras con la otra se soltaba el pantalón. Se encaramó a la cama, sobre ella y la buscó, febril, para penetrarla con un solo impulso.

—¡Ah! —exclamó Ishbel, estremecida.

Se aferró a las mantas, con la sensación de que la sobrecogían tantas sensaciones distintas que no podría controlarlas. Él le desabrochó algunos botones, lo suficientes como para dejar holgado el vestido y poder liberar sus pechos. Los lamió con ganas. Ishbel apretó los dientes, intentando no hacer ruido, para que no les oyesen Bethany y Harry, pero le resultaba imposible. Arthur siguió empujando y empujando, con brío, casi con furia, y ella se retorció como pudo, dejándose arrastrar en aquella marea de placer.

El orgasmo surgió de un punto que se fue gestando con cada embestida en su bajo vientre y se extendió con tal furia por todos lados que no pudo evitar un grito. Segundos después, fue Arthur el que llegó al clímax.

—Oh, Señor... —susurró Ishbel. Le sintió tragar saliva, jadeando. Luego, se apartó, rodando primero para estar de espaldas, aunque se quedó poco tiempo así. Arthur se incorporó hasta ponerse de pie, y empezó a atarse el pantalón.

—Lamento el modo en que te he engañado, pero ¿qué querías que hiciese? ¿Qué podía hacer? —Sollozó—. Destrozó mi familia. Ese... ese maldito canalla casi acabó con todos nosotros.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

—Del precio del pasado, por supuesto.

Ella agitó la cabeza.

—Solo sueltas desvaríos.

—No, en absoluto. Estoy más cuerdo que nunca, y más libre que nunca. Me alegro de que hayamos llegado a este punto. Ahora, deja que te lo explique todo, que se acaben las mentiras entre nosotros.

—Eso ya lo juraste antes.

—Pero no podía cumplirlo. ¡Mira lo que ha pasado! Si te llego a decir en su momento que organicé nuestra boda para atacar a tu padre, te hubieses indignado antes.

Ishbel abrió mucho los ojos. Sí, definitivamente, era verdad, hasta él lo reconocía, maldito fuera.

—Estoy con ganas de darte otra bofetada.

—Espera, escúchame y luego decide. Te voy a contar una historia, Ish. La de un hombre atormentado que tenía una hermana pequeña. Como Sloan. Como yo.

—¡Mi padre no secuestró a Minerva! Lo siento, Arthur. Lo siento de verdad. Puedo imaginar que ha sido un completo suplicio, pero ni mi padre tuvo nada que ver ni, mucho menos, tengo yo que pagar las culpas de nada.

Él la miró con amargura.

—En eso tienes razón. Lo lamento, no te imaginas cuánto. Pero, para que puedas llegar a entenderlo, debes dejar que me explique. —Ella se lo pensó un momento, y asintió—. Bien. Sí, todo gira alrededor de Minerva. Llevamos siete años así. Durante mucho tiempo todo lo que supimos fue lo que se supuso a simple vista: que se había escapado una noche de casa y que había desaparecido. Una ventana, la que había cruzado para irse. Ese era todo nuestro horizonte. Ni la Guardia ni nadie logró descubrir nada, ningún dato, sobre lo que le había podido ocurrir. Ni siquiera el rey, que se volcó de un modo muy generoso en este asunto, y revolvió toda Inglaterra, buscando hasta debajo de las piedras, logró nada. —Agitó la cabeza—. Reconozco que, eso, se lo debería agradecer más.



—Ya lo creo que sí.

—Sin embargo, hará unos meses, por pura suerte, logré enterarme de que, en realidad, Minnie no se había escapado.

Le contó una historia sobre un ayudante de caballeriza y un plan para sacar a Minerva de Londres y controlar con ella a su padre. Un plan de gentes que estaban más allá del mundo que ella conocía.

—El propio Gysforth me ha pedido discreción al respecto, porque no lo quieren hacer público —le dijo Arthur—. Pero ha surgido algo, de las profundidades de lo peor de esta ciudad. El Londres del hambre, de la miseria y el fango está ahora mismo organizado de algún modo, bajo un solo líder, alguien que se hace llamar el «Rey en la noche». Y ha bautizado ese oscuro reino como «Bajolondres».

—¿«Bajolondres»? —recordó también el documento que sustrajo Ruth, de aquella Academia, en un barrio miserable.

—Así es. En él, la delincuencia tiene sus propias normas. Sus propias jerarquías. ¿Puedes creerlo? —Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada. No quería creerlo, sin más—. Con lo que me contó el hombre de Fleet, tuve una idea clara de cómo funcionaba todo el sistema organizado por ese hombre, ese «Rey en la noche». Y también de que había sido él el responsable de lo que le había ocurrido a Minerva.

Ishbel lo pensó un momento.

—No lo entiendo. ¿Por qué alguien así iba a desearle ningún mal a una niña como Minerva?

Arthur la miró de frente.

—Porque ese «Rey en la noche», es tu padre.

Ella abrió los ojos al máximo.

—Estás de broma...

—En absoluto. Cuando bromeo tengo una cara muy distinta. A estas alturas, seguro que ya la conoces.

—Mira por dónde, acabas de bromear, cuando estamos hablando de un tema muy serio. Estás acusando a mi padre de... de...

—De todo, sí.

—¿Cómo te atreves? —Él no dijo nada—. ¿Acaso tienes pruebas de algo?

—No. No tengo más pruebas que su confesión. Y no la va a repetir ante otros.

—¿Su confesión? No. ¡Mientes, mientes, mientes! Mi padre es un hombre honorable, Badfields. Alguien que ha tenido que luchar mucho para poder limpiar el apellido de esta familia, tras el desastre que provocó mi abuelo. — Le señaló con un dedo—. No te atrevas a atentar contra su honor, no te atrevas siquiera a hacerle sombra, porque juro que te sacaré los ojos.

Arthur avanzó en su dirección. Se detuvo a un par de pasos y se inclinó hacia ella.

—No es una suposición, Ishbel. Estoy convencido, aunque no tenga pruebas que mostrarte ahora mismo. Igual que sé que *tu padre fue quien ordenó el secuestro de mi hermana*. Él mismo lo ha admitido.

—No seas absurdo. Aquí lo único que cuenta es que me engañaste, una y otra vez. Y no contento con eso, ahora, para reducir tu culpa te atreves a acusar a mi padre de unas cosas... cosas horribles! ¡Espantosas!

—Sí, es verdad. Me he portado horriblemente contigo, te engañé para conseguir un objetivo. Pero lo hice porque estaba casi seguro, y ya se han desvanecido las últimas dudas. Tu padre es culpable. También sé por qué lo hizo. No hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de que todo debió estar relacionado con el hecho de que mi padre quería casar a Minerva con tu

abuelo. Con Bernard Puscat, el entonces lord Dankworth.

Ishbel asintió, seria.

—Sí, ya sabes que me consta cómo... cómo era mi abuelo paterno. En Tùr Làidir, mi abuela y mi madre hablaban muchas veces en susurros de sus numerosos escándalos. —Titubeó—. Ahora que lo dices, recuerdo que mencionaron sus intenciones de volver a casarse, poco antes de su muerte.

—Así es. Mi padre acordó el matrimonio de Minnie con él.

—Qué horror. —Ishbel vaciló—. ¿Cuántos años tenía Minerva entonces? ¿Catorce?

—Quince, y todos decían que era la joven más agraciada de la ciudad. No sé si era cierto, pero sí se trataba de una de las más hermosas, sin duda. Digna hija de mi madre, que siempre fue una gran belleza. Además, Minnie poseía tanto desparpajo que llamaba más todavía la atención. Era divertida. Era inquieta... —Se encogió de hombros—. Tu abuelo había cumplido ya los sesenta y ocho. «Minerva Ravenscroft es una yegua díscola que voy a domar personalmente», se le oyó comentar en una fiesta.

Ishbel puso cara de desagrado.

—Era un hombre horrible.

—Sí lo era, sí. Y mi padre también, que era el que quería casarla y lograr que vuestros bienes derivasen hacia nuestra familia. Vuestro título incluido, si se salía con la suya.

Le miró escéptica.

—Una pretensión poco probable.

—No por eso estaba dispuesto a dejar de intentarlo. Mi padre ahora parece... no, no lo parece, *lo es*, un hombre destruido. Creo que se arrepiente de verdad de todo lo que pasó, que no puede asumir el precio de sus

consecuencias, pero yo no puedo perdonarle. No puedo.

Ella tragó saliva.

—Arthur...

—No. *Nunca*. Tenías que haberle conocido hace siete años.

—Sí, ya me lo has dicho alguna vez. Lo del gigante rugiente.

—Eso era. El duque de Manderland hablaba más alto que cualquiera. Golpeaba la mesa más fuerte que cualquiera. Él tenía derecho a toda la dignidad, los demás, solo nos merecíamos las jodidas migajas. Podía humillarnos a placer, sin derecho a réplica. —Soltó todo aquello como un oleaje de amargura—. Nada ni nadie le importaba. Lo único que quería era convertir el ducado de Manderland en el más importante de todo el país, para poder ser el hombre más importante de todo el país. De haber logrado esa... no sé, fusión con el poder y la fortuna del ducado de Dankworth, lo habría conseguido.

—Entiendo.

—Pero, tu padre, no estaba dispuesto a permitirlo.

Ella titubeó.

—Bueno, ¿y si fuera así? ¿Te extraña? Ese hombre quería quitárnoslo todo solo por satisfacer sus... impulsos más bajos. Qué repugnante, Arthur. Un hombre de esa edad con una jovencita como tu hermana. ¡Era más joven que yo, su nieta!

—Lo sé. Yo no pido cuentas a tu padre por haber intervenido, es lógico que lo hiciera. Pero su plan no pudo ser más abominable.

Ishbel acusó el golpe, pero se repuso rápido. Ventajas de estar indignada.

—Qué casualidad —replicó, con acritud—. Lo mismo que tú has hecho conmigo.

—No compares, no ha sido así. Lamento lo que hice, pero ni de lejos se asemeja a lo que planeó tu padre.

Ishbel apretó los labios.

—¿Tú crees? Hay límites, Arthur. Toda justificación termina cuando conviertes a otros inocentes en víctimas. —Arthur se ruborizó, reconociendo que era una gran verdad—. ¿Qué más ocurrió?

—No lo sé. No hemos vuelto a saber de ella. —Su rostro se endureció—. ¿Te das cuenta del miedo que debió pasar? Y tan terrible como eso: imagina su decepción. Piensa en esa niña que llegó a estar lo bastante desesperada como para decidir arriesgarlo todo, porque creyó haber encontrado una salida en el amor, y se encontró de pronto en manos de unos desalmados.

—Sí, desde luego... —Ishbel se cubrió la boca con una mano—. Dios mío... Pobre Minerva.

—Pues eso, eso, lo hizo tu padre.

Ella negó con la cabeza.

—No, no es verdad, Arthur. Puede que lo creas, hasta puedo aceptar todo lo ocurrido con la idea de que estás enfermo de dolor, y eso te ha llevado a hacer todo esto, pero piénsalo bien, no es posible. Mi padre...

—Te digo que me lo ha reconocido él mismo. —Ella siguió negando—. Ha sido él. Él me quitó a mi hermana. Por eso, yo decidí quitarle a su hija. *Esa* fue la auténtica razón de mi intento de secuestro.

Ishbel le miró con amargura.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo pudiste hacerme algo así?

Arthur agitó la cabeza, avergonzado.

—Lo lamento, demonios. Perdóname, Ish. No había otra salida.

—No te engañes, siempre la hay.

—Pues no supe verla. Tenía que hacer algo, ya. Tenía que... Oh, perdóname, Ishbel. —Se arrodilló ante ella, que le miró con sorpresa—. Perdóname, amor mío. Por favor. Cuando organicé ese plan, no podía imaginar que la hija de Dankworth eras tú, la mujer de mi vida.

—Arthur...

—Te amo, te quiero. Estoy loco por ti, y lo sabes. Jamás te haría ningún daño, ni buscaría que sufrieses, espero que lo sepas.

Ella titubeó, aferrada aún a su enfado.

—Empiezo a no estar segura de nada. Ni de ti, ni de él...

—Lo siento.

—Debiste decírmelo.

—¿Te hubieses casado conmigo, entonces?

Ishbel apretó los labios.

—Posiblemente no. Ni siquiera por librarme de lord Kennerath. Pero lo hubiésemos podido solucionar juntos. Como esto, ahora. Tienes que evitar ese duelo.

—No.

—Pero si ya no me importa. Ya podemos olvidar lo ocurrido.

—No lo entiendes. No tiene que ver contigo. Tiene que ver con lo que ese hombre me ha hecho a mí. A ti. A nuestro hijo.

—¡Lo sabes! Te lo dijo mi padre.

—Sí, así es. Y no puedo sentirme más feliz. —Debía ser cierto, por cómo le brillaban las pupilas—. Pero, para que nuestros hijos tengan una oportunidad, tenemos que actuar rápido.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre tiene un arcón reforzado en su despacho. La llave está oculta en el interior de una de las molduras de la repisa, que puede extraerse. Dentro, encontrarás una carpeta con información sobre La Estirpe. Su emblema es una estrella formada por dos coronas con tres puntas cada una. La blanca está hacia arriba, la negra, hacia abajo.

—No quiero... yo no...

—Ya sé que no quieres. Pero quería que lo supieras. Seguramente habrá más pruebas allí, pero quizá yo nunca pueda verlas. Ahora, vete, por favor.

Ishbel sintió los ojos llenos de lágrimas. Se arregló el vestido como pudo y fue lentamente hacia la puerta. Tenía la mente confusa. Ya no sabía qué creer, de nadie. ¿Y si Arthur estaba en lo cierto?

—Lo comprobaré... —le dijo—. Intentaré solucionarlo.

—Ishbel... —Se volvió, esperanzada, pero perdió la sonrisa cuando él añadió—. Si me matan, te ruego por favor que le pidas a tu padre que nos devuelva a Minerva. Que la lleve a casa, con mi madre. Ella no se merece lo que ha tenido que pasar. No aceptes un no por respuesta. Él la tiene, él sabe dónde está. —Le dio la espalda—. Vete, anda.

Ishbel salió, conteniendo las lágrimas. Fuera, estaban Bethany, Harry y también Edward, que debía haber llegado mientras estaba dentro. La miraron con rostros muy serios. Nadie comentó nada sobre sonidos poco apropiados.

—No quiere salir... —dijo.

Edward asintió.

—Supongo que va a seguir con el duelo.

—Sí. ¿No podrías convencerle?

—He intentado hablar con él y ha sido inútil. En realidad, le entiendo. En su lugar, yo tampoco daría marcha atrás.

—Tú no habrías retado a nadie —le aseguró su esposa.

—Mmm... Depende, Harry. Y retar, quizá no, pero nunca puede asegurarse que no se va a ser retado.

—En cuyo caso... harías lo mejor para tus hijos y para mí, no para un ridículo sentido del honor.

Edward torció el gesto.

—Esta conversación deberíamos tenerla a solas.

—Hombres —dijo Bethany—. Estoy segura de que James me diría lo mismo. En cualquier caso, lo que ahora importa es Arthur.

Ishbel agitó la cabeza.

—Va a ir. ¿Dónde será? ¿Ya lo sabéis?

—Sí. En Hyde Park. Al amanecer.

—Bien. ¿Os importa que me quede? Quiero acompañaros mañana.

—No es buena idea, en tu estado...

—¿Lo habéis oído?

—Todo —afirmó Harry. Bethany se ruborizó.

—¡Harry! —la riñó Bethy.

—¿Qué? No pasa nada. Todos somos adultos.

—Pero hay cosas de las que no se habla. Claro que puedes quedarte, Ishbel. Esta es tu casa. ¿Verdad Edward?

—Por supuesto.

Bethany y Harry la acompañaron a un dormitorio, cerca del de Arthur.

—Gracias por haber venido, y por haberlo intentado —le dijo Harry, abrazándola con cariño—. Te enviaré una doncella, con un vestido para la



cena.

—No hace falta. No quiero cenar.

—Entonces te mandaré una doncella con una bandeja y te comerás lo que te pongan. No quiero excusas, Ish. Hazlo por el niño.

Sabía que tenían razón.

—Está bien.

La dejaron sola y ya pudo llorar en paz.

## Capítulo 22

Al final, Arthur durmió un rato, y no supo si lamentarlo.

Cuando salió del coche, en un rincón discreto de Hyde Park, sintió que le estallaba la cabeza. Le dolía horrores, y, al contrario de lo que hubiese podido esperarse, el aire frío no ayudaba demasiado. Se sentía destemplado y febril. Por lo menos, aún era de noche y el mundo estaba piadosamente silencioso.

—¿Estás bien? —le preguntó Edward, preocupado. Asintió, qué remedio. Estaba llegando otro coche. Distinguió el escudo de los Gysforth. Segundos después, vio bajar a James, que se volvió y ayudó a Bethy y a Ruthie.

Por Dios. Solo faltaban las gemelas y la tía Hetty. Y lady Forrest cerrando la procesión.

Se acercó un hombre, del grupo de lord Kennerath.

—Lord Badfields, ¿ha traído arma propia?

—¿Eh? —Arma. Claro, una pistola. O, al menos, una piedra, para golpear a aquel cretino. Pero no—. Pues no...

—Entonces, si los padrinos desean revisar las armas que ha traído lord Kennerath, pueden venir conmigo.

—Desde luego que quieren —dijo Edward. James también asintió.

Se fueron con aquel caballero y Arthur se quedó solo. Durante un tiempo indeterminado contempló la hierba que rodeaba sus pies, con la mente vacía. Sintió vagamente que se acercaba alguien.

—Arthur... —Era Ishbel, claro. Cerró los ojos—. Arthur, por favor.

Él tragó saliva. En pocos minutos, podía estar muerto. Al menos, podía hacer algo para que ella no sufriera tanto.

—Perdóname, Ishbel. Es cierto que te he mentido muchas veces. De hecho, siempre, desde el principio, continuamente. Y luego te traté de un modo infame, solo por atacar a tu padre.

—Da igual, de verdad, da lo mismo. Pero deja esto, por favor. Vámonos de aquí, volvamos a casa. —Le abrazó por la cintura—. Hazme el amor y olvidemos todo lo demás.

—No. No puedo. —Pero la abrazó y olió el perfume de su pelo—. Escúchame, si algo me pasara hoy...

Ishbel se sobresaltó.

—¡No digas eso!

—Claro que sí. Tenemos que ser prácticos. Si algo me pasara, he dejado en casa de Rutshore un documento, un testamento, en el que están listados todos mis bienes. Son cosas que mi padre no ha podido vender, porque me fueron legados directamente por parte de mi abuelo materno. Los Ravenscroft pueden estar arruinados, pero yo no, ni tú tampoco. Y nuestro hijo tendrá una vida cómoda, si permites que James lo gestione.

Ella le miró horrorizada.

—¡Arthur! No quiero oírte decir esas cosas.

—Pero me temo que, en momentos así, son necesarias. También quiero pedirte, de nuevo, lo que te dije ayer: por favor, habla con tu padre para que lleve a Minnie a casa con mi madre. Si ocurre eso, sentiré que mi muerte ha tenido algún sentido. ¿Lo harás?

—Te odio... —murmuró ella, sintiendo que no podía controlar las

lágrimas, que se escapaban, empapando sus mejillas.

—No llores. Odias llorar. —La cogió por los hombros, la besó y la apartó—. Perdóname.

—No. ¡No! ¿Que te perdone? —Negó con la cabeza—. Te juro que, si te matan, no lo haré, nunca.

—Ish...

—¡No! ¡No tienes ningún derecho a hacer esto! ¡Tu vida no es tuya, Arthur Ravenscroft! ¡Tu vida también es mía, y de tu hijo! ¡No puedes hacernos esto! ¡Por favor!

Lord Kennerath se estaba acercando. Frunció el ceño al ver cómo estaba Ishbel.

—Las mujeres no deberían acudir a estos asuntos —dijo. Arthur pensó en mandarle al infierno, pero no merecía la pena. Además, ni siquiera le dio tiempo a abrir la boca.

—¡Cállese o le retaré yo misma! —replicó Ishbel, enfadada. Él sonrió.

—¿De verdad? Estoy seguro de que otros encuentran encantador ese temperamento rebelde tuyo, Ishbel, pero si tengo que ser sincero, yo creo que la mayor belleza de una mujer se encuentra en su sumisión.

—No me sorprende —replicó Arthur—. Que tú lo creas, me refiero. ¿Querías algo?

—Poca cosa. Mis padrinos, que son gentes de bien, me han aconsejado que venga a decirte que no consideraré una cobardía que te retires ahora mismo. Que podemos solucionarlo todo hablando, como buenos amigos. —Ahogó una risa seca—. Pero es mentira: en realidad, no estoy dispuesto a permitirlo. Si me he acercado, es para simular ante ellos y para despedirme de ti. En pocos minutos voy a meterte un balazo en la cabeza, así que no creo que volvamos a hablar jamás.

—¡Qué amable! Yo todavía no he decidido dónde te dispararé. Siempre he sido un tanto indeciso.

—Además de gracioso, como siempre, lord Badfields. El mundo echará de menos tus bromas —añadió Kennerath, y se alejó.

Arthur le siguió con la vista un par de segundos. Sentía la mirada fija de Ishbel, que continuaba a su lado, y no sabía cómo afrontarla. Sabía que tenía que despedirse, hacer que aceptase que no había nada que hacer, pero no se le ocurría cómo. Se pasó una mano por el rostro. No debió permitir que la llevaran.

Entonces, oyó que se acercaba otro coche. Este llevaba la enseña de lord Dankworth. En cuanto se detuvo, se abrió la portezuela y bajó el padre de Ishbel. Al verles, se acercó a ellos.

—Padre... —dijo Ishbel. Los dos se miraron con sorpresa. Dankworth frunció el ceño.

—Ishbel, querida... ¿Qué haces tú aquí?

Ella parpadeó lentamente. Arthur se preguntó si estaría valorando todo lo que le dijo la noche anterior sobre la auténtica naturaleza de su padre. Todo eso que no quería aceptar, de ningún modo.

—Lo mismo que usted, imagino: hablar con Arthur. Tiene que entrar en razón y parar todo esto. ¡Ayúdeme a intentar convencerle!

Dankworth puso cara de circunstancias.

—Me temo que no es posible, hija mía. Lord Kennerath me ha pedido que haga las funciones de juez de campo y me encargue de que se cumplan las normas, de modo que así lo haré. —Se volvió hacia Arthur—. Badfields, buena suerte.

Si esperaba que le diese las gracias, se llevó una decepción. Arthur se limitó a devolverle la mirada, impassible. Dankworth se alejó hacia el grupo

de padrinos, que comentaban las armas.

—Arthur... —volvió a empezar Ishbel.

—Por favor, Ish, no insistas. No me vas a convencer. Te aseguro que en esto hay mucho más de lo que imaginas.

—Pero...

—Por favor. —Ishbel renunció. Se mordió los labios—. Otra cosa: mantén a mi hijo lejos de tu padre. No espero que le cuentes lo que te he dicho, un niño tiene que estar orgulloso de sus antepasados, pero sí que lo mantengas lejos de él.

Ella no dijo ni que sí ni que no. Se limitó a mirarle, muy seria.

—¿Empezamos? —oyó que preguntaba lord Camberry, uno de los padrinos de Kennerath. Arthur dio media vuelta y se dirigió hacia el grupo de hombres. Si necesitaba una imagen de Ishbel para llevarse al otro mundo, no sería esa. Prefería su sonrisa en Gretna Green, cuando se sentía feliz, paseando por la alameda que conducía al centro del pueblo, con Tutú dando brincos a su lado.

¡Ojalá pudiera volver a ese momento! Haría muchas cosas de un modo muy diferente.

Dankworth le lanzó a Arthur una última mirada de advertencia y avanzó hacia el centro del pequeño claro.

—Caballeros, seguiremos el siguiente sistema: se colocarán en este punto —señaló el suelo, frente a él—, espalda contra espalda. Avanzarán quince pasos cada uno, en línea recta, hasta estar en sus posiciones y, cuando yo diga «¡Fuego!», podrán disparar.

Lord Kennerath asintió.

—De acuerdo.

Arthur también hizo un gesto de asentimiento. Les entregaron las pistolas.

La miró, con indiferencia, con la impresión de que pesaba más que nunca. Avanzó hasta el lugar indicado y sintió la espalda de lord Kennerath. Se movió ligeramente, con desagrado, para no notar su roce.

—Uno, dos, tres... —empezó Dankworth, y ellos fueron avanzando. Los números se desgranaban de un modo extraño en el aire frío del amanecer. Qué irreal parecía todo. El parque estaba tan bonito, pese a la ligera bruma... No era mal sitio para morir—. Trece, catorce... Quince.

Se detuvo, con el corazón golpeando con fuerza en su pecho. ¿Estaba a punto de morir? ¿Cómo sería entrar en esa oscuridad? Se demoró un segundo, el tiempo de una inspiración, antes de darse la vuelta para enfrentar su destino. Eso provocó que oyera el sonido del disparo incluso antes de haberse girado del todo. Y un grito, de mujer, diría que de Ishbel. Algo silbó muy cerca y le quemó la mejilla.

Antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, ya había terminado.

Se llevó una mano a la altura del pómulos y retiró los dedos manchados de sangre. La bala le había pasado rozando.

Lord Kennerath miraba incrédulo, con el arma aún apuntando. Del cañón salía una voluta de humo, como si se hubiese tragado un alma.

Arthur alzó la pistola.

—Ahora, es mi turno —dijo.

Por el rabillo del ojo vio que Ishbel hacía amago de acercarse, pero la retuvieron entre Bethy y Harry.

—¿Va a disparar, lord Badfields? —preguntó Dankworth. Empezó a caminar hacia él—. Si es así, hágalo de una vez, por favor.

—¡No lo hagas, Arthur, por Dios! —gritó Ishbel—. ¡Por favor! ¡Ya no es necesario!

Arthur parpadeó, tratando de centrar la vista y la mente. Quería matar a Kennerath y quería todo lo prometido por Dankworth, recuperar por fin a Minnie, pero ¿estaba de verdad dispuesto a pagar el precio? Allí tenía a ese hombre, quieto y aterrado, esperando su decisión. Ya no parecía tan terrible, tan imponente. Solo era un hombre de gran envergadura, calvo, fofo, vicioso y ruin, que temblaba ante la muerte, como todos.

Lord Kennerath merecía un castigo, pero él no era un asesino. No podía ser quien le ejecutase de semejante forma.

—Vamos... —susurró Dankworth, a un par de pasos, incitándole, como un demonio. —. Dispara, Badfields. *Recupera a Minnie.*

Arthur tragó saliva; le supo amarga, como le ocurría desde hacía tanto tiempo. «Hay límites, Arthur », le había dicho Ishbel la noche anterior. Sí que los había. Nunca le habían parecido importantes, cegado por el deseo de obtener su objetivo, pero los había. ¡Qué mal lo había hecho todo! Tenía que reconducir el asunto y ver si quedaba para él redención posible.

Bajó la pistola y disparó al suelo, a pocos centímetros de los pies de Kennerath, que se tambaleó, derivando entre la angustia y el alivio.

Arthur se giró y se encontró con los ojos de Dankworth. Nunca había sentido con mayor fuerza que estaba ante el «Rey en la noche».

—Creo, majestad, que cada uno tendremos que ocuparnos de nuestros propios problemas.

Dankworth hizo una mueca. No replicó nada. Tampoco importó porque, de pronto, el aire del amanecer se llenó de voces y silbidos. Rompieron el silencio y lo llenaron todo con una alarmante sensación de urgencia.

—¡La Guardia! —anunciaban los gritos—. ¡Alto a la autoridad!

Surgieron formas de entre los árboles, agentes de la Guardia de Londres, por todos lados. Estaba claro que aquello había sido una encerrona. ¿Quién les



había avisado? De haber matado a Kennerath, Arthur hubiese tenido que afrontar una acusación de asesinato, con una probable condena a muerte, teniendo en cuenta la advertencia personal que les había hecho el rey, en aquella fiesta.

O si Kennerath le hubiese matado a él... También eso hubiera solucionado los problemas de su suegro.

Miró de nuevo a Dankworth, convencido de que él había estado detrás de todo aquel asunto desde el principio. Maldito bastardo. Había visto la ocasión de acabar con dos enemigos, a un tiempo.

—Hijo de puta... —le susurró. Dankworth se permitió dirigirle una sonrisa helada.

—Di lo que quieras, adelante. Considéralo unas últimas palabras, porque no vas a llegar vivo a prisión.

—Nadie ha muerto. No tienen por qué detenernos.

—No, claro que no. Pero lo harán. Como bien dijiste, tengo gentes en todas las cloacas de la ciudad. Incluso en las de la Guardia.

Arthur arqueó una ceja.

—¿Y qué van a alegar? ¿Algo clásico, como que intentamos escaparnos?

—Sé que no es original, pero no se me ocurre mejor explicación. Servirá.

—No estaría yo tan seguro. Te recuerdo que lord Kennerath es amigo personal del rey, y que yo soy un marqués y un futuro duque. Resultaría muy extraño que muriésemos forcejeando con la guardia, solo por haber sido detenidos en un duelo que ni siquiera tuvo consecuencias. Nadie salió herido.

—Es verdad. Pero no te preocupes. Quien necesite de explicaciones, las tendrá: las deudas de tu padre, el abandono de tu esposa, tu conocida locura por la desaparición de tu hermana... Todo eso te habrá perturbado la razón

hasta el punto de volverte peligroso. ¡Por Dios, si habrás atacado incluso a tu suegro, el duque de Dankworth!

—¿Atacarte? ¿A ti? ¿Qué dices? No pienso hacerlo.

—Pero lo harás. Te lo aseguro. —Le miró con malevolencia un par de segundos—. Hubiera traído de vuelta a Minerva, Badfields. Pese a perder algo de poder sobre tu padre, si hubieses matado a Kennerath, lo hubiese hecho, en agradecimiento por tu sacrificio. Pero ya no. *Jamás volverá de Oriente* —añadió, como si fuera una condena eterna—. Ahora, juro que me encargaré de que sea vendida en el mercado de esclavos más inmundo que exista, y terminará reventando en cualquier burdel, tras haber sido la furcia de todo aquel que pueda pagar un par de monedas a su amo. Te doy mi palabra.

Arthur ahogó un grito de rabia, le soltó un puñetazo y se lanzó a por él. Antes de darse cuenta, estaban los dos rodando por el suelo, intercambiando golpes. Dankworth contaba unos veinte años más, algo que se notaba en su fuerza, pero todavía era un hombre en buena forma, y se defendió con cierta habilidad. Daba igual. Arthur hubiese seguido la pelea hasta el fin de los tiempos, pero le sujetaron por detrás y tiraron de él.

—¡Badfields! —Era la voz de Edward. El otro que le agarraba era James—. ¡Arthur! ¡Tranquilízate!

Los hombres de la Guardia les alcanzaron en ese momento, y terminaron de separarles. Arthur cayó sentado bajo un árbol y se llevó una mano a la nariz. Le dolía como mil demonios. Claro, normal, estaba sangrando mucho. Oía la voz de James, intentando explicar a los guardias que no había habido daños, que incluso podía decirse que ni había habido duelo. Y que allí había gentes muy importantes que les harían sentir incómodos si osaban intentar detenerles.

Agitó la cabeza y buscó con la mirada a sir John Middleton, sheriff de la Guardia de esa zona de Londres, pero no estaba presente. Quizá Dankworth

sabía que eran muy buenos amigos desde que empezaron a colaborar en la búsqueda de Minerva, y se había ocupado de evitar que le dejaran irse.

Observó sorprendido aquel despliegue inusitado de agentes. El que dirigía el grupo, el ayudante del sheriff, le señaló. Al momento, se vio rodeado. Le levantaron sin contemplaciones. Dejó que le detuvieran entre dos hombres.

—¡Arthur!

Miró a Ishbel, que estaba junto a Edward. Lanzó una mirada a su amigo, que él captó de inmediato y asintió. Por supuesto que cuidaría de ella. Arthur sonrió, sin importarle qué pudiera pasar con él. Lo único que lamentaba era no poder ayudar a Minerva.

Le pusieron unas cadenas y le arrastraron hasta un coche cerrado.

En él sí que estaba sir John Middleton.

—¡Sir John! —exclamó con alivio. El sheriff le saludó con la cabeza.

—Lord Badfields. Mal momento para encontrarnos.

—A mí no se me ocurre uno mejor, aunque sus hombres me hayan arrugado la chaqueta. —Sir John se echó a reír. Por lo general, era un hombre amable y campechano—. ¿Qué ha ocurrido?

—Que me ha tenido usted en vilo desde ayer, cuando recibí esta nota. —Metió la mano en el abrigo y sacó un papel. Se lo tendió—. Creo que tiene buenos amigos por ahí, milord. Aparte de mí.

Arthur leyó la nota:

*Lord Badfields ha caído en una trampa. Va a batirse en duelo al amanecer, en Hyde Park. La Guardia ha sido avisada, y dos de sus hombres, Collins y Spencer, van a ocuparse de detenerle y matarle en algún momento del trayecto, simulando un intento de huida.*

*Intente evitarlo, sheriff. A ambos nos interesa.*

T.

T. ¿Thynne? Seguramente.

—Amigos... No se crea. Pero siempre está bien tener contactos, en todas partes.

—Eso es cierto. Badfields... ¿Qué enemigos se ha buscado ahora?

—¿De verdad quiere que se lo diga?

Sir John titubeó.

—¿Es alguien muy importante?

—Mucho.

—¿Y tiene pruebas?

—No. Me temo que ninguna que pueda mostrar. Es un hombre listo. No suele dejar cabos sueltos en sus actividades.

—Entonces, prefiero que no me mencione su nombre. Mi vida ya es mucho más complicada de lo que me gustaría. —Se tiró de la barbita de chivo—. Pero si alguna vez consigue algo, venga a verme.

—Lo haré encantado. —Se miró las muñecas encadenadas y las movió, en un gesto elocuente—. ¿Estoy detenido?

—No. Solo he ordenado que le pusieran eso, por si quien quiera que fuese que le había tendido la trampa, estaba mirando. —Sacó una llave del bolsillo del chaleco y procedió a soltar los grilletes—. Es usted un calavera y me gana demasiado a las cartas, para su propio bien, pero no creo que esto sea necesario.

—Gracias, eso pienso yo también. ¿Puedo saber adónde me lleva?

—Con alguien que me advirtió, hace mucho, que si usted se metía en problemas graves, debía avisarle. —Arthur le miró intrigado—. Anoche lo

hice, y me ordenó que, si sobrevivía al duelo, debía llevarle ante él.

Arthur frunció el ceño.

—¿Si sobrevivía al duelo? Cuánta amabilidad...

—A mí también me sorprendió. Pero qué importa. Estamos en el mundo para formar parte del orden de la creación. A muchos nos toca obedecer, sin más.

¿Y eso qué quería decir? Cuando el coche se detuvo y le abrieron la puerta, Arthur comprobó que se encontraban en el castillo de Windsor.

Había estado allí muchas veces, sobre todo para reuniones con el rey, en los primeros momentos de la búsqueda de Minerva. Pero, ahora, ¿qué sentido tenía estar allí? Sorprendido, dejó que le condujeran por puertas y pasillos de aspecto imponente, primero hasta una especie de sala de curaciones, donde le limpiaron la sangre y le dieron una tisana para el dolor.

—Le va a quedar cicatriz en el pómulo, milord —le dijo el hombre que le atendió, seguramente un médico, aunque no se presentó—. Pero nada más. Por suerte, no le han roto la nariz.

No respondió. Era algo que le daba igual.

En cuanto estuvo listo, le condujeron hasta un gran comedor, ricamente amueblado.

Allí estaba el rey, George IV, sentado en un extremo de una mesa larga y ancha, atiborrada de platos. Era el único comensal, aunque había comida para veinte personas más, como poco, y todas tan gordas y de buen apetito como él. Seis criados se movían de un lado a otro, atendiendo sus necesidades, que debían ser considerables, a decir de su ajetreo.

Justo en ese momento tenía delante un huevo enorme, que se sostenía en un apoyo expresamente fabricado para algo así, una especie de copa de oro. Menuda monstruosidad... Arthur nunca había visto algo tan grande. ¿Sería de

avestruz, quizá? Debían haberlo preparado pasado por agua, porque estaba abierto en su parte superior y el monarca de todos los ingleses se lo estaba comiendo a cucharadas. Tenía una buena mancha de yema en la barbilla.

—Lord Badfields, majestad —le anunció el secretario, como si hubiese ido de visita, igual que cualquier otro día.

—Ah, bien, bien, Badfields —dijo este, sin dejar de comer—. De modo que sigues vivo. —Al fijarse en él le lanzó una mirada sombría—. ¡Por Dios! ¿Qué son esas contusiones? ¿Al final ha sido un duelo a puñetazos?

—Eh... No, majestad. Ha sido a pistola. Esto se debe a un... desencuentro posterior.

—Ya. Entendemos. Así que, al final, te has batido en duelo... Se veía venir. —Hizo un gesto ecuánime con los hombros—. Nos preguntábamos si lo harías.

—No me ha quedado otro remedio.

—Tu honor, ¿no?

—Así es, majestad. A él apelo.

—Lo imaginábamos, lo imaginábamos... Por eso no intervinimos para evitarlo, pese a sentir la tentación. Era algo que tú debías resolver, sin interferencias. —Le sorprendió su perspicacia. Arthur la agradeció con un gesto—. Pero nos alegramos de que hayas salido de esta con vida.

—Gracias, majestad —replicó.

El rey agitó la cabeza. Degustó con ganas unas cuantas cucharadas, mientras meditaba en algo. Quizá en qué iba a comerse a continuación.

—Siéntate y desayuna con nosotros —dijo de pronto.

—Oh... No tengo muchas gan... —Pero un criado ya le estaba separando la silla que quedaba a la derecha del rey, y otro le estaba poniendo un

cubierto. Sería una descortesía rechazar la invitación. Además de una locura.

Arthur avanzó lentamente hacia la mesa, y se sentó.

—Gracias, majestad —dijo—. Es un honor.

El rey rio.

—No disimules, Badfields. Nos consta que no te caemos bien. —Él parpadeó. Pensó en negarlo, pero por una vez, consideró que al menos, se merecía su sinceridad—. ¿Quieres un huevo de avestruz?

—No, gracias. —Solo imaginarlo, se le revolvió el estómago—. Me temo que es mucho para mí.

—Bien, veamos... Nos han dicho que no ha habido víctimas.

—No, majestad.

—También nos han dicho que él disparó primero y que has podido matarle. ¿Por qué no le has disparado?

Arthur contempló cómo le servían un té y le ponían delante un plato con dos huevos normales, panceta, tomate asado y salchichas. Pensó que no podría comer, pero en cuanto empezó, descubrió que tenía buen apetito. Y, no podía negarlo, estaba todo muy bueno.

—¿Puedo ser sincero, majestad?

—Vaya tontería. Te ordenamos que lo seas.

—En ese caso, os diré que hay cosas que... no puedo mencionar. —Miró a su alrededor, a todos aquellos extraños que se movían como si no estuvieran, pero estaban. Seguro que Dankworth tenía ojos y oídos en aquel sitio, como en todas partes—. Por pura precaución.

—Seamos precavidos, pues. —Movié un brazo, agitando la mano hacia la puerta—. ¡Fuera todos! ¡Vamos! —Arthur contempló la escena con sorpresa, y también su secretario, cuando el rey se volvió hacia él—. Todos, he dicho.

—Pero, majestad... —Le vio la cara y se apresuró a inclinarse—. Por supuesto. Estaré fuera, si me necesitáis.

En cuanto estuvieron a solas, el rey le hizo un gesto.

—Muy bien, habla.

—Yo... creo que todo lo organizó lord Dankworth. Quería que muriésemos ambos, tanto lord Kennerath como yo, en el duelo o después.

—¿En serio? —preguntó. Consideró la idea, y siguió, abandonando el plural mayestático—: Pero, según tengo entendido, él y lord Kennerath mantienen una buena relación.

—Eso piensa todo el mundo pero, al parecer, no es así. —Comió otro trozo de salchicha antes de decidirse a decir—: Majestad, deberíais investigar a lord Dankworth. Es peligroso.

—¿Peligroso? Es tu suegro. Y sé que lord Manderland tiene deudas con él. ¿No hablará el hombre resentido?

—Ojalá fuera así, pero no. Os aconsejo encarecidamente que le investiguéis. —Se lo pensó un momento—. ¿Habéis oído hablar de «Bajolondres»? ¿O del «Rey en la noche»?

La cucharilla del rey se detuvo en el camino hacia su boca y le miró.

—Sí. Desde luego que sí. Habría faltado seriamente a mi deber, de no estar enterado de todo lo que sucede en mi reino. Pero me sorprende, y me preocupa, que tú hayas oído esos nombres. No pensé que fueran de conocimiento general.

—No lo son. Pero mi búsqueda de Minerva me ha llevado a descubrir muchas cosas.

—Entiendo. —Contempló el interior del huevo de avestruz, pensativo—. Es mejor que no vuelvas a mencionarlo, Badfields. A nadie. Olvida ese



asunto.

—¿Olvidarlo? Pero... ¡yo podría ayudarlos a investigar! Conozco gente que puede moverse en ciertos ambientes.

—Gente que alguien como tú no debería frecuentar.

—Es lo que me ha tocado vivir.

El rey cabeceó ligeramente.

—¿Por qué has mencionado el «Bajolondres» cuando estábamos hablando de lord Dankworth?

—Porque es el «Rey en la noche».

Eso le sorprendió. Incluso le sobresaltó.

—¿Estás completamente seguro de eso?

—Totalmente. Igual que sé que está relacionado con una conspiración que busca colocarle a él en el trono. ¿O acaso no habéis oído hablar de La Estirpe?

El rey hizo una mueca.

—Sí, claro que sí. Sir Robert está ocupándose de ese tema. De momento, tenemos poco más que rumores.

—Pues lo que hay detrás, no es tan inofensivo como unos cuantos chismes. Se trata de una agrupación de caballeros que intentan poner a Dankworth en el trono, basándose en unos derechos de sucesión, cuya naturaleza desconozco.

George IV se lo pensó un momento.

—De modo que todo gira en torno a lord Dankworth. «Bajolondres» y La Estirpe.

—Así es. Sospecho que son peldaños de una escalera que conduce al mismo objetivo. Pero no tengo pruebas. Quien sí debe tenerlas es lord

Kennerath. Por eso Dankworth ha intentado matarle de un modo retorcido. Pero no sé si lord Kennerath hablará.

—Lo hará, te lo aseguro —replicó el rey—. Y también lord Dankworth, llegado el momento, si lo que dices es cierto.

—Me gustaría estar presente cuando...

—No —le cortó George IV, terminante—. Tú te mantendrás al margen.

—¿Qué? —Sabía que no era conveniente llevarle la contraria, pero no pudo evitarlo—. Pero, majestad, no puedo hacerlo. Imposible. Él se llevó a Minerva. Él sabe dónde está, en algún lugar de Oriente.

El rey frunció el ceño.

—¿En serio?

—Lo juro. Él mismo me lo reconoció, a solas. Lo hizo para poder neutralizar la amenaza que suponía, ese matrimonio concertado entre Minerva y el entonces lord Dankworth. Y también para poder seguir dominando la voluntad de mi padre, a lo largo del tiempo.

—Hijo de... —El resto se perdió en un gruñido. George IV reflexionó unos momentos sobre aquel dato—. Da igual. No digas nada de todo esto. Ni hagas nada, Badfields, podría ser peligroso. Solo tienes que saber que estamos organizando las cosas, para hacerle caer en una trampa.

¿Era el dichoso plural mayestático otra vez, o se refería a que estaban colaborando varias personas en la investigación? Claro que, en realidad, ambas cosas implicarían lo mismo.

—Si puedo ayudar...

—No te preocupes. De ser así, te lo haré saber.

—Entonces, ¿puedo irme?

—Si has terminado de desayunar, desde luego. —Observó mientras Arthur

dejaba los cubiertos y se limpiaba con la servilleta. Al final, había vaciado casi todo el plato—. No hubiese pasado nada, ni aunque hubieses matado a Kennerath, Badfields. Yo me hubiese ocupado de ello, pese a la advertencia clara que os hice en la fiesta de lord Greenwall. —Allí estaba, la amonestación, aunque fuese ligera. Claro. No podía ser que se encontraran y no le riñese—. Pero, en el futuro, recuerda que los duelos no son bien vistos por tu rey, Badfields. Puedes irte.

Arthur se levantó, fue hacia la puerta y estuvo a punto de salir, pero se detuvo. Se volvió a mirarle.

—Habéis sido muy amable conmigo, majestad, y no por primera vez. De verdad, no lo entiendo. No creo merecerlo.

Un brillo de regocijo pasó por las pupilas del monarca.

—No, claro. Estoy de acuerdo, no te lo mereces. —Se limpió con la servilleta y suspiró—. Hazme un favor y dale recuerdos a tu madre de mi parte.

—¿A mi madre?

—Sí. Una gran mujer... Es una suerte que sacaras su belleza.

¿Saludos a su madre? ¿Que sacara su belleza? La idea que surgió de pronto en su mente no le gustó nada. Todo Londres sabía que el rey tenía varios hijos bastardos conocidos y algunos más, no tan obvios. Se rumoreaba de alguna que otra dama había sido bien casada, aunque con algo de precipitación, tras saber que estaba embarazada.

Se recordó a sí mismo preguntándole a su madre por qué le habían puesto de segundo nombre «George». No era de sus abuelos, ni el de su padre.

O quizá sí...

Miró a aquel hombre gordo y feo, que tan desagradable le había resultado siempre y casi ni respiró, con la pregunta en la punta de la lengua.

Supo que él había preparado la respuesta, por el modo en que le miró, pero era algo que, en esos momentos, no quería saber.

¿Y Minnie? ¿También podría hacer aquella pregunta? ¿Por eso se había esforzado tanto el rey en encontrarla? ¿O solo porque era la hija pequeña de una antigua amante?

—Nunca os he agradecido lo bastante vuestra ayuda en la búsqueda de mi hermana, majestad —le dijo, en su lugar. La expresión del rey se volvió vulnerable.

—No logré nada. Y créeme que lo sentí mucho.

—Hicisteis lo que pudisteis.

El rey asintió.

—Me han dicho que tú sigues buscando. Que no has perdido la esperanza.

—No. Y nunca lo haré.

—Algo que te agradezco. Aquí estoy, si me necesitas, para lo que sea. — Arthur le dedicó una reverencia. Cuando estaba a punto de salir, le oyó llamarle—. Y Badfields...

—¿Sí, majestad?

El rey le frunció el ceño.

—Si vuelves a lanzarme alguna de tus mofas en público, juro que haré que lo lamentos.

Arthur se inclinó una vez más y salió.

## Capítulo 23

De Hyde Park volvieron directamente a Rutshore House.

Ishbel se acostó un rato por consejo de Harry, porque no había pegado ojo en toda la noche pero, por más vueltas que dio, le siguió resultando imposible conciliar el sueño. Fue inútil. De hecho, sentía que no podría hacerlo hasta aclarar por completo la situación, hasta saber en quién podía o no podía confiar.

De modo que se levantó, hizo que Nelly pidiera un coche al mayordomo y volvieron a Dankworth House.

—Bienvenida, milady —la saludó McCarthy en el vestíbulo. Ishbel sonrió, intentando simular normalidad, como le habían enseñado desde siempre. Pasara lo que pasase, ante los criados había que aparentar estar lo más entero posible.

—Gracias, señor McCarthy. —Se quitó la chaqueta, el sombrero y los guantes y se los dio a Nelly, que la miró de reojo—. ¿Está mi padre en casa?

—No, milady. Vino hará como una hora y estuvo revisando su correo, pero no tardó en salir. Según me dijo, pasará prácticamente todo el día fuera. Tenía una reunión a la hora del té y luego una cena, aunque, si desea esperarle despierta, no creo que llegue tarde.

—Muy bien, gracias.

Perfecto. O no, a saber. Hiciera lo que hiciese, se sentía desleal. Encontrarse atrapada de ese modo, entre su padre y su esposo, era terrible.

—¿Se acostará ahora un rato, milady? —preguntó Nelly, siguiéndola. Al ver que no iba hacia las escaleras, sino hacia las grandes puertas que conducían al pasillo de la derecha, dedujo que no—. Debería hacerlo. Por el niño.

Ishbel titubeó, pero no se sentía mal. Cansada sí, claro, pero no mal físicamente. Seguro que su hijo, un terco nuevo Badfields, podría esperar un rato antes de que su madre durmiese.

—Luego, no te preocupes, estoy bien. De hecho, voy a la biblioteca, a coger un libro, a ver si leyendo un poco logro despejar la mente y me duermo de una vez. Ocúpate de que nadie me moleste.

—Desde luego. —Titubeó—. Milady, ¿vamos a quedarnos aquí?

—Todavía no lo sé, la verdad... Quizá volvamos a Rutshore House. De hecho, estoy pensando que mejor me quedo leyendo en la biblioteca, así puedes ir haciendo el equipaje, por si tengo que irme de aquí definitivamente.

Nelly la miró con ganas de querer preguntar pero, claro, no se atrevió.

—Le llevaré una manta, no se quede fría —optó por decir.

—No te preocupes. De ser necesario, tocaré la campanilla. Pero prefiero que no me moleste nadie. ¿Entendido?

—Sí, milady.

Esperaba que fuese así, porque no quería que nadie supiera lo que pensaba hacer. Fue hacia la biblioteca pero se quedó justo a la puerta, en un momento en el que los pasillos estaban desiertos, se deslizó sigilosamente hasta el despacho de su padre. Cerró la puerta, buscó el trozo de moldura que se podía sacar de su sitio y encontró la llave. En dos segundos, había abierto el arcón reforzado.

Ishbel lo conocía de toda la vida, su padre lo llevaba de Londres a Nottingham durante las épocas en las que vivía allí, incluso a Tùr Làidir en

otros tiempos. De niña, se había preguntado muchas veces qué contendría, y en una ocasión su padre se lo mostró, aunque solo por encima. Recordaba haber visto cajas, papeles y un bonito joyero, algo parecido a lo que vio ese día, aunque lo que más llamó su atención fue la cantidad de dinero acumulada.

¿De verdad necesitaba disponer de tanto efectivo en casa? ¿O quizá era un dinero que le llegaba de algún modo, y por el que prefería no tener que dar explicaciones a nadie? Descartó las bolsas de monedas y contó los fajos de billetes, por encima. ¡Allí había cerca de cien mil libras! ¡Qué barbaridad!

También vio el bonito estuche que contenía las joyas de la familia, las que su madre y ella, y muchas predecesoras, habían lucido en las grandes ocasiones; la caja con aquel pergamino egipcio que tanto había gustado a su padre; la carpeta de la que le había hablado Arthur...

Un sobre, a un lado.

No le hubiese concedido mayor atención de no tener un nombre escrito en su exterior.

«Minnie».

—Oh, Dios mío... —susurró, con la sensación de estar al borde de un precipicio, un agujero muy oscuro y muy negro del que salía un viento que la dejó congelada.

Abrió y cerró las manos, hasta conseguir reaccionar, aunque fuera parcialmente. Ishbel cogió la carpeta y esa carta y se sentó en el escritorio. Giró varias veces la segunda entre los dedos, estudiándola. Estaba abierta y solo contenía un papel, doblado. Aparte del nombre, no había ninguna otra indicación, por lo que supuso que había llegado a su vez dentro de otro sobre, o lo habían entregado en mano.

Miró en la papelera y tuvo una suerte relativa. Efectivamente, había un sobre algo más grande, hecho pedazos. Los juntó, porque tenía algo escrito, pero solo era el nombre de su padre y su dirección, escritos con otra letra,

mucho más florida. No había remite.

Dio más vueltas al sobre, con miedo a leer su contenido, pero no podía ser de otro modo: lo abrió. Contenía una carta no demasiado larga, sin fecha, redactada con la misma letra menuda y elegante del nombre.

Supuso que la había escrito Minerva Ravenscroft en persona.

*Queridísimo padre:*

*Mis anfitriones (seguiremos llamándoles así) me piden otra vez que le escriba, porque está preocupado por mi salud. No es necesario, se lo aseguro. Sigo bien, al menos en el aspecto físico. El espiritual... Bueno, ya sabe, lo de siempre. Aquí, el tiempo da la impresión de haberse detenido, que nunca cambia nada, y el aburrimiento me consume. De no ser por la segunda esposa del sultán, Nabiha, creo que ya me habría vuelto loca.*

*La Kaine Nabiha es maravillosa, me recuerda mucho a madre, aunque inmersa en las costumbres de este lugar. A veces, me pregunto cómo es posible que, en otras épocas, se llamase lady Beatrice, y que sea la hermana pequeña del duque de Coulthard, con lo seco que es ese hombre.. Sinceramente, no lo parece. Vive en el harén como si fuese su casa desde siempre y sobrevive sin mayor problema a su ya largo enfrentamiento con la kadine Zurah, la madre del primogénito varón del sultán.*

*Aunque lo cierto es que Nabiha juega con ventaja. A diferencia de Zurah, cuenta con el amor del sultán. Por eso nuestro señor nunca tomó una tercera esposa y por eso las concubinas de su harén son mujeres que desean estar aquí, por distintas causas, generalmente por haber sido regalos que no podían ser rechazados, pero son libres de irse cuando lo deseen y nunca son requeridas al lecho del sultán.*

*Perdón por mencionar ese tema. Lo he escrito sin pensar, y una*



*tachadura quedaría mal, eso por no hablar de que no me apetece volver a empezar otra carta, ya sabe usted que siempre he sido muy perezosa en estas materias. Sirva decir que, aquí, esa clase de intimidad se vive de un modo muy distinto, mucho más abierto que en Inglaterra.*

*Ella también le ama, desde que le conoció en Egipto, en una fiesta, una historia romántica que me ha relatado innumerables veces y que creo que ya le conté a usted en alguna otra carta. Sí, le ama, de otro modo, no se hubiese fugado y casado con él, ganándose el rechazo de su familia, y no le hubiese dado dos hijos varones y tres niñas, que ya son unas jovencitas casaderas.*

*Con el tiempo, las Tres Princesas de Oro, como se las llama aquí, por sus cabellos dorados, se han convertido en mis hermanas. Son encantadoras. Me recuerdan mucho a las gemelas Keeling. Hablando de esto, cuando me escriba, cuénteme por favor cómo están, ellas y Ruthie. Las echo mucho de menos..*

*Cuando llegué, la Kaine Nabiha me acogió bajo su protección, y por eso he vivido bien y segura, nunca he sufrido penurias, a excepción de la falta de libertad para irme. Tengo un alojamiento lujoso dentro del harén, mi mesa siempre está bien servida y dispongo de dos esclavas para atender mis necesidades, cuando las concubinas solo suelen tener una.*

*Incluso los eunucos son amables y considerados conmigo, a excepción de su jefe, Jamal, que es devoto de Zurah y, por tanto, es enemigo de Nabiha y de todo aquel que esta tenga bajo su protección, aunque no me importa porque le veo poco. Más allá de los muros dorados del harén la guardia del sultán nos protege.*

*Aunque, ahora que lo pienso, uno nunca está totalmente seguro en ningún sitio. La semana pasada, al hacer unas obras en uno de los*

*jardines, encontraron la tumba de una muchacha. Por lo que he oído decir, creen que era una joven concubina, alguien que, se suponía, se había fugado del harén hace años, antes de que yo naciera. Una favorita del sultán.*

*¡Estaba enterrada junto con su bebé! ¿No es espantoso?*

*Todo el mundo sospecha de la kadine Zurah, porque es malvada y celosa, pero no sé si se tomarán represalias. Al fin y al cabo, ya le digo que solo era una concubina, y ha pasado mucho tiempo.*

*Y no sé qué más contar... Supongo que, en otros lugares, las cosas serán distintas, pero, en este harén, las mujeres viven como hermosos peces de colores atrapados en un estanque de aguas tranquilas. La belleza y el lujo nos rodean. Todo parece inalterable, año tras año.*

*Pero quiero volver, padre, necesito salir de este lugar. Es una cárcel, por muy hermosa que sea.*

*Sáqueme de aquí, se lo ruego. He aprendido la lección y nunca volveré a rebelarme contra sus deseos. Haré lo que quiera.*

*Su hija, que le adora:*

*Minnie.*

Ishbel se quedó mucho tiempo mirando fijamente esas líneas, releyendo la carta una y otra vez, hasta lograr aceptar que sí, que era obra de Minerva Ravenscroft y que su padre era el responsable de aquel largo secuestro. Las razones, las excusas que pudiera utilizar, daban lo mismo. Algo así no tenía justificación posible.

Luego, revisó la carpeta de La Estirpe, los nombres de su listado. Lord Manderland estaba allí, ciertamente, cuando, según le habían dicho todos, en otros tiempos siempre fue un firme opositor al poder del ducado de Dankworth. También estaba el nombre de lord Renwick, el hermano de aquella

lady Beatrice que había cambiado su nombre y su destino por amor.

Examinó el dibujo de su emblema, la estrella formada por dos coronas. No había duda: la negra, la invertida, era como la que había visto descrita en el documento robado por Ruthie, aquella «corona invertida de tres puntas, esa corona negra...». No sabía de qué iba el asunto, pero no podía ser una coincidencia.

Arthur tenía razón. Su padre era culpable.

De todo.

¡Resultaba tan difícil de creer! ¡Tan doloroso! Con ella siempre había sido firme y severo, pero también cariñoso y muy protector. Con la excepción del desencuentro por culpa del compromiso matrimonial, nunca había tenido queja alguna, como hija. Al contrario. Pero empezaba a preguntarse cuánto había habido de verdad en todo.

Y no podría negarlo aunque quisiera, con semejantes pruebas: su padre no solo lideraba un grupo de traidores que aspiraba a derrocar al rey, sino que había hundido las garras en lo peor de la sociedad, y se lucraba con el delito y la desesperación de aquellas pobres gentes.

Estaba tan aturdida que ni oyó la puerta. De pronto, allí le tenía, delante.

Lord Dankworth miró el arcón abierto, los documentos sobre la mesa y, finalmente, a su hija, sentada en su sitio, tras el escritorio. Su rostro permaneció completamente inexpresivo.

—¿Qué estás haciendo, Ishbel?

— El... el señor McCarthy dijo que no vendría usted al té, y que luego tenía una cena —replicó, aturdida y con la sensación de haber sido pillada en falta.

—Es cierto. Pero olvidé algunos documentos que necesito, así que decidí pasar por aquí, de camino a mi primera reunión. Yo ya he contestado.

Ella apoyó las palmas sobre la mesa. No sintió miedo, aunque sí cierta inquietud. Estaba cruzando una línea. Ya nada volvería a ser lo mismo.

—¿De verdad es necesario que yo lo haga? —preguntó. Él se mantuvo en silencio—. Está bien, se lo diré: *estoy desilusionándome*, padre. Estoy desencantándome de un modo terrible, como no le desearía jamás a nadie. — Hizo una ligera pausa, que apenas notaron—. Estoy descubriendo el auténtico rostro de mi padre.

Ahora sí. Dankworth palideció. Casi pareció avergonzado.

—No entiendes nada.

—¿No? Yo, sin embargo, creo que está todo muy claro. Deje en paz a Sloan, padre. Él no quiere complicarse en sus conspiraciones, y bien que hace.

—Tiene una responsabilidad con su estirpe, con su linaje, como la tenemos todos. Tú incluida.

—Mi familia está ahora con mi marido y con mi hijo.

—No puedes decir eso. Eres mi hija.

—Es verdad. Lo soy. Precisamente por eso voy a pedirle a Arthur que no haga nada en su contra, pero con una condición. —Ishbel se puso en pie, apoyándose en la mesa, intentando ser lo más perentoria posible—. Quiero que Minerva Ravenscroft vuelva de inmediato, *pero de inmediato*, a Londres.

Su padre descartó la posibilidad con un gesto.

—Imposible. Si lo hago, lord Manderland se volverá ingobernable. Y su hijo, más todavía. ¿Y qué vas a hacer? ¿Denunciar a tu padre?

—No. —Parpadeó, turbada por semejante idea—. No podría hacer algo así. Pero sí puedo apartarme de usted por completo y no volver, jamás.

Lord Dankworth la miró muy serio, como calibrando la amenaza.

—No harías eso. Eres mi niña, mi pequeña Ishbel. Siempre me has querido

mucho.

—Sí, cuando pensaba que era un hombre muy distinto. Me tenía tan engañada como a todos. Pero me alejaré, si me obliga. Y los años vuelan, padre. Pronto, usted será un anciano. Piense bien si quiere pasar esa época solo, sin la compañía y el consuelo de su hija y sus nietos.

—Ishbel...

—No. —Apretó los labios. Tenía que ser firme—. No voy a cambiar de idea. Y no puede retenerme por la fuerza.

Él entrecerró los ojos.

—¿Piensas esas cosas horribles de mí, y no crees que fuese capaz de obligarte a permanecer a mi lado?

—En realidad, sí. Pero no lo hará. Ahora tiene mi decepción, pero no quiere sentir mi odio. —Los ojos de Dankworth brillaron, llenos de angustia. Ishbel no quería flaquear, así que decidió irse de inmediato. . ¿Le permitiría llevarse la carta? Por si acaso, lo intentó. La cogió y se encaminó hacia la puerta—. Adiós, padre. Estaré en Rutshore House si quiere avisarme de que ha iniciado las gestiones para el regreso de Minerva. En caso contrario... simplemente, hasta nunca.

Salió, dejándole allí, de pie y solo. Llamó a Nelly, que tenía sus cosas recogidas y volvió con todo a Rutshore House. Apenas fue consciente del viaje, excepto que llovía, y Londres parecía un lugar inusualmente triste.

En el exótico salón Persa de la mansión, decorado con divanes y una multitud de piezas traídas de Oriente, estaban Harry, Bethy, Ruthie y las gemelas, además de lady Miranda. Habían tomado el té en el comedor y luego habían pasado a los sofás para charlar con mayor comodidad.

Sir Alan, el padrino de Harry, había trabajado como abogado hasta el año anterior, por lo que había acompañado a James y Edward a hablar con el

sheriff de la guardia de la zona. Querían enterarse de la suerte de Arthur, y todavía no habían vuelto.

—Siéntate —le dijo Harry, haciendo una señal a los criados, para que la atendiesen—. Estás muy pálida. ¿Te encuentras bien? ¿Has tomado el té?

—Sí, no te preocupes. —No era verdad, claro. ¿Cómo iba a estar, tras semejante enfrentamiento?—. Y no he tomado el té. Pero no tengo hambre.

—Da igual, tienes que comer algo. —Sin hacer caso de sus protestas, ordenó que le trajeran una bandeja con el té y unos emparedados.

—No te preocupes, Ish, no le pasará nada —le aseguró Bethany—. ¡Si ni siquiera ha habido heridos! Visto lo visto, podría decirse que ni ha habido duelo. Además, los jueces suelen ser muy comprensivos con las defensas del honor.

—Bethany quiere decir que solo surgen problemas cuando quien mata a otro no es un noble de alto rango —masculló Ruthie. Bethany la miró con reproche, pero Ishbel se frotó las manos, nerviosa.

—Pues, qué puedo decir. Por una vez, me alegro.

—Bueno, sí, yo también —admitió Ruth, renuente—. Por fortuna, en este caso no ha habido muertos de ninguna clase y...

Se oyó el llamador de la puerta. Segundos después, entraron James, Edward y Arthur, seguidos de sir Alan.

—¡Arthur! —Ishbel se puso en pie y corrió hacia él. Le abrazó—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—De todo —musitó él.

—Por alguna razón inexplicable, ha terminado directamente ante el rey —replicó James.

—¿El rey? —Harry miró a su padrino. Ishbel interrogó con la vista a

Arthur, pero este apartó los ojos—. ¿Y eso?

Sin Alan se encogió de hombros.

—No lo sé, no tengo ni idea. He hablado incluso con el sheriff de la zona, que fue quien organizó la intervención en Hyde Park, pero no han sabido darnos explicaciones. Habrá sido algún capricho del monarca, como tantos otros. —Palmeó el brazo de Arthur, como un abuelo orgulloso—. Pero lo que importa es que, como no ha habido consecuencias, podemos dar por olvidado el asunto.

—Oh, Dios... —Ishbel sintió que se mareaba de pura felicidad—. ¡Estoy tan contenta!

Arthur sonrió. Miró a los demás.

—¿Podéis dejarnos solos?

—Claro, ¿cómo no? —Edward indicó a todos que salieran—. El salón es todo tuyo, Badfields. Nosotros esperaremos fuera, bajo la lluvia.

—Serás tonto —rio Harry—. Vamos, anda. Busquemos en tu casita otro salón del que no puedan echarnos.

Cuando se quedaron solos, Arthur apoyó una mano en su vientre. La sintió cálida, llena de amor.

—¿Cómo está? —preguntó. Ishbel sonrió.

—Bien. Está muy bien.

—¿Y tú?

—Feliz. Triste. —Titubeó—. Perdóname, Arthur. Debí creerte desde un principio.

—No. No tengo nada que perdonar. Al contrario. Siento haber empezado lo nuestro de un modo tan equivocado. Haberte mentado, haberte utilizado y haberte hecho sufrir. Pero te prometo que todo eso se acabó, Ishbel. —La

abrazó por la cintura y la estrechó—. Te quiero. De verdad, de corazón. No sé por qué ni cómo ocurrió, no entraba en mis planes enamorarme de la hija de Dankworth. Pero ocurrió.

Ella asintió.

—Arthur... He estado en Dankworth House y he mirado en el arcón reforzado. He visto todo lo que dijiste, y mucho más. Sé que mi padre es culpable de todo lo que dijiste.

Él se mostró apenado.

—Lo lamento, cariño. Sé bien lo que duelen los padres.

—Había algo más. —Sacó la carta de Minnie y se la tendió. Al ver el nombre, él casi se la arrancó de los dedos, la abrió de un modo torpe y precipitado y la leyó.

—¡Maldito hijo de puta...! ¡Canalla! —Iba exclamando, a medida que leía. Cuando terminó se quedó mirándola, con asombro—. ¡Maldito cabrón! ¡Te juro que no sé quién es peor, si mi padre o el tuyo! ¡La han tenido allí... donde sea, todo este tiempo!

—Arthur... Creo que la traerá, le he dicho que si no lo hace no volveré a hablarle.

Arthur frunció el ceño.

—No volverás a hablarle en ningún caso.

—No. —Intentó disimular su pena. Ciertamente, no lo haría—. Pero no tiene por qué saberlo.

Él asintió.

—De todos modos, no me fio. Enviaré estos datos a la señorita Black, a ver si le sirven de ayuda. —Echó otro vistazo a la carta—. Hay algunos nombres propios, aunque no se mencione el lugar. Quizá le suenen.



—Sí, esa es una buena idea. —Suspiró—. Lo siento, Arthur.

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa. —Le acarició la mejilla—. No caigas en mi misma equivocación. Ser su hija no es un crimen. Eres tan víctima de las circunstancias como la propia Minerva.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Y, la verdad, no me importa, mientras estemos juntos, tú y yo.

—Y el niño.

Arthur sonrió de oreja a oreja.

—O la niña. Me encantaría que fuese una niña. ¡Y llamarla Gretna!

—¿Gretna? Por Dios...

—¿Por qué no? Es bonito y quizá fue concebida allí. Ya verás. Estoy deseando llevarla al parque, al circo, a pescar, y enseñarle todas esas cosas básicas en la vida de una jovencita: disparar con pistola, derribar de un puñetazo a un chico que quiere besarte, o a jugar a las cartas...

Ishbel se echó a reír.

—¿Qué dices? ¡Te librarás mucho de convertir a nuestra hija en un auténtico tahúr! Las otras cosas, dependerá de la situación, o tu pobre hija no podrá comprometerse nunca.

—Ya veremos. El mundo está lleno de canallas encantadores, como yo. Van a tener que sortearme para llegar a ella.

—Ay, Arthur... —Agitó la cabeza—. Si al final es un niño, te vas a llevar un chasco.

—¡No! Me encantará enseñarle a esquivar puñetazos y conseguir besar a las chicas. Pero me gusta imaginar, es divertido. —Acarició a Tutú, mientras intercambiaba con Ishbel una mirada llena de amor—. En cuanto al futuro inmediato, de momento, seguiremos pidiendo asilo a Rutshore, pero

deberíamos ir buscando nuestra propia casa, ¿no crees? Un lugar que sea nuestro por completo, sin nombres familiares. Podríamos llamarlo Gretna House.

Ella sonrió.

—Gretna House... Sí. Eso me encantaría.

## Epílogo

Varios meses después

Lady Ishbel se acomodó como pudo en el sillón del jardín, para aprovechar el sol de la tarde. El otoño acabaría en breve. Ese tiempo excelente que estaban teniendo casi parecía un milagro.

Se acarició el vientre, ya muy abultado.

—¿Estás cómoda, querida? —Le preguntó al bebé. A Gretna, como se empeñaba en decir Arthur—. Pues tu madre no tanto. Pero no tengas prisa, no importa. —Tutú ladró, a su lado y subió de un brinco a sus rodillas—. ¡Eh! No te pongas celoso, que tengo amor para ambos.

Le besó, y el perrito se conformó. Miró el vientre inmenso de su ama, como preguntándose qué se había tragado, y se acomodó al pie, con la cabecita apoyada en él. Le gustaba hacer eso. Quizá oía el latido del bebé.

Ishbel le acarició, cogió el libro y se dispuso a leer, pero entonces vio que Arthur salía de la casa y se dirigía hacia ella.

—Hola. ¿Cómo están mis niñas? —La besó y le acarició el vientre. Por último, también hubo unas palmaditas para Tutú—. ¿Y mi muchachote?

—Todos felices —dijo ella—. Algo acalorados.

—¿Sí, eh? —Cogió al perro, lo apoyó en su pecho y se sentó en el sillón cercano—. Tutú, tú te vienes conmigo, que tu ama debe estar cómoda.

—Eh, no me molesta, pobrecito.

—Ambos lo sabemos, pero tú ya tienes a Gretna. Tutú es mío.

Ella se echó a reír.

—Se te ve contento.

—Lo estoy. Mucho. —Sonrió—. Edward ha recibido carta de Dora. Y, según dice, con los datos que le enviamos, ya sabe en qué lugar se encuentra Minnie.

Ishbel casi dio un brinco de alegría.

—¡Oh, qué bien, Arthur!

Al contrario de lo que esperaba, su padre había optado por sacrificarla para mantener su ventaja. Al día siguiente de su enfrentamiento, se había ido a Nottingham, a Defiance Manor y había cortado toda relación con ellos. Al menos, por lo que habían podido saber, había dejado de presionar a lord Manderland. Ya no le sacaba dinero, ni le obligaba a servirle en sus intereses políticos.

Le dolía, no podía negarlo. Pero, poco a poco, iba asumiendo que era algo que no tenía solución.

—¿Dónde es? —preguntó.

—En el sultanato de Aljana. Está en la costa del Mediterráneo, cerca de Egipto.

—Nunca lo había oído nombrar.

—Yo tampoco, pero Edward sí lo conocía. Al parecer es un lugar pequeño y muy bonito, entre montañas, valles y costa de playas blancas y muchas palmeras. De hecho, Aljana significa «Paraíso». —Hizo un gesto vago con la mano—. Y algo más me ha contado, pero como eran datos con más de cien años de antigüedad, no he podido retenerlos. Vamos, que el tal sultanato debe tener una historia larga y soporífera.

—No seas malo. Y no disimules, que bien que te interesan las cosas que nos cuenta.

Arthur le guiñó un ojo, riendo.

—Es verdad. Pero no se lo digas.

—¿Y qué vamos a hacer?

—La señorita Black dice que va a intentar sacarla de allí, no cree que haya problemas. —Se frotó la barbilla, pensativo—. No sé si debería ir allí, o al menos a Egipto, para ayudar por si se necesita algo. Pero puede ser un viaje largo. —Le miró el vientre—. Y no quiero que estés sola cuando nazca Gretna.

—No puedo negar que preferiría que estuvieses a mi lado —reconoció ella—. Pero lo entenderé, si decides ir. De verdad, sin problema. Aquí voy a estar muy acompañada, con todas las mujeres de Gysforth House, además de Harry y su madre. Y sé lo importante que es tu hermana para ti.

—Sí, lo es. Quiero a Minnie. Siempre la querré y siempre me sentiré responsable de ella, es mi hermana pequeña. Pero no hay amor más grande que el que siento ahora mismo por ti y por nuestra hija, y su nacimiento es una experiencia que no me gustaría perderme. No quiero estar a miles de millas cuando ocurra.

—¿Entonces?

Arthur titubeó, acariciando pensativo la cabecita de Tutú, y ella sintió una inmensa ternura. Pobre, se sentía dividido, pero no quería reconocerlo.

—Ya veremos —dijo, finalmente—. Nos lo pensamos, ¿sí?

Ishbel sonrió.

—Nos lo pensaremos —asintió.

Él torció el gesto.

—Reconozco que también me desalienta que la señorita Black ha

imaginado que iría, y ha sido brutalmente clara en su carta: ha dicho que yo no pinto nada allí. No sé el idioma, no conozco las costumbres y no sé moverme por esos territorios tan polvorientos. Lo único que puedo hacer es estorbar. Ella se ocupa, dice.

Ishbel sonrió.

—Me cae bien la señorita Black —replicó, aunque tenía muy claro que ella iba a ocuparse de que, llegado el momento, el primer rostro conocido que viera Minerva Ravenscroft al salir de su encierro en Aljana, fuera el de su hermano. Ambos se merecían esa alegría. Y ya habría otros hijos, otros nacimientos, con muchos momentos que compartir.

—Estoy seguro de ello. —Se inclinó hacia ella y le cogió la mano. Tutú alzó la cabeza, alerta a salir corriendo ante lo incómodos que se ponían los seres humanos de vez en cuando. O al menos, sus amos. Pero ellos se limitaron a mirarse a los ojos, a comunicarse de una forma que no necesitaba ni siquiera un roce físico. Ya estaban sus almas entrelazadas—. Te quiero, lady Badfields.

Ella asintió. Bien que lo sabía.

—Te quiero, lord Badfields.

Si te ha gustado

*Una noche en el Támesis*

te recomendamos comenzar a leer

*Un secreto, una deuda*

de *Manuela Riobó*



## Capítulo I

—Perdón por llegar tarde, ¿vamos muy atrasados? —Astrid subía corriendo el último tramo de escaleras—. Es que en el juzgado de familia se demoraron un poco.

—Tranquila, en realidad, acaban de salir los de las once todavía —



respondió la procuradora con una sonrisa, sin dejar de pasear de un lado a otro.

—¿Todavía? —La abogada, exasperada, miró el reloj de la pared. Faltaba poco para la una del mediodía. Después del mes de agosto, era habitual que los juzgados estuviesen atestados de trabajo, pero no era fácil acostumbrarse a esos retrasos por más común que fuese.

Dejó su maletín y su toga en el banco para sentarse al lado de su clienta. Esta retorció sus manos con impaciencia y con los hombros encogidos y la cabeza inclinada, parecía buscar algo en el insulso suelo de la salita de espera de la Audiencia Provincial.

—Tranquila, Abigaíl, ya falta poco —aseguró poniendo su mano sobre las de ella.

—Tengo miedo. Daría lo que fuese porque este paso estuviese ya dado.

—Lo sé. Yo estaré contigo todo el tiempo, no temas. Intenta relajarte pensando en todo lo que hemos trabajado.

—Lo intentaré... —susurró sorbiendo por la nariz y mirándola apenas.

Astrid reconoció el miedo en sus ojos, no era la primera vez que tenía que consolar a una muchacha asustada antes de un juicio y estaba segurísima de que tampoco sería la última. Estaba considerada una de las mejores abogadas de toda la ciudad. Había empezado como abogada de familia, pero poco a poco se había especializado en temas de violencia y, quizá por su género o su delicadeza, se había convertido en la mejor confidente para otras mujeres asustadas que habían sido víctimas de cualquier tipo de abuso.

El sonido de unas llaves hizo que Astrid levantase la cabeza. En la puerta de la salita de espera privada, estaba el acusado de violación cuyo juicio empezaría en breve. Su presencia irradiaba superioridad y prepotencia. La abogada se levantó enseguida e, interponiéndose en su campo visual, se enfrentó a él.

—Usted no puede estar aquí, ¡fuera! —exclamó con voz firme y clara.

Aquel hombre la miró de arriba abajo: desde los rizos rubios recogidos en su cabeza, hasta los zapatos de tacón de Pura López; estaba sopesándola sin disimulo. Después de un par de rápidos vistazos, entrecerró los ojos, fijándolos con descaro en el carmín rosa de su boca y, sacando la roja punta de la lengua fuera, se humedeció los labios lenta y deliberadamente.

Astrid advirtió un sentimiento de repugnancia creciendo en su interior; era como mirar un gusano paseándose por un trozo de carne. Respiró con profundidad, contó hasta cinco y consiguió controlarse para decir con un tono más tajante:

—Si no se va, llamaré a un agente. La decisión es suya.

—Veo que no estás receptiva, nena, lo dejaré para otro momento. —Y lanzándole un beso por el aire, dio media vuelta y se fue con una sonrisa.

Abigaíl sollozaba tratando de mantener la compostura. Astrid, sentándose a su lado, advirtió la desesperación en sus ojos enrojecidos y en su mandíbula desencajada, sabía que era testigo de la lucha interna que dominaba a la muchacha. Sus deseos de abandonar el juicio y alejarse a la vez de aquel hombre que le había hecho tanto daño, al haber abusado brutalmente de su cuerpo, eran evidentes. Astrid, deslizando un brazo por sus hombros, la consoló como ya había hecho otras veces. Esperaba tranquilizarla antes de que tuviesen que entrar en sala.

El secretario los llamó a todos casi una hora después. La abogada conocía la Sección quinta de la Sala de la Audiencia como la palma de su mano. Acompañó a Abigaíl a su banco y después fue a la mesa que el fiscal y ella, como acusación particular, ocupaban a la derecha de los magistrados.

El aspecto inocente de Silverio, sentado en su banco con aire de resignación, la intranquilizaba profundamente. Su abogado, conocido y respetado en todo Vigo como un gran penalista, estaba sentado a parte en la

pequeña mesa del lado contrario. Este había sonreído tranquilizador a su cliente antes de buscar sus papeles dentro del maletín de cuero negro que llevaba en la mano.

Astrid admiraba en silencio el contraste de la preciosa y fina puntilla de color beige sobre los puños de las negras togas de los magistrados tratando de concentrarse. Usaba esa visión para relajarse y tomar aliento antes de su turno.

El fiscal empezó exponiendo el caso; Abigaíl, nerviosa, sujetaba el bolso contra su regazo, incapaz de levantar la vista. El trío de magistrados miraba con severidad a toda la sala. Estos dirigían estoicos el juicio, en un tono solemne, sin gestos o muecas de ningún tipo que mostrasen reacción alguna ante lo que estaban escuchando.

Abigaíl aguantó sin derrumbarse el interrogatorio de la defensa. El audaz abogado la trataba delicadamente, en exceso incluso, irritándola con su tono de voz y haciéndola revivir, una vez más, el horror de aquella noche.

El abogado de la parte contraria había pedido, durante todo el procedimiento y también en el juicio, la nulidad del informe pericial. La balanza se inclinó total e inevitablemente en favor de la defensa cuando en el interrogatorio de los peritos se demostró que se había producido un problema con la prueba practicada en Abigaíl. El hospital había cometido un error con la cadena de custodia cuando alguien había tropezado contra el carro que contenía las muestras de Abigaíl todavía sin etiquetar, por lo que no pudieron garantizar que aquellas que habían caído al suelo no perteneciesen a otra persona.

Astrid luchó hasta el final, tratando de demostrar con las pruebas la coincidencia de ambos en el mismo local; había fotos tomadas de las cámaras de video donde se los veía charlando juntos en el pub. El acusado negó desde el principio los hechos que se le imputaban. Alegó, durante el juicio, con una sonrisa en su rostro angelical, que si alguna vez habían coincidido en algún sitio, él no la reconocía. Sin despeinar uno solo de sus engominados cabellos,

contestó con aire inocente a las preguntas de la acusación. Mirando a una descompuesta Abigaíl, hizo ver a los tres magistrados la pena que sentía por lo que ella había sufrido, pero aclaró que si bien aquel día quizá habían intercambiado algunas palabras, no había pasado de ahí, al marcharse después, cada uno por su lado.

Silverio se había negado a proporcionar una muestra de ADN y Astrid intentó dirigir la atención a su posible falta de buena voluntad y que si la hubiese aportado se lo habría podido relacionar con otros casos de mujeres agredidas en el pasado o en el futuro, pero el abogado contrario había protestado exigiendo a los magistrados que se atuviese a los hechos; por lo que la abogada no pudo seguir peleando por ese camino.

Astrid hervía de rabia por dentro, recordando la forma en que, poco más de una hora antes, se le había insinuado en la sala de espera. Con el rostro encendido y la mirada furiosa, observó cómo palmeaba satisfecho el brazo de su abogado en agradecimiento por su defensa. Mientras, Abigaíl, quizá presintiendo que algo había salido mal, ahogaba sus sollozos en un arrugado pañuelo de papel.

Astrid, incapaz de permanecer quieta y en silencio, se acercó al abogado contrario.

—Ya le puedes mostrar a tus hijas una foto de tu cliente para que sepan de quien se tienen que alejar porque te digo que acabas de cometer un gravísimo error buscando su libertad.

—Vete a la mierda, Astrid, si estás resentida, yo no tengo la culpa —le espetó sin disimulo. Uno de los magistrados levantó la cabeza para mirar a la pareja que hablaba cerca de la mesa del abogado defensor.

—Mamón... —siseó entre dientes para que no la oyesen.

La abogada se obligó a mirar hacia otro lado, le ardían los ojos por la impotencia. Una derrota segura.

Todas las víctimas que Astrid defendía solían tener algo que las caracterizaba, que las hacía particulares para ella, era imposible tratarlos a todos como un montón de casos de abusos en los que simplemente había que aplicar la ley. Ella se involucraba en la defensa y en la posterior recuperación de sus clientas, y pocas cosas la enfurecían tanto como que no se impartiese justicia.

Era muy duro recibir la llamada de una clienta preguntándole por qué el hombre que la había agredido de una forma tan brutal seguía en la calle, en libertad. Eso era justo lo que acababa de hacer Abigaíl y ello a pesar de estar sobre aviso, pues Astrid la había telefonado al instante de conocer la sentencia. Pero nada habría preparado a la muchacha para aquello que acababa de ocurrir.

Desconsolada y deshecha en llanto, explicó a su abogada que el hombre que la había violado estaba esa mañana en las puertas de su trabajo, que, mirándola a los ojos y sonriéndole con descaro, la había invitado a tomar una copa al salir. Que le había enviado un beso por el aire y se había alejado de allí, carcajeándose de ella.

Astrid podía sentir su dolor, habían sido unos meses muy duros desde la agresión y que justo en ese momento, tras la sentencia absolutoria, el muy sinvergüenza la hubiese buscado para restregárselo, había sido como la gota que colmaba el vaso.

—Lo siento muchísimo, Abigaíl. De verdad que no sé qué decir —se disculpó roja de la rabia y de la impotencia que la habían invadido tras escuchar las palabras de la muchacha.

Colgó el teléfono de su oficina, con los ojos húmedos giró su silla para observar desde su ventana la maraña de edificios que se extendía alrededor. Se tapó la cara con las manos y lloró desconsolada. El sistema judicial, en el que cada vez confiaba menos, había fallado. El lento juego burocrático, que ya no estaba segura de comprender, se había cobrado otra víctima. Dobló su

cuerpo hacia adelante y trató de aplacar sus lágrimas. Una mezcla de rabia y dolor la consumían, lo que volvió su llanto desgarrador.

Con los codos sobre las rodillas y la cara escondida tras las manos, se permitió llorar. Lloraba por impotencia, lloraba por incomprensión, lloraba por la tristeza que la embargaba desde hacía ya algún tiempo.

Un grito desolador escapó de su garganta y resonó en toda la planta.

# **Un paseo en barca al anochecer, un encuentro que se enreda en un entramado de engaños, y que puede llegar a provocar un desastre. Y es que, ¿de verdad puede el amor perdonarlo todo?**



Han pasado varios años desde que desapareció Minnie, la hermana pequeña de Arthur Ravenscroft, marqués de Badfields, pero él no se ha detenido en el empeño de encontrarla y volver a llevarla a casa, a salvo con su familia. Está decidido a todo con tal de lograrlo, incluso al engaño y el secuestro. Es un hombre sin límites. Ni la ley ni la moral se interpondrán en su objetivo.

Ishbel Puscat, hija del duque de Dankworth, tiene clara una cosa: será ella quien elija al hombre con el que recorrerá el camino hacia el altar, ella y ningún otro. Por eso, tras descubrir que su padre la ha prometido sin consultar su opinión, y con alguien a quien detesta, decide embarcarse en un plan tan loco como arriesgado: arruinar su reputación con uno de los mayores crápulas de Londres, el pérfido marqués de Badfields.

**Yolanda Díaz de Tuesta Martín** nació en Bilbao y firma solo como “Díaz de Tuesta” porque ya es lo bastante largo. Además, siempre le ha gustado ser original. Sus géneros preferidos son los relacionados con lo fantástico, en todas sus formas (terror, cifi, fantasía), pero también el romántico de calidad. Es autora de un buen número de relatos, algunos premiados en concursos. Muchos de ellos forman parte del recopilatorio *De terrores y otras alegrías...* Y, bueno, entre tecla y tecla, mientras tejía palabras y párrafos formando historias, ha sido nieta, hija, hermana mediana, novia, tía, esposa y tantas otras facetas que componen una vida.



Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Yolanda Díaz de Tuesta Martín

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-12-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Una noche en el Támesis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Díaz de Tuesta

Créditos